
LEOPLÁN
MAGAZINE POPULAR ARGENTINO
Nº 225
RAUL VALEN
En este número:
PORT-TARASCON
TEXTO INTEGRO de la famosa obra de ALFONSO DAUDET.
LA CAZA DEL TESORO
novela policial de ELLERY QUEEN.
6 octubre 1943.
30
centavos en todo el país



UNA GRAN OBRA



exige UN GRAN ARQUITECTO

IMPORTE DE LOS CURSOS, PAGADERO EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES.

Tenedor de Libros	$ 60
Contador General	$ 190
Contador Mercantil	$ 130
Jefe Oficina	$ 100
Empleado Bancario	$ 105
Cajero	$ 40
Emp. de Comercio	$ 40
Corresponsal	$ 40
Secretariado	$ 95
Mecanografía	$ 18
Taquigrafía	$ 42
Téc. Arg. Cinem.	$ 175
Taqui-mecanógrafo	$ 50
Caligrafía	$ 30
Aritmética Comercial	$ 28
Redac. y Ortografía	$ 37
Martillero Público	$ 54
Procuración	$ 150
Prep. p/Id. Farmacia	$ 130
Química Industrial	$ 125
Técnico en Vinos y Licores	$ 100
Jabones y Perfumes	$ 100
Telegrafía (c. discos)	$ 110
Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 60
Aceites y Grasas	$ 70
Dibujo Artístico	$ 100
Dibujo Ind y Com.	$ 105
Adminis. de Hoteles	$ 100
Radiotelefonía	$ 170
Electrotécnico	$ 100
Construcción	$ 170
Arquitectura	$ 185
Mecánico Automóvil	$ 140
Mecánico Aviación	$ 160
Motores a Explosión	$ 140
Perito Agrónomo	$ 195
Adm. de Estancias	$ 100
Técnico Tambero	$ 60
Mecánico Agrícola	$ 65
Avicultura	$ 45
Jard. y Arboricultura	$ 78
Motores Diesel	$ 160
Corte y Confección	$ 39
Radiotelegrafía	$ 165
Inglés (c. discos)	$ 150

Transformar su existencia en la de un triunfador, es la obra más grande e importante que usted puede emprender!

Para estar seguro del éxito, Ud. debe ser exigente y elegir con cuidado a aquellos de cuya pericia dependerá su futuro!

La UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA le ofrece la sólida garantía de su prestigio, cimentado en más de 3 lustros de abnegada labor, llevando conocimientos prácticos a los rincones más apartados y guiando hacia el éxito a más de 40.000 alumnos!

Nuestro sistema de enseñanza por correo es tan moderno como seguro: lo comprueba el que hasta ahora, TODOS los que confiaron en su eficacia, han triunfado!

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero
(Miraflores) 411. Casilla de
Correo 1307, La Paz

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el importante libro "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulién, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires.

NOMBRE ....

DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

L. 225

AÑO X - N.º 225
6 de octubre 1943

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Sumario

Ilustraciones de: **Arteche, Raúl Valencia, Fairhurst, Paul Valentin, Villafañe, Rechain, Valdivia y Mariano Alfonso.** Historietas de: **Cao, Villafañe, J. Christie M., González Fossat, Tim., Barta, Toonder, etc.** Fotos y chistes de diversos autores.

En el próximo número:

VALLE NEGRO

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de HUGO WAST

CON FOTOGRAFIAS DE LA PELICULA HOMONIMA, INTERPRETADA POR MARIA DUVAL

Y trabajos de:

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH ◆ JAN NERUDA ◆ EDUARDO MALLEA ◆ GIOVANNI VERGA ◆ ENRIQUE MURGER ◆ MARIA ALICIA DOMINGUEZ, ◆ ETC.

LEOPLÁN aparece el 20 de octubre ◆ Treinta centavos en todo el país



María Duval y Carlos Cores son los protagonistas de "Valle Negro", la película de Argentina Sono Film, dirigida por Carlos Borcosque y hecha en base a la famosa novela homónima de Hugo Wast, cuyo texto íntegro publicará LEOPLÁN en su próximo número.

A fines del mes de diciembre los repartidores de la empresa Bidault recibieron el encargo de distribuir unos cien ejemplares de una esquela de invitación que vamos a reproducir, certificando sinceramente su exactitud:

"Señor...

"Los señores Rodolfo y Marcelo ruegan a usted les haga el honor de venir a pasar la velada en su casa el sábado próximo, víspera de Navidad. Se reirá.

"P. D. ¡Sólo se vive una vez!

Programa de la fiesta

"A las siete, apertura de los salones. Conversación viva y animada.

"A las ocho, entrada y paseo por los salones de los ingeniosos autores de "El parto de los montes", comedia rechazada por el teatro del Odeón.

"A las ocho y media, el señor Alejandro Schaunard, artista distinguido, ejecutará al piano la "Influencia del azul en las artes", sinfonía imitativa.

"A las nueve, primera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de tragedia.

"A las nueve y media, el señor Gustavo Colline, filósofo hiperfísico y el señor Schaunard entablarán una polémica de filosofía y de metapolítica comparada. A fin de evitar toda colisión entre los dos antagonistas, estarán atados uno y otro.

"A las diez, el señor Tristán, cultor de las letras, referirá sus primeros amores. El señor Alejandro Schaunard le acompañará al piano.

"A las diez y media, segunda lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de tragedia.

"A las once, relato de una cacería de casuario por un príncipe extranjero.

Segunda parte

"A medianoche, el señor Marcelo, pintor de asuntos históricos, se dejará vendar los ojos e improvisará, con lápiz blanco, la entrevista de Napoleón y Voltaire en los campos Elíseos. El señor Rodolfo improvisará asimismo un paralelo entre el autor de *Zaira* y el autor de la *Batalla de Austerlitz*.

"A las doce y media, el señor Gustavo Colline, modestamente desnudo, imitará los juegos atléticos de la cuarta olimpíada.

"A la una de la mañana, tercera lectura de la Memoria sobre la abolición de la pena de tragedia y colecta a beneficio de los autores trágicos que puedan encontrarse un día sin empleo.

"A las dos, apertura de los juegos y organización de cuadros de baile que se prolongará hasta la madrugada.

"A las seis, salida del sol y coro final.

"Durante la fiesta funcionarán los ventiladores.





CARLOMAGNO

Otro episodio de

"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

la popular obra de

ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE



"N. B. Toda persona que quiera leer o recitar versos será inmediatamente expulsada de los salones y entregada a la policía. Está igualmente prohibido llevarse los cabos de vela".

Dos días después circulaban los ejemplares de aquella invitación por los bajos fondos de la literatura y de las artes, causando profunda sensación.

Sin embargo, entre los invitados se encontraban algunos que ponían en duda los espléndidos números anunciados por los dos amigos.

—Desconfío mucho — decía uno de aquellos escépticos —. He asistido algunas veces a los miércoles de Rodolfo, calle de la Tour-d'Auvergne. No se podía uno sentar sino moralmente, y se bebía agua poco filtrada, en cacharros no muy higiénicos.

—Esta vez — argumentó otro —, la cosa será muy seria. Marcelo me ha enseñado el programa de la fiesta y eso promete un efecto mágico.

—¿Habrá mujeres?

—Sí. Femia, la tintorera, ha pedido ser reina de la fiesta y Schaunard ha prometido llevar señoras del gran mundo.

He aquí, en pocas palabras, el origen de aquella fiesta que causaba tan grande estupefacción en el mundo bohemio que vive más allá de los puentes. Cerca de un año hacía que Marcelo y Rodolfo habían anunciado aquella suntuosa fiesta de gala, que siempre debía tener lugar el sábado próximo. Pero circunstancias penosas habían hecho que la promesa perdurase cincuenta y dos semanas, de tal modo que habían llegado a no poder dar un paseo sin sufrir alguna ironía de sus amigos, entre los que no dejaban de encontrarse indiscretos que exponían enérgicas reclamaciones. La cosa iba tomando el aspecto de un cuento de nunca acabar; de modo que los dos amigos resolvieron ponerle término cumpliendo, al fin, los compromisos que habían contraído. De aquí la invitación que habían enviado y que transcribimos antes.

—Ahora no hay que retroceder — había dicho Rodolfo —. Hemos quemado nuestras naves. Nos quedan ocho días para encontrar los cien francos indispensables si hemos de hacer bien las cosas.

—Puesto que son indispensables — había contestado Marcelo —, los tendremos.

Y con la insolente confianza que tenían en el azar, ambos amigos se durmieron persuadidos de que los cien francos ya estaban en camino. En camino de lo imposible.

No obstante, ante la víspera del día designado para la fiesta, y visto que nada había llegado aún, pensó Rodolfo que sería más seguro salir al encuentro de la casualidad para no hallarse esperando cuando llegase la hora de encender las "arañas". Para mayor facilidad, los dos amigos modificaron progresivamente las suntuosidades del programa que se habían impuesto.

Y de modificación en modificación, luego de someter a fuertes supresiones el artículo "Pastelería" y de revisar y reducir cuidadosamente el capítulo "Refresco", el total de los gastos se encontró limitado a quince francos.

La cuestión estaba simplificada pero no resuelta aún.

—Veamos, veamos — dijo Rodolfo —. Hay que emplear ahora medios heroicos. No podemos, por lo demás, suspender la fiesta otra vez.

—¡Imposible! — replicó Marcelo.

—¿Cuánto tiempo hace que he oído contar la batalla de Studzianka? — preguntó Rodolfo.

—Dos meses, poco más o menos.

—¿Dos meses? Está bien; es un plazo razonable. Mi tío no tendrá que quejarse. Iré mañana a hacerme contar de nuevo la batalla de Studzianka, lo que me valdrá cinco francos seguramente.

—Y yo — dijo Marcelo —, iré a vender al viejo *Médicis* un "Castillo abandonado". Hará cinco francos también. Si me queda tiempo para ponerle tres torrecillas y un molino, quizá suba a diez francos y entonces ya tendremos el presupuesto.

Y ambos amigos se durmieron soñando que la princesa de Belgiogoso les rogaba cambiasen su día de recepción, para no dejarla a ella sin gente.

Despertado a primera hora, Marcelo tomó un lienzo y se puso a pintar activamente un "castillo abandonado", artículo que le era particularmente pedido por un chamarilero de la plaza del Carrousel. Por su parte, Rodolfo fué a visitar a su tío Monetti, especialista en el relato de la retirada de Rusia y a quien Rodolfo procuraba cinco o seis veces al año, en circunstancias graves, la satisfacción de narrar sus campañas mediante un préstamo de algún dinero, pues el veterano fumista no cicateaba demasiado cuando su sobrino se mostraba suficientemente entusiasmado por el relato.

Hacia las dos, Marcelo, con las orejas gachas y llevando el lienzo debajo del brazo, encontró en la plaza del Carrousel a Rodolfo que volvía de casa de su tío. Su aspecto anunciaba malas nuevas.

—¿Qué hay? — preguntó Marcelo —. ¿Has conseguido algo?

—No. Mi tío no está. Ha ido a ver el Museo de Versailles. ¿Y tú?

—Este animal de *Médicis* no quiere ya "Castillos en ruina". Me ha pedido un "Bombardeo de Tánger".

—Perderemos nuestra reputación si no damos la fiesta — murmuró Rodolfo —. ¿Qué pensará nuestro amigo, el crítico influyente, si le hago ponerse corbata blanca y guantes amarillos para nada?

Y ambos regresaron al taller, presa de vivas preocupaciones.

En aquel momento daban las cuatro.

—No nos quedan más que tres horas — observó Rodolfo.

—Pero — exclamó Marcelo aproximándose a su amigo —. ¿Estás seguro, bien seguro, de que no nos queda dinero aquí..., eh?

—Ni aquí ni en otra parte. ¿De dónde iba a provenir ese tesoro?

—Si buscásemos debajo de los muebles... en los sillones... Se dice que los emigrados, en tiempo de Robespierre, escondían sus tesoros. ¡Quién sabe! Nuestro sillón quizá haya pertenecido a un emigrado. Y como están tan duros sus muelles, más de una vez se me ha ocurrido que podía encerrar metales. ¿Quieres hacerle la autopsia?

—Hombre, esto es cosa de sainete — repuso Rodolfo con un tono en que la severidad se combina con la indulgencia.

De pronto Marcelo, que había continuado sus ojeos por todos los rincones del taller, lanzó un gran grito de triunfo exclamando:

—¡Estamos salvados! Estaba segurísimo de que teníamos aquí valores. Toma, ¡mira!...

Y enseñaba a Rodolfo una moneda grande del tamaño de un escudo, medio roída por el hollín y el cardenillo.

Era una moneda carlovingia, de cierto valor artístico. La inscripción, felizmente conservada, hacía ver la fecha del reinado de Carlomagno.

—Eso no vale un franco y medio — dijo Rodolfo, mirándola.

—Un franco y cincuenta bien empleados producen mucho efecto — repuso Marcelo —. Con mil doscientos hombres venció Bonaparte a diez mil austríacos. La astucia iguala al número. Voy a vender la moneda de Carlomagno a casa del tío *Médicis*. ¿No hay algo más que vender? ¡Ah, sí! Si me llevase el molde de la tibia de Jaconowski, el tambor mayor ruso, para que haga bulto, sacaríamos más fondos.

—Llévate la tibia, pero es desagradable. No va a quedar aquí un solo objeto de arte.

Durante la ausencia de Marcelo, decidido Rodolfo a dar el sarao costara lo que costase, fué a casa de su amigo Colline, el filósofo hiperfísico, que vivía a dos pasos de su casa.

—Vengo a pedirte un favor — le dijo —. En mi calidad de dueño de casa, necesito una levita negra y no la tengo. Préstame la tuya.

—Pero — contestó Colline vacilando —, en mi calidad de invitado también yo tengo necesidad de mi levita.

—Te permito que vayas de chaquet.

—No he tenido nunca chaquet. Bien lo sabes.

—Pues, mira: lo podemos arreglar de otro modo. Si te parece, no asistas a la velada y préstame la levita negra.

—Pero, oye, no; sería desagradable. ¿No ves que figuro en el programa? No puedo faltar.

—Muchas otras cosas hay que faltarán — replicó Rodolfo —. Préstame tu levita negra y si quieres ir vas como quieras... en mangas de camisa... Pasarás por un fiel criado...

—¡Oh, no! — replicó Colline sonrojándose —. Me pondré mi gabán de color de avellana. Pero, en fin, todo esto es muy desagradable.

Y al ver a Rodolfo que se había apoderado ya de la famosa levita negra, le gritó:

—¡Espérate! Hay dentro algunas cosillas.

La levita de Colline merece particular mención. Primeramente, aquella levita era por completo azul, y sólo por costumbre decía Colline "mi levita negra". Y como era entonces el único de la banda que poseía una levita, sus amigos tenían la costumbre de decir, al hablar del traje oficial del filósofo, "la levita negra de Colline". Además, aquella célebre prenda tenía una forma particular, la más extraña que pudiera imaginarse: los faldones muy largos pendientes de un talle muy corto: llevaba dos bolsillos, verdaderos abismos, donde Colline tenía la costumbre de almacenar "una treintena de volúmenes" que llevaba siempre consigo, lo que hacía decir a sus amigos que durante las vacaciones, al cerrarse las bibliotecas, los sabios y los hombres de letras podían ir a buscar datos en los faldones de la levita de Colline, biblioteca siempre abierta a los lectores.

Aquel día, por circunstancia extraordinaria, la levita de Colline sólo

contenía un tomo en cuarto de Bayle; un tratado de las facultades hiperfísicas en tres volúmenes; un tomo de Condillac; dos volúmenes de Suendenborg y el "Ensayo sobre el hombre", de Pope. Cuando sacó de la levita aquella biblioteca, permitió a Rodolfo que se la pusiera.

—¡Mira! — dijo éste —. El bolsillo izquierdo pesa mucho todavía. Te has dejado algo aun.

—Es verdad — repuso Colline —. Me he olvidado de vaciar el bolsillo de las lenguas extranjeras.

Y diciendo eso sacó de él dos gramáticas árabes, un diccionario malayo y un "Perfecto bebedor" en chino, su lectura predilecta.

Cuando Rodolfo regresó a su casa encontró a Marcelo que estaba jugando al tejo con monedas de cinco francos en número de tres. En el primer momento, Rodolfo rehusó la mano que le tendía su amigo. Creía en un delito.

—Démonos prisa, démonos prisa — dijo Marcelo —. Tenemos los quince francos pedidos. Voy a explicarte cómo. He encontrado un anticuario en casa de *Médicis*. Al ver mi moneda, por poco cae desmayado. Era la única que faltaba en su colección numismática. Había escrito a todos los países para colmar esta laguna. Había perdido ya toda esperanza. Así que no bien hubo examinado mi escudo de Carlomagno, no vaciló un instante en ofrecerme cinco francos. *Médicis* me dió con el codo y con la mirada me acabó de explicar lo demás. Quería decir: "partamos el beneficio de la venta. Yo pujaré". Hemos llegado hasta treinta francos. He dado quince al judío y aquí tienes el resto. Ahora pueden venir los invitados. Estamos en condiciones de deslumbrarlos... ¡Hola! ¿Tienes un traje de etiqueta?

—Sí — contestó Rodolfo —. El de Colline.

Y al hurgar en el bolsillo para sacar su pañuelo, Rodolfo dejó caer un tomito de "Manchú", perteneciente a las lenguas extranjeras.

En el acto los dos amigos procedieron a los preparativos. Acondicionaron el taller, encendieron la estufa. Colgaron del techo, a guisa de araña, un biombo de tela, provisto de bujías. En el centro de la habitación pusieron una mesa de trabajo para que sirviese de tribuna a los oradores. Colocaron delante de la mesa el único sillón que habían reservado para el crítico influyente. Y en otra mesa reunieron todos los volúmenes, novelas, poemas, folletines, cuyos autores debían honrar la velada con su presencia. Para evitar todo género de colisión entre los diferentes grupos de escritores, dividieron en cuatro compartimientos el cuarto, a la entrada de cada uno de los cuales, sobre cuatro cartelones, fabricados a toda prisa, se leía:

Lado de los poetas. Románticos.
Lado de los prosadores. Clásicos.

Las señoras debían ocupar un espacio reservado en el centro.

—¡Ah!; pero faltan las sillas — observó Rodolfo.

—Vaya — repuso Marcelo —. Hay en el descansillo de la escalera muchas que están adosadas a lo largo de la pared. Si las tomásemos...

—Naturalmente que hay que traerlas — replicó Rodolfo yendo a incautarse de las sillas que pertenecían a algún vecino.

Dieron las seis. Ambos amigos fueron a comer a toda prisa y volvieron al poco rato a proceder a la iluminación de los salones. Ellos mismos quedaron deslumbrados. A las siete se presentó Schaunard acompañado de tres señoras. Una de ellas llevaba un chal encarnado con motas negras. Schaunard la recomendó especialmente a Rodolfo.

—Es una mujer distinguidísima — dijo —; una inglesa a quien la caída de los Estuardos ha obligado al destierro. Vive modestamente dando lecciones de inglés. Su padre ha sido canciller en tiempo de Cromwell, según ella me ha dicho. Hay que ser muy cortés con ella.

Oyeron numerosos pasos en la escalera. Eran los invitados que llegaban. Parecieron sorprenderse de ver lumbre en la estufa.

La levita de Rodolfo salía al encuentro de las señoras, besándoles la mano con elegancia propia de la época de la Regencia. Cuando hubo una veintena de personas preguntó Schaunard si no servían algo.

—En seguida — contestó Marcelo —. Estamos esperando el crítico influyente para calentar el ponche.

A las ocho estaban reunidos ya todos los invitados, y comenzó la ejecución del programa. Cada diversión era alternada con una ronda de algo. Nunca se ha sabido qué. A eso de las diez apareció el chaleco blanco del crítico influyente. No estuvo más de una hora y fué muy sobrio en el consumo.

A las doce, como no había más leña y hacía mucho frío, los invitados que tenían asiento, echaron a suerte quién arrojaría su silla al fuego. A la una todo el mundo estaba de pie.

No cesó de reinar un instante la más bulliciosa alegría entre los invitados. No hubo ningún incidente que lamentar, salvo un desgarrón hecho en el bolsillo de las lenguas extranjeras de la levita de Colline y una bofetada que Schaunard aplicó a la hija del canciller de Cromwell.

Aquella memorable velada fué por espacio de ocho días la comidilla de las conversaciones del barrio. Y Femia, la tintorera, que había sido la reina de la fiesta, solía decir de ella, hablando con sus amigas:

—Estuvo estupendamente magnífica... Con decirte, querida, que había... ¡hasta velas!

En el próximo número: "LA SEÑORITA MUSETTE"

LOS FANTASMAS

LOS COMPARSAS DE NUESTRO PRIMER COLISEO, VISTOS ENTRE BASTIDORES

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" **Por Regina Monsalvo** FOTOGRAFIAS DE J. PODESTÁ Y M. BORELLI



Vida subterránea

"EL fantasma de la Opera", que con sus terroríficas sugestiones hizo las delicias de nuestra niñez, no es del todo una leyenda. En realidad, no sólo la Opera de París, sino todos los grandes teatros líricos del mundo, tienen sus fantasmas.

La diferencia está en que los fantasmas que existen no siempre son espectros aterrorizantes y malignos, sino todo lo contrario. Los fantasmas de los grandes coliseos se parecen a los duendes serviciales de los buenos cuentos de hadas. Viven una vida invisible, oculta, subterránea. Pero aparecen en el preciso instante en que se los necesita. Ellos constituyen esa inmensa falange de servidores que resuelven en el mo-

El director de la comparsería aleccionando a un grupo de figurantes preparados para actuar en las "Bodas de Fígaro".

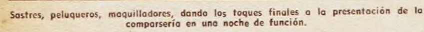
DEL COLON



Ya los fantasmas del Colón están preparados para intervenir, y sólo esperan que los llamen a escena. Están caracterizados para actuar en "El gallo de oro", el conocido *ballet* de Rimsky Korsacoff. Entretanto, para amenizar la espera, comentan música y festejan algún chiste.

En la intimidad del camarín, dos comparsas reproducen alegremente una escena de "Lin Calel", *ballet* del maestro Spósito. La vocación y la amistad hacia "Angiulín" tornan grata su tarea.





Sastres, peluqueros, maquilladores, dando los toques finales a la presentación de la comparsería en una noche de función.



Un maquillador en la difícil y delicada tarea de transformar a un buen comparsa porteño en un exótico guerrero de *ballet* ruso.

mento oportuno, casi sin que el director tenga que hacer un solo gesto, los detalles más complicados de la *mise en scenne*. Son el alma oculta del espectáculo. Y el público que asiste a una representación no imagina siquiera el cúmulo de trabajo, de sacrificio, de desinteresado entusiasmo que estos indispensables colaboradores deben desarrollar para asegurar el éxito de las grandes noches de función.

Nuestro primer coliseo no es una excepción a la regla. El Colón de Buenos Aires, también tiene sus fantasmas. El más poderoso de todos ellos se llama Angel D'Amato; pero los mil y un amigos que lo ayudan en sus tareas lo conocen por "Angiulín"...

Una profesión más que difícil...

Angiulín es el jefe del cuerpo de comparsas del teatro Colón. Lo visitamos en una noche de representación. Hay que verlo trabajar para conocer las proyecciones de su tarea. Angiulín tiene que estar en todo. Hay obras que requieren varios cientos de comparsas. Hay que vestirlos, maquillarlos, proveerlos de todos los adminículos que exige la escena. Pero antes que nada hay que buscarlos, elegirlos, adiestrarlos en los ensayos...

En medio de esa fiebre teatral, en un entreacto, preguntamos al señor D'Amato.

—¿Cómo hace para atender a todo esto?...

—Experiencia, práctica y amistad... ¡mucha amistad!... — nos contesta con ademanes nerviosos y sonora voz meridional, una voz que parece hecha para sonar entre bastidores...

—¿Mucha amistad? — preguntamos, sin entender del todo.

—¡Pero sí! Yo soy tal vez el único hombre de Buenos Aires que con un aviso de veinticuatro horas de anticipación puede reunir a quinientos hombres dispuestos a trabajar con entusiasmo. Y todo, ¿por qué? ¡Porque son mis amigos!...

—¿Pero, el trabajo de comparsa no es una profesión? ¿No se paga con dinero?...

—Se paga. Pero son muchos los que ni siquiera se preocupan de cobrar. Después de cada función quedan muchos "vales" que nadie ha hecho efectivos... El comparsa es hombre de vocación. Trabaja porque le gusta el teatro. Porque así puede oír música, ver actuar, tener una entrada en el paraíso cuando hay función y él no actúa...

Angiulín se entusiasma al hablar. Hay un famoso cuadro de Degas, el gran pintor de los escenarios, que presenta a un profesor de baile ante un grupo de bailarinas. Angiulín es igual a ese profesor. Tiene el cabello blanco como él, un saco claro y unos pantalones ligeramente ajados. Es la figura con más aire de teatro que hayamos visto jamás. Parece que se hubiera criado sobre las tablas.

—¿Hace mucho que actúa como jefe y director de comparsas?...

—Toda mi vida. Casi toda. Vine a Buenos Aires en 1901. Tenía entonces trece años. Me presenté al que entonces era jefe de todas las comparserías de todos los teatros porteños. Este teatro Colón ni siquiera existía aún. Ese señor era el famoso Antonio Vasallo. Me tomó en seguida. Trabajé con él un año, y otro, y otro. Llegué a ser su hombre de confianza. Cuando falleció don Antonio, lo substituyó uno de sus hijos. Seguí trabajando con él. Y en 1933, cuando éste a su vez falleció también, yo asumí el cargo de director de la comparsería...

De donde salen los comparsas

—Pero, en fin, ¿de dónde provienen tantos comparsas?...

—A los comparsas los hace la vocación, y yo los perfecciono. Todos trabajan por amor al teatro. Los hay que "en la vida real", quiero decir fuera de la escena, son médicos, abogados, estudiantes, músicos, ingenieros, cantantes, obreros, empleados... ¡De todo!...

—¿Y siempre hay trabajo para ellos?...

—Yo puedo reunir todos los que necesite, porque todos son amigos míos y gente entusiasta. ¡Pero el teatro es el teatro! Ha habido veces en que por una fatalidad han faltado; otras han sobrado...

—¿Y entonces?...

—Entonces ¡para eso está la cabeza del director!... Una vez, en 1937, se iba a representar "Aída". Cuando los viejos amigos se enteraron, dijéronse: "¡Vamos a darle una manita a Angiulín!"... Y se vinieron

al Colón. La noche de la función me sobraban más de cuarenta hombres. Los mandé a que vieran la función desde el paraíso. Pero ellos dijeron: "Mirá, Angiulín, para el primero y tercer acto, bueno; vamos al paraíso. Pero en el segundo acto salimos todos..." Querían trabajar en ese acto que es el más "espectaculoso"; y ¿cómo iba a dejar afuera, nada menos que a cuarenta amigos?... La escena estaba llena; pero les encontré cuarenta rincones, uno para cada uno. Faltaban cuarenta trajes; pero yo de uno hice dos. ¡Fué la multiplicación de los peces!... digo, de los trajes...

—¿Y cuando faltan?

—Entonces hay que hacerlos entrar y salir estratégicamente de la escena, cambiándoles un gorro, un escudo, una lanza, una casaca... Cualquier cosa, con tal de que cada vez parezcan otros distintos... ¡Un trabajo de todos los diablos, pero que sale bien!...

"¡Angiulín, avette fatto un vero miracolo!"

Cuando Angiulín habla de sus comparsas, lo hace con verdadera emoción. Se siente orgulloso por ellos y por sus triunfos. Cuando le preguntamos quiénes se destacan en el conjunto, dice:

—¡No me pregunten nombres! Los comparsas tienen a gran honor trabajar anónimamente. Su éxito es de todos. ¡Sólo cuenta el amor al arte y nada más!...

Alguien que está con nosotros, lo interrumpe para contarnos lo siguiente:

—Angiulín es un mago, y grandes figuras del arte universal lo han reconocido así. En 1936, durante la representación de la "Ciudad invisible", de Kitech, durante el segundo acto en que 250 comparsas mantienen por sí solos el cuadro en una brillante escena de saqueo, pillaje y caos, realizaron una labor tan bella, que Emilio Kuper, el gran maestro Kuper, no se pudo contener y gritó a Angiulín:

—*¡Bravo, Angiulino! ¡Avette fatto un vero miracolo!...*

En 1937, el maestro Tulio Serafín, después del ensayo del segundo acto de "Aída", al ver aquella espléndida comparsería, dijo a Angiulín:

—*Dime, Angiulino, ¿dove hay preso cuesta bella gioventú? ¿Sai che fai onore al Teatro Colón?...*

En esa ocasión la escena requería 250 hombres, ochenta mujeres, veinte negros auténticos y treinta niños. Presentar esa masa perfectamente disciplinada, moverla armoniosamente y con oportunidad, es uno de esos milagros que sólo puede hacer Angiulín...

En ese sentido, ni el público ni la propia dirección del teatro pueden darse exacta cuenta del valor que tiene para el éxito de tan complicada labor el milagro de entusiasmo, de desinterés y de espíritu de solidaridad que anima a los comparsas...

Casos y cosas de la comparsería

—A veces —añade Angiulín —, la comparsería trabaja fuera del teatro; por ejemplo: cuando la conmemoración de don Pedro de Mendoza, en la vuelta de Rocha, fueron los comparsas quienes animaron los festejos.

A todos les gusta la música, y en los intervalos discuten apasionadamente de partituras y compositores. Wagner, Beethoven, Mozart, Liszt, son nombres que están en todos los labios.

A veces, según la obra, hay que hacer seis o siete ensayos. Cada hombre y cada mujer cambian de lugar, de vestuario, de papel. Hay que aprender a dar pasos de baile, asumir actitudes, moverse a compás, evolucionar en los grandes conjuntos...

A todo acude Angiulín; es el motor oculto de todo ese entusiasmo. Y cuando llega la noche de la función, él mismo se pone un traje, una barba, un gorro. Se maquilla y viste según la escena y junto con sus "muchachos" sale también a escena...

—¡Para eso somos amigos!... — dice —. Los hay que me acompañan desde la época de don Antonio Vasallo. Cuando se inauguró el teatro Colón, en la comparsa de entonces trabajaron algunos que aun lo hacen conmigo. Por ejemplo, ese buen amigo Antimo Ciampitti, que aunque ya se ha jubilado en su trabajo, sigue actuando como comparsa, con el mismo entusiasmo con que trabajó en aquella "Aída" memorable con que se inauguró nuestro gran coliseo lírico...

—¿Y cuenta con ayudantes, para todo este trabajo?

—Tenemos un peluquero y tres sastres que se refuerzan cuando hace falta; además, un zapatero. Pero ni ellos ni yo ni nadie podría hacer nada si el entusiasmo, la amistad y el amor al arte no movieran esas masas de hombres y mujeres que el público ve actuar sin sospechar tal vez toda la buena voluntad y el sentido artístico que ellos ponen en cada función, en cada escena, en cada detalle... ◈







El regreso



Vorner von Heidenstam nació en Olshammar, Suecia, en el año 1859. En su juventud dedicóse a la pintura, pero pronto abandonó los pinceles por la pluma. Cultivó la poesía lírica, revelándose como un profundo psicólogo, y a la vuelta de un largo viaje por distintos países escribió su obra maestra, la novela histórica "Karolinerna (los guerreros de Carlos XII)", por la que se le llamó, a justo título, el escritor sueco por excelencia. Este cuento forma parte de esa obra.

De albergue en albergue, prosiguiendo sin tregua ni reposo el regreso al país lejano, los guerreros de Carlos XII arrastraban sus harapos polvorientos y sus calzados sin suelas. A la cabeza de la tropa traqueteaba una miserable carreta conduciendo a las mujeres finlandesas que el rey había rescatado de los turcos para casarlas con sus soldados. Junto a ellas, sobre la paja, bajo el asiento del conductor, estaba metida la jaula de los camaleones que el ilustre Eneman había hecho buscar en Asia. La carreta con las mujeres fué dejada bien pronto atrás, los camaleones murieron; pero entre los soldados y los palafreneros, bruñidos por el sol, Brandklipparen, el caballo del rey, avanzaba siempre, aunque agotado por la edad y arrastrando sus patas tiesas no llevara ya sobre su lomo a ningún héroe victorioso.

Algunos pasos delante de los demás marchaba siempre un hombre enjuto, de gran talla, con los ojos cargados de angustia y la frente cubierta de pliegues. Sus mejillas eran del color obscuro de la corteza del pino, pero sus dientes brillaban en medio de una barba encanecida, que él no se tomaba la molestia de hacer cortar y que no podía recortar por sí mismo, falto de cuchillo o de tijera. Su túnica embarrada no hubiera tentado al vagabundo más miserable, y todo su haber lo llevaba consigo: una mochila y un látigo. Había sido él, sin embargo, quien, antes de la partida, fuera encargado de recoger el dinero necesario para el viaje. Pero hacía mucho tiempo que todo eso habíase esparcido a los cuatro vientos. Para que los extraños no le hicieran avergonzarse de su país y del estado miserable en que se hallaba, decía ser un simple soldado, aunque hubiese pertenecido a la guardia particular del

por **VERNER von HEIDENSTAM**

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA



rey y se llamara Ehrenskiöld. En su tumultuosa juventud, y en una obscura noche de octubre, había dado muerte con la espada a su amigo Gyllenstierna y aun ahora conservaba un espíritu tan vagabundo y tan cambiante que, aunque fuera el más alegre ante el jarro de cerveza, a menudo pasaba la noche entera rumiando negras ideas. Pero apenas apuntaba el alba, hacía sonar su látigo contra el piso del albergue para despertar a sus camaradas.

Cuando la tropa fatigada se reunía por la tarde en torno a la mesa del albergue, él permanecía de pie y levantaba su jarro alegremente ante todos los curiosos que, desde afuera, se asomaban a las ventanas.

—Mirad, mirad — murmuraban los espectadores —, cada cicatriz que llevan esos hombres en sus rostros y en sus manos son como relatos de otros tantos hechos de armas. ¡Son los héroes que regresan de Ilión!

Y viendo en el patio a Brandklipparen, con las patas tiesas, agregaban:

—Y he ahí el caballo de madera que han traído con ellos.

Pero, entonces, Ehrenskiöld hacíales saber que era Brandklipparen, el caballo del rey, y que en su presencia las condesas de raza ilustre descendían de sus carrozas, con pan y azúcar, para poder contar a sus hijos que, en cierta ocasión, Brandklipparen había comido de sus manos. Luego, vaciaba de un solo golpe su jarro y golpeaba contra la mesa en señal de partida.

—En tu prisa por llegar, no nos acuerdas ni sueño ni reposo — protestaban sus camaradas —. Si nos preparan una comida, nos gritas que hay que partir antes de que tengamos tiempo de cortar la carne.

Por eso tomó desconfianza y rabia contra sus antiguos camaradas y una mañana partió furtivamente antes que los otros.

No tenía casi necesidad de consultar los indicadores del camino ni de preguntar por la ruta. Tenía conciencia de ir siempre hacia el Norte y de elegir cada vez el camino más corto.

De año en año su nostalgia habíase hecho más imperiosa, y ahora, a medida que cada paso le iba aproximando al país, del que no hablaba nunca pero que ocupaba sin cesar su pensamiento, el mal crecía más y más. A veces deteníase, con ambas manos apoyadas en el látigo, mirando la ruta; pero pronto, sin darse cuenta, volvía



a emprender la marcha. Si en alguna noche lluviosa era rechazado rudamente de una puerta ante la cual se humillara haciéndose pasar por un pobre conductor sueco de equipajes, reducido a mendigar un trozo de pan y un lugar ante el fuego, entonces daba al olvido que no estaba ya en guerra. Si veía en ese momento sobre la mesa, a través de la ventana y a la débil luz de los carbones encendidos, los pastelillos junto a los jarros de leche, no vacilaba en forzar la masilla de los vidrios ni en quitar los ladrillos para apoderarse de lo que podía alcanzar de las golosinas vistas. Pero, ya saciada su sed y repleta la mochila de migas de pan, recordaba que, a pesar de todo, era un bravo guerrero, y antes de partir, pasando su látigo por la ventana, daba tal golpe sobre la mesa que hacía saltar los jarros y los pastelillos. Entonces, la gente que había acudido de todas partes, comprendía que no se trataba de un ladrón vulgar.

Llegó a Stralsund mucho antes que los otros; pero la ciudad habíase rendido al enemigo y los barcos de éste bloqueaban el Báltico. Después de correr varias aventuras, halló por fin, en Amsterdam, una goleta holandesa lista para zarpar hacia Bohuslan. Mas para entonces había sufrido tanto con sus tribulaciones que fué necesario acostarlo sobre la paja de la cabina y cubrirlo con la propia manta del capitán. Sin embargo, tan pronto como sintió rechinar el cabrestante, golpeó con su látigo en lo alto de la cabina para llamar a aquél.

—¡Oíd, viejo! Es necesario que me aviséis al llegar a la vista de la costa sueca, a fin de que pueda tomar algún cuidado de mi barba y de mis ropas antes de salir al puente.

El viejo capitán le prometió cumplir sus deseos, mas apenas hubo ganado el puente, cuando ya su pasajero golpeaba de nuevo en el techo de la cabina.

—Hacia el país..., hacia el país... — balbuceó Ehrenskiöld tomando la mano del capitán —. Vos que habéis recorrido todos los mares y que tenéis tanta experiencia, decidme de dónde viene este error de los sentidos que obliga a saberse en tierra propia para recobrar la paz del espíritu. Allá, entre los turcos, cuando la fiebre se llevó a mi difunto amigo Funcken, y yo fuí encargado de mandar la guardia de honor, creedme: apenas pude tener en alto el espadón y recordar las voces de mando... Las piedras eran demasiado blancas... Los cipreses eran tan indiferentes... Si me hubiese tocado a mí descender a tierra en ese lugar, no habría podido dormir tranquilo. Hubiera levantado los terrones sobre mi cabeza para invocar la misericordia de Nuestro Señor.

El capitán respondióle:

—¿Acaso la misma mano paternal no ha creado cada parcela del Universo, aun las mismas frágiles tablas que en este momento nos sirven de sostén en medio de la tempestad? Volveos de cara al tabique y procurad dormir. Vosotros, los soldados de tierra firme, sois pobres marinos y vamos a tener mar gruesa.

A la mañana siguiente, muy temprano, y en el momento en que el capitán se hallaba junto al timonel, se oyó golpear de nuevo en el interior de la cabina.

—Tengo una bala aquí, metida bajo las costillas — dijo Ehrenskiöld —, y no he sabido jamás si es mi vieja herida o la nostalgia lo que ha minado mi salud, a tal punto, que ya no puedo tenerme en pie si no con gran pena. Esta hora de la mañana, en la que no es de día sino a medias, y en la cual el sol parece que vacilara en mostrarse, es la hora de los recuerdos.

El viaje fué accidentado; las aguas rugían. Una noche el capitán descendió la escalera de la cabina, llevando en la mano una pequeña linterna de cuerno, con la que alumbró el rostro de Ehrenskiöld. Este permanecía en la paja, de cara hacia la proa, con el látigo a su lado y la mochila bajo la cabeza, a guisa de almohada; sus cabellos eran ahora tan largos que le cubrían completamente las orejas.

—Mi buen señor — comenzó a decir el capitán mientras colgaba la linterna de un gancho —, nos aproximamos a la costa sueca, frente a Uddevalla, pero el mar está embravecido y es la noche negra y brumosa. Habremos de virar de bordo y volver a alta mar, en espera de que aclare.

—¡Sí, haz dar media vuelta a tu urca! —gritó Ehrenskiöld —. ¡No quiero volver! ¡No, no! ¿Qué es lo que vengo a hacer a mi país? Mi padre reposa en la iglesia de Calmar y su escudo de armas está colgado en el muro...; mi hermano se halla lejos, prisionero en Siberia; mis hermanas se han hecho mujeres..., se han casado..., son viejas, ya... no serán las mismas... Mis hermanas no existen..., no existe el hogar paterno.

He aquí la respuesta que dió al capitán; pero cuando éste quiso retirarse lo agarró de la manga de su saco.

—¡No me escuchéis! — exclamó —. ¡Seguid valientemente adelante! Un soldado no debe entrar en el país como un cobarde, después de largos años de servicio probo y leal.

—¿Y la goleta, mi señor? Es mi único haber, y dispongo de ella a voluntad. Cierto es que me parece ver, hacia el noreste, la luz de un fanal; pero por aquí, la costa es peligrosa y está llena de corsarios y de ladrones de los despojos del mar, que encienden fuegos engañosos.

Ehrenskiöld no tenía ya nada de enfermo. Estaba erguido, con una pierna fuera de la paja, y retenía al capitán con mano de hierro.

—Si tenéis algún respeto por la voluntad de un oficial — dijo —, proseguid vuestra ruta. Desgraciadamente, no tengo aquí para ofreceros más que estos harapos miserables que, sin embargo, llevaré con honor cuando desembarque; pero cerca de la ciudad de Calmar poseo una pequeña propiedad, si es que no me la han tomado. Os la daré como indemnización si la goleta naufraga.

El capitán creyó que la nostalgia acababa de nublar su razón, porque sabía demasiado bien que si no se daba a tiempo un golpe de timón, los escollos no tardarían en hacerse sentir. Forcejeó para librarse del soldado. La manga cedió en el hombro y entonces, con el brazo desnudo, corrió a la escalera.

Una violenta sacudida hizo temblar el [illegible] de tal manera que la bujía de la linterna se apagó.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Ahí tenéis, mi señor, ahí tenéis la costa sueca!

—Entonces, ¡bendita sea esta hora! Desde que era niño, no hubo mañana en la cual dejara el lecho con espíritu más alegre.

Ehrenskiöld oyó disparos de fusil y el ruido de hierros que se cruzaban. Tomando su mochila y su látigo saltó sobre el puente cubierto de hielo. Las olas pasaron por encima de él, pero la luz del alba atravesaba ya la bruma de nieve y vió que el pequeño navío estaba encallado entre unas rocas, y que una banda de hombres se disponía a apoderarse del equipaje.

—¡Entrega lo que tienes! — le ordenó un mozo osado, de barba roja, apuntándole con su mosquete —. ¡Barco que ha naufragado, pertenece a los ribereños!

Ehrenskiöld empuñó su látigo y arrojó la mochila a los pies del hombre, con un gesto desdeñoso.

—¡Tomad, tomad! Vuestras balas no pueden arrebatarme la paz del espíritu que acabo de recobrar; pero si no empuñarais ese fusil, el juego que jugáis podría costaros caro... ¡Soy un oficial del rey!

Presa de escrúpulos, el hombre de la barba roja bajó su mosquete.

En lo alto del peñasco, el fuego engañador acababa de consumirse y algo más lejos, detrás de un promontorio, un queche sin pabellón echaba sus amarras. Allí, al lado del farol de popa, apagado, hallábase un joven de rostro amarillento y enfermizo, cubierto con una magnífica pelliza de piel de zorro y apoyado en dos muletas.

—¿Qué ocurre, Norcross? — gritó con voz aguda, pero penetrante como un silbato —. ¡Apúrate, apúrate!

El hombre de la barba roja respondió:

—Este hombre dice estar al servicio del rey y quizá sería mejor meterle un poco de plomo en la cabeza antes que dejarlo ganar tierra firme para que nos denuncie... Vamos, viejo. ¡Dinos quién eres! No veo la librea del rey, pero en cambio estoy mirando tus harapos. ¿Has estado ausente tanto tiempo que no has oído hablar nunca de Lasse de la Rue? ¡Helo allá, sobre el queche! Ya sabes... ¡Es el célebre corsario sueco Lars Gatenhjelm!

—Mi nombre — dijo Ehrenskiöld — lo sabrías si me dieras las ropas que corresponden a mi rango; pero me inquieta poco el mal que puedas hacerme, con tal de que me dejes pisar una sola vez aun el suelo de mi país... Bien veo que sois corsarios sin Dios ni fe, y, en verdad, el país que vuelvo a ver no es el país bello y feliz que dejé... Pero, a pesar de todo, estoy de regreso en casa..., en mi país. ¡Estoy en mi patria! Daré con gusto la vida, pero no me rehuséis el favor de dejarme desembarcar en esta roca sueca.

—Es justo — dijo Gatenhjelm —; ¡pero despachad, despachad!

Y con creciente impaciencia golpeó con una de sus muletas en la borda del queche.

Ehrenskiöld arrojó su látigo sobre el puente, como una espada rendida, y descendió a la roca. Avanzó algunos pasos lentamente, tan lentamente que se hubiera creído que el suelo habíale atrapado los pies. Luego, arrodillóse y comenzó a acariciar la roca fría apoyando su rostro contra ella.

—¡Alabanza y bendición! ¡Gloria a Tí, Padre celeste! — exclamó —. ¡A Tí que has traído a tu hijo extraviado desde caminos lejanos! ¡A Tí, sólo a Tí la gloria!

En ese momento, Gatenhjelm hizo una señal a Norcross quien, apoyando el fusil contra la mejilla, hizo fuego desde la borda del queche: el tiro atravesó la cabeza de Ehrenskiöld.

Cuando apareció el sol, los corsarios pusieron proa hacia la costa de Bohuslan, llevando su botín; pero, tendido en su propia sangre, el guerrero que se hallaba de regreso en su país continuaba abrazando la piedra fría. ✧

ARGENTINA ADENTRO

TRADICION Y MISTERIO DE LA



Una calle del pueblo de Humahuaca, sito en pleno quebrada, donde viven hoy gentes sencillos y humildes.

Una historia y un secreto

LUGAR triste, desolado, imponente, es la quebrada de Humahuaca. En violento contraste con la exuberante vegetación que, de lejos, le rodea, las paredes estériles de sus cerros, las grandes rocas que se yerguen junto a los polvorientos caminos en zigzag y sus cactos —gigantescos centinelas de su desolación— parecen hechos para algo grande y magno. Y en verdad, la quebrada de Humahuaca guarda una historia y un secreto.

Su historia es la historia grandiosa de la conquista de América, no ya contra el indio, sino contra la naturaleza misma, que se oponía al paso de los instrusos, con sus montañas de laderas inaccesibles o con sus desiertos resecos. Es también la historia de la independencia de un pueblo, cuyos ejércitos pasaron por la quebrada, victoriosos unas veces y otras veces derrotados. En cuanto al secreto, vislumbrado apenas en una ánfora rota, en algún recio pucará que aun queda en pie, en una obra de arte destrozada, es el de las civilizaciones que fueron; el de otras razas y otras culturas que parecen sepultadas allí para siempre.

Nicolás de Heredia y los suyos fueron los primeros blancos que penetraron en los dominios de Humahuaca, pues dice la historia que Diego de Almagro y Diego de Rojas tomaron otro camino. Pero Nicolás de Heredia hubo de regresar al Alto Perú, derrotado. Harto de abrir picadas en la selva y de escalar montañas; sin víveres y exhaustos hombres y bestias, tuvo que ceder al empuje del nativo, indómito y bravo, que lo acosaba con la lanza y con la masa. Otras expediciones tuvieron más éxito y por fin los indios de las tribus valerosas y aguerridas debieron someterse al dominio del arcabuz y de la espada. Pero no sin que antes se estremeciera la quebrada con el eco de luchas grandiosas y sangrientas.

La severa majestad del panorama de la quebrada de Humahuaca parece encerrar algo grande y magno. En verdad, entre sus paredes rocosas guarda una historia y un secreto.

QUEBRADA DE HUMAHUACA

Por
Marcos Cattaneo Díaz
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Muchos pintores tomaron por temas de sus cuadros aspectos típicos de Humahuaca. Este, titulado "En Semana Santa", pertenece a José. A. Terry.

Otro triste paraje de la quebrada histórica. Por aquí habrán pasado los ejércitos patriotas, victoriosos unas veces y otras veces derrotados.

Dos épocas

Por lo que fué antes y por lo que es hoy, constituye la quebrada de Humahuaca el punto de conjunción de dos épocas.

La forman dos cordones del sistema andino que corren casi paralelos de Norte a Sur. El del Este, está formado por sierras que llevan su nombre; el del Oeste, por las de Zenta y Santa Victoria, que culminan con las cumbres nevadas del Chañí, de 6.000 metros de altura. Cada recodo de esas sierras, cada lugar estratégico tiene, de antes, un jirón de historia; de hoy, una huella de obra civilizadora. Por allí pasaron ayer Belgrano, Rondeau, Arias, Paz y otros generales patriotas; por allí corre hoy el ferrocarril a Bolivia, colosal obra de ingeniería que contribuye a la hermandad de dos pueblos de América. Es la obra del ingeniero Miguel Iturbe, su realizador, y de don Domingo T. Pérez. En sus pueblos, Volcán, Tumbaya, Maimará, Tilcara, asentados en los mismos lugares donde antes dominara el nativo, pasan actualmente gran parte del año muchas familias de las provincias cercanas a Jujuy y de la Capital Federal. Y hoy se vive en la paz y en el progreso donde otrora libraran sus batallas dos civilizaciones.

Futuro

Todo es ensueño, sugestión y misterio en la quebrada. Todo habla de un pasado de gloria en el que se confunden, igualmente altivas, las sombras del indio y del conquistador. De ese conquistador que no vaciló en mezclar su sangre con la del nativo para dar retoños que, como sus progenitores, fueron paladines de la libertad.

La imaginación puede evocar aún, en los estrechos senderos de la quebrada histórica, la partida de hombres que marchaban hacia Potosí llevando los restos de Lavalle, en aquellos días sombríos de 1841.



Todo es sugestión y misterio en la quebrada. En un recodo del sendero el indio se arrodilla en la nieve, para rendir culto a la Pacha Mama.

Pero junto a esas páginas gloriosas de su pasado, Humahuaca tiene también un futuro promisorio, sepultado hoy, como aquel, en las entrañas de la quebrada.

Para entrar en sus dominios, es punto de partida la ciudad de Jujuy, rodeada de una zona de tupida vegetación que surcan numerosos torrentes de agua. Rumbo al Norte, se va ascendiendo paulatinamente hasta llegar a los 3.700 metros de altura. Abajo, en los valles, ha quedado la exuberancia vegetal; pero allí el panorama cobra severa majestad y una imponencia que difícilmente encuentra parangón.

Donde en otras épocas habitara el humahuaca, indómito y bravo, viven hoy humildes cuidadores de cabras y de ovejas o tejedoras dedicadas al paciente y laborioso trabajo del telar. Pero la máquina y el hombre no tardarán en perturbar la calma de la quebrada abriendo caminos, tendiendo puentes y horadando las entrañas de la tierra en busca de la riqueza mineral.

Mientras tanto, como para dar la razón a los poetas que le cantaron y a los pinceles que, como el de José A. Terry, estamparon en el lienzo sus paisajes severos de singular belleza, pronto se dará término allí al monumento más grande del país: el monumento a la Independencia —obra del escultor Soto Avendaño —, dedicado al indio y al gaucho, los primeros en el sacrificio por la creación de una patria grande y digna. ✦



llegó la
PRIMAVERA
CORRALITO PLEGADIZO. En madera esmaltada, color marfil. Sin piso. Con bolilleros. 90 por 110 centímetros.... $ 34.-
Otros, desde $ 19.80
PEDIDOS DEL INTERIOR SE REMITEN EN EL DIA.
Nuestro surtido de artículos especiales para la temporada primaveral ofrece el máximo de ventajas a que puede aspirar la madre: calidad, presentación y precios tentadores. Visite nuestra Exposición
COCHECITO PLEGADIZO GESELL. Con ruedas articuladas patentadas. Chassis esmaltado en negro; caja en colores de moda. Capota en cuero artificial. Impecable terminación .... $ 84.-
Otros, desde .... $ 45.—
COLUMPIO CON SOPORTE. Hamaca en tela desmontable, sobre armazón metálica. Soporte en hierro tubular esmaltado, plegable. Con 4 tacos de goma, a.................. $ 49.60
Columpios para colgar, desde... $ 6.90
Acordamos CREDITOS
1
2
3
4
5
COCHE-SILLA GESELL. Con manija a 2 posiciones. Extraordinaria suspensión. Asiento y respaldo acolchados. Semiplegadigo, a pesos 64.-
Otros, desde.................. $ 14.90
DELANTAL. En brin de puro hilo de Ir-... con bordados tipo brode-... Tamaños: 2 a 3 años.... $ 16.90
SALIDA DE BAÑO. Tela de algodón ...dado. Forrada en género turco. Colores ... o rojo. Diseños exclusivos. Tamaño ... $ 34.—; tamaño 65, $ 33.—; ...maño 55.................. $ 32.-
PIJAMITA. Modelo exclusivo. Solapa ... el cierre automático. En batista in-... Cepea. Alegres estampados. ... años, $ 10.40; 2, $ 10.- 1 ½, $ 9.60
BOLSON PARA PAÑALES. En lona ...canizada. Forrado en hule. Muy mo-... Manijas redondas. Aplicaciones ... paño Lenci. Cierres automáticos. ...rrón, azul marino, bleu y ... $ 19.70
JUEGO DE CAMA. Para cochecito. ... fina batista de algodón. Franjas y ...icaciones en celeste o rosa. Sábana ... x 110 cm.; funda 30 por ... centímetros.......... $ 16.50
ACOLCHADITO. En satin lingerie, con 2 burletes. Dibujo a rombos. Celeste o rosa. Liviano, de primorosa terminación. 82 por 62 cm. ... $ 24.80
GRATIS, solicite el nuevo CATALOGO ILUSTRADO.
CasaGesell
— para el bienestar del bebé
DIAGONAL NORTE 633 - BUENOS AIRES
FLORES: Rivadavia 7137 - BELGRANO: Cabildo 1701
...SARIO: Córdoba 1358 - CORDOBA: 9 de Julio 123
Casa Gesell, Diagonal Norte 633, Buenos Aires.
Deseo recibir la NUEVA GUIA MATERNA - CATALOGO PRIMAVERA - VERANO 1943-44.
Nombre ....
Calle ....
Localidad .... F. C. ....



I

EL antiguo convento de frailes benedictinos que, situado cerca de Ferrara, fué a mediados del siglo XV uno de los más notables monumentos de Italia, es hoy una ruina que apenas da idea de la soberbia morada de aquellos siervos del Señor. Informes murallones, torres vacilantes sobre cimientos poco firmes, arcos rotos, columnas mal seguras, techos hundidos, puertas y ventanas abiertas a los vientos: esto es lo que queda del edificio en otro tiempo destinado a lugar de meditación, holganza y rezo. Las piedras ennegrecidas por el tiempo, los mármoles dorados por el sol, las estatuas mutiladas por el rayo y enterradas entre robustas ortigas y tenaces gramas, casi no pueden servir de datos al viajero para restaurar en su imaginación el convento arruinado, la iglesia derruída y el patio abandonado. Tal vez por un capricho de la suerte, ésta es la única parte del monumento que se conserva más entera y que con mayor fuerza ha resistido a las tempestades de la Naturaleza y a la barbarie de los hombres.



CEMENTERIO DEL DIABLO

Por JACINTO OCTAVIO PICON

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

Asidas a las labores de la piedra, rodeando los fustes de las columnas, han trepado las hiedras y las enredaderas; han brotado flores amarillentas entre las hojas del acanto que ornaba los altos capiteles; y do quiera se dirige la vista, encuentra viva la fuerza de la Naturaleza, reposando triunfante sobre las ruinas del esfuerzo del hombre. El tiempo, lento y seguro, revolucionario, ha ido, año tras año y lluvia tras lluvia, trocando en artísticos escombros una de las más hermosas fábricas de Europa: y hoy los ganados que se apacientan en los prados vecinos vienen a protegerse del sol entre aquellas piedras augustas, mientras el pastor duerme a la sombra de las paredes silenciosas que en siglos pasados, a la hora del "Angelus", enviaban al cielo, en cadencioso cántico, un fervoroso himno de adoración a lo infinito.

Luego que las guerras obligaron a los frailes a abandonar su cómodo asilo, algunos grandes y poderosos de la ciudad vecina convirtieron el patio en cementerio. Todavía se conserva en pie la mayor parte de los magníficos sepulcros que labraron de consuno, para encerrar a los muertos, la vanidad y el arte de los vivos: que en ninguna parte lucha tanto el hombre contra el sagrado dogma de la igualdad humana como en los campos de la muerte. Allí se graban en duras piedras los títulos y honores de los que fueron; la ciencia, impotente para estudiar el alma, impide por algunos años la putrefacción del cuerpo, y el arte, que no sabe devolver a la forma muerta la belleza, esculpe el mármol y cincela el bronce para protestar de la invasión espantosa que todo lo destruye y aniquila.

Pero de todos los lugares de descanso eterno, de todas las tierras en cuyas entrañas se pudren los cuerpos de los muertos, ninguna más hermoseada que aquel recinto del antiguo patio del convento. En las paredes de los claustros, que aun se mantienen firmes y como sostenidas por los vigorosos brazos de las figuras de los frescos medio borrados y confusos, se agrupan hermosos sarcófagos de blanco mármol; las estatuas yacentes oprimen con su peso las losas sepulcrales, pareciendo los fríos rostros como orgullosos de los interminables epitafios, y seguros de la inmortalidad; en el piso están enterrados de intento los humildes que quisieron ver sus nombres borrados por las plantas de los vivos; y por bajo de los arcos, ávidos de luz y de aire, ceñido el casco y la mano en la espada, reposan los que en otro tiempo pusieron miedo en el corazón de los más esforzados y valientes. Luego, en el patio, construídos al azar, de distinto aspecto, de forma diferente, de épocas diversas, de opuestos gustos, vénse tumbas, túmulos y sepulcros que, coronados por los rayos de sol u ocultos en la sombra, ceñidos de verdura o hundidos en la tierra, enteros y juntas las labradas piedras, o desquiciada la base al empuje de las raíces de los árboles vecinos, parecen, con sus inscripciones y sus símbolos, con sus letreros y sus fechas, protestar, en nombre de sus habitadores silenciosos, de aquel eterno y forzoso quietismo. Allí la arquitectura ha agotado la belleza de la línea y prodigado la escultura el encanto de la forma. Todos los estilos, todas las tendencias están representadas, dándose juntas, como en un museo labrado por muchas generaciones, la sublime sencillez griega, la fastuosa decadencia romana, el pesado estilo románico, la lujosa ornamentación del bizantino, la ojiva gótica del católico, la mundanal arquitectura del árabe soñador e indolente, y luego, a modo de hermosa síntesis de la historia del arte, las maravillas de aquel Renacimiento que casi llegó a la perfección por el estudio de la antigüedad y la naturaleza.

Hacía ya muchos años que el patio convertido en cementerio estaba completamente abandonado; la soledad reinaba sobre la hermosa ruina, que olvidada por el hombre se iba haciendo de más solemne aspecto a medida que las aguas y los vientos oscurecían la piedra, como si en ella se infiltrasen las nieblas que los inviernos engendraban, cuando los aldeanos de la comarca, los pastores y algún que otro viajero a quien la repentina tormenta obligó a guarecerse bajo aquellos muros, observaron que allí vivía un hombre, un ser extraño que, huyendo de los vivos, había buscado la paz entre los muertos. Corrió luego la noticia por los lugares vecinos, y no faltó quien se desviase de la senda que debía seguir para pasar junto a la ruina misteriosa, escudriñándola con curiosa mirada, ávido de saber quién era aquel que de tan medroso sitio viniera a hacerse habitación.



Decíase que era un hombre alto y delgado, seco de carnes y abultado de huesos, largo de piernas y de brazos, de rostro enjuto, pelo rojizo y tieso, cejas muy arqueadas, orejas grandes, desmesurada boca; añadían los mejor enterados que al contacto de su mano se marchitaban las flores, y bajo su pie las hierbas; hubo vieja que dió por cosa cierta haberse secado en la pila el agua bendita de la iglesia cuando aquel hombre pasó una vez ante su puerta, y chico que afirmó haberle visto escupir una saliva que parecía hervir y olía a azufre; no faltó quien asegurase que en la oscuridad de la noche brillaban sus ojos con resplandores cárdenos, que eran sus uñas largas y encorvadas como garras de ave de rapiña; hasta se dijo que tenía en forma de rabo, horriblemente prolongada, la columna dorsal. Creyóse, en fin, ver en aquel hombre, si no una encarnación del diablo mismo, al menos un íntimo amigo suyo o un pariente cercano.

II

Era una noche en que la luna iluminaba de lleno el patio y los claustros que le rodeaban, bañándose con su serena luz el blanco mármol de las estatuas, que aparecían como sombras envueltas en sudarios, esmaltando el fondo oscuro del frondoso ramaje: noche apacible, en que apenas el viento agitaba las hojas de los árboles, y en que se escuchaban claros y distintos todos esos ruidos que únicamente en el seno de la soledad se escuchan, mientras la vista, fija en el cielo, intenta descifrar en vano las misteriosas frases que en el espacio escriben con fugitivos caracteres esas estrellas errantes que caen como piedras desprendidas de la rota corona de los dioses: noche augusta y poética en que lo incierto de los resplandores y lo intenso de las sombras poblaban la fantasía de medrosas visiones, el corazón de vagos e innombrados temores, inspirando al hombre las eternas y sublimes dudas que son toda la vida, toda la gloria y todo el trabajo de la humanidad.

Ocultas entre las hierbecillas y brillando en lo más espeso de las tinieblas, como las ideas en el fondo del alma, esparcían las pequeñas luciérnagas su resplandor fosfórico; describían en el aire negros círculos los murciélagos; entonaban en las lagunas sus estridentes coros las desveladas ranas, y meciéndose en la copa de los árboles ensayaban los tiernos y sencillos ruiseñores el dulce e intrincado gorjeo con que al clarear el día habían de saludar al sol y despertar a las dormidas hembras.

A tal hora y por tan medroso sitio vagaba el habitante misterioso de la desierta ruina, y al cruzar por entre las anchas calles de sepulcros, más parecía pavoroso fantasma que ser humano y vivo. De cuando en cuando salían de su boca palabras de sonido metálico, contestadas a intervalos por ecos de cantos subterráneos, y poco a poco su figura comenzaba á iluminarse de un resplandor intensamente rojizo, como si a todas partes le siguiese y en torno suyo flotara una aureola de sangre luminosa.

—"Muertos — decía — enterrados entre los escombros de la destrucción y del olvido, volved a la vida, alzaos del sepulcro y corred al mundo... Sacudid el polvo que cubre los descarnados huesos, haced memoria de lo que antes fuisteis, id a continuar el drama o el sainete de vuestra existencia; y si la gloria, el amor o los placeres pueden, con sus coronas, sus triunfos y sus fiebres, daros la felicidad o la dicha, vivid eterna y perdurablemente; pero si os convencéis de que el amor, la juventud y la fe son, cuando huyen del corazón, aves que jamás vuelven al nido; si sacáis de los placeres embotada la sensibilidad y envejecido el cuerpo; si el ansia de vuestras almas no se sacia; si el vaso de vuestros deseos no se colma, entonces tornad a la tierra en que reposáis ahora, y aguardad en ella resignados la solución del gran problema."

Tal dijo, con un acento entre satírico y solemne, y en seguida, por las aristas de los bronces y los perfiles de los mármoles, corrieron llamaradas fosfóricas pálidamente azules o débilmente violadas, que brotando de entre las junturas de las piedras y las grietas del suelo, iluminaron tristemente los sepulcros, dejando asomar manos huesosas y crispadas, que con el ansia de la vida se agarraban al borde de las tumbas. Como movida por subterráneo empuje hinchábase la tierra, y por entre sus negras hendiduras, asidos a las raíces de los árboles, iban trepando los blancos y pelados esqueletos, ahuyentando unos de las vacías órbitas los tenaces gusanos y colocando en ellas los ojos recogidos del suelo, mientras otros, a tientas, buscaban por los rincones de las tumbas los esparcidos miembros. De los nichos del muro bajaban, sujetándose a las labores de las piedras, oculto el calvo cráneo por la cogulla parda, los frailes, antiguos habitadores del recinto; de entre los haces de columnas que sostenían las bóvedas del claustro se levantaban, dejando oír el chocar de las armas con los huesos, los guerreros que, siempre a pelear dispuestos, fueron enterrados, vestida la loriga y empuñando el mandoble; las losas, desgastadas por los pies de los vivos, se alzaban silenciosas para dar paso a los muertos que, como volviendo de un desmayo, estiraban los entumecidos miembros, mientras alguno que otro dejaba ver en el prolongado bostezo las desiertas mandíbulas... Por el ambiente, embalsamado con el aroma de la campestre mejorana, esparciéronse los fétidos alientos de las bocas sucias por la mentira; y el hedor de los miasmas que las conciencias despedían, infestó el aire. Quién, revolviendo los escombros de su propio sepulcro, se ceñía los rasgados jirones de un manto que fué rojo; quién trataba de ajustarse en las desvencijadas coyunturas los deformados huesos; éste procuraba hurtar algunos dientes, y aquél andaba a caza de una espina dorsal menos viciada que la suya, en tanto que la voz robusta del diabólico personaje repetía: "Id, respirad de nuevo, ocúltense vuestros huesos entre músculos y cúbralos la piel; surquen las venas vuestros cuerpos, vibren los nervios mensajeros de las sensaciones; pensad, sentid, amad, aborreced de nuevo; corred al mundo y encontradlo todos como cada uno lo dejó cuando llegó la hora de su muerte." Dijo, y entonces, a aquel bullir, a aquella latente y sorda agitación de tantas fuerzas, fué sucediendo, creciente y como en invasión tremenda de voces, ayes, rezos, suspiros, maldiciones y gritos que asaltan el espacio, la infernal balumba y el ronco hervir de un mundo muerto que despertaba a nueva vida.

Ya vacías las tumbas, solos y abandonados los sepulcros, oyóse primero el ruido que producían en la arena las huesosas plantas y el desgajarse de las ramas, dando paso a los que yacían entre la maleza y las ortigas; después, libre de tropiezos y vallas, a carrera tendida, la muchedumbre corrió hacia la puerta de salida, resguardada por una fuerte verja, de la cual sólo un estrecho postigo estaba abierto. Con tal fuerza y tal ímpetu se abalanzaron allí todos, que en cayendo unos, caían otros sobre ellos como oleadas de huesos, sin que el crujir de los cráneos aplastados, el rechinar de los tronchados brazos, los ayes, las voces, las imprecaciones y lamentos detuvieran un momento la violencia de los que iban llegando sin querer darse punto de reposo en el asalto de aquella puerta, que desde el campo de la muerte parecía la brecha de la vida. Los fuertes subían sobre montones de caídos; los corpulentos derribados eran punto de apoyo para los ágiles y astutos; sobre los restos de los viejos encaramábanse los jóvenes; la dama servía de escabel al caballero; en la frente del soberbio apoyaba el humilde la planta ensangrentada; los jirones del manto del magnate quedaban prendidos entre las uñas del envidioso; juntas la mujer de mala vida y la señora, pugnaban por alzarse una en perjuicio de otra, y, cuidadosos todos de sí propios tan sólo, ni había quien a otro facilitara ayuda, ni quien pensara recibirla, ni amigo que ayudara al amigo, ni ministro de Dios que sostuviese al débil, ni padre que en sus hombros aupase al pequeñuelo. Nadie pensaba sino en la bárbara conquista del reducido espacio de la puerta, casi cegada ya

por la latente masa de vivos sepultados bajo muertos.

Fuera del terrible recinto, los que habían logrado trasponerlo caminaban en derechura, y sin volver atrás los ojos, hacia la ciudad inmediata, cuyas altas torres, como gigantes silenciosos, parecían velar por los dormidos habitantes; y conforme andaban, a cada paso que iban dando recobraban la forma que tuvieron en la vida, y juntamente con los accidentes físicos renacían en ellos los defectos y las cualidades morales.

....

Los altos muros, el oscuro ramaje que como espesa cinta de verdura rodeaba las casas bañadas por la luz de la luna; el gemir de las fuentes entre las apiñadas flores de los jardines inmediatos; los casi imperceptibles ruidos que, como respiración difícil, se alzaban de la ciudad dormida, todo contribuía a lo extraño de la escena. Pero si al dejar en tropel el cementerio las turbas de esqueletos presentaban, con sus blancas osamentas y sus despedazadas y carcomidas vestiduras, un aspecto asqueroso, a medida que se iban acercando a las moradas de los vivos, las ropas recobraban sus formas y colores, las armas su brillo, resplandecían los brocados, crujían las sedas, sonaban las espuelas, los velos de las mujeres y las plumas de los cascos de los hombres se dilataban en el viento, y en carnavalesca caravana, envueltos en el turbión de polvo que en su carrera alzaban, juntos corrían damas, pajes, magnates, soldados, meretrices, frailes, villanos y bufones, tronchando a su paso las zarzas, las flores y las mieses, sin cuidarse de los desgarrones y arañazos que se hacían en los abrojos del camino de la vida.

Por fin llegaron todos a las puertas de la ciudad, y primero en grandes pelotones, después en numerosos grupos, luego en otros menores fueron diseminándose, yendo unos a suspirar ante una reja o vengar una injuria, a buscar aventuras o llorar desgracias, a esperar fortunas o placeres, a refugiarse en su hogar quien lo tenía, y alguno, acurrucándose en el umbral de una puerta, a pedir con la limosna la incierta y vergonzosa renta de mendigo.

El enamorado que, henchida el alma de ilusiones, y con la sonrisa en los labios, murió en un desafío, y que al expirar por la que amaba le envió en el último movimiento de su brazo el último beso de su boca, corrió de nuevo ante los hierros que pretendió ablandar en otro tiempo a fuerza de juramentos y ternezas, y apoyado en los mismos barrotes en que él se reclinaba cuando esperaba impaciente la anhelada cita, topó con otro galanteador y afortunado, a quien la misma voz, cuyos ecos él conservaba en los oídos, decía, enamorada y sumisa: "No he querido a nadie más que a ti."

El avaro que a costa de hambres y desvelos juntó un tesoro y en el hueco del muro o al extremo del huerto lo ocultó gozoso, temiendo que lo mermasen las miradas del pariente famélico, fué hacia su miserable albergue, y en el mismo solar halló elevada la lujosa morada del pródigo que disfrutaba sus bienes, y a través de los costosos vidrios, por entre las rendijas de las puertas y los agujeros de las llaves, miró furioso la opípara mesa del festín, en cuyo derredor los convidados reían el burlesco brindis que, a la memoria del difunto, consagraba el heredero afortunado.

El esposo que había muerto sintiendo en el helado rostro caer las ardientes gotas del llanto de la esposa, halló ocupada su parte de tálamo por uno que, en segundas nupcias, recibía casi lo mismo que él en las primeras, cuando creía que el amor es un fuego que nadie puede encender dos veces en la vida.

El orgulloso de su estirpe encontró su blasón cubierto por la muestra de un tendero; el envidioso vió el alto puesto blanco de sus tiros, ocupado por quien valía menos; el que había consumido en el estudio sus días y cegado sus ojos, halló sus obras criticadas por necios que habían aprendido en ellas lo poco que sabían; el rey vió a la ensoberbecida muchedumbre asaltar, triunfante, su palacio, y vió derribadas sus estatuas por la plebe rastrera que antes le vitoreaba y temía; el prelado que murió de ahito predicando el ayuno y hablando de Dios, vió a Dios negado e invadidas las naves de su templo por el populacho amotinado; el que tuvo una duda, la encontró desmentida si era grata, y si era triste, confirmada; el que abrigó una ilusión, de tan perdida no la pudo hallar en parte alguna; el que sintió un deseo, lo vió colmado en su enemigo; el que adoró a una mujer, la halló traidora, y quien tuvo un amigo se convenció de que era falso.

III

Aun no luchaban con las primeras claridades del alba las últimas sombras de la noche, la ciudad estaba todavía tranquila, cuando los muertos, unos furiosos y a gran paso, lentamente y cabizbajos los más, habían vuelto al cementerio todos.

....

Era de ver cómo las lápidas de los sepulcros acusaban luego la índole de cada cual. Las losas levantadas con fuerza y dejadas caer con rabia, indicaban las tumbas de los irascibles; otras, bien encajadas en sus huecos, mostraban el sitio donde habían tornado a reposar los resignados, y eran muchas las que nadie se había cuidado de remover ni colocar sobre sus dueños, que, amargada el alma por la decepción y el abatimiento, reclinadas en la sucia y húmeda tierra, dejaban que la luz indecisa del crepúsculo iluminara pálidamente sus cuerpos, nuevamente comidos de gusanos.

Entonces el fantástico engendro, mezcla de hombre y diablo, abarcando con la vista aquel campo de dolores aun vivos y de esperanzas ya muertas, extendió los brazos sobre las tumbas, y dijo sonriendo: "Dormid en paz." Quiso luego alejarse de aquel lugar maldito, cuando a un extremo del claustro, bañado en la indecisa claridad de la mañana, vió con asombro una tumba vacía, y exclamó admirado:

—¡Uno falta!

Avido de satisfacer su curiosidad, corrió a un registro del cementerio, pasó rápidamente los folios buscando el número correspondiente al del sepulcro vacío, y un momento después lo encontró, unido al nombre del difunto, y seguido al margen de una nota que decía:

"Fué loco".

....

Al otro día, los que madrugaron en la villa teatro del suceso, hallaron con espanto, tendido sobre las piedras de una calle, el cadáver de un caballero asesinado. Era el pobre loco, único que prefirió a la tranquila podredumbre de la muerte el esplendor y los placeres de la vida.

....

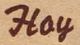
Hoy las nieblas y las lluvias cubren de verde y afelpado musgo las solitarias tumbas; el viento del otoño arremolina y amontona sobre ellas las hojas secas, que, en lluvia de oro, caen de los copudos árboles; sobre la losa sepulcral del orgulloso se gozan con el sol las lagartijas, y en la tierra que cubre los últimos restos del humilde crecen vigorosas y se arraigan lozanas la siempreviva y el rosal silvestre. ✥

Historia en 2 fotografías

Lydia Denis



Ayer



Lydia Denis, que en esta foto aparece a la edad de dos años, nació en Buenos Aires, en 1924. Hizo los primeros grados de la escuela primaria en la Bartolomé Mitre, y luego ingresó en el colegio Hermanas de la Misericordia... "Cuando era niña —declara la joven estrella— me gustaba mucho el baile, y más de una vez debí aguantar el gesto agrio de mis maestros, los cuales, como es lógico, no veían con agrado que yo dedicara a Terpsícore el tiempo que necesitaba para mis "deberes"... Sin embargo, a pesar de mi precoz inclinación por el baile, pude terminar los estudios, con el general beneplácito de mis parientes, que ya por entonces no mostraban tan decidida resistencia a mis propósitos "artísticos"... Luego pasó algún tiempo. Lydia Denis se convirtió en una buena muchacha que colaboraba con su madre en los quehaceres del hogar, hasta que...

Hoy



...hasta que llegó su oportunidad, pero para debutar no como bailarina, sino en calidad de actriz cinematográfica. "Esa era la meta definitiva a que yo quería llegar —nos dice—, pero en realidad no tenía muchas esperanzas de conseguirlo; por momentos, el cine me parecía una cosa maravillosa, inalcanzable"... En 1941 fué contratada para integrar el reparto de "Papá tiene novia". El resultado de la prueba le fué favorable, y desde entonces filmó tres películas. Ahora es una actriz definitivamente incorporada a las actividades de nuestro cine... Vive en la calle San Juan, al tres mil seiscientos, en compañía de sus padres, en un departamento de sobria elegancia, donde pasa largas horas dedicada a la lectura. Gusta de la música clásica y considera a Gary Cooper como uno de los mejores actores del cine norteamericano...



Ayer

Aquí tenemos a Iris Marga, soñadora y meditativa como una heroína de novela romántica. La prestigiosa actriz de nuestros escenarios nació en Italia, cerca de Roma, "en un pueblo —declara orgullosa— que fué cuna de la civilización etrusca". Sus padres la trajeron a Buenos Aires cuando sólo tenía tres años de edad. Aquí cursó sus estudios, "y ésta es —dice— la ciudad que me deparó las mayores satisfacciones de mi vida... ¡Por eso, sin duda, la quiero tanto!". Como estudiante obtuvo siempre el beneplácito de sus maestros, "pero —confiesa—, cuando una posible pregunta de algún maestro me ofrecía dificultades, sabía eludirla escondiéndome debajo de los bancos". Iris Marga sonríe, al recordar la travesura, y luego agrega: "Yo estaba destinada a ser cantante, y en calidad de tal me presenté en el teatro Solís de Montevideo. Ese fué mi primer debut y mi primer triunfo artístico. Mi camino parecía definitivamente trazado..., pero después..."

Hoy

Después, las circunstancias y el sentido de las propias posibilidades, la llevaron a ensayar la interpretación de algunos personajes escénicos. El resultado fué promisorio y coincidente con las aspiraciones artísticas de Iris Marga. "Desde entonces —declara la actriz— nunca me aparté de ese mundo maravilloso, creado por la imaginación de los poetas. En él me siento cómoda; es, por así decirlo, la principal razón espiritual de mi vida". El cine también reclamó el concurso de esta actriz que puso toda su juventud y capacidad al servicio del arte. En "Petróleo" hizo su primer experiencia cinematográfica. La crítica y el público le tributaron los elogios que su ajustada interpretación merecía. Iris Marga está contenta de todo eso, se declara satisfecha. Ahora es una mujer de espíritu sutil, activa y entusiasta; juzga las cosas y los acontecimientos con una comprensión tolerante; gusta de los libros, y lamenta que las múltiples exigencias de la profesión no le permitan dedicar más tiempo a su lectura.

Iris Marga


Ricardo Palma

Ricardo Palma y en la Biblioteca

EL NOMBRE DE LOS DOS ILUSTRES ESCRITORES ESTA INTIMAMENTE LIGADO A LA BIBLIOTECA EN CUYA RECONSTRUCCION COLABORA HOY TODA AMERICA

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La constante aportación de libros de nuestro país, para la reconstrucción de la Biblioteca Nacional del Perú, trae con frecuencia, al plano de la actualidad, iluminado por las llamas del incendio que lo destruyó, el sugestivo caserón colonial de Lima donde funcionaba desde que la fundó el general San Martín, para dar testimonio de que sobre la ciudad que acababa de libertar nacía una nueva era.

Por segunda vez el mundo todo de habla castellana, sensible a las pérdidas de la cultura, pone a contribución su esfuerzo para remediar la obra de la fatalidad, que si esta vez fué el incendio, la anterior fué la guerra con Chile, en la que si bien se salvó el histórico edificio, levantado el siglo XVII y en el que estuvo instalado otrora el Colegio de Caciques del Príncipe, perecieron sus libros.

Ricardo Palma, famoso ya entre los públicos de habla hispana por sus *Tradiciones,* fué designado en aquella ocasión por el gobierno del Perú para rehacer la biblioteca. Patriótica labor, por la cual renunció al goce de una existencia más holgada y tranquila, que se le ofrecía en nuestro país. Desde entonces, el nombre de Ricardo Palma va unido a la Biblioteca Nacional del Perú, que fué a modo de su santuario. Y así, después de visitarlo en ella, Rubén Darío pudo escribir que Lima era "la ciudad de Santa Rosa y de don Ricardo Palma".

En el mismo estilo llano, pero a la vez colorido, ligero y zumbón, que es gala de sus *Tradiciones,* Ricardo Palma escribió a todos sus amigos y admiradores, que eran muchos, aunque no los conociera personalmente, pidiéndoles su contribución de libros para la obra que se había impuesto, y fué para él un honor llamarse el bibliotecario mendicante, especie de hermano limosnero de la congregación de la cultura.

Tuvo la satisfacción de ver que su género epistolar alcanzaba tanto éxito como su género literario; y la biblioteca, bajo su dirección, remozó su antiguo esplendor, enriqueciéndose con numerosos volúmenes nuevos.

La biblioteca fué, además, su hogar. En el piso alto del vetusto caserón vivió Ricardo Palma durante 28 años; allí nacieron varios de sus hijos y allí murió su esposa. Y allí, sin duda, hubiera terminado sus días el insigne tradicionalista si un incidente, derivado de las luchas políticas, no le hubiese obligado a renunciar irrevocablemente a su cargo.

Le sucedió en él — esto ocurría en 1912 — otro gran escritor peruano: Manuel González Prada. Cuentan que Palma, al conocer el nombre de su sucesor, exclamó: "La verdad, que el único capaz de reemplazarme es González Prada". Pero el espíritu de comprensión que entrañaba esta frase, no impidió que alrededor de su renuncia y del nombramiento del nuevo director se agitaran las pasiones partidistas y se pronunciaran frases de tono muy distinto al de la suya. Con todo, el hecho no pasó de un incidente polémico que el tiempo se encargó de liquidar y del cual sólo quedan, como recuerdo, sendos folletos, aumentando el índice bibiográfico de cada uno de estos autores. Sin embargo, el que estas dos figuras aparezcan en un momento frente a frente, más que por propia voluntad, por la de sus partidarios, tiene una razón profunda, por cuanto había en ellas de representativo y antitético.

Ricardo Palma recoge en sus libros una tradición con la cual González Prada aspira a romper definitivamente. Diez años de diferencia en el nacer los separan más que si hubiesen venido al mundo en siglos distintos. Y es que el uno nace de cara al pasado y el otro de cara al porvenir, siendo lo curioso que quien mira al porvenir es quien más razones tenía para estar identificado con el ayer: González Prada, que llega a exclamar:

> *"Dejemos el pasado,*
> *dejémosle dormir en ruinas o en sepulcros;*
> *y vueltas las pupilas a la aurora renaciente,*
> *bendigamos el hoy, glorifiquemos el mañana".*

El éxito de las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma se debió, principalmente, a lo que ese género literario tuvo de hallazgo, hallazgo de un tesoro de ilusión. Su pluma fué como una varita mágica, que al tocar el papel hacía que se levantara todo un mundo desaparecido con la independencia hispano-americana: el mundo brillante, sensual, gracioso y agradable de los virreyes de Lima. Fué como el hallazgo de un *tapado,* uno de esos *tapados* que encandilaban la imaginación de las gentes en el Perú y en el Norte argentino, y que constituyeron una especie de herencia dejada por la guerra libertadora; y también una compensación imaginativa a la pobreza, dejada por aquélla, como por todas las guerras. El brillo del *tapado* descubierto por Ricardo Palma alegró el corazón de infinitos lectores y dió riqueza de popularidad y nombradía, ya que no de dineros, a su autor. Para comprobar su acierto nos bastará con recordar que Próspero Merimée, que sabía muy bien el valor que en literatura tienen estos hallazgos—él, que descubrió al mundo con tanto éxito la España de *Carmen*—tomó una joya del *tapado* de don Ricardo y la pulió primorosamente, haciéndola lucir en las escenas de *La Carroza del Santísimo.*

El escritor que resucitó ese mundo no puede en realidad considerarse como personaje representativo de él, pues Ricardo Palma procede de una familia de la clase media, que no tuvo figuración alguna en la corte virreinal; todo lo contrario de su sucesor en la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú. Manuel González Prada, de rancio abolengo, hijo de una linajuda familia, contaba entre sus antepasados con un Gobernanor-Intendente de Lima y un Superintendente General de Hacienda. Había nacido en el seno de un hogar muy realista y muy católico, para el cual la independencia fué un rudo golpe, y que aspiraba a perpetuar en la nueva república el espíritu de la vieja monarquía dominadora. De él había de salir quien mejor representara en el Perú, por su vida y por su obra, el carácter de renovación social que tuvo la guerra de independencia.

Hay un hecho en la


Por segunda vez, todo el mundo de habla castellana pone a contribución su esfuerzo para reconstruir la Biblioteca de Lima. El embajador del Perú, general Benavides, se reúne en Buenos Aires con los representantes de la Cámara del Libro, que le hacen entrega de 2.000 volúmenes para tan plausible fin.

González Prada de Lima

González Prada

niñez de González Prada que nos da ya la medida de su espíritu, nos anticipa lo que sería luego el hombre: su fuga del Seminario — donde se hallaba internado por voluntad de sus padres, que le soñaban sacerdote —, obra de su inteligencia y de su voluntad, pues no se trata de una escapada hacia la aventura, sino que deja el Seminario subrepticiamente para dirigirse, maleta en mano, al Colegio de San Carlos, donde se matricula por sí mismo para seguir estudiando, pero de acuerdo a sus gustos y aficiones. Es la reflexión la que lo guía y esta fuga tiene algo de simbólico: su existencia toda sería como una fuga, fuga del pasado hacia el porvenir, de antiguos prejuicios hacia nuevas teorías, de la ciudad al campo, de la popularidad al ostracismo, de las mentiras políticas a las verdades sociales, de lo sonoro y hueco a lo callado y enjundioso, de lo ficticio a lo verdadero...

Como una demostración de su propósito de desvincularse de toda tradición, cuando publica sus primeros versos, con los cuales entra en la vida literaria, firma suprimiendo la partícula nobiliaria de su apellido, y don Manuel González de Prada aparece en una antología de poetas peruanos simplemente como Manuel G. Prada. Lo que no le impediría mostrar a lo largo de su existencia una ejemplar nobleza en su carácter. Fué en realidad un hidalgo al que no le faltó un grano de locura quijotesca.

Con ser dos espíritus antitéticos, Palma y González Prada son, cada uno a su manera, en el españolísimo Perú, exponentes insignes del carácter español, contradictorio y paradójico; representantes de las dos Españas que, desde hace siglos, se debaten sobre la piel de toro peninsular, hasta en la manera de ser designado cada uno: el tradicionalista Ricardo Palma y el revolucionario Manuel González Prada. Remacha la paradoja en este caso el que el revolucionario sea precisamente el aristócrata.

Su raíz española es la que une a los dos en la misma devoción por los clásicos españoles, aunque González Prada fuese hombre de lecturas más diversas y de espíritu universalmente disconforme. Estudiando la vida de uno y de otro, nos encontramos con estos dos hechos semejantes: Ricardo Palma, hablando de los años de su juventud en que fué marino, nos cuenta: — "En una larga estación en las islas de Chincha, me leí la Biblioteca de Clásicos Españoles de Rivadeneyra; de ahí mi devoción por los grandes prosistas castellanos". Y también González Prada, en años de su juventud en que vivió, llevado de su inclinación a la misantropía, en una hacienda de su familia, del valle de Mala, según nos cuenta su biógrafo, "devoraba gordos tomos de la colección Rivadeneyra".

Un mismo amor, o si se quiere una misma sed, los acercó a aquella fuente de nuestro idioma, fuente que se halla en el cruce de todos los caminos que un escritor de habla española puede seguir. Y fué su condición de escritores insignes lo que hizo dignos a los dos de ocupar la dirección de la Biblioteca Nacional del Perú, que, con la vista puesta en la gloria futura de los pueblos libertados, fundó San Martín según decreto fechado en Lima el 28 de agosto de 1821.

Que al frente de ésta llegaran a sucederse dos figuras de la talla intelectual y moral de Ricardo Palma y Manuel González Prada, confirma la genial previsión del héroe. Las llamas han podido consumir el viejo caserón de la biblioteca y los volúmenes que en él se guardaban; pero el espíritu de estos hombres que la dirigieron, como el de su glorioso fundador, es inmortal. Ese espíritu será el que dé nueva vida a la Biblioteca Nacional del Perú, que volverá sin duda a erigirse muy pronto en la legendaria Lima, de acuerdo con el lema renaciente que hizo suyo, como bandera de esperanza: *Post nubila, Phoebus.* ◈

Elishka y ellos...

Josef Kopta nació en el año 1894. Luchando en el frente ruso durante años conoció el heroísmo del hombre humilde y el silencioso martirio de los pequeños e insignificantes.

De sus obras son famosas: "El tercer batallón" y "El tercer batallón ha terminado su labor".

Es uno de los mejores estilistas checos y se revela en sus trabajos como un psicólogo sutil.

Así que — dijo Voitej hundiendo la cuchara de estaño en la espesa sopa —, así que será este mi último almuerzo. — Y se puso a comer como si estuviera participando en una fiesta de casamiento; sonreía, cruzaba las piernas debajo de la mesa y tamborileaba con los dedos de su mano izquierda, todo esto para que el dueño de la fonda pudiera decir luego en un informe fidedigno:

"Estaba extraordinariamente tranquilo, comió con apetito; estaba contentísimo de la bien preparada comida y de las comodidades de mi restaurante.

"Tomó vino mezclado cuidadosamente con agua, en lugar de pedir una botella de coñac, que podría haber evidenciado más su deseo de suicidarse. No hay duda de que se trata de un accidente fatal, de un mal paso en la angosta senda de la montaña. Además, estaba calzado con zapatos de *lack* y sin el equipo de turista necesario en esta región."

—Sí, sí — meditaba Voitej —; así está todo bien arreglado.

Y levantando la cabeza del plato llamó con voz alegre al dueño de la fonda:

—Tío Mijal: ¿querría decirme con qué clase de especias han hecho esta sopa tan exquisita?

El dueño, orgulloso por las alabanzas del cliente, vino corriendo para llevarse el plato vacío, y volviendo de la cocina le dijo:

—Una pizca de azafrán, solamente una pizca. Y además de eso, claro está, le hemos puesto un poquito de anís.

Mientras tanto, había puesto delante del cliente un plato blanco y ovalado, en el cual dos truchas flotaban en manteca; eran dos truchas fritas, pescadas al amanecer en el arroyo cercano.

—Las truchas son nuestra comida más común — dijo el tío Mijal —; pero para los señores de la ciudad son un plato especial. Yo sé pescarlas con la mano solamente. Pero hay que acostarse a la orilla, en silencio, e hipnotizarlas con la llama de una vela. La lámpara eléctrica no sirve para esto. ¡Qué esperanza!

—¡Ah! — pensó Voitej, mientras cortaba la carne blanca y delicada —, aquí me siento casi bien, pero la idea de tener que volver a casa se me hace insoportable.

Mientras tanto, el dueño del restaurante salió, echando una mirada desde la puerta a su cliente. Podía dedicarle a él todas sus atenciones, pues desde hacía tres días era el único cliente. Cuando él se fuera podría darse por terminada la temporada; se cerrarían las puertas y ventanas y el patrón y su esposa bajarían al pueblo, porque durante el invierno el albergue ofrece una existencia miserable. El camino que asciende serpenteando corre junto a él, pero los esquiadores pasan por allí en automóvil buscando laderas más propicias para ese deporte. Una taza de té que ellos pidieran costaría ocho kronas, y ni siquiera para eso pararían, sabiendo que en el hotel de Bruno Walter, en el kilómetro 41, podrían tomarla lo mismo. Y llegando hasta allí ya se habían salvado todas las curvas peligrosas del camino, a veces cavado en la misma roca; y por lo tanto podían brindar con tranquilidad a su salud, por no encontrarse en el fondo del abismo con la nuca rota.

Voitej terminó de almorzar, y el patrón le trajo una compota de ciruelas. El, aunque ya estaba satisfecho, seguía fingiendo buen apetito para no dar la sensación de que pensaba abandonar un mundo que tiene ciruelas tan jugosas y exquisitas.

Y a pesar de ello, esta tarde todo terminaría para él. Esta tarde saldría a pasear, elegiría las sendas más arriesgadas, subiría a una roca como para escoger un arbusto de pino; pero entonces la piedra cederá bajo sus pies y él se precipitará en el abismo. Y de ninguna manera se olvidará de tener en la mano una ramita de pino recién cortada, pues así se hará más evidente que fué víctima de un accidente fatal por haberse arriesgado demasiado sin preocuparse de que él no era un buen alpinista, y además por subir a la roca con zapatos de *lack*.

Voitej ya iba a levantarse de la mesa y abandonar el comedor, cuando desde fuera se oyó a lo lejos el zumbido de un motor. El automóvil debía estar ascendiendo penosamente la ladera, y el dueño de la fonda, escuchando el ritmo del motor, dijo:

—Debe ser un automóvil de carreras.

Acercóse entonces a la ventana, esperando ver un vehículo rojo o azul, de forma rara, que cruzaba velozmente, como un relámpago, por delante de la casa. Por eso no fué pequeña su sorpresa cuando la *limusine* paró delante de sus puertas.

—¡Una botella de coñac! — oyóse gritar en seguida, y al mismo tiempo se precipitaba en el local un hombre muy alto, vestido con un traje de cuero y enmascarado con una gorra de automovilista y grandes anteojos, que a primera vista le daban el aspecto de un buzo. Sin quitarse su "máscara" se sentó a la mesa de Voitej mirando en derredor con desprecio (aunque esta impresión podían causarla los anteojos cubiertos de polvo); se quitó los guantes.

—Sí, señor — le dijo a Voitej que lo observaba —. Se necesita estar borracho para hacer las cosas de manera extraordinaria.

El patrón le había puesto delante la botella pedida, y él sacó en seguida de su bolsillo interior un puñado de billetes de banco arrugados y los arrojó sobre la mesa.

—¡Mi último dinero! — dijo —. No es necesario que los hombres-buitres lo encuentren al saquear mi cadáver.

Luego bebió directamente de la botella, vaciándola ávidamente hasta la mitad.

—¡Y usted sonríe! — gritó a Voitej —. ¡Tiene razón! ¡A su salud, hombre feliz!

Luego llenó la copa, dejándosela para él, y ofreció a Voitej el resto de la botella.

—Gracias — dijo éste —; yo estoy por emprender una caminata. Quiero subir muy alto para traer un arbusto de pino de esos que tanto alegran la habitación en invierno. El coñac me restaría seguridad.

El desconocido se puso a reír y dijo con sarcasmo:

—Así que usted volverá a su hogar con alegría, ya que tanto se preocupa de él; en cambio yo, señor, estoy huyendo del mío.

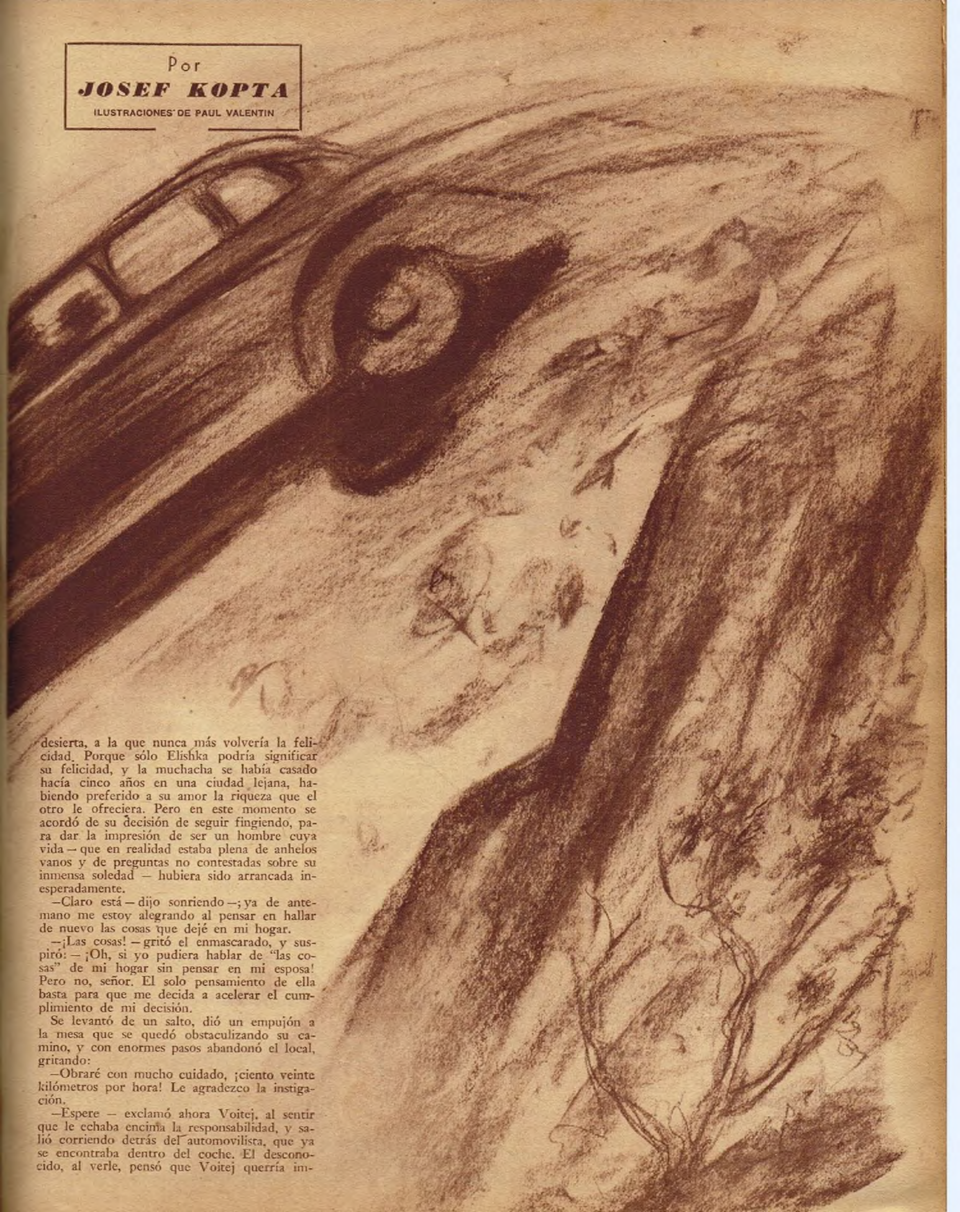
"Yo también", pensó Voitej. Y en su imaginación apareció su habitación



Por

JOSEF KOPTA

ILUSTRACIONES DE PAUL VALENTIN



desierta, a la que nunca más volvería la felicidad. Porque sólo Elishka podría significar su felicidad, y la muchacha se había casado hacía cinco años en una ciudad lejana, habiendo preferido a su amor la riqueza que el otro le ofreciera. Pero en este momento se acordó de su decisión de seguir fingiendo, para dar la impresión de ser un hombre cuya vida — que en realidad estaba plena de anhelos vanos y de preguntas no contestadas sobre su inmensa soledad — hubiera sido arrancada inesperadamente.

—Claro está — dijo sonriendo —; ya de antemano me estoy alegrando al pensar en hallar de nuevo las cosas que dejé en mi hogar.

—¡Las cosas! — gritó el enmascarado, y suspiró: — ¡Oh, si yo pudiera hablar de "las cosas" de mi hogar sin pensar en mi esposa! Pero no, señor. El solo pensamiento de ella basta para que me decida a acelerar el cumplimiento de mi decisión.

Se levantó de un salto, dió un empujón a la mesa que se quedó obstaculizando su camino, y con enormes pasos abandonó el local, gritando:

—Obraré con mucho cuidado, ¡ciento veinte kilómetros por hora! Le agradezco la instigación.

—Espere — exclamó ahora Voitej, al sentir que le echaba encima la responsabilidad, y salió corriendo detrás del automovilista, que ya se encontraba dentro del coche. El desconocido, al verle, pensó que Voitej querría im-

pedirle cumplir su decisión, que tenía meditada desde hacía muchos días, y embriagado por el coñac puso en marcha el motor.

—Espere— gritó otra vez Voitej, y de un salto penetró en el vehículo, y se sentó al lado del desconocido.

—Bájese — le advirtió el desconocido —. El motor está ya trabajando y no parará hasta el fondo del abismo. Y con las piernas rotas ya no podrá descender.

"Bueno — pensó Voitej, y empezó a gustarle la idea —. Tal vez sea mejor terminar así que fingiendo caer de una roca; por lo menos para esto se necesita más valor que para dejarse llevar simplemente".

—¿Qué ocurre? — exclamó extrañado el tío Mijal, corriendo hacia la puerta de la fonda.

Voitej sonrió para tranquilizarle, y dijo:

—Nada, tío Mijal. Viajaré un rato con él y descenderé en el kilómetro quince para desde allí subir a la roca y buscar el arbusto de pino.

—¿No va a descender? — murmuró el automovilista —; está bien, ahora me agrada a mí también la idea; moriremos los dos.

Por su parte, Voitej pensó:

"Mejor; el tío Mijal será testigo de lo que dije y testificará que mi intención era sencillamente acompañarle unos kilómetros, y que perdí la vida contra mi voluntad."

Y aun para disimular mejor, Voitej le ordenó al patrón:

—Para cenar me gustaría tener pollos fritos, si es posible.

—Sí — le respondió éste, cuando ya el vehículo emprendía su marcha fulminante.

—Basta — dijo el conductor del coche —; ya le dije que para mi empresa basta sólo un "start". Este coche no va a parar más.

Voitej estaba muy contento. El solo no sería capaz de llevar a cabo tan rápidamente su propósito, para el cual hasta el vehículo le facilitaban. Cientos de titubeos le hubieran asaltado durante su larga caminata, y quién sabe si al fin no le harían desistir antes de cumplir su última etapa. Además, en este caso tenía la ventaja de que no era él quien se suicidaba, sino que el otro iba a matarlo. Lo que él había hecho era simplemente adherirse a alguien a quien podría llamar el "Juez final". Este hombre, para él no tenía nombre, ni siquiera conocía su rostro; pudiera decirse quizá que el hombre era el destino de Voitej, disfrazado de automovilista.

Con la velocidad del relámpago salvaron la primera curva, y la parte posterior del vehículo saltó, como si quisiera anticiparse al vuelo, hasta el abismo. Era agradable para Voitej no saber cuándo llegaría el preciso momento en que esto ocurriría. Quizá en ese mismo minuto estaría pensando en Elishka, cuyo retrato estaba tocando en este momento en su bolsillo interior; de repente, el Destino enmascarado perdería el control del automóvil, y el crujir de las ruedas los acompañaría en el vuelo desde la curva a la profundidad. Pero Voitej, sacó la mano del bolsillo. No quería que lo encontraran en la actitud de su último abrazo a la que amaba.

—¿Tiene miedo? — le preguntó el otro al ver el gesto.

—No — contestó Voitej —. Espero convencerle todavía de que abandone su intención.

—Vanas esperanzas — dijo el Destino, a través de grandes carcajadas —. Primero debería convencerla a ella de que me amase.

—¿Usted la quiere? — preguntó Voitej casi con indiferencia, mientras observaba los saltos del marcador de velocidades que ya en este momento se aproximaba a los noventa.

—No lo quería confesar — contestó el automovilista con voz amarga. Pero en seguida exclamó: —Ya es la tercera vez que impide el nacimiento de un hijo mío.

—Pues divórciese entonces — dijo Voitej, cínicamente.

—Estúpido sería — murmuró el desconocido, más bien para sí mismo —. Al tercer día la seguiría arrodillado hasta el mismo infierno, pidiéndole perdón.

Oyóse ahora un suspiro amargo seguido de una blasfemia. Y después de un instante, prosiguió:

—La gente me aconseja así porque nadie conoce su boquita, sus hombros de alabastro, sus graciosas piernas; ni ha conocido el perfume de sus cabellos.

—Ni usted tampoco — incitó Voitej —, porque todo eso le perteneció a usted, no por amor, sino por deber.

—Así ha sido — respondió el otro, respirando pesadamente —; era como si ella hubiera querido vivir a mi lado haciéndose la ilusión



de que estaba con otro. No abrió los ojos, no me ofreció su boca, no me tendió sus manos, y al despertar y ver mi rostro que derribaba la imagen de su ilusión, huyó de mí. Era imposible comprarla, señor. Aceptó mi riqueza, pero excluyendo a su propietario.

—Usted pensaba — dijo burlonamente Voitej —que todo lo demás vendría después, y creyó lo que dicen en los pueblos: "ella se acostumbrará".

—Pero yo no la obligué — defendíase el hombre —. Por voluntad propia abandonó al amante pobre y se casó conmigo.

El marcador llegaba al número cien. De repente, por el cerebro de Voitej cruzó una atroz sospecha. Y tocando fuertemente en el hombro de su vecino, exclamó:

—¿De dónde era ella?

—De Praga — contestó el desconocido — Ahora ya querría el divorcio — continuó a través de sus carcajadas —. Probablemente, porque su amante se habrá enriquecido... Justamente ayer volví a buscarla, humillándome una vez más; pero ella me dijo: "Ya puedes darte por satisfecho con tal de que no te haga escándalo. Ahora podría marcharme tranquilamente con Voitej y devolverte todo lo que me has dado."

—¡Ay! — suspiró Voitej dolorosamente—. ¡Se trata de Elishka!

—Sí; de Elishka — afirmó el desconocido apáticamente —. Tengo que devolverle su libertad como un caballero.

Aunque Voitej veía que se estaba descubriendo, quiso tener la certeza. Pero en ese caos de felicidad, tristeza y horror, no encontró mejor manera para averiguar si se trataba de ella, que sacar el retrato de su bolsillo y se lo puso ante la vista a su vecino, preguntándole:

—¿Es esta Elishka?

El automovilista, insensibilizado por la velocidad de la máquina, y no pudiendo apartar su mirada un solo momento de la carretera, dejó oír un suspiro lento y doloroso:

—¡Voitej!...

Y en el mismo instante, el marcador de velocidad llegó a ciento veinte.

¿Qué hacer?, era la pregunta que cruzó imperiosamente el cerebro de Voitej, en medio del estado febril en que se encontraba. ¿Lanzarse sobre el cuerpo de su vecino para hacerle parar el coche? Eso no daría resultado. ¿Saltar, tirándose del vehículo? Eso seguramente le causaría la muerte, o por lo menos lo mutilaría. Todo esfuerzo para convencer al desconocido de que se detuviera era ilusorio, pues si antes era capaz de matar a una persona cualquiera, con mucha más razón lo haría ahora sabiendo que él era Voitej.

"Es mi destino — se dijo Voitej —; de todos modos me había de despedazar el cráneo en cualquier parte".

Pero, acordándose de cómo él quería que se ignorase su suicidio, se le ocurrió una idea que se convirtió en su última esperanza, y decidióse a hacer el experimento:

—Oiga — gritó en el oído del otro, para poder ser escuchado, a pesar del ruido del motor—; usted hablaba de portarse como un caballero, y sin embargo se está portando tontamente.

—¿Por qué? — preguntó el hombre, también en voz alta—. ¿No he preferido eliminarme para ahorrarle los disgustos y rencores que necesariamente le traería un divorcio? ¿No le estoy ahorrando acaso a Elishka los tormentos de las declaraciones ante los oídos curiosos de vecinas chismosas y hasta de los mismos jueces?

—Pero, para evitarle remordimientos, usted debía de haberle dado el aspecto de un accidente fatal — dijo Voitej en último esfuerzo y disimulando su intención —. Ahora se enterarán de todo por la botella de coñac que usted se bebió y por sus palabras alocadas en la fonda de Mijal.

—Verdaderamente tiene usted razón — replicó —; he obrado como un estúpido.

Y en ese momento apartó la vista del camino, que serpenteaba, teniendo a un lado las rocas fantasmales y al otro un enorme abismo de profundidad infinita, y levantó sus ojos hacia el hombre que le hablaba.

Pasó su vista por el rostro de Voitej, pálido de emoción, y se fijó en el ángulo de los labios donde temblaba algo sediento; algo como la única manifestación de la vida, como la única manifestación del deseo y la esperanza.

—Somos iguales en nuestro deseo — dijo, y descargando la tirantez de sus nervios dejó caer las manos a lo largo de su cuerpo.

Y cuando la máquina voló sobre el borde del camino hacia el abismo, con velocidad de relámpago, en medio de truenos diabólicos, el Destino enmascarado observaba aún el ángulo de los labios de Voitej; y en el último segundo los vió respirar por postrera vez y marchitarse luego. ◈



LA PRODUCCION PARA LA DEFENSA DEMANDA TECNICOS

"Necesitamos manos expertas y mentes especializadas"

— LOS JEFES DE LA INDUSTRIA —

En las FABRICAS

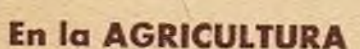
La industria fabril, tanto en las empresas pequeñas, como en las grandes, se está ensanchando, modernizando y "mecanizando." Esta gran expansión requiere el empleo de miles de técnicos en **Fuerza Motriz, Electricidad, Radiotécnica,** etc., y éstos ocuparán importantes y remunerativos puestos.





En las COMUNICACIONES

El ensanchamiento de las comunicaciones en todo Hispano-América, es asombroso. Las naciones necesitan extensas y eficaces redes de comunicación. Los vastos programas de Defensa exigen una ampliación enorme. En **Radiocomunicación, Telégrafos, Teléfonos, Radiodifusión,** etc., etc., se acentúa cada día más la demanda de Expertos.



En la AGRICULTURA

Es sorprendente el desarrollo de la producción agrícola moderna y mecanizada. Para la instalación, reparación y manejo de la gran cantidad de maquinaria que se utiliza en los campos, hay urgente necesidad de peritos en **Fuerza Motriz y Electricidad,** aplicadas a la Agricultura. Los especialistas ganan buenos sueldos.

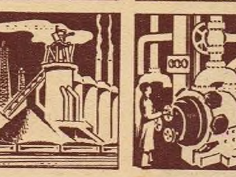


En la TRANSPORTACION

Importante actividad que ofrece oportunidades sin límite al Experto en **Motores de Gasolina y Diesel, Sistemas Diesel-Eléctricos, Aviación, Plantas Motopropulsoras Marinas, Sistemas de Alumbrado Eléctrico,** etc. El establecimiento de nuevas vías para la Defensa, pide urgentemente especialistas.

En la MINERIA Y EL PETROLEO

¡Materias primas! Este es el grito de la industria para satisfacer la demanda de producción para la Defensa. Los productos del subsuelo se hallan en todos los países latinoamericanos; pero se necesitan miles de **Técnicos** que se encarguen de la gran cantidad de maquinaria especial, necesaria para extraerlos.



En la INDUSTRIA FRIGORIFICA

La conservación de todos los productos del Continente, exige ampliación de las plantas. En estos tiempos de acrecentada producción y almacenamiento de comestibles, se necesitan técnicos en **Electrotecnia y Refrigeración,** especialistas a quienes se les pagan sueldos atractivos.

HAGA USTED ESTUDIOS RAPIDOS DE ESPECIALIZACION

National Schools, con su experiencia de 37 años, le ofrece Enseñanza por correo, teórico-práctica, comprobada en sus propios laboratorios y talleres, en: **1.—Radio, Televisión y Cine Sonoro; 2.—Fuerza Motriz y Diesel; 3.—Aviación; 4.—Electrotecnia, Refrigeración y Acondicionamiento de Aire.**

Envíe **HOY ESTE** *Cupón*

Cualquiera de estas Enseñanzas convertirá a usted en Técnico Experto, capaz de ocupar envidiables puestos en las industrias. Miles de graduados prósperos comprueban su efectividad. **¡Sea usted uno de ellos!** Envíe el cupon al calce, solicitando informes.

Mi Enseñanza lo hará un Técnico Experto



Renombrada Institución Educativa, establecida en Los Angeles, California, desde 1905, ofrece a usted las facilidades de su Sucursal en este país.

NATIONAL SCHOOLS VICTORIA 1556 Buenos Aires, Arg.

PIDA PROSPECTO GRATIS

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:

Dpto. GD 380-10

Mándeme su prospecto con datos para ganar dinero en la industria que marco con una X; así ☒

Escoja sólo una:

NOMBRE ______________ EDAD ______ RADIO ☐

DIESEL ☐

DIRECCION ______________

AVIACION ☐

LOCALIDAD ______________ ELECTROTECNIA ☐

PROV. ______________

MADELEINE OZERAY, LA ACTRIZ

Madeleine Ozeray, como todos los espíritus sensibles, es amiga de las flores. La presente fotografía es una buena prueba de ello.

Huéspedes de América

MADELEINE Ozeray puede ser calificada como una de las actrices de más vigoroso temperamento artístico del teatro francés, de ese teatro a cuyo regazo han surgido tantas figuras famosas. En Francia era *l'enfant gatée*, la mimada del público. Pues, a pesar de su juventud, Madeleine ha conocido ya todos los halagos, todos los aplausos que fervorosamente le han tributado una y mil veces. Porque cuando ella actúa, poniendo esa delicadeza exquisita tan suya, el espectador llega a "vivir" la ficción, comprende a los personajes..., se identifica con ellos. Es entonces cuando el actor o la actriz puede hablar orgullosamente de "su público". Madeleine Ozeray sabe muy bien que tanto en Europa como en América tiene "su público" que la admira y la quiere como se merece.

¡1939! El ruido de los aviones y el tronar de los cañones conmovieron el tinglado. Autores e intérpretes hicieron un alto en su labor. ¿Sería ese el fin de la "Comédie Française"? No, no podía ser. Era preciso seguir trabajando libremente, sin ruidos... Al fin y al cabo aquello no iba a durar toda la vida. ¿A dónde ir? Madeleine pensó de inmediato en la Argentina, en Buenos Aires. Le constaba que sería bien recibida en la gran ciudad "que tiene algo de París". Su corazón no la engañó. El público porteño la acogió como a una cabal representante del arte y del *esprit* de Francia, de la Francia eterna. Así igualmente siguieron su ruta la admirable Ludmila Pitoeff, Rachel Berendt, Louis Jouvet, Squinquel, etc. Se hallan hoy dispersos por América autores ilustres como Louis Verneuil, Jules Romains, Bernstein y otros muchos. Todos ellos esperan que el humo de pólvora que ensombrece a Europa se disipe. Volverán entonces a reunirse y seguirán actuando unos y escribiendo otros, con renovado ímpetu, todavía con el sabor dulce y amargo de la nostalgia.

Entreacto

Llegamos al domicilio de Madeleine Ozeray. Es ella en persona quien nos recibe, al tiempo que lanza un "¡Ah!" de sorpresa. ¡No está preparada! Sin embargo, cuando al mediodía terminó el ensayo, al pedirle que nos concediera una entrevista, nos dijo:

—Muy bien; los espero esta tarde a las cuatro en punto.

Hemos sido puntuales, pero ella no ha recordado la cita. Lleva un *peignoir* color rosa y... ¡anda descalza, con los pies desnudos, por la casa! Nos introduce en una salita. El sol que entra a raudales por el gran balcón que abarca casi toda la pared, reverbera en la hermosa cabellera de la actriz, que es de un rubio muy platinado. Algunas ondas le caen hacia la frente, dándole un aire de niña frágil y tímida.

—*C'est ennuyeux!* — exclama —. Las gentes de teatro no tenemos noción del tiempo. ¿Van a hacer fotos? — pregunta mirando temerosa a la cámara.

—Unas cuantas, si no tiene inconveniente — respondemos.

—Entonces tengo que arreglarme. Ustedes me disculparán si los hago esperar un ratito, ¿no? En seguida estoy lista. Háganse de cuenta que es un entreacto y que yo voy a mi camarín a cambiarme...

Una obra para Madeleine

En efecto, al cabo de diez minutos aparece la actriz vestida con un traje amarillo en el que se destacan unos muñequitos estampados con unas leyendas en inglés. Observándola ahora se nos antoja más menuda que vista desde la platea. La falda de amplio vuelo acentúa su talle delgado. Tiene una cara infantil con sus gestos espontáneos y su mirada sincera.



Charlando con nuestro colaborador, señor Carlos Duelo, la bella actriz, a quien Buenos Aires encanta y entristece a la vez, recuerda su actuación en el teatro francés.

Al ver que nos detenemos frente a un retrato suyo admirablemente ejecutado, nos dice:

—¿Verdad que está bien? Me lo hizo Mariette Lydis, por quien siento un sincero afecto. Fué ella también quien me preparó los figurines y decorados de mi último recital.

—¿Qué interpretó? — inquirimos.

—"Le Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc", de Charles Peguy, y "L'enfant de la haute mer", de Jules Supervielle.

—Díganos, Madeleine, ¿con qué pieza teatral ha tenido más éxito en Buenos Aires?

—"Ondine", de Giraudoux, ha sido, sin duda, la obra en que más se me ha aplaudido.

—También será la que usted interpreta más a gusto...

DE LOS PIES DESCALZOS

Por
Carlos Duelo
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

—Sí — afirma —. Giraudoux es mi autor predilecto. Con él me une, además, una gran amistad. Todas sus obras se adaptan a mi temperamento de una manera sorprendente. Esto me recuerda — continúa nuestra interlocutora — que en cierta ocasión Giraudoux estaba presenciando "Le Corsaire", de Marcel Achard, en cuya interpretación debía yo salir descalza. Al finalizar me felicitó, y al decirle yo que me encantaba actuar con los pies desnudos, me prometió que escribiría una obra especialmente para que yo trabajara a *mon aise*, es decir, sin medias ni zapatos... Esa obra maestra es "Ondine", que tanto alabó la crítica luego.

—¿Y a qué se debe esa debilidad? — le preguntamos.

—No sé — responde sonriendo —; el contacto de mis pies con el piso me da una sensación de confianza y de soltura muy grandes. Y según pudieron ver al entrar, siempre que ando por casa y mientras no haya visitas de cumplido, voy descalza...

—Pequeños caprichos de grandes actrices — argüimos.

—Por favor, no hieran mi modestia — dice burlonamente.

Preferencias y nostalgias

—¿Qué autor le agrada interpretar más, después de Giraudoux? — seguimos preguntando.

—Creo que Jules Supervielle, por lo que se asemeja al primero. ¡"L'enfant de la haute mer" es un cuento tan exquisito!

—¿Va a estar mucho tiempo entre nosotros?

—Este es, en realidad, mi lugar de residencia. Buenos Aires me encanta y me entristece a la vez porque me recuerda mi París querido. Cuando voy de paseo por Palermo se me antoja que no me he movido del Bois de Boulogne. ¡Es tan bonito! Luego, con tanto compatriota alrededor me siento como en casa.

Al hacerle referencia a la película "Crimen y Castigo", en la cual ella tuviera destacada actuación, Madeleine Ozeray declara:

—Pierre Chenal es un gran director y me agrada mucho saber lo satisfechos que todos han quedado con su labor en "Todo un hombre", que tan magistralmente dirigió. No me extraña que dicho film tuviera tanta aceptación.

—¿En qué otras películas actuó? — proseguimos.

—En "Los misterios de París"; en "Guerra de valses", con Fernand Gravey; en "El fin del día", al lado de Louis Jouvet, y en "Ramuntcho", también con Jouvet, Françoise Rosay y Paul Cambó. Esta última — nos explica — es una adaptación de la famosa novela de Pierre Loti que lleva el mismo título. Se desarrolla en el país vasco, al que tanto quiero...

—¿Es usted de allí? — interrumpimos.

—No. Yo nací en Bélgica, en Ardennes, a dos kilómetros de la frontera con Francia. Pero mi ascendencia es francesa.

—¿Qué opina del teatro argentino?

—Pues, con toda franqueza, y que conste por lo tanto que no lo digo por compromiso, me parece muy bueno. Tuve oportunidad de ver actuar a Iris Marga y a Luisita Vehil y les aseguro que quedé encantada. Son ambas dos grandes valores que nada tienen que envidiar a las mejores actrices europeas.

—¿Qué sabe del teatro de Francia en la actualidad? — interrogamos.

—Poca cosa — contesta —. Tengo entendido que últimamente se daba "Electre" y "Britanicus". Sé que Sacha Guitry, Bourdet, Cocteau y Pagnol siguen allí, pero eso es cuanto puedo decirles.

Evocación

Mientras la actriz posa ante la cámara, nos quedamos un instante meditando. Retrocede nuestra mente hacia aquellos días esplendorosos del teatro francés. Reverdecen por arte de la evocación las épocas gloriosas de la Falconetti, de Ida Rubinstein, de Mlle. Jamoi. Aquellos estrenos que habían de dar renombre a Bouhelier, a Copeau, a Lugne Poé, a Batty y a tantos otros que hicieron del "Théatre Français" un templo de sólida estructura. Hoy vemos a Madeleine como la continuadora de esa "edad de oro" que dió fama universal a la comedia francesa.

Unos cuantos fogonazos ponen punto final a la entrevista. Nos despedimos de Madeleine Ozeray, que con su *charme* y cordialidad tan francesa ha hecho muy agradable nuestra tarea. Dejamos a la actriz en la tibieza de su *petit appartement*, seguros de que si llega el día en que nos deba abandonar para volver a su tierra, añadirá el *souvenir* de su estada en Buenos Aires a los muchos y gratos recuerdos que guarda en el diario de su vida. ◈



La juventud de Madeleine Ozeray y su "charme", tan francesa, desbordan a cada paso en actitudes espontáneas y traviesas. He aquí cómo quiso posar en su "petit appartement".

"La actriz de los pies descalzos", aparece aquí en una pose sugestiva. Ese "pequeño capricho de gran actriz" fué el origen de "Ondine", la emotiva obra que Giraudoux escribió especialmente para ella.


Grandes
OFERTAS
LO QUE LA MODA IMPONE
PLATAFORMA DE 15 mm.
Art. L-14575. Regia creación, confeccionada en nobuck BLANCO o en gamuza VERDE. Taco 6 ½ cm. CON PLATAFORMA 15 mm. Nos.: del 33 al 40, a .... $ 10.90
Art. L-14582. Confeccionado en gamuza color ARENA con aplic. de cabritilla marrón, o tono en nobuck BLANCO. Taco Carioca 6½ cm. CON PLATAFORMA de 15 mm. Nos.: del 33 al 40, a..... $ 10.90
Art. L-14532. Confeccionado en nobuck BLANCO, o en fina gamuza ROJA con aplic. de cabritilla al tono. Taco 6 ½ cm. CON PLATAFORMA. Nos.. 33 al 40... $ 9.90
Art. L-14515. Elegante modelito, confeccionado en fino nobuck BLANCO o en gamuza marrón. Taco 6½ cm. CON PLATAFORMA. Nos.: del 33 al 40, a........... $ 9.90
L. 14515
L. 14532
L. 14582
L. 14575
ARTICULOS DE INDUSTRIA ARGENTINA
FABRICACION
Cosidos, Semillados
Cementados
L. 14538
L. 14535
L. 14529
L. 14530
ATRAEN POR SU BELLEZA, CALIDAD Y BARATURA
Art. L-14535. Original modelito de tiras cruzadas, confeccionado en fino nobuck BLANCO. Taco 6½ cm. con PLATAFORMA. 33 al 40, $ 8.90
Art. L-14538. Confeccionado en fino nobuck BLANCO con aplic. de cabritilla roja. Taco 6½ cm. CON PLATAFORMA. Del 33 al 40, a...... $ 8.90
Art. L-14529. Confeccionado en fino nobuck BLANCO. Taco 6 ½ cm. CON PLATAFORMA. Nos.: del 33 al 40, a........ $ 8.90
Art. L-14530. Elegante sandalia, confeccionada en fino nobuck BLANCO. Taco 6 ½ cm. CON PLATAFORMA. Nos.: 33 al 40, $ 8.90
INTERIOR: DESPACHAMOS LOS PEDIDOS EN EL DIA. REMITIMOS CONTRA-REEMBOLSO
Estos 4 Modelos
$ 8.90
GRANDES ESTABLECIMIENTOS DE CALZADO
La Saula
FLORIDA 350 - AVENIDA DE MAYO 933
Sucursales: Cabildo 2502 - Caseros 2965 - C. Pellegrini 54


SON OFERTAS DE PROPAGANDA, APROVECHELAS!
Modelos de GRAN MODA
Art. L-1227. Confeccionado en descarne gamuzado MARRON con aplic. de cocodrilo estampado al tono; modelo prusiano. Números: 38 al 45, $ 12.90
Art. L-1229. Modelo prusiano, confeccionado en becerro MARRON o NEGRO, puntera picada; de gran duración. Números: 38 al 45, $ 12.90
Art. L-1226. Elegante modelo, confeccionado en descarne gamuzado MARRON, puntera picada. Números: 38 al 45 $ 12.90
Art. L-1280. Destacado modelo, confeccionado en gum-metal NEGRO o MARRON, con bigotera y picado en la puntera. Doble suela. Números: 38 al 45 $ 12.90
L. 1227
L. 1229
L. 1226
L. 1280
INTERIOR
REMITIMOS CONTRA-REEMBOLSO. DESPACHAMOS LOS PEDIDOS EN EL DIA.
L. 1224
L. 1228
L. 1233
L. 1234
ARTICULOS DE INDUSTRIA ARGENTINA
FABRICACION Semillados y Cosidos
Art. L-1224. En descarne gamuzado color ARENA, o en descarne gamuzado color MARRON; modelo a la inglesa, puntera picada, doble suela. Nos.: 38 al 45, $ 12.90
Art. L-1228. Confeccionado en suave gum-metal MARRON PATINADO con aplic. de cocodrilo estampado al tono. Doble suela. Nos.: 38 al 45, $ 12.90
Art. L-1233. Clásico modelo a la inglesa, con bigotera, confeccionado en gum-metal NEGRO o MARRON PATINADO, doble suela. Nos.: 38 al 45, $ 12.90
Art. L-1234. Confeccionado en gum-metal MARRON PATINADO, doble suela; modelo a la inglesa, con puntera picada. Números: 38 al 45 $ 12.90
"LA SAULA" presenta la amplia y completa selección en calzado para caballeros, al precio más conveniente del país. Hormas y cortes perfectos. Materiales de primera calidad.
¡UNA GRAN OFERTA!
$ 12.90
GRANDES ESTABLECIMIENTOS DE CALZADO
La Saula
FLORIDA 350 - Avda. DE MAYO 933
Sucursales, Cabildo 2502 - Caseros 2965



Las víboras

Por ***Abelardo F. Barrera***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE ARISTIDES RECHAIN

REALMENTE, no se sabe bien cómo, pero una mañana, de golpe, dijérase por arte de magia, el campo amanece vestido con las inequívocas y bellas galas de la primavera. El campo verdea de tréboles y gramillas, los pajonales están más bravíos, los trigales se mecen en oleadas que dejan ver relámpagos de madurez, los árboles están insolentes de reventonas yemas, y allá lejos, sobre el filo del horizonte, la figura casi alada del jefe de la tropilla es como una estampa de rebelión y de coraje.

Ayer todavía era invierno. La majada había sido recogida temprano, en medio del angustioso clamor de los corderos y el acucioso ladrar de los perros. El triste balar se había ido apagando casi insensiblemente, así como sobre el corral se habían ido abatiendo las sombras, y la noche invernal había pasado sobre las cosas para no volver más.

Pero aquella mañana luminosa no tuvo en su alborada la figura difusa de don Anastasio abriendo los "lienzos" del corral para que las ovejas se echaran campo afuera. No porque se hubiera dormido, por cierto, sino porque esa mañana, presentida por el fino instinto del paisano, esa mañana, que señalaba el fin de los últimos ramalazos de los vientos invernales, esa mañana, ésa, era la señalada para el comienzo de la esquila.

❦ ❦ ❦

Los dulces ojos azules de las ovejas tenían esa huidiza expresión que les infunde el terror de los cambios en su vida siempre igual, y se atropellaban en el corral buscando el refugio de la pampa abierta y ubérrima.

En la cocina de la estancia ardía un humoso fuego de leña de oveja, sobre el que se balanceaba, colgada de un travesaño de hierro, una enorme olla de leche.

Un paquete de café molido esperaba el hervor hecho de marfiles del generoso líquido para convertirlo en sabroso desayuno, y la galleta, dura como de piedra, asomaba ventrudos contornos por la boca entreabierta de las bolsas.

❦ ❦ ❦

En el extremo de la manga don Anastasio agarraba las ovejas y las iba entregando a los esquiladores.

Los hombres, en cuclillas, trabajaban afanosamente. Las agudas puntas de las tijeras se metían en la maraña de la lana, grasosa y con abrojos, descubriendo una piel sonrosada y brillosa como si fuera del más puro nácar. De vez en cuando un tijeretazo mal calculado trazaba un surco sanguinolento en la suave piel del animal, que se estremecía asustado y lanzaba un débil y angustioso balido. Echaba entonces el hombre a un lado la tijera, y con un hisopo de lo más primitivo "sopaba" en un tarro de alquitrán y restañaba la herida.

—¡Es güeno el bleque! —comentaba zumbón alguno.

—¡Ajá! —aceptaba otro cualquiera.

Y la tarea continuaba febril y silenciosa, mientras el que había errado el tijeretazo aguantaba en silencio las pullas, esperando su turno.

—¡Lata! — gritaba un paisano que acababa de atar un vellón y lo arrojaba al recibidor. Este le entregaba una suerte de moneda de latón que llevaba un número o señal que lo hacía inconfundible, con lo que se evitaban posibles filtraciones.

Los animales, pelados y libres de sus ataduras, salían del galpón azorados y sin saber a dónde dirigirse. Daban unos trotecitos cortos y erráticos, balaban un rato lastimeramente y, por fin, se arrimaban a los congéneres todavía encerrados, como para exhibirles su dolor y su vergüenza por el despojo de que se los había hecho objeto.

Así pasó la mañana, en medio de gritos de toda laya y del chasquido agudo de las afanosas tijeras. Se almorzó, se durmió la siesta, se volvió a esquilar y, por fin, empezó la calma.

❦ ❦ ❦

—Tirá vos... —dijo Cleto.

—No, vos... —repuso Polo.

Y al rato, no más, una rueda de paisanos cercaba a los tiradores de taba.

Nadie que no haya contemplado detenidamente a un jugador de taba y estudiado su especial psicología puede representárselo exactamente. Puede ser en su vida diaria peón, domador, quintero, cualquier cosa; pero ya con el hueso en la mano se transfigura y estiliza. Bien afianzado en una pierna, sobre la que equilibra su gravedad, la punta del pie de la otra parece que estuviera tan alígera sobre el suelo que apenas fuese un punto de simple contacto; el ojo avizor es[cu]driña con certeros golpes en qué sitio de[be] caer la taba, calculando hasta los meno[res] detalles del terreno; un brazo se mueve e[n] lentos movimientos de vaivén, mientras [el] otro, como si fuera el ala tensa de un cónd[or] se mece apenas, en procura del aplomo pe[r]fecto. Y la mano, como una lanza, afinada y larga, parece que se estremeciera y quis[iera] comunicar al hueso la volición de ech[ar] suerte. Diz que fueron los griegos los pri[me]ros en jugar con el astrágalo, y realme[nte] debe de ser así, porque nada hay que se pa[re]zca tanto al estilizado discóbolo como [un] buen tirador de taba.

Polo, de dedos largos y afilados, forma co[n] la mano una especie de cuenco electriza[do] en el que tiembla la herramienta, poseída [de] la nerviosidad y del calor del juego.

—¡Trej' al tiro! —grita uno.

—¡Pago! —contesta el "rubio" Mansilla.

—¡Diej' al qu' espera! — grita insolente [un] negro gigantesco e impresionante, que no [es] del pago ni ha sido visto antes. Es un hom[bre] corpulento y como de metro y noventa [de] alto; de "mota pegada" y mirada firme [y] dura, de ojos que tienen el globo amarron[ado].

—¡Diej' al qu' espera! —repite mie[ntras] sus ojos recorren la concurrencia, y, por [fin,] se detienen en los del que tira.

Este es un paisanito como de diecin[ueve] o veinte años, de ojos verdes y cabellera [re]negrida y lacia, que le cae, ahora que se [ha] echado el chambergo a la nuca, sobre [la] frente que es blanquísima hasta el lí[mite] justo en que suele estar el sombrero. P[olo] no se inmuta; le echa una mirada como [dis]traída y lanza al aire la taba, verticalm[ente,] para recogerla de nuevo, acomodarla, y re[pe]tir su jueguito preparatorio.

—¡Diej' al qu' espera! — insiste el neg[ro] mirándolo fijamente. Polo tiene un mo[vi]miento como de recogerse dentro de sí [mis]mo; mira al negro de hito en hito y le [res]ponde tajante:

—¡Tomo!

El negro hace una pila de latas de las [que] ha recibido por su tarea de esquilar, y se [las] alcanza.

El hueso cruza el aire en una parábola [co]mo de seis metros, mientras va girando len[ta]mente en sentido inverso y cae, clavado, [mos]trando su ese triunfadora.

—¡Suerte! — grita un coro de voces [re]gocijadas, y en seguida los jugadores co[...]

y pagan sus apuestas en medio de los comentarios que ha merecido el tiro perfecto de Polo.

—¿Y qué li' ha parecido esa clavada? — le pregunta socarrón don Anastasio al negro, viendo como éste se rasca las motas de la nuca.

—¡Qu' ej' una suerte..., qu' ej' una suerte que no me haiga enojao! — rezonga el negro.

—¡La pucha qui había sabido ser bravo! — comenta el "rubio" Mansilla risueñamente, mientras el negro se mete en la enramada, donde colocara su recado y unas canastas que ha traído enhorquetadas en su caballo de tiro.

Dos minutos más tarde nadie se acuerda de él.

* * *

El inmenso galpón en que se había esquilado estaba prolijamente regado y barrido y varios candiles estratégicamente distribuídos constituían la iluminación del recinto, cuyo telón de fondo lo formaban la pila de fardos de lana cuidadosamente amontonados en un extremo.

Allí iba a realizarse el baile. Una larga fila de bancos arrimada a la pared ofrecía comodidad a los concurrentes y, contra los fardos, tres sillas de paja representaban el sitial de los músicos; dos guitarreros, de esos de acompañar, y el del acordeón, un puestero que cuidaba al tercio una punta como de mil ovejas. Al rato, no más, llegaron los bailarines; peinadas y llenas de moños las mujeres, que las había jóvenes, regulares y hasta viejas; muy lavados y compuestos los hombres, que también los había de todo calibre, enaceitado el pelo y acomodado el pañuelo.

Don Anastasio, que era el bastonero, ya había dispuesto dos o tres piezas y se preparaba a dar comienzo a una cueca cuando se apareció en esas, recortando su gigantesca figura en la entrada del galpón, el negro esquilador. Su mirada fija y penetrante, que no se dirigía a nadie en particular, parecía estar escudriñando todas las almas de una sola vez y ponía una nerviosa expectación en el ruedo.

—¿Qué quiere, Muleque? — preguntó un poco amoscado don Anastasio. El negro detuvo su mirada alucinante en los ojos del viejo capataz, y hablando lentamente le dijo:

—Quero que sepan que yo no le tengo miedo a naides; que no' í venío a bailar porque no gusto, y que si yo quero hago dentrar aquí mesmo las víboras...

Un escalofrío corrió por el espinazo de más de uno de los presentes. Hay que saber lo que era hablar de víboras en aquellas latitudes, a veinte o treinta leguas de la más cercana población y a cientos de kilómetros de Bahía Blanca. No eran pocos los casos de hallar víboras de la cruz o de cascabel, cuya mordedura resulta fatal para la gente que no opta a tiempo por el remedio heroico de allanarse a una ablación de la parte afectada.

La reunión estaba evidentemente sometida. Los músicos, suspensos; los hombres, pálidos y quietos, y las pobres mujeres poco menos que muertas de miedo. Ya el negro Muleque podía empezar su prometida terrible taumaturgia. Los brazos en cruz, los ojos en blanco, con una especie de epiléptico temblor en sus morados belfos, rojos los ollares, cayó de hinojos. Medio se volvió hacia la oscuridad de la noche y empezó a silbar una tonada de extrañas inflexiones. Y he ahí que la boca inmensa de la noche vomitó al ruedo hasta entonces alegre y bullanguero, ahora desolado y mustio, las ondulantes figuras alargadas de dos sierpes como de tres varas de largo.

Los reptiles avanzaron hacia el negro Muleque despaciosamente, como subyugados por el reclamo de su extraño silbo. Ya estaban a su lado, enhiesta y vacilante su alargada cabeza verdosa, de cuya boca inmóvil una lengüeta bifurcada y negruzca entraba y salía con velocidad indescriptible. Ya subían por sus brazos desnudos hasta el codo...

El negro, de pronto, se levantó prestamente y enrollándose los ofidios en su negrísimo pescuezo, lanzó una terrible carcajada y se alejó rápidamente en dirección a la enramada.

Nadie se movió. Un frío de muerte habíase apoderado de todos. ¿Cuánto tiempo estuvieron así? Nadie sabría decirlo. El hecho es que en una de esas, se oyeron pasos que venían del lado de las casas. Era don Marcos, el patrón, que, sorprendido, preguntó qué pasaba que no se bailaba. Todos juntos y atropelladamente le fueron contando cómo se habían sucedido las cosas.

Al principio don Marcos se rió de buena gana del susto que la inocente milagrería de aquel negro ladino les había pegado a sus peones, pero de golpe se puso serio y dió rápidamente diversas órdenes.

—¡Este negro sabandija! — exclamó —. ¡A ver! Todo el mundo a revisar sus prendas... ¡Pronto, pues!... ¡Todo el mundo a la enramada!

Pero nadie se animaba a salir, paralizados aún todos por el terror.

—¿Pero no ven qu' este bandido los ha robao?... A ver si se mueven, pues...

Pero ya era tarde. Desde el fondo de la pampa venía el acompasado tropel de las cabalgaduras del negro Muleque hundiéndose en la noche, sobre la que parecía flotar aún su siniestra carcajada... ◈



TENGRIH DE OMAHAN, poeta



Tocado con un gran turbante blanco y llevando en sus manos una esfera de cristal, Tengrih de Omahan ejercita su arte de quiromántico. El arte que estudió en Bombay.

HACE varios días recibí una invitación que decía: "Recital poético de carácter hispanohindú, a cargo de Tengrih de Omahan, su amigo espiritual. Invitan a esta exhumación poética: María Helena Casals de Tezanos Pinto, Nelly Josefina Agüero Zavaleta, Alicia Tomkinson Gorostiaga, María Isabel Sosa Laurencena, Maida Zavalla, Fanny Zulema Baron de Panfils, Susana Speratti Terán, María Rita Soler Pujol, Argentino Mitre, Floro Lavalle (h), Mariano Zavalla, Armando A. Rodríguez Huergo, Julio Hellman, Luis E. Agüero Zavaleta, Miguel P. Domínguez". En el programa figuraban poesías de García Lorca, Fernández Moreno, Amado Nervo, José Zorrilla, Oscar Castro Z., Rabindranath Tagore, Santos Chocano y del propio Tengrih de Omahan.

Como yo también tengo mis veleidades de poeta y recitadora, acudí al recital aguijoneada por la curiosidad de conocer a un nuevo artista.

Encontré más público del que imaginaba, pues había ocupada más de media platea y casi todos los palcos. El auditorio era fino y elegante.

Tengrih de Omahan es delgado, de regular estatura, con un gesto triste y un poco cansado. Su barba y sus ojos negrísimos se destacan en la palidez del rostro.

Sale vestido correctamente de frac y se toca con un gran turbante blanco. El público aplaudía y el programa se deslizaba plácidamente cuando, al llegar el segundo entreacto, todos quedamos sorprendidos. Tengrih de Omahan bajaba a la platea acompañado por otros dos jóvenes también enturbantados. El poeta traía en sus manos una esfera de cristal de regular tamaño. Y se fué acercando a todos los espectadores — uno por uno —, para leerles la palma de la mano con ayuda de aquella "bola mágica"

Como todos los que estaban cerca de mí dijeron que les había acertado plenamente, sentí curiosidad de entrevistarlo para LEOPLÁN.

Fino, amable, cortés, muy simpático. He aquí las características de Tengrih de Omahan. Quizá esto es lo que ha hecho que en los pocos meses que tiene de residencia en Buenos Aires, haya conquistado ya muchas amistades.

Apenas he cambiado con él unas palabras, lanzo la pregunta indiscreta:

—Pero... ¿usted es hindú?

Se me queda mirando con sus ojos tristes y calla un momento.

—No me vaya usted a mentir, porque le castigará Dios — le digo sonriendo.

Entonces se decide y responde:

—Soy de ascendencia hindú... Pero he nacido en la Argentina.

—¿Ha viajado usted por el extranjero?

—¡Mucho! He recorrido casi toda Europa y parte de Asia, París, Inglaterra, Alemania, Turquía y la maravillosa España.

—¿Dice que también viajó por Asia?...

—Sí. Estuve en Arabia, en la India: Beiruth, Damasco, Bombay, el Líbano... He permanecido allí mucho tiempo.

—¿Y dónde aprendió quiromancia?

y quiromántico

Por Carmen Pomés

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

—En Bombay. Allí hay escuelas especializadas en el estudio de la quiromancia y la psicometría. Yo estudié ambas cosas durante cuatro años.

—La psicometría se basa en la psicología, ¿no es cierto?

—Así es. Pero también se estudia algo de astrología, sobre todo en lo que se refiere a la luna, que es un planeta que tiene gran influencia en nuestro carácter y hasta en nuestros destinos.

—¿Cree usted?...

—¡Naturalmente! Si la luna mueve el mar produciendo los cambios de las mareas, ¿por qué no puede de hacernos cambiar a nosotros, tan débiles, al lado del océano?

—¿Ejerce usted la quiromancia como una profesión?

—Es simplemente un placer para mí. Sería incapaz de ganar un centavo explotando mis conocimientos quirománticos. Me gusta hacerlo. Veo las manos a mis amigos y a todos los que lo solicitan. Por eso, en mis recitales, bajo a la platea a leer las del público.

—¿Ha dado usted recitales anteriormente?

—En Buenos Aires, no. Los he dado con buen éxito en Corrientes. Allí también se han estrenado algunas obras mías. Piecitas, sainetes, y una comedia en tres actos. También estrené en el teatro Vera un drama basado en la guerra del Chaco y que se titula: "Marta, la loca".

—¿Ha publicado algún libro de versos?

—No, pero tengo uno en preparación que saldrá en seguida.

—¿Cuáles son sus poetas preferidos?

—Lope de Vega y García Lorca. También, naturalmente, Rabindranath Tagore.

—¿Y de los argentinos?

—Son mis compatriotas y los admiro a todos... Pero recito especialmente a Belisario Roldán y a Arturo Capdevila. Hace poco he conocido a una señorita porteña que me ha dado a leer algunos de sus poemas. Son muy hermosos y pienso estrenarlos en mis recitales.

—¿Cómo se llama esa nueva poetisa?

—Marta Mosquera Easman.

—¿Va usted a seguir dando recitales?

—Desde luego. He estudiado declamación en el Nacional de Comedia. Mi maestra fué Alfonsina Storni. Me perfeccioné en Milán, con un profesor italiano. Allí aprendí poesías de Ada Negri y del gran Gabriel D'Annunzio.

—Una última pregunta, dedicada al público femenino. Usted, poeta y admirador de la poesía, ¿qué opina del amor?

—¡Que es lo mejor que existe! — exclama entusiasmado —. Por eso no me he casado.

—¿Por aquello de que el matrimonio es la tumba del amor?

—No solamente por eso, sino porque yo sería muy mal marido. ¡Me gustan demasiado las mujeres! La última que veo me parece siempre más bonita que la anterior... ¡Son deliciosas!

Y la mirada de Tengrih de Omahan queda vagando en el espacio.

La cronista, con curiosidad puramente femenina, no ha podido resistir a la tentación. Y Tengrih de Omahan lee, complacido, en la palma de su mano, con ayuda de la "bola mágica".

CONCURSO HIPICO





Brillante actuación cupo a los hermanos Pedro y Jorge Mayorga Equioz, en la competición organizada recientemente por el Club Hípico Argentino y en la que intervinieron destacados jinetes de nuestro medio. En ella, el subteniente Pedro Mayorga Equioz obtuvo en lucido forma el primero y segundo premios de saltos variados. Por su parte, Jorge Mayorga Equioz logró, tras reñida lucha, el premio de menores, en salto de vallas. Las presentes fotos muestran a ambos ganadores en sendos momentos de su actuación.



AL MARGEN DEL CANCIONERO CRIOLLO

La magia



No siempre se contenta el poeta con escuchar e interpretar la música y las voces del mundo. Sabiéndose en comunicación con fuerzas ocultas, a veces intenta imponer su imperio sobre las cosas de la creación. En sus orígenes, el poeta fué un poco brujo. Con su canto podía violentar las leyes naturales. Calmar o desatar tempestades. Amansar a las fieras. Orfeo, antes que San Francisco, convocaba a su alrededor un milagroso auditorio de bestias extáticas. Los viejos romances castellanos, a pesar de su tono, casi siempre realista, describen a veces ese poder mágico del canto. Tal el cantar del conde Niño:

Mientras el caballo bebe,
él canta dulce cantar;
todas las aves del cielo
se paraban a escuchar,
caminante que camina
olvida su caminar,
navegante que navega
la nave vuelve hacia allá.

¿Y la canción que oyó el infante Arnaldos — otra mañana de Sàn Juan — al marinero que guiaba una galera?

Marinero que la guía
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar;
las aves que van volando
al mástil vienen posar.

El cantor suele tener conciencia del poder mágico de su canto. En todo cantor popular perdura un poco el brujo primitivo. Cree que la naturaleza le obedece.

El mismo gaucho Martín Fierro, tan despabilado de embelecos, tan realista y sobrador de experiencia, de pronto —¿quién lo iba a pensar? — cae en la tentación de creerse medio brujo y dominador de la naturaleza. Dice que cuando se sienta a cantar en el plan de un bajo y su pensamiento baraja imágenes diversas y coloreadas como las figuras de un naipe, entonces la naturaleza se conmueve y es como si se levantara un viento fuerte y temblaran los pastos.

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento;
como si soplara el viento
hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.

El cantor popular tiene fe en la virtud sobrenatural de su canción. Sabe que puede ir con ella alegrando al mundo. A su paso correrá el agua de los ríos y los árboles reverdecerán.

Vamos cantando y bailando,
alegrando esta ribera,
y verán correr las aguas
y brotar las arboledas.

La belleza del mundo se vuelve patente por las palabras del cantor. A veces, basta acertar con los nombres exactos de las cosas para que la belleza se cree, milagrosamente. Tal vez hemos visto la luna reflejada en el agua y hemos pasado de largo. Pero el poeta la nombra y la colorea, y es como si el mundo se pintara de nuevo. Así en esta copla santiagueña:

Cuatro colores tiene
la luna en l'agua:
amarilla, celeste,
blanca y rosada.

El poeta pinta al mundo y el mundo queda mejorado. Compite en este mágico oficio con el sol. (Apolo era el dios del sol y de los poetas.) Las coplas lo saben:

del canto

Por **José Luis Lanuza**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
DIBUJOS DE VILLAFAÑE



Ya viene el sol naciendo,
dicen las flores,
ya viene el que nos pinta
con sus colores.

Cuando el cantor se pone bravucón y desafiante, suele sacar de los más hondos pozos de su memoria ancestral las alharacas del brujo primitivo:

Yo soy el que pinta la uva
y la vuelve a despintar,
al palo verde lo seco
y al seco lo hago brotar.

Yo soy como el mes de agosto,
traigo viento y remolino,
hi rodao la vuelta al mundo
como la piedra 'el molino.

Yo soy como el nubladito,
vuelo al alto y vuelo al bajo,
por el verano en la puna,
por el invierno pa abajo.

Y no se contenta con colorear los racimos de las vendimias, hacer florecer los árboles y sentirse de la familia de los vientos y de los nublados. A veces espera que los astros detengan su carrera para escucharlo:

Cuando me pongo a cantar
templando bien mi instrumento,
los astros del firmamento
se han de parar a escuchar.

El canto lo ha de salvar hasta de la vejez, y, después de muerto, lo ha de proteger en la otra vida. A ratos es panacea de eterna juventud:

Yo juré no cantar más,
y canto y canto otra vez,
pues si dejo de cantar
me ha de apretar la vejez.

A ratos, salvoconducto para el cielo:

Oigan señores, escuchen
lo que dice un guitarrero,
el que se muere cantando
derechito sube al cielo.

Son numerosísimas las coplas referentes a la salvación por el canto. Ya Martín Fierro había brabuconeado con la seguridad de pasar con guitarra y todo al otro mundo:

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre...

Y los versos se acomodan en coplas, como ésta, recogida por Furt en Catamarca:

Cantando mi he de morir,
cantando mi han de enterrar,
cantando mi he de ir al cielo,
cantando cuenta hi de dar.

Morirse cantando es como tener indulgencia plenaria. Y más aun si el cantor está divertido, curado, o machado.

Echale chicha a la copa,
convidale a la cantora;
mujer que muere cantando
con macha se va a la gloria.

En las coplas del Norte se trasluce un paganismo antiguo, en esa certidumbre de bienaventuranza que va implícita en morirse en medio del festín. Vayan como final estas dos coplas del cancionero jujeño:

Cuando muera un divertido
no le recen oración,
que le canten cuatro coplas
basta pa su salvación.

Todos los que se mueren
en días de carnaval,
San Pedro les abre el cielo
porque mueren sin pecar.

Para el cantor, para el antiguo brujo de la tribu, la canción violenta las leyes del mundo. Y aun las del otro mundo. Orfeo, que amansaba las fieras con su música, violó las puertas del infierno. En las coplas populares sobreviven residuos de creencias muy viejas. ◆



UNA NOCHE CON EL PLESIOSAURIO...



SERÍAN las tres de la tarde cuando, con el camión cargado de materiales para el pozo petrolífero, llegamos a una hondonada desierta. Era ésta un enorme embudo natural, cerrado por un círculo de montañas escarpadas, sin vegetación alguna; sus laderas de piedra, desnudas y bruñidas por los vientos, dábanle un aspecto fantástico, cual si fuera el inmenso coliseo de un mundo muerto. No se veía un alma, ni siquiera un pájaro. Solamente el ruido del motor rompía el silencio con fragor salvaje.

—Aquí es — dijo el capataz deteniendo la marcha —. Esta es la marca del geólogo.

Al borde del camino había enterrada una barra de hierro, en cuya parte superior llevaba una chapa, en forma de T, que decía: "Exploración. Pozo A 189". Bajamos del camión, después de cuatro horas de viaje por el desierto de Neuquén, y, sin decir palabra, cohibidos por la pesadez de la quietud, empezamos a descargar los elementos de la torre metálica que pronto levantaríamos allí. Yo era el más lego de la cuadrilla: hacía un mes que me había "conchabado" en esa empresa petrolífera. A las cinco y media de la tarde, de aquel 14 de julio de 1928, ya estaban depositadas, sobre el pedregal, las piezas que traíamos para la perforación.

Ladislao Malajoiwiez, el capataz, era un polaco extraño. Taciturno siempre, hablaba poco y era muy exigente. Estaba continuamente encolerizado y no admitía que se le hicieran preguntas. Cuando daba una orden había que entenderla o "adivinarla"... En esos instantes miró el sol, que desaparecía tras las murallas que nos circundaban, y dijo:

—¡"Planten" la carpa!...

Un extraño presentimiento me invadió. "Planten la carpa..." No dije una palabra y tomé, como mis compañeros, un extremo de la lona, mientras para mis adentros me decía: "Si armamos la carpa, es porque alguno se quedará... Y los otros se irán... ¿Quién? ¿Quién tendrá que vivir aquí, solo, un tiempo, en medio de esta inmensidad sombría que parece aplastarnos con su imponencia espantable?..." Pocos minutos más tarde la carpa estaba lista. Pusimos en su interior un catre, algunas mantas, dos cueros de oveja, utensilios de cocina, un farol a kerosene, un calentador, una botella de aguardiente, una lata de café, otra de tabaco, además de galleta, carne, sal y una damajuana de agua potable que traíamos del río Limay. Todos nos observábamos en silencio, haciéndonos la misma pregunta con la mirada: "¿Para quién era todo eso? ¿Quién era el "sentenciado"?

Ladislao, siempre huraño, sin decir palabra subió al camión y lo puso en marcha. Los peones lo miraban, esperando una orden.

—¡Arriba! — rezongó.

Todos subieron antes de que terminara de decirlo. Yo estaba haciendo lo mismo, cuando...

—¡Quédese ahí! — me gritó —. Tenga el farol encendido por si viene "él"...

Permanecí pasmado de asombro y disgusto. Los demás peones, de pie sobre el camión, me miraban con lástima.

—¿Yo?... No tengo armas... — atiné a decir balbuceando.

—No precisa... Bandidos no hay... A veces, algún "bicho" — dijo con una sonrisa casi imperceptible; la primera que le sorprendía —. Y tenga el farol encendido... Ya sabe... Por si aparece "él"...

Todos, menos el capataz, me saludaron levantando la mano, compasivamente, sin despegar los labios. El camión arrancó con gran estrépito por las explosiones del motor, que retumbaban en ese anfiteatro de piedra, y, después de maniobrar, enfiló hacia el Norte. Lo seguí con la vista hasta que se perdió en las sombras de un desfiladero. Quedé inmóvil largo rato, con la mano tendida hacia arriba a modo de saludo, mirando, sin ver, la escotadura de la montaña por donde el camión había desaparecido. No sé cuánto tiempo estuve así, erguido como una estatua, en medio de la grandiosidad del paisaje. Miré en torno: todo allí era imponente y tétrico. En vano escudriñaba el fondo negro de las quebradas, con la esperanza de encontrar alguna manifestación de vida. Nada. No se adivinaba la menor expresión de movimiento. Las laderas mostraban sus aristas, con alguno que otro arbusto retorcido y raquítico que parecía espantapájaros.

Levanté los ojos al cielo. Nubes bajas y rojizas por la luz del crepúsculo cruzaban el firmamento, arrastradas por el viento del sudeste. Algunos picos de las montañas, a medida que se ponía el sol, se poblaban de sombras, semejando capuchones de monjes que oraban mirándose; otros, en cambio, al darles el último resplandor en sus cimas más altas, parecían enormes cabezas calvas, relucientes. Abajo, dentro de la periferia de aquel escenario, se veían enormes manchas negras que formaban las bocas de las cavernas y grutas.

Y aquí observé algo que me llamó la atención: a unos cien metros de distancia, sobre la ladera a pique, se abría un boquete que tendría veinte metros de diámetro. Pensé que sería un túnel natural, que acaso comunicara con el exterior de la hondonada, e intenté acercarme, cuando, de pronto, me pareció oír ruido en su interior y, al punto, divisé dos luces fosforescentes en el fondo oscuro. Eran dos luces, separadas entre sí por un metro de distancia en línea horizontal, y brillaban como las pupilas de los gatos en la noche... Fué cosa de un segundo, tal como si un animal enorme, somnoliento, hubiera abierto los ojos para mirarme desde su guarida. Quedé inmóvil, sin poder dar crédito a lo que había visto, esperando que se repitiera el fenómeno. Pasaron unos minutos y todo permaneció inmutable. Por fin, convencido de que se trataba de una visión fantástica, que me quitó el deseo de explorar la caverna, me alejé de ese lugar sin pensar más en eso.

Una profunda sensación de tristeza se fué apoderando de mí, contagiado por el hálito funerario que impregnaba el ambiente. He ahí, que yo era el único ser vivo, el único testigo de aquel atardecer austral, a cientos de kilómetros de la civilización. Un pequeño punto pensante frente a las fuerzas imponderables de la naturaleza. Y sentí angustia. Angustia de la soledad, del silencio, de las sombras que avanzaban lentamente, de sentirme "vivir" ante el gran misterio, como deben sentir angustia aquellos que se ven frente a frente al gran arcano que es la muerte. Y al verme solo, débil, merced al destino, notando que las fuerzas me faltaban, que me ahogaba, sentí impulsos de hablar y empecé a gritar, con frenesí demente, hasta aturdirme con los ecos de mis propias palabras, que se repetían miles de veces entre los murallones de ese claustro de granito. Al fin, después de un rato, más tranquilizado, volví lentamente sobre mis pasos, encaminándome hacia la carpa que me servía de refugio. En vano trataba de hacer composición de lugar sobre lo que me estaba pasando. "¿Quién soy yo? ¿Qué hago yo aquí? — me preguntaba —. Ladislao Malajoiwiez me ha dejado solo en un paraje desierto y bravío, ¿con qué objeto? ¿Para cuidar esas pesadas piezas de acero? ¿Por qué? ¿Quién podría robarlas?"

Encendí el farol y el calentador; preparé café, en una jarra de lata, que luego bebí de

sorbo. Lié un cigarrillo, y sin desvestirme, pues hacía mucho frío, me tiré sobre el catre, pensando en el fracaso de mi vida. Hacía pocos meses había abandonado mis estudios en el Colegio Nacional de Córdoba, para largarme a la gran aventura de la Patagonia. Y ahora estaba ahí, perdido entre montañas abruptas y desoladas, haciendo de "sereno" en una compañía explotadora de petróleo. ¡Ah, qué gran distancia mediaba entre los sueños y la realidad! El frío me iba entumeciendo. Busqué con la mano la botella de aguardiente y empiné el codo hasta quemarme la garganta. La bebida no era mala y menos para un mozo bohemio, aventurero y aterido de frío. Volví a tomar varios tragos y a sentirme más reanimado... Ahora ya no me parecía la vida tan mala. ¡Había que tener fe! Abandonaría esa empresa. Iría a "lobear" a las roquerías de Tierra del Fuego, o bien lavaría oro en Los Maitenes, en la Bahía de Sloggett o donde fuera. Si no obtenía éxito, cambiaría tabaco y alcohol por cueros de zorros y chulengos a los indios onas... Ya verían... Yo pensaba en eso, mientras en la botella, el aguardiente mermaba cada vez más... Puse el farol en el suelo; acomodé los cueros de oveja sobre el catre y me disponía a sacarme las botas, para acostarme, cuando, de súbito, ocurrió lo más extraordinario que me sucedió en mi vida...

En el silencio sepulcral de la noche, me pareció oír un rumor de profundas pisadas. Asomé la cara por la abertura de la carpa: nada se oía ni se divisaba en la oscuridad. Arriba, la Cruz del Sur y la Vía Láctea, lucían esplendorosas... Volví a sentarme en el catre, algo preocupado, cuando empezaron a oírse unos violentos ruidos que me llenaron de pavor. Aquellos golpes resonaban cada vez más intensamente, como truenos, entre esos paredones. Traté de serenarme, y salí tambaleándome de la carpa, tumbando de paso el farol, que, por suerte, se apagó. Con terribles escalofríos, dando diente con diente, caminé a tientas entre las piedras, en medio de la oscuridad... Nada pude ver. Todo había vuelto a sumergirse en el silencio. Estaba a punto de volver sobre mis pasos, atribuyendo, otra vez, lo ocurrido a mi imaginación, cuando, de pronto, oyóse un grito desgarrador, lejano, ululante...

—¡Uéééééh...!

El mismo alarido salvaje se repetía con intermitencias, rompiéndose en mil ecos. La idea de que un animal prehistórico estuviera ahí cerca, se coló en mi cerebro. Hacía poco había leído en los diarios que, en la Patagonia, una expedición científica dirigida por don Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, trataba de apresar vivo a un enorme reptil saurio, con cabeza de lagarto, cuello desmesurado y de unos nueve metros de largo... Volví entonces a ver aquellos ojos fosforescentes que había sorprendido en el fondo negro de una caverna. Recordaba ahora las palabras de Malajoiwiez: "Bandidos no hay... A veces, algún "bicho"... Tenga el farol encendido por si viene "él"..." Y veía nítidamente su sonrisa hipócrita. Ladislao era un hombre perverso... Seguramente me odiaba. Y por eso me había preparado esa trampa... De nuevo el grito aterrador se dejó oír:

—¡Uéééééh...!

El impulso de huir se apoderó de mí, pero no podía hacerlo por la oscuridad. Quise volver a mi tienda; caminando entre las sombras; tropecé y caí de bruces... Me arrastraba por el suelo, arañando las piedras con las manos ensangrentadas. Trataba de orientarme, me levantaba y volvía a caer, mientras los ruidos se hacían más intensos y cercanos. Parecían las patadas de un animal fabuloso, que tuviera su cueva en el interior de aquella hondonada. Con el oído pegado en el suelo, percibía claramente cómo el monstruo se arrastraba en su guarida. Los ruidos se hacían cada vez más estridentes y metálicos, como si el animal hubiera sacado afuera la parte anterior de su cuerpo y, con sus garras delanteras, arañara las piedras de la superficie.

Los golpes y los alaridos volvieron a repetirse varias veces, pero con menor intensidad, hasta que, paulatinamente, sobrevino después el más absoluto silencio. Así, de cara al suelo, permanecí un tiempo que me pareció de siglos. Por fin, arrastrándome penosamente, pude llegar a la carpa.

* * *

La emoción había sido tan violenta que no pude cerrar los ojos hasta el amanecer. El sol estaba alto, cuando el mismo grito de la noche anterior me despertó:

—¡Uéééééh...!

Salí de la carpa de un salto. Por lo menos ahora vería al Plesiosaurio y, tal vez, podría defenderme, ocultándome en alguna pequeña cueva. Pero... mis ojos, en vez de descubrir al monstruo, tropezaron con la cara rechoncha de Passupita, un carrero de la empresa, que, con toda la indignación de su sangre siciliana, me espetó a modo de saludo, una serie de improperios y de interjecciones que ahora no puedo reproducir...

La explicación de todo el misterio se produjo de inmediato. Ahí estaba el pobre Carmelo Passupita, con los ojos hinchados, la cara congestionada por el insomnio, el frío y la indignación, diciéndome a gritos que había pasado toda la noche, bajo la helada, a la intemperie. En la entrada del desfiladero se encontraba su chata, cargada de herramientas y de mercaderías para el nuevo campamento. También estaban sus caballos, acollarados con las riendas. Recién entonces me expliqué por qué el capataz me había recomendado que tuviera el farol encendido "por si viene él...". "El", era el chatero, al que habíamos dejado unos kilómetros atrás la tarde anterior, al pasarlo con nuestro camión. La luz del farol —que apagué involuntariamente al salir de la carpa— era para guiarlo hasta el lugar donde debía acampar... Los ruidos los producían las ruedas del carro y las herraduras de los caballos al golpear en el pedregal y que, por efectos de la acústica del lugar, provocaban las misteriosas resonancias que tanto me alarmaron... Todo era transparente como la luz del día... ¡Qué Ladislao Malajoiwiez, tan parco en sus órdenes! ¡Pobre, Carmelo Passupita, que pernoctó debajo de la chata, con la helada de unos 14°C bajo cero!... El era el autor de los espeluznantes "¡uéééééh!", interjección característica de su dialecto, que lanzaba a pleno pulmón, con la esperanza de que yo le respondiera para encontrarnos...

Al comprender todo lo ocurrido, sentí una desilusión enorme. Yo, que creí haber vivido un instante trascendental, terminé por admitir que todo había sido una curiosa y fantástica alucinación. Reconocí el daño que había hecho y cuya parte de culpa a mi imaginación se la debía... Ladislao Malajoiwiez no era el hombre que había supuesto. Después tuve oportunidad de tratarlo a fondo, y bajo su aspecto duro, torvo, de hombre hecho a golpes, descubrí que no encerraba el corazón de un malvado... Desde entonces me cuido muy bien de pensar mal de nadie. Tampoco creo en fantasmas ni en monstruos. Y además, me olvidaba decirlo, no tomo más aguardiente...



PARA UNA BIOGRAFIA

Amelia Bence no se llama Amelia Bence



AMELIA Bence se llama, verdaderamente, Amelia Botwinik. Es argentina y soltera. Ha filmado hasta ahora: "El forastero", "La fuga", "Adiós Buenos Aires", "Los caranchos de la Florida", "La vuelta al nido", "La casa de los cuervos", "Hermanos", "El matrero", "El haragán de la familia", "Novios para las muchachas", "En el viejo Buenos Aires", "El tercer beso", "Cruza", "La guerra gaucha", "Los ojos más lindos del mundo" y "Todo un hombre".

EL CINE Y LA GUERRA

Loretta Young en "China"

DENTRO del material cinematográfico de carácter dramático del año, Paramount anuncia "¡China!", una de las más emocionantes películas de actualidad que ha salido de los estudios de Hollywood. Aland Ladd y William Bendix son, en este palpitante film, dos aventureros que venden gasolina a quien se la compra, y las circunstancias del momento los arrojan en la contienda del valeroso pueblo chino contra el invasor japonés. Loretta Young, compatriota de aquéllos, logra que le presten su ayuda en la evacuación de un grupo de jovencitas chinas, alumnas de un colegio que ella dirige, de una ciudad asediada por las tropas imperiales.

En esta película el espectador puede darse perfecta cuenta de la heroica resistencia de los chinos y del funcionamiento de sus indómitas guerrillas, que acosan constantemente a las columnas japonesas, y les cortan las comunicaciones. En pocos films se ha presentado escenas de un realismo tan emocionante, como en las que



en "¡China!" han captado las cámaras, de una montaña que en su derrumbe sepulta a una columna japonesa en pleno.

John Farrow, el notable animador de la película "¡Volveremos!", se encargó de la dirección de "¡China!". A nadie mejor que a Farrow podía haber encomendado Paramount la filmación de una obra cinematográfica de tanto despliegue dramático. John Farrow militó en las filas de la marina real canadiense y con el grado de teniente tuvo ocasión, durante el tiempo que prestó sus servicios, hasta hace poco menos de un año, de familiarizarse con los famosos "comandos", y la guerra de guerrillas.

Wei F. Hsueh, famoso escritor chino, conferenciante y autoridad de reconocido prestigio en arte chino, prestó sus servicios como técnico. Las escenas donde ocurren bombardeos aéreos sobre ciudades y aldeas, con la consiguiente huída de sus moradores, reproducen hechos reales, cuyos reflejos gráficos se obtuvieron de los archivos de guerra, con lo cual se ha conseguido dar a la película una fidelidad apasionante.

CINE por DENTRO

Proceso de un "asunto"

HE aquí, en breves líneas, el proceso literario de la preparación de una película de metraje normal. El asunto puede constar de diez o quince páginas, a máquina. A veces es más breve. Su transformación en síntesis, desglosado en movimientos y algo de diálogo básico, lleva de 35 a 50 carillas. De ahí pasa al encuadre, que es la película en sí completa, lo que emplea no menos de 300 y a veces hasta 400 hojas de papel de copia de formato grande.

1×10 10×1 *Alguien dijo...*

Un buen director vale por diez estrellos...
Un buen argumento vale por diez directores...

¿Greta Garbo o Greer Garson?



DESPUÉS de haberse anunciado varias veces que Greta Garbo encarnaría la figura de Marie Curie en la pantalla, las autoridades de la Metro parecen haber resuelto otra cosa. En efecto. Ya no se habla de la estrella sueca para revivir en el lienzo a la gran sabia. Ha sido elegida en su reemplazo la delicada Greer Garson, que con "Rosa de abolengo" escaló los más altos peldaños de la fama.



Aunque parezca exagerado

Cuando se ve una película, pocas veces se sabe, a ciencia cierta, lo que ha costado filmar una escena cualquiera; a veces la menos importante, no por eso menos necesaria. Parecerá exagerado decir que, en la mayoría de los casos, para un detalle que sólo dura segundos en la película proyectada, se emplean cuatro y cinco horas para su filmación.



ENTRE ASTERISCOS



JEAN GABIN, alistado en las filas de la marina francesa libre, logró un permiso especial para hacerse cargo del papel principal de la película Universal "Pasaporte a Dakar", que se filmará de inmediato...

◆



JOAN CRAWFORD *dejó libre a todo su personal doméstico para que se ocupara en los trabajos de la defensa. Ella sola atiende los quehaceres de su casa. Además interviene gratis en audiciones del gobierno.*

◆

JOHN BOLES, antes de actor de cine, fué estudiante de medicina. Abandonó esta carrera para alistarse en el Ejército en la pasada guerra. Sirvió, durante 22 meses, a su país en el Servicio Secreto, en Alemania, Bulgaria y Turquía. Terminada la contienda, cantó con la celebrada Geraldine Farrar en varias obras.

◆



DIANA BARRYMORE *es la hija de John Barrymore y de su segunda esposa, Blanche Delrichs, conocida como escritora bajo el nombre de Michel Strange.*

◆



BRIAN AHERNE, Ida Lupino, Merle Oberon, Robert Cummings, Charles Laughton, Anna Neagle, Herbert Marshall, Ray Milland y todos los actores y directores que intervinieron en la filmación de "Esta tierra es mía", trabajaron completamente gratis, ya que todo el producto de este film se destina a la beneficencia angloamericana de guerra.



Lucas Demare estudiando con Enrique Muiño — en la encarnación de Sarmiento — y Angel Magaña — en la de Dominguito — la expresión de una escena durante la filmación de "Su mejor alumno", cuyo rodaje está en pleno actividad.

SARMIENTO EN LA PANTALLA

Lucas Demare nos habla de "Su mejor alumno"

LA filmación de "Su mejor alumno" avanza. Como se ha dicho, trátase de una película en la que vibra la imponente figura de Sarmiento y la de su hijo espiritual: Dominguito. Se nos antojaba difícil y ardua la labor de trasplantar al lienzo tan recia estampa. Quisimos saber la opinión de Lucas Demare —el director del film— sobre esta selección y la ventaja que reportaría a nuestra industria inspirarse en populares obras literarias, como ha empezado a hacerse, a partir de "La guerra gaucha", con "Todo un hombre", "Safo", "Piel de zapa", "Stella", "Valle Negro", "Casa de Muñecas", etc.

—Yo creo —nos dice Demare— que el camino más interesante y de mayores posibilidades que tiene el cine es el libro. En nuestra literatura hay un amplio campo de acción y una fuente fecunda para hacer obra cinematográfica de jerarquía y de competencia ventajosa. Claro está que el intento ofrece dificultades. Pero eso mismo debe obrar como un acicate sobre la inquietud, la voluntad y el ánimo.

—¿Tropezó con esas dificultades para la realización de "Su mejor alumno"?

—Francamente, sí. Más aun, porque no se trata, precisamente, de la adaptación de una novela. Es más bien un relato vivo de lo más importante de la vida de Sarmiento y de los personajes más destacados de su tiempo. Una versión salpimentada de anécdotas, donde se ha procurado reflejar el carácter vigoroso del gran educador.

—¿De dónde sacó el mejor material para la película?

—De él mismo. Es decir, de lo que dice él mismo de sí mismo. De sus dos libros más representativos: "Mi vida" y "Recuerdos de provincia". Ahí están retratados, con rasgos penetrantes y profundos, su espíritu, sus alientos de precursor y de modelador. Su recia voluntad, su categoría intelectual y su carácter emotivo, pero jamás claudicante. Desde luego que todo ello, al ser llevado a la pantalla, ha necesitado el aditamento de la fantasía en el porcentaje requerido por toda obra artística, que no desvirtúa ni quiebra la fidelidad anímica, cosa que se ha cuidado especialmente.

—¿A quién se debe la versión cinematográfica?

—A una acción conjunta. Han trabajado en ella muchos colaboradores. Cada uno especializado en un aspecto distinto. El histórico, el documental, el anecdóctico, el educativo, el literario y el íntimo. No menos de tres meses, sin horario, ha llevado esta investigación. Desde el comienzo del encuadre he trabajado en contacto permanente con los adaptadores, consultando toda sugerencia o modificación. Creo que ésa es la mejor manera de realizar una película dentro de su atmósfera real... Después del estímulo que me dispensaron con "La guerra gaucha" he quedado seriamente comprometido y tengo que poner todo mi empeño en no defraudar. Máxime cuando presenta muchas más exigencias este nuevo film que será de mayor metraje. Ambiente de época; reconstrucciones y caracterizaciones importantes. Autenticidad biográfica; una batalla en pantanos y trincheras, que demanda gran realismo, y la trayectoria fiel del protagonista, pulso y latido de toda la producción. Tengo la seguridad de que Enrique Muiño ha de encarnar la figura del prócer con impresionante vigor y autoridad.

Tales los apreciaciones de Lucas Demare que ha ideado, para el principio de de la película, como símbolo y a manera de prólogo evocativo, una serie sucesiva de imágenes que van mostrando los lugares donde fuera perfilándose la figura de Sarmiento, desde la niñez, mientras "su voz" comienza relatando: "Cuando yo era pequeño"

SON HERMANAS...

Mirtha y Silvia Legrand;
Mecha Ortiz y Amanda Varela;
Alicia Barrié y Elsa del Campillo;
Libertad y Amalia Lamarque;
Paulina y Berta Singerman.



Lo que hace ahora...

Charles Boyer

Charles Boyer, que es ahora ciudadano de Estados Unidos, prestó servicios en la Línea Maginot. En la actualidad forma parte de la "Caravana de Hollywood", integrada por un seleccionado número de estrellas que han vendido bonos por valor de varios millones de dólares. Reunió fondos para la ayuda del Ejército y la Armada. Apoya a los franceses libres. No hace mucho pronunció un brillante discurso en el programa de Ayuda de Guerra, en el Madison Square Garden.

Capítulos de una autobiografía novelada
que reunió y ordenó

Carlos V. Warnes

ESPECIALMENTE PARA "LEOPLÁN"

NIÑERA, A QUIEN LE GUSTEN LOS CHICOS, SE

ILUSTRACIONES
DE VILLAFAÑE

NADA hay como una conducta honrada, solía decir mi padre, y para demostrar con los hechos sus palabras, detrás de la sentencia narraba la anécdota, siempre la misma y con idéntica moraleja.

Muchos son los años transcurridos, pero me parece estar escuchándole por primera vez su cuento favorito.

—Jamás olvidéis, queridos míos — decía mi padre —, que una mentira obliga a otra, y que muchas situaciones que se arreglan confesando la verdad pueden llevar a uno a la horca si se deja tentar por el demonio.

Interrumpió su charla para probar el funcionamiento de una ganzúa que estaba perfeccionando, y una sonrisa de satisfacción le ensanchó el rostro al ver que la cerradura de triple combinación que utilizaba para su experimento rendíase mansa y dócil ante la suave presión del delicado instrumento creado por su cerebro privilegiado.

—Ahí tenéis vosotros el ejemplo de mi hermano Richard... Vuestro desdichado tío se introdujo cierta noche en la casa de una millonaria, a la cual creía poseedora de una riquísima colección de brillantes. Estaba Richard trabajando en lo suyo y poco le faltaba para dar con la combinación de la caja, cuando apareció la dueña de la casa, dejando apenas a mi hermano el tiempo necesario para ocultar las herramientas propias de su oficio.

"—¿Quién sois y qué hacéis en mi casa?" — preguntó la mujer, y sin reflexionar un instante, vuestro tío repuso:

"—Estoy aquí, hermosa, porque ya no puedo mantener en secreto la pasión que me devora... ¡Os amo locamente y he venido a arrancaros el dulce "sí"!"

Mitad halagada por aquellas palabras que nunca había escuchado en sus cuarenta y ocho años de vida, y mitad por no desperdiciar la oportunidad que se le presentaba, la mujer invitó a mi hermano con unas copas. Luego puso unos discos en la victrola, después hablaron de las respectivas inclinaciones, pronto la conversación abarcó temas insospechados, y el resultado de todo fué que al día siguiente quien llegó en busca de unos brillantes tenía una esposa, que a la postre ni era millonaria ni tenía brillantes. Nada era verdad sino sus cuarenta y ocho años, aunque representaba sesenta, pero ese detalle poco o nada consolaría a vuestro tío. Ved, pues, cómo una mentira trastorna a veces toda una existencia de la cual, como en el caso de mi hermano, podían esperarse maravillas en la profesión que heredamos de nuestros mayores...

Si hoy recuerdo y repito el cuento de mi padre es porque entre los viejos papeles familiares hay una carta de mi primo Inocencio, carta que creo es la última que escribió, porque luego le trasladaron a las Guayanas, lugar famoso, entre otras cosas, por su deficiente servicio de correos.

Dice la carta de Inocencio: "Querido primo Luciano — se trata de mi hermano Luciano, a cuyas manos no llegó la carta por una coincidencia (1) —, no es precisamente un reproche lo que quiero hacer a tu padre, pero sinceramente creo que es a él y no a mí a quien corresponde la condena que ahora me tiene entre rejas. Recordarás cuánto insistió siempre acer-



NECESITA...

ca de observar una conducta honrada, y fué así como sugestionado por sus palabras resolví cierto día apartarme de los negocios familiares e instalar una agencia de colocaciones. Es verdad que en su comienzo, y gracias a mi sabia administración, la agencia me proporcionó grandes beneficios, y no es menos cierto que merced a mi ingenio pude solucionar en parte el problema del servicio doméstico, que afligía a los hogares de Lío Traslío. Recordarás que hubo un tiempo en que en nuestra querida ciudad resultaba poco menos que imposible agenciarse una cocinera, mucama o niñera, y para nadie es un secreto que muchos de nuestros conciudadanos optaron por casarse con sus sirvientas antes de correr el riesgo de verse obligados a guisar sus comidas y a lavar los platos, aunque también es sabido que a muchos de ellos les resultó peor el remedio que la enfermedad y actualmente guisan para una familia entera, y si antes salían del paso lavando un par de medias y dos camisas, ahora dedican varias horas de su descanso a fregar de firme en la pileta.

"El éxito de mi agencia de colocaciones debíase a una vasta red de comisionistas en el interior y en el exterior del país. Gracias a ellos podía yo satisfacer las exigencias de mi clientela, y era suficiente enviar un cable a mi agente en Berlín para tener al poco tiempo una institutriz alemana; unas líneas a mi encargado de negocios en Berna, para conseguir un matrimonio suizo, experto en labores de granja y ajuste de relojes; o un llamado telefónico a mi representante en Laponia, para proveer de obreras al frigorífico local. Un trabajo limpio, cómodo, sin angustias, y que me proporcionaba buenos ingresos, sin necesidad de escalar muros, utilizar ganzúas, cargar linternas eléctricas y sopletes, como lo viera hacer desde mi infancia a los seres que me dieron su nombre.

"Pensaba yo en tu padre y en cuánta razón tenía al aconsejarnos, cuando una infausta mañana recibí un pedido difícil: un matrimonio con cuatro hijos pedía una niñera y estaba decidido a pagar cualquier precio por una mujer dispuesta a cargar con el trabajo de limpiarlos, darles de comer, pasearlos y dormirlos, trabajo para el cual, grave falla de la naturaleza, no basta una sola madre.

"De inmediato transmití a mi red de agentes del interior del país la orden del día, pero parece ser que la oferta no satisfizo a las mujeres que buscaban trabajo, porque pasaban los días y no había noticias de la heroína dispuesta a cargar con los cuatro chicos de mis clientes. Perdidas las esperanzas de hallarla en la república de Lío Traslío, lancé el S.O.S. a mis colaboradores de los países cercanos, de todos los cuales obtuve la misma respuesta: "Para cualquier trabajo, pero con chicos, no".

"Estaba en juego mi reputación y el crédito de la agencia de colocaciones, y no vacilé en movilizar a toda mi gente. En un solo día di a la Compañía de Teléfonos una ganancia que permitió aumentar los sueldos al personal y dar suculentos dividendos a sus accionistas, y todo el mundo se enteró de que en Lío Traslío necesitábase una niñera para un matrimonio con cuatro hijos. Y todo para nada. Unas, porque no querían embarcarse; otras, porque ya tenían ellas bastantes hijos para ocuparse de ajenos; las de allá, porque exigían contrato por quince años y garantía en depósito, y las del otro lado, porque sus parientes insistían en viajar con ellas y con todo pago y casa instalada. ¡En una semana perdí el apetito, el cabello, el buen humor y una montaña de dinero, que era lo más difícil de recuperar!

"Finalmente, y a dos pasos del suicidio, llegó un cable de Borneo:

"Creo que tengo niñera. ¿Importa que sea negra? Conteste urgente. X 23".

"Corrí a la casa de mis clientes y les comuniqué la nueva. Una rápida consulta familiar les puso de acuerdo, cosa que no dejó de maravillarme, y el resultado fué que contesté a mi agente:

"El color no interesa. Clientes insisten en que a la niñera le gusten los niños. Espero impaciente. Inocencio".

"La otra punta del cable me llegó inmediatamente:

"Consulté con mujer. Los niños le gustan hasta delirio. ¿Va? X23".

"Le contesté con la economía que me aconsejaba mi caja exhausta:

"Venga. Inocencio".

"Aquella noche recuperé el buen humor, el apetito y el sueño. El cabello, no, pero ¡qué diablos, la felicidad nunca se consigue completa!



"Llegó la negra y yo mismo la llevé rápidamente a la casa donde la esperaban cuatro niños que, algún día, recordarían a la buena negra que pacientemente guiara sus primeros pasos. La dejé en el hogar, cobré mi comisión y regresé a la agencia con la satisfacción que da el haber procedido con esa honradez que tanto cacareaba tu padre.

"¿Fué culpa mía, querido primo Luciano, si luego resultó que la negra era antropófaga y aquella misma noche se engulló a uno de los chicos? ¿Podía yo sospechar que cuando el agente X23 me dijo que a la negra "le gustaban los niños" era porque los prefería fritos, asados o en escabeche?

"¿Verdad que esas son cosas del destino y yo resulté juguete del mismo y un intermediario inocente? Bueno, si estás de acuerdo conmigo, procura entrevistarte con el juez que me condenó y convencerlo de la injusticia cometida. Te saluda tu desdichado primo que desearía verte, pero no en esta casa. Inocencio.

"P. D. En cuanto a tu padre, dile que este asunto lo discutiremos un largo rato. Vale."

. . . .

Dejo nuevamente entre los recuerdos familiares la carta de mi primo Inocencio, curioso documento que prueba que, siquiera una vez, hubo alguien que paró en la cárcel sin premeditación ni alevosía. Y aunque melancólicamente recuerde una vez más el viejo cuento de mi padre, creo que los de nuestra sangre tienen un destino que cumplir y lo cumplen, ocurra cuanto ocurra... ◈

---

(1) La coincidencia fué de impresiones digitales, pues las de mi hermano Luciano resultaron idénticas a las que un policía entrometido encontró en una pistola cuyas balas, a su vez, halláronse dentro del cuerpo de otro policía. (Véase Archivo Policial de Lío Traslío. Tomo IV, Pág. 28 a 745.)

Sin compás

COSAS RARAS, CURIOSAS, ILUSTRATIVAS.

PELOS INDIOS El doctor Morris Steggerda, del Instituto Carnegie, de Wáshington, demostró que el pelo de un indio *hopi* es de mayor diámetro que el de un *maya*, un *navajo* o un *suñi*. Esto, a primera vista, puede hacer pensar en que a veces los sabios suelen perder el tiempo. Pero, a segunda, debemos considerar de importancia todos los medios para dilucidar el origen de las diversas agrupaciones humanas.

CURIOSIDAD

Cada inglés consume por término medio, al año, treinta y nueve kilos de azúcar, y cada norteamericano, veintiocho.

VASO DE ESMERALDA

Entre las joyas que se encuentran en la catedral de Génova, hay un vaso del siglo XIII, tallado en una sola esmeralda, de 25 centímetros de diámetro por 15 de alto.

DIRECTA

—Yo, mamá, no quiero casarme.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque soy demasiado ignorante.

—Eso no importa. Los hombres no aman a las demasiado inteligentes y superiores.

—¿Crees, entonces, que todos los hombres son como papá?

DESGRACIA CON SUERTE

El capitán C... tiene un asistente en su casa particular que, dicho sea de paso, es un perfecto burro.

Ayer, sin ir más lejos, estaba el capitán leyendo tranquilamente un diario, cuando de pronto,, ¡zas!..., siente un estrépito en la habitación contigua.

¿Qué era?

Lo de siempre: que el animal de su asistente había hecho mil pedazos un busto de yeso.

—Perdón, mi capitán.

—¿Qué has hecho?

—Se me ha caído el busto...

—Basta — le interrumpe el capitán —. Para que aprendas te voy a dar ocho días...

—...el busto de su señora suegra, mi capitán...

—...ocho días de permiso.

RESPUESTA

—¿Por qué lloras, angelito?

—¡Porque mamá me ha pegado!

—¿Y por qué te ha pegado tu mamá?

—Por hacer como usted: meterme en lo que no me importaba.

DIJO TEOFRASTO:

La belleza es una engañadora que dura poco.

DEFINICIONES SOBRE EL AMOR

El amor identifica a las almas: la confianza es la base del amor; la tolerancia lo alimenta y lo conserva.

S. CATALINA.



OJO POR OJO.... por González Fossa

SOLAMENTE A MONICA NO TE OIGO CHARLAR

SOLAMENTE ENFERMO ESTAS EN CASA

SE SUICIDO

Este hombre, Severo Agarrate Catalina, sufrió una crisis de desesperación cuando le propusieron que se casara con "la mujer hermosa" (no sabemos si se trataba de la que aparece hoy en estas páginas). Empezó a gritar desaforadamente contra la belleza de las mujeres, y se trepó a una gran altura para lanzarse al espacio. Antes de matarse, dijo que no hay peor desgracia que una esposa linda, que él ya había tenido tres, que las tres se le habían escapado y que prefería la muerte a casarse ahora con "la mujer hermosa". Creemos que, en su caso, le asiste un poco de razón. Pero nosotros hubiéramos preferido... la mujer hermosa.

¡IMPOSIBLE! ***Un nuevo rico visita el comercio de un anticuario. Este le enseña un ánfora griega, y le dice:***

—Aquí donde usted la ve, tan insignificante, esta ánfora tiene dos mil años.

—¿Dos mil años? ¡No puede ser! ¡Si estamos en 1943!

TENIA MONAS

A mirar la facha rara
De un borracho me paré,
Y él dijo: —¿Qué quiere usté?
¿Tengo monos en la cara?
Y ante otras muchas personas
Que había allí en derredor,
Le respondí: —No, señor,
Lo que usted tiene son "monas".

V. MARTINEZ.

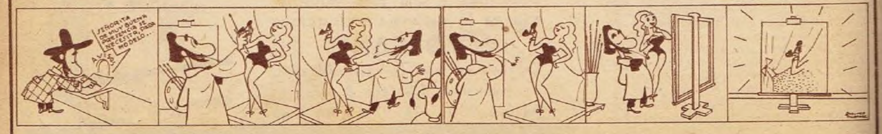
CHURRUCA EN TRAFALGAR

En el famoso combate naval de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, el gran marino español Cosme Damián de Churruca dió pruebas de una entereza extraordinaria. Comandaba el buque "San Juan", de la escuadra francoespañola, cuando en pleno combate contra la escuadra inglesa, dirigida por Nelson, una bala de cañón le llevó una pierna. Hizo colocar un barril de harina en la cubierta, apoyó su herida sobre la harina para evitar la hemorragia y también para poder mantenerse de pie, y continuó dando órdenes y alentando a los combatientes hasta que cayó del barril y murió.

LA MUJER HERMOSA

Esta magnífica muchacha es nueva; nueva como artista consagrada. Ha comenzado a actuar en los estudios de la Metro y se llama Susana Peters. También es nueva como "mujer hermosa"; antes era una simple aspirante a estrella, y ninguna aspirante vale gran cosa; en cambio, todas las estrellas valen mucho. Gajes del oficio. Pues hasta la belleza depende del color del cristal con que se mire. (Lástima que aquí no podemos mirar mucho, porque Susanita se ha puesto un vestido un tanto excesivo...; a pesar de eso creemos que el lector la encontrará hermosa).

PINCELITO PURAPOSE — **Técnica moderna** — **por DOMINGO VILLAFAÑE**



ni ritmo

PINTORESCAS Y HUMORISTICAS

PERLAS DE COCO A veces se encuentran perlas en los cocos, pero carecen del lustre y la belleza de las que se forman en las ostras, aunque son similares a ellas en composición química. Es bien posible que pronto aparezca el técnico lustrador capaz de darles el valor que necesitan para colocarlas a la altura de las legítimas.



ROSSINI "SOBERANO"

El autor de "El barbero de Sevilla" y de "Guillermo Tell" fué hijo de padres pobres y tuvo una juventud llena de privaciones. Luego pasó casi toda su vida en la capital de Francia, donde obtuvo, por mediación de Napoleón III, honores jamás vistos.

Una noche, encontrándose en el teatro, el emperador supo que allí estaba Rossini y lo llamó a su palco. El célebre compositor se presentó, excusándose de no estar vestido de etiqueta.

—¡Oh! — respondió el emperador —. ¡Entre nosotros, "soberanos", no es necesaria tal cosa!...

MAL ENTENDIDO

—¿Qué le regalaste a tu novia?

—Un anillo.

—¿De compromiso?

—¡Bárbaro! De oro con letras dentro.

HISTORIA SAGRADA

—Di, mamá: ¿por qué Jesús, al resucitar, se presentó primero a las mujeres?

—Porque quería que la noticia corriera con la velocidad de un rayo.

DE LA MUJER

Las mujeres no tienen mayores enemigos que las mujeres.

— (Duclos.)

EN UN CONCIERTO

Un entusiasta. — *Esa sinfonía es hermosísima, pero sumamente difícil.*

Un indiferente. — *La lástima es que no sea imposible.*

PROBLEMA SIN SOLUCION

El (*con acento rendido.*) — De buena gana yo daría toda mi fortuna con tal de que fueras mía.

Ella (*muy práctico.*) — Pues, querido, te aseguro que si hicieras tal tontería, yo nunca sería tuya.

DE LOS CELOS

En todos los tiempos y países, el celoso descubre, a pesar suyo, sus sospechas. — **QUINAULT.**

PREVENCION

—¡Cómo! ¿Dices que estás cargado de deudas y compras un automóvil?

—Pues precisamente por eso: para huir de mis acreedores.

REFRAN ESPAÑOL

Quien delante me dice señor y detrás necio, o me ha vergüenza o miedo.



—¡Ah! ¡Ya sé por qué viene usted aquí ahora! ¡Es por esta rica torta de chocolate!

NO BAILE ASI

En las anteriores fotos fueron fijados los terribles momentos en que los bailarines cometían tremendas faltas en el arte de la danza; pero ninguna falta tan desgarbada como ésta. Se diría que se trata del inesperado encuentro de dos enamorados que han venido corriendo el uno hacia el otro, han chocado y se están abrazando con frenesí. Sin embargo, sólo es una figura de danza; ella se abraza al cuello de él para no caer, y él trata inútilmente de desasirse. Lo que sucedió inmediatamente después resulta mucho más inesperado que todo esto. Alguien gritó: "¡Un ratón!", y... (Véase el próximo número).

INDIRECTA

Paseábase un joven con su novia sin hablar una palabra. De pronto encendió un cigarrillo.

—Yo creí que usted no fumaba —le dijo ella.

A lo que él contestó:

—Sólo fumo cuando estoy aburrido.

EL TEATRO POR DENTRO

Luego de haber medido las piernas con una cinta métrica, el "manager" procede a ponerles medias. Medias que no se deshagan con las desenfrenadas danzas bataclánicas de una revista teatral moderna, que no se les corran puntos, que no se bajen y arruguen y que no signifiquen un elevado presupuesto para la empresa, como el altísimo presupuesto de medias con que las mujeres de hoy agobian a los maridos que no saben o no se atreven a ponerlas en vereda. Pues, por lo general, son ellas las que ponen en vereda a sus maridos.

DESCONFORMIDAD

El padre hace una serie de violentos reproches a su hijo por haberse dedicado al teatro.

—¡Miserable! — exclama furioso —. ¡Quieres deshonrar mi apellido en las tablas!

—No, padre; trabajaré con seudónimo.

—Muy bonito... Y si tienes éxito, nadie sabrá que soy tu padre.

PROVERBIO ARMENIO

A quien diga la verdad dale un caballo, a fin de que pueda huir después de haberla dicho.

NAPOLEON Y LA MOMIA

Siendo aún muy joven, Napoleón Bonaparte estaba al frente de un ejército francés, en Egipto, con el grado de general en jefe. Cierto día fué descubierto un sarcófago donde descansaba, momificado, uno de los faraones que reinaron en los tiempos más gloriosos de Egipto. Napoleón miró la momia, y le dijo:

—Has dominado poco. Yo, con tu poder, ¡conquistaría el mundo!

Años más tarde, con más poder que el faraón, intentó la empresa, pero fracasó en Rusia y en España, y terminó en Waterloo.

PRETENSION

La adivina. — *Lo veo a usted haciendo un viaje alrededor del mundo.*

El cliente. — *¿Y no puede decirme quién es el que lo paga?*

JACINTO PIESFELICES *Un martes 13...* **por CAO**



"EL BICHO ENJAUBLAU"



Por ***Alejandro J. Lerena***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIÓN DE M. ALFONSO

De todos los peones que trabajaban en la estancia, sin duda alguna, Agustín Morón era el más gaucho. Mi amigo, el dueño de "Los Ñanduces", me lo indicó como una reliquia.

—Tirale de la lengua y te vas a dar cuenta de por qué suceden algunas cosas en el campo.

No tenía muchas esperanzas de encontrar un gaucho a doscientos kilómetros de la capital.

—Me parece muy joven para que sea tan gaucho...

Ramón Corrales sonrió:

—Reconocido por los viejos de la estancia. Con decirte, que el solo hecho de tenerlo en "Los Ñanduces" es para mí como una tarjeta de presentación en todo el pago. Saben que el gaucho Agustín Morón está a mi mando y soy considerado el doble. Eso te dice claramente de qué hombre se trata...

—¿Y cómo ha ganado ese prestigio?

—Nobleza y valor.

No era Ramón persona de ponderar porque sí. Tuve deseos de conocer al "mentao".

—¿Noble?

—Incapaz de una bajeza... Y lo más desprendido que he visto en mi vida. Vacía el tirador en las manos del primero que precisa ayuda. El dice que los hombres vinieron "p'ayudarse".

Ramón hizo una pausa:

—¿Te acordás que hace dos años estuve por casarme?...

Sonrió. Había estado por casarse con una muchacha totalmente diferente a él. Continuó:

—En ese tiempo me entró la fiebre de hacer plata... ¡Taba hecho un gringo!

Prosiguió:

—Fué el crédito de mi estancia el que me hizo volver a la realidad. Tuve la desvergüenza de ponerle treinta días de plazo para pagar los arrendamientos a un hombre que trabajaba unas cuadras de campo pasando el arroyo. El hombre me pagó antes del término fijado con los pesos que le dió Agustín... ¡Fué como si despertara de una pesadilla!

Ramón respiró hondo. El solo recuerdo de la historia lo molestaba.

—¿Es campero?

—¡Camperazo!

—¿Me imagino que ha de ser domador?

—Te equivocas. Sólo doma su tropilla. ¡Ah! Porque tiene tropilla de un solo pelo... ¡Creo que ha de ser la única ostentación de su persona! Pero... — Se echó a reír: —... ¡Es tan güenazo que dos por tres regala un malacara! ¡Qué hombre!

En realidad, actualmente, es humorístico el desprendimiento. Mi amigo Ramón sabía que yo era un admirador de los hijos del pasado de esta tierra; y me ofrecía el personaje deleitándose de la magnitud del regalo.

—¿Valiente?

—He visto hombres agayudos, pero no recuerdo ninguno capaz de hacerle sombra a éste...

—Che... ¿Y de qué pelo es el hombre?

—Del mismo que yo.

—Y que yo, entonces.

—Sí. Es de los que están buscando.

Yo sabía bien lo que quería decir: "es de los que están buscando".

Ramón hacía referencia a un movimiento que nosotros esperábamos. Movimiento que sin contar todavía con una bandera, se esbozaba rápidamente en el pueblo.

—Me gustaría conocerlo.

—Ya debía estar aquí. Pero si querés pulsarlo en su cuerda más sensible, hablale del zoológico...

—¿Del zoológico? —repetí yo, extrañado.

—Sí. Una vez lo llevé a la capital...

—¿Andaría "boliado"?

—Se defendió bien, pero el zoológico le dejó una güeya honda...

—¡No digas!

—Noté una tristeza grande en su cara cuando salimos. Parecía más viejo... Adentro, había mirado todo con mucha atención pero sin comentarios... Después me enteré.

—¿Qué le había pasado?

—Habían prendido a un muchacho que se "disgració"... Y se comentaba que le "darían" por lo menos cinco años. A raíz de esto, sentí hablar a Morón de la prisión de los animales... ¡Mirá! "Ai" viene...

Montado en un malacara prolijamente tusado, se acercaba Agustín Morón.

Moreno. Pelo lacio. Chambergo echado a la frente que deslizó a la nuca cuando estuvo más cerca. Camisa blanca remangada. Poncho de vicuña en el hombro izquierdo, haciendo equilibrio. Un pedazo de mango de guampa le daba algunas arrugas a la camisa que el viento inflaba. No usaba espuelas. Cuerpo flexible. Pómulos ligeramente salientes. Los labios, más bien gruesos y con un ligerísimo desliz amargo hacia la barbilla.

—Güenas tardes —dijo, al tiempo de desmontar.

Debido a su cuerpo flexible, imaginé que debía tener el paso nervioso. No estaba en lo cierto.

Caminaba pesadamente y dejando caer los hombros.

—¿Cómo te fué con el encargo? — preguntó Ramón.

—Bien y mal. El hombre vendrá; pero arrecién dentro 'e tres días. Ta bañando...

—No es nada. Che, Agustín... Te voy a presentar un amigo.

Nos presentó:

—Agustín Morón. Pa servirlo.

* * *

Se supo que al "gurí" le habían "dao" cinco años.

Al resplandor del fogón criollo, palideció el gaucho. Así como una pequeña llama se va agrandando a medida que la charamusca la rodea, igual que el ruido sordo del río cuando anuncia la creciente, así se fué inflando el alma del paisano. Agrandó el pecho. Mordió el cigarro. Le pareció que le incomodaba la golilla en el cuello, y se echó el nudo sobre la garganta.

Empezó pausadamente a meditar en voz alta. Las sombras que rodeábamos al fogón hicimos silencio: Hablaba el gaucho:

—Es muy potriyo el "gurí" pa que lo domen con espuelas... ¡Cinco años encerrao! Ansina no se saca caballo... Siempre será medio redomón y de cuidarse 'e las patas. Y si no sale ansina, salirá manso. ¡Demasiado manso!

La brasa de su cigarro corrió hasta quemarle los labios.

—¡Perder la libertá...!

La voz del paisano sonó como la de un santo que dijera: ¡Perder el cielo!... O la de una madre: ¡Perder el niño!...

Los ojos pequeños quisieron salirse de sus órbitas. Parecía un bicho de monte acorralado por los perros.

No se dirigía a nadie.

—¿Ha visto aparcero, el dolor grandote del potro cuando siente en su lomo el peso del jinete? ¡Dende las pezuñas libres se le enrieda por las patas y le llega hasta las crines del pescuezo un temblor angustiao! ¡Como si un rayo le hubiera dentrao por los ojos y le ricorriera las entrañas! ¡Y pelea, quiere matar, matarse...! Y, al fin, güelve redotao. Dolor grandote, aparcero... Menos grande, si pensamos que dende ese día s' ihace amigo del gaucho...

Gotas de sudor relucían en la frente del paisano.

—A hombre que se disgracea, tamién le quitan la libertá. Pero el hombre debe consolarse dejando juir el pensamiento entre las rejas. Además, ¡que pa algo le dieron lágrimas! ¡Pa algo esperanzas y rencores!

El fogón había empalidecido.

Agustín Morón entornó los ojos. Su cara decía de temor, angustia supersticiosa, enfermedad. Todo se retrataba en su rostro.

La pesadilla se deslizó ante él:

—Es un enrejau. El bicho apenitas puede dar unos pasos y golver. Queda tan chico como pájaro en su jaubla.

El bicho era como tres ovejeros... Y teniá las cerdas como gato 'e monte.

No miraba a naides. ¡Teniá envainao en la cabeza el filo d 'iun sólo pensamiento! D'iá ratos, le silbaba entre los dientes un gemido fugau...

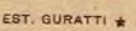
Ni sé el tiempo que haría q 'estaba allí... Años, en una d 'esas...

¡Eso es pior que un reservau que apriende a tomar agua en tina! ¡Es pior qu 'iún cristiano que lo duebla el sobeo 'e cinco años de cárcel!

¡Era bicho 'e monte! ¡Nacido pa la libertá! ¡P 'hacer fiera! Disgraciao..."

El paisano se incorporó e hincó los talones y los dedos en la tierra.

—¡Ojalá juese hembra machorra pa no traer al mundo hijos enjaublaus! ◈



DIA DE FIESTA PARA LA INDUSTRIA ARGENTINA

apareció

Huella

PRIMERA MAQUINA DE ESCRIBIR **ARGENTINA**



Cuando Ud. utiliza un producto ARGENTINO, está efectuando un depósito en la caja de ahorro de sus propios hijos.

ALGUNAS DE SUS CARACTERISTICAS

Su mecanismo de escape sencillo y de gran precisión, contribuye en gran parte a su velocidad (más de 20 letras por segundo) y su sencillez, evita roces y desgastes prematuros.

Tiene tabulador decimal automático de funcionamiento delantero, con palanca para borrar topes individual y borrador total de topes, así como un mecanismo sencillo y práctico de "freno" que permite controlar la velocidad que se desea imprimir al carro con el funcionamiento del tabulador.

FABRICADA POR

PADIN, VILLAGRAN & CIA.

RECONQUISTA 220-228-230 - BUENOS AIRES

Componentes de la Firma: F. J. PADIN - A. C. PAVERI - V. PEREZ - F. VERSTRAETEN - S. VILLAGRAN

D. NICOLAS SALMERON

por Niceto ALCALA ZAMORA
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

El filósofo, el político, el jurista y el hombre

La máquina espiritual de cada existencia humana sostiene y sufre el forcejeo constante en la pugna y alternado en los triunfos, entre el motor, que es el ímpetu de las pasiones, y el freno, que es la moral de la educación: en D. Nicolás todo lo involuntario embravecía el oleaje del apasionamiento, y todo lo deliberado alzó y le opuso el dique de la filosofía. Nacido en Alhama la Seca (Almería), sentía y mostraba como los más de los andaluces, y como otros muchos españoles, el atavismo de lo musulmán y árabe; luego el viento de Africa, cercano y violento, cálido y seco, había hecho más que tostar aquellas nobles sienes, llegando a la sustancia del cerebro en el interior del gigante mental. Pero más tarde, profesor de Metafísica en la Universidad de Madrid, discípulo de Sanz del Río, que adoptara, importara y extendiera en España el krausismo, se adhirió Salmerón a esa escuela con extraordinario fervor, a través del cual, más bien que a pesar del cual, sintió la reverente y admirativa atracción hacia otros grandes pensadores alemanes. Difícilmente las norteñas brumas de la filosofía germánica podrían adentrarse más hacia el Mediodía, en busca de calor luminoso y vivificante; y pocas veces un alma del Sur, casi semita, se internaría tanto, afanosa de serenidad, entre las claridades boreales e inciertas de los que ya eran casi pseudo arios puros. La antítesis perenne, que siempre pretendió y nunca lograra ser síntesis, forjó el caso singular de un filósofo ardiente y un pasional metafísico.

Aquel contraste, trascendiendo a todo, se reflejó en la vida política de Salmerón, la cual fué inusitadamente rápida y brillante. A los 35 años, cuando algunas constituciones le habrían impedido el acceso al senado, era presidente del Poder Ejecutivo de la primera República Española. Durante el mes y medio escaso de su mandato se destacan dos hechos: irritado en la lucha contra el federalismo cantonal, que había sublevado la escuadra, declaró piratas a los buques de ésta y por tanto apresables por las marinas de guerra extranjeras; convencido de la necesidad de restablecer la disciplina militar y cívica, para salvar la república amenazada por el desorden, dimitió antes que dar las órdenes para la ejecutió antes que dar las órdenes para la ejecución de sentencias de muerte: en esta última actitud se impuso reflexiva la voz del filósofo, mientras que en aquel otro decreto irrumpió tempestuoso el grito del meridional y levantino.

Llevó Salmerón al foro, que tanto honrara, la norma de austeridad en la conducta; pero salvo ese reflejo, por salto, del criterio ético, ejerció sus dos carreras, Derecho y Letras, con manifiesta independencia, sin detenerse a construir el puente sólido, anchuroso y extendido de la Filosofía del Derecho, que edificara otro andaluz krausista, D. Francisco Giner de los Ríos, el más sutil, flexible, original y emancipado dentro de la escuela.

Desde la voz a la profesión, todo llevaba en D. Nicolás a una solemnidad majestuosa, que él habría llamado con preferencia mayestática; pero aquel aspecto vocacional desorientaba, reservando para las ocasiones de intimidad los raudales de noble, ingenua, jovial y sana alegría, que se había precipitado en los torrentes juveniles de su vida estudiantil.

Contrastes y semejanzas entre Salmerón y Pí

Hundido aún más que eclipsado Figueras, el primer presidente, tras su insólita dimisión, en forma de fuga a París; aislado Castelar, siempre dentro de la república, pero a distancia de sus partidos y aun de sus masas, los entusiasmos republicanos se polarizaron hacia los otros dos jefes de Estado, buscando enfrentarlos a la española, a pesar de sus fundamentales coincidencias. El contraste político se puntualizó llamando a Salmerón y a su partido centralistas, reproche de los federales, que él aceptó con la arrogancia de su carácter y con la convicción defensora de todas las unidades nacionales: la histórica, la de soberanía, la de cultura, la de poder y leyes fundamentales. Era en rigor unitario en contraposición al federalismo, pero no centralista en el sentido de oposición a las autonomías regionales; y en prueba de ello remató su vida, siendo, como diputado por Barcelona, el jefe oficial honorario y venerado de la heterogénea minoría autonomista, llamada Solidaridad Catalana, que abarcaba monárquicos y hasta carlistas, concertados con los republicanos por el solo vínculo ideológico de las libertades regionales. Fueron los dos ex presidentes de talla gigantesca como esas montañas, bicéfalas en sus cumbres, por el saber y por la austeridad. La estela de honradez, tan necesaria en las repúblicas y aun más estimada en España, permitió el sostenimiento y el triunfo de tal bandera, no obstante los infortunios del azaroso y efímero período histórico comprendido entre el 11 de febrero de 1873 y el 3 de enero de 1874. Salmerón como Pí fueron ungidos en vida por ese proceso de canonización cívica que aclama a los santos laicos; ese tipo moral curioso, que surge en la primera heterodoxia de almas nobles, que fueron cristianas, que luego no dejan tras sí escuela, capilla ni orden, y que recuerdan el caso de las tierras antes jamás roturadas, con sus espléndidas, pero no seguidas, cosechas iniciales. Pí vivió más retraído, con intimidades casi místicas, renunciamientos casi ascéticos, y soledades casi monacales; Salmerón estuvo más en el mundo, y dentro de sus luchas, lo cual no es menor mérito, al conservar inflexible la recta, trazada para el rumbo de la vida.

Los dos fueron clásicos: Pí más bien por la lectura, con detención de estudio de los grandes autores castellanos; Salmerón quizá porque con Roma le enlazaba el Derecho, y con Grecia la Filosofía. Reconocidos y proclamados respectivamente como insigne prosista el uno y como excelso orador el otro, dióse sin embargo el caso raro de que, a diferencia de los tres personajes, cuyas semblanzas ya se han trazado aquí, y de los siete que luego aparecerán, ni Salmerón ni Pí llegaron a entrar en la Academia Española. Parece que no hubo incomprensión reaccionaria en ésta, y sí más bien que los dos no quisieron ser candidatos: sin duda les molestaba el adjetivo "Real", que precedía a la corporación, y quizá solicitar chocaba con la humildad del federal y con la altivez del unitario.



Don Nicolás Salmerón y Alonso

Aspectos de la oratoria salmeroniana

Eran ya singulares las cualidades físicas del orador, de figura alta, fuerte, esbelta, distinguida, con expresión, y podría decirse con garras, de inteligencia poderosa, con la vista habitualmente concentrada en la meditativa contemplación de lo interno, pero con insólito fulgor de penetrante intensidad cuando se cernía sobre lo exterior, o buscaba entre escrutadora y desdeñosa a los contradictores. Aquella figura, erguida y enérgica, de pie, con más frecuencia casi hundida y serena al permanecer sentado, podía servir de modelo para la estatua o el busto del pensador. La voz, individualizada de modo inconfundible, era honda, grave, potente, amplia, con sobrias pero caudalosas sonoridades, que trasplantaban a la oratoria, desde la música, el recuerdo y la explicación de los privilegiados y rarísimos bajos, iguales en fama, y tal vez superiores en mérito a los tenores.

No era tarda, ni menos premiosa, la emisión de aquella voz singular; pero reflexiva y consciente cuidaba la pausa, para dar a cada palabra el relieve de su individualidad, y aun dentro de ella a cada elemento el valor de su etimología, todo con un enlace perfecto que él llamaba concatenación. Aquel tan sincero y ferviente demócrata, caudillo igualitario de las multitudes populares, poseía y prefería el léxico más refinado, con insuperables cuidados de precisión, y aun gustos encaminados hacia la rareza. No satisfacía para ello a la elevación de su cultura refugiarse dentro del arcaísmo, solución fácil, y al cabo en cierto modo escollo de impropiedad. Su vocabulario riquísimo casi lo cercenabá por la predilección, que entre voces intercambiables, si no por equivalentes por afines, tendía a la menos profanada por el uso, marcándola con un sello personal en el acierto del sentido, y en el brío de la entonación. A veces, para la palabra corriente en singular, buscaba el plural más insólito o rehuído; y así mientras todo el mundo llamaba a un sistema de gobierno régimen, él hablaba siempre de "regimenes", como si desdeñara la ingenua o medrosa incertidumbre prosódica, detenida en la vulgaridad ante los plurales de ciertos esdrújulos.

La sintaxis era perfecta, fidelísima en las concordancias, impecable en el régimen — aquí en singular —, firme en la construcción, labrada con sobria elegancia sobre muros de granito, trabados entre sí con hierro. El verbo corregir carecía de sentido en los discursos de Salmerón, por no ser aplicable a ellos, si la copia taquigráfica había reproducido con exactitud.

Frutos del estudio sus discursos, no suprimió el hábito la facultad innata para la viveza de la réplica. Cuando un orador de la derecha le reprochó haber perdido en su alma la virginidad de la fe, contestó que había sido para adquirir la maternidad de la razón. Pero aun en las interrupciones conservaba la solemnidad: en una sesión tumultuosa, antes de ser yo diputado, le contemplaba desde enfrente en una tribuna, viendo sus contracciones dominadoras de la ira, y los ademanes vigorosos y pausados, complemento del gesto, que procuraban imponer disciplina a la exaltación de los diputados republicanos; cuando se colmó también su paciencia, dijo: "parece que ha llegado la hora de indignarse". Había oído yo como espectador, y volví a oir como diputado, muchos apóstrofes e interrupciones ingeniosos, violentos, sarcásticos, bastantes de ellos irreproducibles, sólo parlamentarios por el lugar pero no por el matiz: lo que no he escuchado jamás ha sido una interrupción de cólera metodizada como aquélla, bajo el freno de una inteligencia y de una voluntad tan fuertes, que en tal ocasión vencieron la energía pasional del temperamento.

ACTUALIDADES GRAFICAS





HOMENAJE A LOS PROCERES. — En conmemoración del 49º aniversario de la muerte de José Manuel Estrada y del centenario del doctor Pedro Goyena, celebróse en el Colegio del Salvador una función académica, en cuyo acto pronunció una conceptuosa conferencia sobre la personalidad de Estrada, el académico doctor Horacio C. Rivarola. En las presentes fotos aparece el conferenciante y parte del público que asistió al homenaje.



REUNION. — Para festejar un nuevo aniversario de la independencia de Honduras, el encargado de negocios de la legación de dicho país, señor Arturo Mejía Nieto, y su señora esposa, Lola Sara Sánchez Boado, reunieron en su residencia a un selecto grupo de amigos y connacionales, a los que agasajaron en celebración de tan magna fecha. En el transcurso de la cordial reunión ofreció un recital el guitarrista Severo Rodríguez.



ARTISTICAS. — En su duodécimo ciclo de Cultura Estética, el Teatro del Pueblo presentó recientemente un recital de danzas a cargo de Ofelia Vidal de Temperley, exquisita bailarina clásica que hizo su presentación con bailes regionales y típicos (españoles e hindúes), calurosamente elogiados. Colaboró en el programa el concertista de piano Guillermo Iscla, interpretando con maestría obras de Schumann, Ravel, Turina, Liszt, etc.



LUNCH. — Con motivo de celebrarse la quincuagésima audición de: "¿Qué hago con mi hijo?... Consultorio Vocacional Malta Palermo", que se propala todos los sábados de 14 a 14.30 por una emisora de esta capital, fueron agasajados con un lunch, ofrecido por la Cervecería Palermo, el autor, intérpretes y periodistas que colaboran en dichas audiciones.

CULTURALES. — Con la presidencia del profesor titular doctor Juan Ramón Beltrán, se realizó la sexta sesión científica del Ateneo Histórico de la Medicina, en cuyo acto pronunció una brillante conferencia, que tituló "A empresas fabulosas, hombres fabulosos: El conde Fernán González", el prestigioso escritor y periodista don Valentín de Pedro.



PLATICA. — Con el patrocinio del Ateneo de Buenos Aires, disertó en el Salón de Conferencias del Municipio, sobre "La propiedad intelectual y la reforma de la ley 11.723", el señor J. R. Rodríguez Morel, que fué aplaudido con entusiasmo.





CONCIERTO. — En el Teatro del Pueblo, dió un recital de piano la señorita Flora Nudelman. La concertista cumplió un nutrido programa, ejecutando obras de Bach, Beethoven, Chopin, etc.



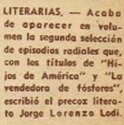


CONFERENCIA. — Con el auspicio de la Comisión de Estímulo Artístico de la Unión Personal C. A. D. E., pronunció una conferencia sobre "Itinerario heroico y emocional", el presidente del Instituto Argentino de Cultura Histórica, señor Ramón de Castro Esteves.



DISERTACION. — Invitada por el Instituto Cultural del Club Oriental, habló en la Facultad de Filosofía y Letras sobre el tema "El poema en prosa: sus orígenes y su apogeo", la escritora Rosario Beltrán Núñez.





LITERARIAS. — Acaba de aparecer en volumen la segunda selección de episodios radiales que, con los títulos de "Hijos de América" y "La vendedora de fósforos", escribió el precoz literato Jorge Lorenzo Lodi.

TEATRALES. — Un numeroso conjunto de jóvenes cantantes argentinos interpretó trozos selectos de conocidas óperas, en el primer espectáculo realizado por el Teatro Lírico Sintético de la Ciudad de Buenos Aires, de reciente creación. En la fotografía aparecen Luisa J. Fernández y César Fiocchi cantando el dúo de la ópera "Aída", de Verdi.



AUTOR. — El distinguido publicista uruguayo, don It. Eduardo Perotti, ex presidente de la Cámara de Diputados del país hermano, que acaba de dar a publicidad, con el título "La vivienda familiar", un autorizado estudio sobre los nuevos sistemas de crédito para el hogar propio, en el cual pone de manifiesto sus vastos conocimientos en la materia.

EL MUNDO DE LOS TITERES. — Sobre el tema del epígrafe, y en los salones de la Casa del Teatro, pronunció una interesante conferencia el poeta Javier Villafañe. El creador de "La andariega" hizo una demostración práctica de cómo se construye, se viste y se maneja un títere y, por último, representó una comedia en su ya popular teatro ambulante.



LA ULTIMA AVENTURA DE TARTARIN



Con la novela *Port-Tarascón*, que Leoplán ofrece hoy a sus lectores, se cierra la brillante y amena trilogía en que Alfonso Daudet dió a conocer la vida y aventuras de Tartarín, el más "ilustre" de los tarasconeses.

Y en este final de sus andanzas, este gran hombre sigue siendo el visionario meridional que no titubea ante las empresas más audaces ni ante los obstáculos más peligrosos que van saliendo a su paso (aunque esto bastante caro le resulta).

Para refrescar la memoria del lector, retomemos el camino que dejamos cuando nuestro héroe, cabizbajo y maltrecho su espíritu, retorna a su añorado Tarascón, y prosigamos tras él por las cumbres de los Alpes.

Fué en una de esas maravillosas puestas de sol de la nevada Helvecia, cuando Tartarín, en su propósito de demostrar su capacidad y condiciones de presidente del Club de los Alpines, dió término a la ascensión al Rigi.

Ante el asombro de los huéspedes del majestuoso y confortable hotel que alza su mole en el árido paisaje aparece nuestro hombre, provisto de un *piolet* y un *alpenstok*, y arropado hasta los ojos. Los pacíficos turistas lo miran como a un bicho raro y comienzan a murmurar, cosa que le hace creer que conocen sus hazañas. En cambio, empiezan sus apuros y sorpresas.

—¡Un ascensor a mí, a mí! — exclama indignado, ante la inquietud de la solícita camarera suiza —. ¡A patita, rica, a patita!

Más tarde, cuando entra en el salón comedor y observa que a pesar del crecido número de comensales reina un profundo silencio, el héroe de Tarascón se pregunta:

—¿Pero esto es un cementerio?

Es que Tartarín ignoraba que entre todos aquellos comensales había un enconado odio: unos eran partidarios de las ciruelas y los otros del arroz.

¿A cuál de los dos bandos se plegaría el gran cazador? A ninguno. Su proverbial bondad no le permitía hacer distingos. Ni con el propio Costecalde, su rival al cargo, los tenía.

Y queriendo departir con unos y con otros, aventura alguna pregunta, que nadie contesta. Entonces, su natural facundia, forzada a permanecer en un hermético silencio, amenaza desbordarse, inundando con su verbosidad todo el comedor. Prefiere retirarse y encaminase al salón de lectura, que poco después cobija a los demás huéspedes, que se repantigan, adormilados, en los cómodos sillones.

De pronto, los alegres acordes de unos músicos ambulantes rompen la monotonía del ambiente. Al oír las primeras notas de un vals, Tartarín se yergue como electrizado, y grita:

—¡Bravo! ¡Adelante con la música!

Y a renglón seguido, viendo a una regordeta vienesa de mirada pícara y expresión jovial, la toma de la cintura y comienza a danzar, gritando a los demás:

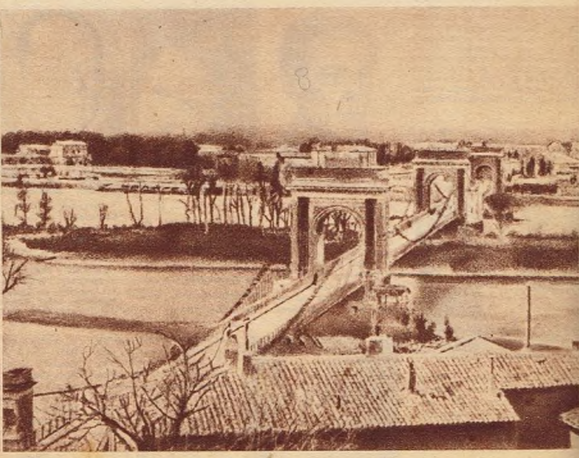
—¡A ver! ¡A bailar, a bailar!

Todo el hotel se revoluciona e imita su ejemplo. El sol del Mediodía francés fundió la nieve suiza.

A la mañana siguiente, aquel achaparrado tarasconés vuelve a hacer otra de las suyas.



En las soleadas calles de Tarascón suelen verse siempre chicos jugando. Estos se cobijan a la sombra de un añoso árbol.



El célebre puente colgante que, sobre las aguas del Ródano, une a Beaucaire con Tarascón, y que Tartarín cruzó al final de su última y desdichada aventura.

DE TARASCON

Por
Emilio Pérez Fernández
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Rayaba el alba del nuevo día cuando un sonido extraño retumbó en todo el ámbito del hotel. Tartarín, sobresaltado y en camisón, lánzase escaleras abajo, gritando:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Instantes después, mujeres y hombres, jóvenes y viejas, desmelenadas y con el terror en los ojos, no saben adónde dirigirse. Entretanto, nuestro hombre seguía alborotando:

—¡Organicemos los socorros! ¡Los socorros!

Pero tan pronto salió del hotel advirtió su error. No había tal incendio, sino un frío horrible. Tratábase, como se recordará, de un tocador de cuerno de los Alpes que lanzaba al viento su monótona queja, para despertar a los adoradores del sol, pues el astro hacía su salida.

Para no tener que aguantar la indignación general, poco más tarde pagó el alojamiento, en el que estaban incluídas la puesta y salida del sol, y dejó el Rigi, para proseguir su campaña de alpinista, en la que le acompañaremos nosotros.

Llovía a cántaros cuando Tartarín llegó al desembarcadero de Tellsplatte, donde está enclavada la roca sobre la que saltó Guillermo Tell, durante la tempestad, desde la barca de Gessler.

¡Qué emoción la del tarasconés al holiar aquel suelo histórico!

¡Y cuánta su indignación al oír que quizá el héroe suizo — su ídolo — no había existido!

Recordemos también sus coloquios amorosos con Sonia, aquella hermosa rusa nihilista, que le contaba cómo habían volado el Palacio de Invierno de San Petesburgo, y que más tarde lo complicó en la desaparición del tenor italiano. A pesar del terror que le causaban estos relatos, exclamaba:

—¡Cuánto la amo, Sonia!

Pero sus mayores vicisitudes las pasó en la fracasada ascensión al Monte Blanco, que emprendió acompañado de Gonzaga, su compatriota, que se hacía pasar por experto guía, sin haber conocido en su vida otras montañas que las que rodean las márgenes del Ródano. ¡Qué solemnidad la de estos dos tarasconeses al jurar no romper la cuerda ante ningún accidente que quisiera separarlos!

Sin embargo, la realidad fué bien distinta, pues al primer tropiezo que tuvieron, cada uno tiró por su lado, abandonando la empresa. Con el tiempo, y por caminos distintos, ambos llegaron a Tarascón, entrando como fantasmas en la noche.

Grande fué, al verle llegar, el asombro de la señorita Tournatoire, la platónica y tímida enamorada de Tartarín, que, afligida por su ausencia, contemplaba tras los vidrios la casa del héroe.

* * *

Hoy, en estas nuevas aventuras por las tierras exóticas del rey Negonko y la princesa Likiriki, el lector volverá a gustar la gracia fresca y chispeante que ya le brindó en las páginas de *Tartarín de Tarascón* y *Tartarín en los Alpes*, el inmortal tarasconés.

Es que Alfonso Daudet, el poeta de la novela, como alguien dijo de él, definió en esta amena y festiva sátira algunos rasgos característicos de este pueblo provenzal que, encendido por el quemante sol del Mediodía, fantasea a su antojo, convencido de que siempre es la verdad la que aflora a sus labios.

Por eso Tartarín, personaje de ficción y esencia viviente de ese pueblo, no puede morir jamás, pues es su espíritu mismo.

En *Port-Tarascón* — epílogo de toda una vida —, Daudet lleva a Tartarín a un escenario nuevo y extraño, y convirtiéndolo en gobernador de una isla papua lo obliga a cometer su última tarasconada: casarse con la princesa Likiriki, una polinesia golosa y huraña, que encaramada en lo alto de las palmeras oye las endulzadas palabras de amor que le dice el ardiente regordete. Pero, para desventura de los flamantes tórtolos, un buque inglés rompe el encantamiento y se lleva preso al gobernador, malogrando su luna de miel... Mas dejemos al lector que guste, en la propia fuente, el sabroso encanto que le deparará *Port-Tarascón*.

PORT-TARASCON





ERA en diciembre, hará de eso cinco o seis años, al regreso de la vendimia, en la Provenza.

Desde el gran *break*, tirado por dos caballos camargueses que nos llevaban, a rienda suelta, al poeta Mistral, a mi hijo mayor y a mí, hacia la estación de Tarascón, para tomar el rápido París-Lyón-Mediterráneo, nos parecía divino ese atardecer de una palidez ardiente, fin de un día mate, febril, agobiador y apasionado como el bello rostro de una mujer del Sur.

Ni un soplo de aire, a pesar de la velocidad de nuestra marcha. En los bordes de la carretera, firmes y rígidos, se alzaban los rosales de España, de largas y sedosas hojas; y en todos los caminos vecinales, blancos como la nieve, de una blancura de ensueño y cubiertos de un polvo arenoso que crujía bajo las ruedas, presenciábamos un lento desfile de carretas cargadas de uva negra, siempre negra, y tras ellas los mozos y las mozas, mudos, graves y gallardos, muy altos y erguidos todos, de piernas largas y ojos negros. Racimos de ojos negros y uva negra era lo único que se veía junto a las tinas y los canastos, bajo los fieltros de ala caída de los vendimiadores y los pañuelos con que las mujeres se cubrían la cabeza, y cuyas puntas retenían entre los dientes apretados.

A veces, en el extremo de un campo, se dibujaba una cruz en el blanco del cielo, y de cada uno de sus brazos pendía un grueso racimo negro, a manera de ex voto.

—*Vé!* (mira) — me decía Mistral con gesto enternecido y una sonrisa de orgullo casi maternal ante esas manifestaciones cándidamente paganas de su pueblo; y luego proseguía el relato de algún bello cuento, perfumado y brillante, de las márgenes del Ródano, porque como un Goethe provenzal, sembraba al viento, con las dos manos siempre abiertas, poesía la una y realidad la otra.

¡Oh milagro de las palabras, mágica armonía de la hora, del paisaje y de la brava leyenda campesina, que el poeta mostraba ante nuestros ojos, a lo largo del estrecho camino, entre los campos de olivares y de viñas!... ¡Qué bien se estaba! ¡Cuán blanca y suave me parecía la vida!

Súbitamente, mis ojos se velaron y la angustia me oprimió el corazón.

—¡Papá, qué pálido estás! —díjome mi hijo; y apenas tuve fuerzas para murmurar, mostrándole el castillo del rey René, cuyas cuatro torres me contemplaban desde el fondo de la llanura:

—¡Ahí está Tarascón!

Bueno es que se sepa que los tarasconeses y yo teníamos una terrible cuenta pendiente. Constábame que estaban muy excitados y me guardaban un sordo rencor por mis bromas sobre su ciudad y su gran hombre, el ilustre, el delicioso Tartarín. En cartas, en amenazas anónimas, me habían advertido a menudo: "¡Si alguna vez pasas por Tarascón, ten cuidado!" En otras, blandían sobre mi cabeza la venganza del héroe: "¡Tiembla; el viejo león tiene todavía pico y garras!".

¡Diablo, un león con pico!

Había algo más grave aún: por un comandante de gendarmería de la región, sabía que un viajante parisiense que, por homonimia fastidiosa o por simple humorada, firmó "Alfonso Daudet" en el registro del hotel, había sido brutalmente vapuleado a la puerta de un café y amenazado con una zambullida en el Ródano, según la tradición local.

Dé brin o dé bram
cabussaran
dou fenestroun
de Tarascoun
dedins lou Rose.[1]

Era una vieja canción del 93, que se canta aún allí, y se subraya con siniestros comentarios sobre el drama del cual fueron testigos en aquella época las torres del rey René.

Ahora bien, como me satisfacía poco la idea de saltar de cabeza por un ventanal de Tarascón, había evitado siempre pasar por esta buena ciudad en mis viajes por el Mediodía. Y he aquí que ahora el pícaro destino, por el deseo de abrazar al querido Mistral y por la imposibilidad de tomar el rápido en otra parte, me arrojaba en las mismas fauces del león con pico.

Si al menos sólo se tratara de Tartarín, no me habría intimidado la perspectiva de un encuentro cara a cara, de un duelo con flechas envenenadas bajo los árboles de cualquier arrabal de la ciudad. Pero la cólera de un pueblo, y el Ródano, ese amplísimo Ródano...

¡Ah, les aseguro que no todo es de color de rosa en la existencia de un novelista!

Cosa extraña: a medida que nos acercábamos a la ciudad, los caminos se despoblaban y las carretas de la vendimia comenzaban a escasear. Muy pronto, sólo tuvimos ante nosotros la carretera vacía y blanca, y en los alrededores del campo la anchura y la soledad del desierto.

[1] De grado o por fuerza
saltarán de cabeza
desde la ventana
de Tarascón
al Ródano.

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de

ALFONSO DAUDET

(Autor de "Tartarín de Tarascón" y "Tartarín en Los Alpes")

TAPA E ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA



—Es extraño — dijo Mistral en voz baja, algo impresionado —; diríase que estamos en domingo.

—Si fuera domingo, oiríamos las campanas — añadió mi hijo en el mismo tono, porque el silencio que envolvía la ciudad y sus suburbios tenía algo de augustioso.

Nada, ni una campana, ni un grito, ni siquiera uno de esos ruidos de carretería que tintinean tan claramente en la atmósfera vibrante del Mediodía.

Sin embargo, las primeras casas del arrabal se veían ya al extremo del camino: un molino de aceite, la oficina de consumos recién pintada

Llegábamos.

Y cuál no sería nuestro estupor al entrar en esa larga calle pedregosa de la ciudad y encontrar cerradas las puertas y las ventanas, sin perros ni gatos, sin niños, ni gallinas, ni nadie; el portón ahumado del herrador, huérfano de las dos ruedas que exhibe habitualmente; desaparecidas las grandes cortinas de arpillera que los tarasconeses ponen a las puertas para defenderse de las moscas, y las mismas moscas y el exquisito vaho de la sopa de ajo que todas las cocinas debieran exhalar a aquella hora.

¡Era inconcebible: Tarascón ya no olía a ajo!

Mistral y yo nos mirábamos sorprendidos, y en verdad había motivo para ello. ¡Esperábamos los rugidos de un pueblo en delirio, y encontrábamos el silencio de muerte de una Pompeya!

En la ciudad, donde podíamos poner un nombre en todas las casas y en todos los negocios, familiares a nuestra mirada desde la infancia, esa impresión de vacío y abandono hízose aún más impresionante. Cerrada la farmacia Bézuquet de la Placette, y cerradas igualmente la armería Costecalde y la confitería Rébuffat, "Al famoso caramelo". Desaparecidos los escudos del notario Cambalalette y el letrero pintado en tela de José María Espiridión Excourbaniès, fabricante del salchichón de Arlés; porque el salchichón de Arlés se ha fabricado siempre en Tarascón, error histórico que me limito a indicar de pasada.

Pero, en fin, ¿qué se había hecho de los tarasconeses?

Nuestro carricoche rodaba por la avenida, bajo la sombra tibia de los plátanos de troncos blancos y lisos, y en los que ya no cantaba ni una sola cigarra. ¡Desaparecidas también las cigarras! Y la casa de Tartarín aparecía con todas las persianas cerradas, muda y ciega como sus vecinas, y contra el muro bajo del famoso jardincito, ni una caja de betún, ni un pequeño lustrabotas que nos gritara: "¿Lustra, *moussu?*".

Uno de nosotros dijo:

—Quizá haya llegado el cólera.

En Tarascón, efectivamente, cuando estalla una epidemia, los moradores dejan las casas y acampan bajo tiendas, a gran distancia de la ciudad, hasta que el aire infecto se ha depurado.

A la mención de la palabra "cólera", que a todos los provenzales inspira hondo terror, el cochero arreó los caballos, y minutos después nos deteníamos frente a la escalera de la estación, enclavada en lo más alto del viaducto que bordea y domina la ciudad.

Aquí encontramos de nuevo la vida, rostros y voces humanos. A lo largo de las vías férreas, los trenes se sucedían sin interrupción, en todas las direcciones, y se detenían con choques de portezuelas y pregón de estaciones.

—¡Tarascón, cinco minutos de parada! ¡Cambio de tren para Nimes, Montpellier, Cette!...

En seguida, Mistral dirigióse presuroso al jefe de estación, viejo funcionario que no había abandonado su puesto en treinta y cinco años.

—¡Hola, maestro Picard! ¿Y los tarasconeses? ¿Dónde están? ¿Qué ha hecho usted de ellos?

El otro, muy extrañado por nuestra sorpresa, exclamó:

—¡Cómo! ¿Lo ignora usted? ¿No se entera de nada? ¿No lee los diarios? Sin embargo, le han hecho una buena propaganda a su isla de Port-Tarascón. ¡Sí, mi buen señor! Se fueron todos los tarasconeses. Partieron para colonizar, con el ilustre Tartarín a la cabeza. ¡Todo lo llevaron consigo, hasta la mismísima Tarasca!

E, interrumpiéndose para dar algunas órdenes, alejóse rápidamente a lo largo de la vía, mientras a nuestros pies, en el crepúsculo, veíamos destacarse las torres, los campanarios y las cúpulas de la ciudad abandonada; sus viejas murallas doradas por el sol con un soberbio tono de empanada que le daba el aspecto exacto de un pastel de becada, del cual no quedara más que la corteza.

—Y dígame, señor Picard — preguntó Mistral al funcionario, que volvía hacia nosotros, sonriente —: ¿hace mucho de esta emigración?

—Seis meses.

—¿Y no se tienen noticias de ellos?

—Ninguna.

Pecaire! (¹) Algún tiempo después las tuvimos, detalladas y precisas, en cantidad suficiente para poder contarles el éxodo de esa valiente y pequeña población capitaneada por su héroe, y las formidables desventuras que les acaecieron.

* * *

Pascal ha dicho: "Necesitamos de lo agradable y de lo real, pero es preciso que lo agradable sea tomado de lo verdadero". Créolo así también, y he tratado de adaptarme a su doctrina en esta historia de Port-Tarascón. Mi relato, tomado de la realidad, está hecho con cartas de los emigrantes, con el "memorial" del joven secretario de Tartarín y con declaraciones copiadas de la "Gaceta de los Tribunales"; y si aquí o allá encuentran alguna tarasconada excesivamente extravagante, que los diablos me lleven si yo la he inventado. (¹).

El Autor.

(¹) "¡Qué lástima!", en provenzal.

LIBRO PRIMERO

I

LAMENTACIONES DE TARASCÓN CONTRA EL ESTADO DE COSAS. — LOS BUEYES. — LOS PADRES BLANCOS. — UN TARASCONÉS EN EL PARAÍSO. — ASEDIO Y RENDICIÓN DE LA ABADÍA PAMPÉRIGOUSTE.

—Branquebalme, amigo mío, no estoy contento con Francia... Nuestros gobernantes sólo se ocupan en fastidiarnos todo lo que pueden.

Proferidas una noche por Tartarín frente a la chimenea del círculo, con el gesto y el tono que es de imaginar, estas palabras memorables resumían perfectamente lo que se pensaba y decía en Tarascón del Rhone dos o tres meses antes de la emigración. El tarasconés, en general, no se ocupa en política; indolente por naturaleza, indiferente a todo lo que no le afecte localmente, se atiene al "estado de cosas", según su expresión. Desde hacía algún tiempo, a ese "estado de cosas" se le reprochaban cosas a granel.

"Nuestros gobernantes sólo se ocupan en fastidiarnos todo lo que pueden".

En ese "todo" debía incluirse primeramente la prohibición de las corridas de toros.

Sin duda, conocerán ustedes la historia de ese tarasconés, mal cristiano y sujeto de la peor especie, que después de su muerte se coló por sorpresa en el Paraíso, mientras San Pedro le daba la espalda, y se negó a salir a pesar de las súplicas del santo cancerbero. ¿Qué hizo San Pedro para conseguirlo? Destacó una nube de ángeles para gritar frente al cielo hasta tanto les quedara voz: "*Té, té!* ¡Los bueyes!", que es el grito típico en las corridas tarasconesas. Al oírlo, el bandido cambió de expresión.

—¿Hay corridas por aquí, gran San Pedro?

—¿Corridas? ¡Ya lo creo! Y muy buenas, amigo mío.

—¿Dónde se celebran estas corridas?

—Frente al Paraíso. Tenemos espacio, como ves.

Sin esperar más, el tarasconés se precipitó afuera para ver aquello, y las puertas del cielo se le cerraron para siempre.

Si recuerdo aquí esta leyenda, tan vieja, es para indicar la pasión de los moradores de Tarascón por las corridas de toros y la furia que les produjo la supresión de esta clase de festejos.

Luego llegó la orden de expulsar a los Padres Blancos y de cerrar su hermoso convento de Pamperigouste, encaramado en una colinita gris cubierta de tomillo y espliego, e instalado siglos antes a las puertas de la ciudad, desde donde se percibe, entre los pinos, el repique de sus campanarios, que desgranan sus notas en las brisas claras de la mañana, mezclándose con el canto de las alondras, y en el crepúsculo con el grito melancólico de los chorlitos.

Los tarasconeses querían mucho a los Padres Blancos, dulces, buenos, inofensivos, hábiles en extraer un elixir excelente de las hierbas perfumadas que cubren la colina. Los apreciaban también por sus pasteles de golondrina y sus deliciosos *pains-poires*, especie de membrillos envueltos en una pasta fina y dorada, que fueron la causa del nombre de Pamperigouste que se dió a la abadía.

Así, cuando llegó a los padres la orden oficial de abandonar el convento y éstos se negaron a partir, mil quinientos o dos mil tarasconeses, mozos de cuerda, lustrabotas, estibadores de los buques del Ródano — eso que llamamos allí la *rafataille*, la plebe — se encerraron con los buenos monjes.

La burguesía tarasconesa, los señores del círculo, con Tartarín a la cabeza, resolvieron también sostener la santa causa. No hubo un solo minuto de vacilación. Pero no se emprende una tarea de esta naturaleza sin hacer los preparativos oportunos. Los procedimientos embarullados se quedan para la *rafataille*.

Ante todo se necesitaban uniformes. Y se hicieron los encargos: soberbios uniformes que resucitaban los de las cruzadas, largas levitas negras con una gran cruz blanca en el pecho, y por todas partes, adelante y atrás, aplicaciones de fémures entrelazados. Este trabajo, sobre todo, requirió mucho tiempo.

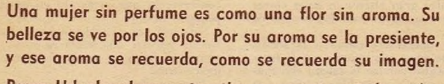
Cuando todo estuvo listo, el convento había sido ya sitiado. Las tropas lo rodeaban con un triple cerco, acampadas en la vega y en las pendientes de la pequeña colina.

Los pantalones rojos parecían desde lejos, entre el tomillo y el espliego, una floración súbita de amapolas.

Por los caminos se veían constantemente soldados de caballería, el

(¹) Léase en los diarios de hace doce años el proceso de la Nueva Francia y de la colonia de Port-Breton, así como el curioso volumen del doctor Baudoin, médico de la expedición, publicado por la editorial Dreyfous.

Aumente su hermosura y su encanto



Una mujer sin perfume es como una flor sin aroma. Su belleza se ve por los ojos. Por su aroma se la presiente, y ese aroma se recuerda, como se recuerda su imagen.

Posea Ud. el poderoso atractivo que presta a toda mujer el sugestivo aroma de Loción CHIPRE de PREAL.

En todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

Camauër y Cía. - Soc. de Resp. Ltda.
Capital $ 200.000.—
Inclán 2839/47 - Buenos Aires

REPRESENTANTES:
URUGUAY: José C. Cadenazzi y Cía.
Paysandú 906, Montevideo.
PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía.
Palma 224-26, Asunción.





EXTRACTO Y LOCION **Chipre de PREAL**

(El perfume femenino por excelencia)

fusil sobre los muslos, el sable azotando el flanco del caballo y el revólver al cinto.

Pero este despliegue de fuerzas no podía detener al intrépido Tartarín, que estaba resuelto a pasar, así como el grueso de los señores del círculo.

En fila india, arrastrándose sobre las manos y las rodillas, con todas las tretas clásicas de los salvajes de Fenimore, lograron deslizarse a través de las líneas sitiadoras; bordearon las hileras de tiendas de campaña y burlaron los centinelas y las patrullas, señalándose de uno a otro los pasajes peligrosos con la imitación imperfecta de los gritos de los pájaros.

Era menester gran valor para intentar la aventura en noches tan claras cómo el pleno día. Justo es consignar, sin embargo, que los sitiadores tenían gran interés en dejar entrar en el convento la mayor cantidad posible de gente.

Lo que se quería era rendir a la abadía por el hambre antes que tomarla por la fuerza. Y los soldados volvían la cabeza con mucho gusto al ver a esas sombras errantes a la luz de la luna y de las estrellas. Más de un oficial, que había bebido ajenjo en el círculo con el ilustre cazador de leones, lo reconoció de lejos a pesar del disfraz y lo saludó familiarmente:

—¡Buenas noches, señor Tartarín!

Una vez en el convento, Tartarín organizó la defensa.

Este hombre endiablado había leído todos los libros sobre todos los asedios y bloqueos del mundo. Comenzó por organizar a los tarasconeses militarmente, bajo las órdenes del bravo comandante Bravida, y, obsesionado con los recuerdos de Sebastopol y Plevna, les hizo remover la tierra, mucha tierra, y rodeó la abadía con terraplenes, fosos y fortificaciones de todo género, en un círculo que se estrechaba en tal forma, que hacía casi imposible la respiración, de modo que los sitiados se encontraron como emparedados tras sus trabajos de defensa, lo que facilitaba los planes de los sitiadores.

El convento, transformado en plaza fuerte, fué sometido a la disciplina militar. Así debía ser, una vez declarado el estado de sitio. Todo se hacía por redobles de tambor y toques de clarín.

Desde el amanecer hasta la puesta del sol el tambor retumbaba por los patios, los corredores y las naves del claustro. Toques incesantes de la mañana a la noche: para las preces, *tara-ta;* para el tesorero, *tara-ta-ta;* para el despensero, *tara-ta-ta-ta...* Toques de clarín, imperiosos, secos, desgarraban el aire. Clarinadas para el ángelus, para los maitines, para las completas. Era como para avergonzar al ejército sitiador, que hacía mucha menos bullanga, en el campamento rural, mientras en lo alto, en la cumbre de la pequeña colina, tras las finas almenas de la abadía-fortaleza, clarinadas y redobles, mezclados con el repique de las campanas, creaban un ambiente belicoso y difundían a los cuatro vientos, en promesa de victoria, un canto alegre, semimilitar y semisacro.

Lo triste del caso es que los sitiadores, bien tranquilos en sus líneas, sin molestarse poco ni mucho, se abastecían fácilmente de todo y lo pasaban a cuerpo de rey. La Provenza es un país de delicias que produce toda clase de cosas buenas. Vinos claros y dorados, salchichas y salchichones de Arlés, melones exquisitos, sandías sabrosas y turrones de Montelimar, estaban al alcance de las tropas del gobierno. Para la abadía bloqueada, ni una gota ni una migaja.

Así, mientras de un lado los soldados, que nunca vieron una fiesta igual, engordaban hasta reventar los uniformes, y los caballos mostraban grupas lucientes y torneadas, los pobres tarasconeses, por otro, la *rafataille* en especial, obligados a levantarse temprano y acostarse tarde, siempre alertas, removiendo y acarreando tierra día y noche al fuego del sol y de las antorchas, adelgazaban y se reducían que era una pena.

Además, las provisiones de los buenos padres se agotaban; los pasteles de golondrina y los *pains-poires* tocaban a su fin.

¿Podrían resistir aún largo tiempo?

Era el tema que se discutía todos los días, en los muros y terraplenes agrietados por la sequía.

—¡Y los cobardes no se atreven a atacar! —gritaban los de Tarascón, mostrando el puño a los pantalones rojos tumbados en la hierba, a la sombra de los pinos. Pero la idea de ser ellos los que atacasen no les pasaba por las mientes, que a tal punto el sentimiento de la conservación está arraigado en ese bravo y pequeño pueblo.

Sólo una vez, el violento Excourbaniès habló de intentar una salida en masa, con los monjes al frente, y arrollar a todos aquellos mercenarios.

Tartarín alzó sus anchos hombros y contestó con una palabra:

—¡Niñadas!

Luego, tomando del brazo al irascible Excourbaniès, lo condujo a la cima de la contraescarpa y le mostró con un gesto imponente los cordones de tropas destacados en la colina y los centinelas apostados en todos los senderos.

—¿Somos o no somos nosotros los asediados? ¿Nos corresponde a nosotros dar el asalto?

Hubo en torno suyo un murmullo de aprobación.

—Evidentemente, tiene razón. Son ellos los que deben comenzar, puesto que son los que asedian.

Y una vez más se vió que nadie como Tartarín conocía las leyes de la guerra.

Sin embargo, era imprescindible tomar una decisión.

Cierto día, el consejo se reunió en la gran sala del capítulo, iluminada por altos ventanales y rodeada de ebanistería tallada, y el padre despensero leyó su informe sobre los recursos de la plaza. Los Padres Blancos escuchaban, silenciosos, erguidos en sus reclinatorios, asientos de forma hipócrita que permiten estar sentados simulando estar de pie.

¡Lamentable fué el informe del padre despensero! ¡Lo que habían devorado los tarasconeses desde el comienzo del asedio! Pasteles de golondrinas, tantos centenares; *pains-poires*, tantos miles, y tanto de esto, y tanto de aquello. De todas las cosas que enumeraba, y de las cuales al comienzo se estaba bien provisto, quedaba poco, tan poco que era como decir que no quedaba nada.

Los reverendos se miraban unos a otros, largas las caras, y convenían entre sí que con todas aquellas reservas, dada la actitud de un enemigo que no quería llevar las cosas al extremo, habrían podido resistir durante años sin carecer de nada, si no hubiera acudido nadie en su ayuda. El padre despensero, con voz monótona y afectada, seguía leyendo, cuando un clamor le interrumpió.

La puerta de la sala se abrió con estrépito y apareció Tartarín, un Tartarín trémulo, trágico, congestionado, con la barba encrespada sobre la cruz blanca de su uniforme. Saludó con la espada al prior, tieso en su reclinatorio, luego a los demás padres, uno tras otro, y dijo gravemente:

—Señor prior: no puedo dominar más a mis hombres. Se mueren de hambre. Todas las cisternas están vacías. Ha llegado el momento de rendir la plaza o sepultarnos bajo sus escombros.

Lo que no decía, aunque tenía su importancia, es que desde hacía quince días se había privado del chocolate mañanero, que veía en sueños, espeso y humeante, acompañado

de un vaso de agua fresca y clara como el cristal, en vez del agua salobre de las cisternas, a la que estaba reducido inevitablemente.

De pronto, el consejo se puso en pie y, entre un rumor de voces atropelladas, expresó esta opinión unánime: "Rendir la plaza... Hay que rendir la plaza..." Unicamente el padre Bataillet, un hombre desorbitado, propuso hacer saltar el convento con la pólvora de que se disponía, y se ofreció él mismo para encender la mecha.

Pero nadie le hizo caso, y llegada la noche, puestas las llaves en las cerraduras, monjes y milicianos, seguidos de Excourbaniès, de Bravida y de Tartarín con los señores del círculo, todos los defensores de Pamperigouste evacuaron el lugar, sin tambores ni clarines esta vez, y descendieron silenciosamente por la colina en procesión fantasmagórica, a la luz de la luna y bajo la mirada benévola de los centinelas enemigos.

Esta memorable defensa de la abadía constituyó un honor para Tartarín, pero la ocupación del convento de sus Padres Blancos por las tropas dejó en el corazón de los tarasconeses un profundo rencor.

II

LA FARMACIA DE LA PLACETTE. — APARICIÓN DE UN HOMBRE DEL NORTE. — "¡DIOS LO QUIERE, SEÑOR DUQUE!" — UN PARAÍSO MÁS ALLÁ DE LOS MARES.

Algún tiempo después de la clausura del convento, el farmacéutico Bézuquet tomaba el fresco al anochecer frente a la puerta, en compañía del idóneo Pascalón y del reverendo padre Bataillet.

Importa decir que los monjes dispersados habían sido recogidos por las familias tarasconesas. Cada una quiso tener su Padre Blanco; las gentes acomodadas, los comerciantes y la clase burguesa poseían uno en particular; en cuanto a las familias de artesanos, se asociaron entre sí y se pusieron a escote para sostener á uno de estos santos varones.

En todas las tiendas se veía una capucha blanca: en la casa del armero Costecalde, en medio de los fusiles, de las carabinas y de los cuchillos de caza; en la del mercero Beaumevieille, tras las piezas de batista y de seda, se veía aparecer, como en otras partes, un gran pájaro blanco que semejaba un pelícano familiar. La presencia de los padres era para cada hogar una verdadera bendición. Bien educados, dulces, afables, discretos, molestaban poco y no ocupaban mucho espacio en el hogar, al que llevaban una bondad y una reserva desusadas.

Era como si se tuviera a Dios en casa: los hombres se abstenían de jurar y decir palabras gruesas, las mujeres no mentían o mentían muy poco y los niños se comportaban cuerdamente, muy modosos en sus sillas altas.

Por la mañana y por la tarde, a la hora de rezar, antes de las comidas para implorar la bendición y después para dar las gracias, las amplias mangas blancas se abrían como alas protectoras sobre toda la familia reunida, y con esta bendición perpetua sobre sus cabezas, los tarasconeses no tenían más remedio que vivir santa y virtuosamente.

Todo el mundo se sentía orgulloso de su reverendo, lo ensalzaba, destacaba su valor, y sobre todo el farmacéutico Bézuquet, a quien el destino deparó la suerte de tener en su casa al padre Bataillet.

Todo fuego y nervios, este padre Bataillet, dotado de verdadera elocuencia popular y reputado por su estilo para relatar parábolas y leyendas, era un magnífico mocetón, bien plantado, de rostro quemado, ojos de brasa y actitud de cabecilla. Bajo los largos pliegues de su recio sayal, tenía una prestancia realmente bella, aun cuando uno de sus hombros era más alto que el otro y andaba como de través.

Estos leves defectos eran apenas perceptibles cuando descendía del púlpito después del sermón y pasaba entre la multitud, erguida la cabeza como una proa, ansioso de volver a la sacristía, vibrante aun y enardecido por su propia elocuencia. Las mujeres, entusiasmadas, cortaban al paso con tijeras pedazos de su capa blanca. Por esta causa se le llamaba *el Padre Festoneado*, y su hábito estaba siempre tan deshilachado y fuera de uso, que el convento se veía en apuros para procurarle otro.

Bézuquet estaba, como decimos, frente a la farmacia con Pascalón, y ante ellos, sentado a horcajadas en una silla, el padre Bataillet. Respiraban la brisa con delicia, en una feliz seguridad de reposo, pues en ese momento del día no había clientela que atender. Lo mismo ocurría por la noche; los enfermos podían retorcerse y gritar: el buen farmacéutico no se alteraba por nada del mundo. La hora de estar enfermo había pasado.

Escuchaba, a la par de Pascalón, una de esas bellas historias que el reverendo sabía contar como nadie, mientras en la lejanía se oía el rumor de los obreros que salían del trabajo, entre los postreros destellos de un hermoso crepúsculo de verano.

Súbitamente, el idóneo se levantó, rojo, conmovido, y señalando con el dedo al otro extremo de la Placette, tartamudeó:

—¡Ahí va el señor Tar... ta... rín!

Ya era sabida la admiración personal y particular que Pascalón profesaba al gran hombre, cuya silueta gesticulante se destacaba a lo lejos, en las brumas luminosas, acompañada de otro personaje enguantado de gris y cuidadosamente vestido, que parecía escuchar, silencioso y rígido.

Era fácil de ver que se trataba de alguien del Norte.

En el Mediodía, el hombre del Norte se reconoce por su actitud tranquila y la concisión de su reposado hablar, de igual modo que el meridional se denuncia en el Norte por su exuberancia de gestos y lenguaje.

Los tarasconeses estaban acostumbrados a ver frecuentemente a Tartarín en compañía de extranjeros, pues no se pasa por su pueblo sin visitar, como atracción, al famoso matador de leones, al alpinista ilustre, al Vauban moderno, a quien había valido nueva reputación el asedio de Pamperigouste.

De esta afluencia de visitantes resultaba una era de prosperidad antaño desconocida.

Los hoteleros hacían su agosto, en las librerías se vendían semblanzas y biografías del gran hombre, y en las vitrinas sólo se veían retratos suyos de cazador, de alpinista y de cruzado, bajo todas las formas y en todas las actitudes de su existencia heroica.

Esta vez, sin embargo, no era un visitante común, un cualquiera, el que acompañaba a Tartarín.

Cruzada la Placette, el héroe, con gesto enfático, se acercó a la tertulia, y, señalando al compañero, dijo:

—Mi querido Bézuquet, mi reverendo padre, les presento al señor duque de Mons.

¡Un duque! ¡Pardiez!

Nunca había venido un duque a Tarascón. Se había llegado a ver un camello, una cobra, una piel de león, un manojo de flechas envenenadas y otras cosas exóticas. ¡Pero un duque, nunca!

Bézuquet, puesto en pie, saludaba un poco intimidado por encontrarse de aquel modo, sin haber sido prevenido, en presencia de tan gran personaje, y balbuceaba:

—Señor duque..., señor duque...

Tartarín le interrumpió:

—Entremos, señores; tenemos que hablar de cosas graves.

Pasó él primero, con aire misterioso, al pequeño salón de la farmacia, cuya ventana, abierta sobre la plaza, servía de vitrina a las redomas con fetos, tenias entubadas y paquetes de cigarrillos de alcanfor.

La puerta se cerró tras ellos como tras conspiradores. Pascalón quedóse solo en la botica, con la orden de Bézuquet de atender a los clientes y de no dejar que nadie se acercara al salón bajo ningún pretexto.

El idóneo, muy intrigado, se ocupó en co-

En el interior de la República, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS cuenta con el dispensario número 3 en la ciudad de Santa Fe, San Jerónimo 1823, y el número 4 en Tucumán, Las Heras 879; la atención en los mismos es completamente gratuita.

locar en los anaqueles las cajas de azufaifas, los frascos de *sirupus gummi* y otros productos medicinales.

Entre el ruido de voces que por momentos llegaban hasta él, distinguía especialmente el tono ronco de Tartarín profiriendo palabras extrañas: "Polinesia..., paraíso terrestre..., caña de azúcar..., destilerías..., colonia libre". Luego, un grito del padre Bataillet: "¡Bravo, soy de la partida!" En cuanto al hombre del Norte, hablaba tan bajo que no se le oía nada.

Pascalón se esforzaba por meter la oreja en la cerradura. De pronto, la puerta se abrió con estrépito, *manu militari*, enérgicamente empujada por el padre, y el idóneo fué rodando hasta el otro extremo de la farmacia. Pero, en la agitación general, el hecho pasó inadvertido.

Tartarín, de pie en el umbral, con el dedo levantado hacia los manojos de bulbos de adormidera que se secaban en el techo de la botica, y con una mímica de arcángel blandiendo la espada, exclamó:

—¡Dios lo quiere, señor duque! ¡Nuestra obra será grande!

Hubo en esto una confusión de manos extendidas que se buscaban, se mezclaban, se estrechaban; apretones de manos enérgicos en un anhelo de sellar para siempre irrevocables compromisos. Enardecido con esta última efusión, Tartarín, erguido y solemne, salió de la farmacia con el duque de Mons para continuar el paseo por la ciudad.

Dos días después, el *Forum* y el *Galoubet*, los dos órganos periodísticos de Tarascón, estaban llenos de artículos y propaganda sobre un negocio colosal. El título decía en gruesos caracteres: "Colonia Libre de Port-Tarascón", y leíanse anuncios tan estupendos como éste: "En venta, tierras a 5 francos la hectárea, con un rendimiento anual de muchos miles de francos. Fortuna asegurada y rápida. Se necesitan colonos".

Seguía a esto la historia de la isla en la cual debía establecerse la colonia proyectada, isla adquirida por el duque de Mons al rey Negonko en el curso de sus viajes, y rodeada por otros territorios, que más tarde se podrían comprar para ensanchar las factorías.

Un clima paradisíaco, una temperatura oceánica, muy moderada a pesar de su proximidad al Ecuador, pues sólo cambiaba de dos a tres grados, entre los 25 y los 28; país muy fértil, de boscaje milagroso y maravillosamente regado, que se elevaba rápidamente desde la orilla del mar, lo que permitía que cada cual eligiera la altura que más conviniese a su temperamento. Por último, abundaban los víveres y las frutas exquisitas en toda clase de árboles, y había caza variada en los bosques y llanuras, e innumerables peces en las aguas. Desde el punto de vista del comercio y la navegación, una rada espléndida con capacidad para toda una flota, un seguro puerto cerrado por escolleras, con un antepuerto, un dique de reparaciones, muelles, desembarcaderos, faros, semáforos, grúas de vapor, y, en fin, todo lo necesario.

Los trabajos ya se habían comenzado por obreros chinos y canacos, bajo la dirección de los más hábiles ingenieros y de los arquitectos más distinguidos. Los colonos encontrarían, al llegar, instalaciones confortables, amén de que, por ingeniosas combinaciones, con sólo 50 francos de extra, las casas serían acondicionadas de acuerdo con las necesidades de cada uno.

Es fácil de suponer cómo se inflamaría la imaginación de los tarasconeses a la lectura de estas maravillas. En todas las familias se trazaban planes. Unos soñaban con persianas verdes, otros con una linda escalinata; éstos la querían de ladrillo, aquéllos de sillería.

Se dibujaba, se coloreaba, se añadía tal detalle a tal otro; un palomar sería gracioso, una veleta no estaría mal.

—¡Oh papá, un mirador!

—¡Sea por el mirador, hijos míos!

¡Por lo que les costaría!

Al mismo tiempo que los buenos habitantes de Tarascón satisfacían así todas sus fantasías de instalaciones ideales, los artículos del *Forum* y del *Galoubet* eran reproducidos por todos los diarios del Mediodía; las ciudades y los pueblos eran inundados por prospectos con viñetas, llenas de palmeras, cocoteros, plátanos y toda una flora exótica. La propaganda desenfrenada se extendía por la Provenza entera.

Por los caminos polvorientos de las inmediaciones de Tarascón veíase pasar al trote largo el coche de Tartarín, guiado por él mismo, con el padre Bataillet sentado junto a él en la delantera, apretados uno contra otro, para servir de muro con sus cuerpos al duque de Mons, envuelto en un velo verde y devorado por los mosquitos, que de todos lados le asaltaban furiosamente, en bandadas zumbantes, excitados por la sangre del hombre del Norte, y empeñados encarnizadamente en hincharlo a fuerza de picaduras.

¡Ah, ése sí que era un hombre del Norte! ¡Nada de gestos, pocas palabras, y una sangre fría!... No se entusiasmaba, veía las cosas tal cual son, reposadamente. Se podía estar tranquilo.

Y en las plazoletas sombreadas de plátanos, en los barrios viejos, en las tabernas llenas de moscas, en las salas de baile, por todas partes menudeaban las alocuciones, los sermones, las conferencias.

El duque de Mons, en términos claros y concisos, con la sencillez de la verdad desnuda, exponía las delicias de Port-Tarascón y los beneficios de la empresa, mientras la ardiente palabra del monje predicaba la emigración a hechura de Pedro el Ermitaño. Tartarín, cubierto por el polvo del camino, cual si saliera de un combate, lanzaba con su voz sonora algunas frases vibrantes: "Victoria, conquista, patria nueva", que su gesto enérgico enviaba muy lejos, por encima de las cabezas.

Otras veces se realizaban reuniones contradictorias, donde todo se hacía por preguntas y respuestas.

—¿Hay allí bichos venenosos?

—Ni uno. Ni una sola serpiente. Ni siquiera mosquitos. En cuanto a bestias feroces, ni soñarlo.

—Sin embargo, dicen que allí, en Oceanía, hay antropófagos.

—Invenciones. Todos son vegetarianos.

—¿Es verdad que los salvajes andan completamente desnudos?

—Esto quizá sea algo cierto, pero no del todo. Además, nosotros los vestiremos.

Artículos, conferencias, todo resultó un gran éxito. Los bonos se arrebataban por centenas y por millares, los emigrantes afluían, y no solamente de Tarascón, sino de todo el Mediodía. Hasta de Beaucaire venían. Pero, ¡alto ahí! ¡Tarascón se puso en guardia, dispuesto a reprimir la audacia de los de Beaucaire!

Desde hace siglos, entre las dos ciudades vecinas, separadas únicamente por el Ródano, fermenta un odio sordo, que amenaza no extinguirse jamás.

Si buscáis los motivos de este odio, os contestarán de las dos partes con palabras ininteligibles.

—Ya los conocemos a esos taraconeses — dicen los Beaucaire en tono misterioso.

Y los de Tarascón responden, guiñando un ojo maliciosamente:

—¡Ya sabemos lo que valen los señores de Beaucaire!

De hecho, las comunicaciones de una ciudad a la otra son nulas, y el puente que se ha tendido entre ellas no sirve absolutamente de nada. Nadie lo cruza nunca. Ante todo, por hostilidad, y luego porque la violencia del mistral y la anchura del río en ese punto hacen su tránsito muy peligroso.

Pero, si no se aceptaba a los colonos de Beaucaire, el dinero de todo el mundo era perfectamente acogido. Las famosas hectáreas a 5 francos, con rendimiento de varios miles de francos por año, se despachaban a hornadas. Se recibían también de todas partes donativos en especie, que los fervientes de la obra enviaban para las necesidades de la colonia. El *Forum* publicaba las listas, y entre esos donativos se encontraban las cosas más extraordinarias:

Anónimo: Una caja de pequeñas perlas blancas; un lote de números del *Forum*.

M. Bécoulet: Cuarenta y cinco redecillas de felpa y perlas para las mujeres indias.

Mme. Dourladoure: Seis pañuelos y seis cuchillos para la casa del cura.

Anónimo: Una bandera bordada para el orfeón.

Anduze, de Maguelone: Un flamenco disecado.

Familia Margue: Seis docenas de collares de perro.

Anónimo: Una chupa galoneada.

Una dama piadosa de Marsella: Una casulla, una capa de turiferario y un pabellón de cáliz.

La misma: Una colección de coleópteros en frascos.

Y, regularmente, en cada lista, se mencionaba un envío de Mlle. Tournatoire: Traje completo para vestir a un salvaje. Era la preocupación constante de esa venerable señorita.

Todos los extraños y fantásticos donativos, en los que la socarronería meridional desplegaba su imaginación, se despachaban en cajones repletos a los grandes almacenes de la Colonia Libre establecidos en Marsella. El duque de Mons había fijado allí su residencia.

Desde sus oficinas, lujosamente instaladas, administraba un cúmulo de negocios, y organizaba sociedades de destilería de caña de azúcar o de explotaciones de *tripang*, especie de molusco que gusta mucho a los chinos y lo pagan bien, al decir del prospecto. Cada día, el infatigable duque veía surgir una idea nueva o esbozarse alguna gran maquinación que aquella misma noche se ponía en práctica.

Entretanto, organizaba un comité de accionistas marsellés, bajo la presidencia del banquero griego Kagaraspaki, y los fondos eran depositados en la banca otomana Pamenyai-ben-Kaga, firma de toda solvencia.

Tartarín se pasaba ahora la vida, una vida febril, viajando de Tarascón a Marsella y de Marsella a Tarascón. Encendía el entusiasmo de sus conciudadanos, continuaba la propaganda local y corría presuroso a tomar el expreso para asistir a alguna reunión de accionistas. Su admiración por el gran duque aumentaba día a día.

A todos mostraba como ejemplo la sangre fría del duque de Mons, la razón del duque de Mons:

—No hay peligro de que exagere nada. Con él, no hay esos golpes de espejismo que Daudet nos ha reprochado tanto.

Por el contrario, el duque se dejaba ver muy poco, siempre resguardado por la gasa contra los mosquitos y hablaba mucho menos. El hombre del Norte se eclipsaba ante el hombre del Mediodía, lo ponía constantemente en evidencia y dejaba a su inagotable facundia el cuidado de las explicaciones, de las promesas, de todos los compromisos. Se contentaba con decir:

—El señor Tartarín es el único que conoce mi plan.

¡Y pueden imaginar cómo Tartarín se sentiría orgulloso de ello!

III

LA "GACETA DE PORT-TARASCON". — BUENAS NOTICIAS DE LA COLONIA. — EN POLYGAMILLE. — TARASCON SE PREPARA PARA LEVAR ANCLAS. — "¡NO VAYAN; EN NOMBRE DEL CIELO, NO VAYAN!"

Una mañana Tarascón, al despertar, se encontró con este despacho pegado en todas las esquinas de la ciudad:

"El *Farandole*, gran velero de 1.200 toneladas, ha zarpado de Marsella al despuntar el día, llevando a bordo, con los destinos de todo un pueblo, pacotilla para los salvajes y un cargamento de maquinaria agrícola. Son ochocientos emigrantes, todos tarasconeses, y entre ellos figuran Bompard, gobernador interino de la colonia; Bézuquet, médico-farmacéutico; el reverendo padre Vezole y el notario Cambalalette, director del catastro. Yo los conduje personalmente, aguas afuera. Todo va bien. El duque, contentísimo. Imprímase.

Tartarín de Tarascón."

Este telegrama, fijado en toda la ciudad por el propio Pascalón, a quien iba dirigido, llenó de alegría a la población. Las calles se vistieron de fiesta. Todo el mundo salió de casa, para formar grupos

frente al felicísimo despacho, cuyas palabras se repetían de boca en boca: "Ochocientos emigrantes a bordo... El duque, contentísimo..." Y ni un solo tarasconés se sentía menos contento que el duque.

Era la segunda tanda de emigrantes. La primera había salido un mes antes con rumbo a la tierra prometida. Partió de Marsella, a bordo del vapor *Lucifer*, y fué despedida por Tartarín, investido ya con el hermoso título y las importantes funciones de gobernador general de Port-Tarascón. En ambas ocasiones, el mismo telegrama, el mismo entusiasmo y la misma alegría del duque. Desgraciadamente, el *Lucifer* no había entrado aún en el canal de Suez. Detenido allí por un accidente — la rotura del árbol de la hélice —, el viejo navío tuvo que esperar, para continuar el viaje, a que lo socorriese y remolcase el *Farandole*.

El accidente, que pudo parecer un mal presagio, no enfrió en lo más mínimo el entusiasmo colonizador de los tarasconeses. La verdad es que, a bordo del primer barco, sólo se encontraba la *rafataille*, es decir, la chusma, esa gente de poca monta a la que se envía siempre a la vanguardia.

En el *Farandole* fué también la plebe, pero ahora, mezclada con algunos personajes de cerebro ardoroso, como el notario Cambalalette, director del catastro de la colonia.

El farmacéutico Bézuquet, hombre apacible a pesar de sus formidables mostachos, amante de su tranquilidad, temeroso del calor y del frío y poco amigo de las aventuras lejanas y peligrosas, se resistió largo tiempo antes de consentir en embarcarse.

Sólo pudo decidirle el diploma de médico, ambición de toda su vida, que el gobernador de Port-Tarascón le concedió de propia iniciativa.

El gobernador otorgó generosamente otros muchos diplomas, credenciales y comisiones; hizo nombramientos de directores, subdirectores, secretarios y comisarios, y eligió grandes de primera y segunda clase, para satisfacer así la devoción de sus compatriotas por todo lo que significaba título, honor, distinción, uniforme y entorchados.

Para conseguir que embarcase el padre Vezole no hizo falta tanto aparato. Era un hombre excelente, siempre dispuesto a todo, y muy fácil de contentar. "¡Bendito sea Dios!", era su comentario ante cualquier desgracia. "¡Bendito sea Dios!", dijo cuando hubo de dejar el convento, y "¡Bendito sea Dios!", cuando se encontró a bordo del gran velero, en apretada mescolanza con la *rafataille*, los destinos de todo un pueblo y la pacotilla para los salvajes.

Ya en alta mar el *Farandole*, permanecían en Tarascón únicamente la nobleza y la burguesía. No tenían prisa: esperaban que la vanguardia enviase noticias de su llegada, para saber a qué atenerse.

Igualmente, Tartarín, en su calidad de gobernador, organizador y depositario del pensamiento del duque de Mons, no podía abandonar a Francia, sino en el último convoy. Pero, mientras aguardaba el día impacientemente deseado, desarrollaba la energía y la febril actividad que hemos admirado tanto en todas sus empresas.

Viajaba sin cesar entre Tarascón y Marsella, inaccesible como un meteoro lleno de invencible fuerza, y sólo aparecía unos momentos, aquí o allá, para desaparecer al instante.

—¡Usted se fatiga demasiado, ma... es... tro!... — tartamudeaba Pascalón, por la noche, cuando el gran hombre llegaba a la farmacia, sudoroso y alicaído.

Pero Tartarín se erguía:

—Ya descansaré allá. ¡Manos a la obra, Pascalón, manos a la obra!

El idóneo, encargado de la custodia de la farmacia desde la partida de Bézuquet, añadía a esta responsabilidad otras funciones mucho más importantes.

Para continuar la propaganda tan felizmente iniciada, Tartarín publicaba un diario, la *Gaceta de Port-Tarascón*, que Pascalón redactaba desde la primera a la última línea, de acuerdo con las indicaciones y bajo la dirección suprema del gobernador.

Esta combinación de tareas perjudicaba bastante los intereses de Bézuquet, porque la redacción de los artículos, la corrección de pruebas y los viajes a la imprenta le dejaban muy poco tiempo para atender los trabajos de la farmacia; pero Port-Tarascón ante todo.

La *Gaceta* brindaba todos los días al público de la metrópoli copiosas informaciones de la colonia. Se leían en ella artículos acerca de los recursos, las bellezas y el magnífico porvenir de Port-Tarascón; contenía también sucesos, variedades y narraciones para todos los gustos, y relatos de viajes en busca de islas, conquistas y batallas con los salvajes, para los espíritus aventureros. Para los hidalgos terratenientes, historias de caza a través de las selvas y sorprendentes partidas de pesca en ríos extraordinariamente poblados de peces, ilustradas con la descripción de los métodos y utensilios empleados por los indígenas.

Los seres más pacíficos, almaceneros y buenos burgueses sedentarios, se deleitaban con la lectura de opíparas meriendas sobre la hierba, al borde de un arroyo, al pie de una cascada o bajo la sombra de grandes árboles exóticos. Creíanse transportados allí y sentían salpicar en sus labios los jugos del mango, la banana y el ananá.

"¡Y ni una mosca!", informaba el diario, porque las moscas son, como todo el mundo sabe, el aguafiestas de las diversiones campestres en tierras de Tarascón.

La *Gaceta* publicaba asimismo un folletín: *La bella tarasconesa*, en el que se describía la historia de la hija de un colono raptada por el heredero de un rey papú; y las peripecias de este drama de amor ofrecían horizontes infinitos a las imaginaciones juveniles. La sección financiera daba cuenta de los precios de los productos coloniales, y anunciaba las emisiones de bonos para la adjudicación de tierras y la suscripción de acciones de las empresas de fabricación de azúcar. Insertaba también los nombres de los suscriptores y las listas de los donativos en especie que seguían afluyendo, y en las que figuraba el eterno "Traje para un salvaje", de Mlle. Tournatoire. La honesta señorita, sin duda, había instalado en su casa un verdadero taller de confección que le permitía hacer tan frecuentes y ejemplares envíos. Por lo demás, no era ella la única criatura agobiada por extrañas preocupaciones ante el próximo traslado a unas islas tan desconocidas y distantes.

Una mañana Tartarín descansaba tranquilamente en su casita, en zapatillas y cuidadosamente envuelto en una bata. No estaba ocioso, sin embargo, pues cerca de él, sobre la mesa, veíanse esparcidos libros y papeles: relatos de los viajes de Bougainville y Dumont-Druville, obras sobre colonización y manuales de diversos cultivos. Entre sus flechas emponzoñadas, y a la sombra del baobab que oscilaba suavemente junto a las cortinas de la ventana, ocupábase en estudiar "su colonia", atiborrándose de informes tomados de los libros. De vez en cuando firmaba algún diploma, nombraba un grande de primera clase o creaba sobre el papel un nuevo empleo para satisfacer, en lo posible, el ambicioso delirio de sus conterráneos.

Se hallaba en esta tarea, cuando le anunciaron que una dama tocada con un velo negro, y que se negaba a decir su nombre, deseaba hablarle. No había querido entrar, y aguardaba en el jardín. Apresuradamente, Tartarín fué en su busca, así como estaba, en bata y zapatillas.

Moría la tarde, y el crepúsculo apenas permitía distinguir las cosas y las personas; pero, a pesar de la sombra reinante y del tupido velo, Tartarín reconoció a su visitante al ver el fuego de dos ojos ardientes que brillaban bajo el tul.

—¡Madame Excourbaniès! — exclamó.

—Señor Tartarín, soy muy desgraciada.

Su voz, llena de lágrimas, temblaba. El gran hombre, hondamente conmovido, le preguntó con tono paternal:

—Querida Evelina, ¿qué le pasa? Cuénteme.

Tartarín llamaba por su nombre de pila a casi todas las damas de la ciudad. Las conocía desde la infancia, las había casado como funcionario municipal, y era para ellas un confidente, un amigo, casi un tío.

Tomó del brazo a Evelina, y dieron una vuelta en torno del pequeño estanque de los peces de colores, mientras ella narraba sus penas, sus inquietudes conyugales.

Desde que se discutía el asunto de la lejana colonización, Excourbaniès se divertía diciéndole, por cualquier motivo y con acento de burlona amenaza:

—¡Ya verás, ya verás, cuando estemos allá, en *Polygamille*!

Evelina, que era muy celosa, y tan cándida que rayaba en la tontería, tomaba en serio estas bromas.

—¿Es verdad, señor Tartarín, que en ese país horrible los hombres pueden casarse varias veces?

Él la tranquilizó amablemente.

—Nada de eso, querida Evelina, está usted equivocada. Todos los salvajes de nuestras islas son monógamos. La corrección de sus costumbres es perfecta, y, bajo la dirección de nuestros Padres Blancos, nada hay que temer por ese lado.

—Sin embargo, el nombre de ese país... Esa *Polygamille*...

Entonces comprendió Tartarín la picardía del farsante de Excourbaniès y prorrumpió en una alegre carcajada.

—Su marido se burla de usted, hijita. No es *Polygamille* el nombre de ese país, sino *Polinesia*, que significa *grupo de islas*. No tiene por qué alarmarse, Evelina.

El equívoco hizo reír largo tiempo a la sociedad tarasconesa.

* * *

Habían transcurrido muchas semanas y no llegaban cartas de los emigrantes. Únicamente se recibían telegramas enviados por el duque desde Marsella. Despachos lacónicos, expedidos apresuradamente en Adén, en Sydney, desde las diferentes escalas del *Farandole*.

Después de todo, no había por qué extrañarse, dada la indolencia de la raza. ¿Para qué escribir? Los telegramas eran suficientes. Los que se recibían, regularmente publicados por la *Gaceta*, no traían sino excelentes noticias: "Travesía deliciosa, mar de aceite, todos bien a bordo."

No hacía falta más para sostener el entusiasmo.

Un día, por fin, en la primera página del diario, apareció el despacho siguiente, expedido, como siempre, vía Marsella:

"Llegamos a Port-Tarascón. Entrada triunfal. Amistad con los naturales venidos al muelle. Pabellón tarasconés ondea en la municipalidad. Tedéum cantado en la iglesia metropolitana. Todo está listo, vengan pronto."

A continuación, un artículo ditirámbico, dictado por Tartarín, en el que se hablaba de la ocupación de la nueva patria, de la ciudad

recién nacida, de la visible protección de Dios, de la bandera de la civilización plantada en tierra virgen y del espléndido futuro que reservaba a todos el destino.

Instantáneamente, las últimas vacilaciones se desvanecieron. Una nueva emisión de bonos, a cien francos la hectárea, fué arrebatada como rosquillas.

El estado llano, el clero, la nobleza, todo Tarascón quería partir. Una fiebre, una locura emigratoria se extendió por la ciudad, y los gruñones, como Costecalde, los tibios y los desconfiados eran ahora los más ardientes partidarios de la lejana colonización.

Por todas partes, día y noche, se activaban los preparativos. Se clavaban las cajas hasta en la vía pública, con gran algazara de gritos alegres y martillazos. Los hombres trabajaban en mangas de camisa, cantando y silbando con el mejor humor; se prestaban las herramientas de puerta a puerta y se cambiaban chistes y expresiones festivas. Las mujeres embalaban sus trapos, los Padres Blancos sus cálices y el mundo infantil sus juguetes.

La nave fletada para embarcar a la aristocracia de Tarascón fué bautizada *Tutu-panpan*, nombre popular del tamboril tarasconés. Era un gran vapor de hierro y lo mandaba el capitán Scrapouchinat, lobo marino tolonés. El embarco se realizaría en el mismo Tarascón.

Las aguas del Ródano eran espléndidas, y el barco, que no tenía gran calado, pudo remontar el río hasta la ciudad y amarrar en el muelle. El transporte de los equipajes y la carga exigió treinta días largos.

Mientras los marineros estibaban en las bodegas innumerables fardos y cajones, los futuros pasajeros se instalaban en sus camarotes, ¡y con qué entusiasmo, con qué urbanidad! Todos rivalizaban en ser gratos y serviciales.

—¿Le gusta más este lugar? Disponga de él.

—¿Prefiere este camarote? Está a su disposición...

Y así todo.

La nobleza tarasconesa, tan fúnebre de ordinario; los de Aigueboulide y los de Escudelle, gentes que habitualmente miraban a los demás por encima del hombro, dignábanse ahora fraternizar con la burguesía.

Una mañana, en medio de la barahúnda del embarco, recibióse una carta del padre Vezole, primera correspondencia fechada en Port-Tarascón:

"¡Bendito sea Dios! Llegamos por fin — decía el buen padre —. Nos faltan algunas cositas; pero, con todo, bendito sea Dios mil veces."

Poco entusiasmo había en la carta, y muy pocos detalles también. El reverendo se limitaba a hablar del rey Negonko y de Likiriki, la hijita del rey, monísima criatura a la cual había regalado un collarcito de perlas. Pedía a continuación que se enviaran objetos algo más prácticos que los donativos habituales de los suscriptores. Y nada más. Del puerto, de la ciudad y de las factorías, ni una palabra. El padre Bataillet rugía, furioso:

—¡Es un insulso el padre Vezole! ¡Cuando le eche la vista encima, le voy a sacudir!

La carta, en efecto, resultaba muy fría, tanto más si se recordaba que su autor era un hombre muy benévolo, pero el mal efecto que pudo producir se desvaneció en el trajín de la instalación a bordo y en el ruido ensordecedor de la evacuación de toda una ciudad.

El gobernador — no se designaba a Tartarín por otro nombre — se pasaba los días en la cubierta del *Tutu-panpan*. Con las manos a la espalda, paseaba, sonriente, de proa a popa, entre un hacinamiento de cosas extrañas, armarios, zurrones de caza, calentadores, etc., que esperaban colocación en la estiba, y repartía consejos aquí y allá en tono patriarcal:

—Llevan ustedes demasiadas cosas, hijos míos. Piensen que allá encontrarán cuanto les haga falta.

El, en cambio, abandonaba sus flechas, su baobab y sus pececillos de colores, y se contentaba con una carabina americana de treinta y dos tiros y un cargamento de franela.

¡Cómo lo vigilaba todo, cuánta perseverancia en sus desvelos, no solamente a bordo, sino también en tierra, tanto en los ensayos del orfeón como en los ejercicios de la milicia local!

La organización militar de los tarasconeses, superviviente del sitio de Pamperigouste, había sido reforzada con miras a la defensa de la colonia y a las conquistas que se pensaba realizar para engrandecerla. Y Tartarín, encantado con la actitud marcial de los milicianos y de su comandante Bravida, les expresaba a menudo su satisfacción, en vibrantes órdenes del día.

Sin embargo, en algunas ocasiones, una arruga surcaba ansiosamente la frente del gobernador.

* * *

Dos días antes de la partida, Barafort, pescador del Ródano, encontró entre los residuos de la orilla una botella vacía, herméticamente taponada, cuyo vidrio era aún lo bastante transparente para dejar ver en el interior algo así como un papel doblado.

Ningún pescador ignora que un objeto de esta naturaleza debe ser puesto en manos de las autoridades, y Barafort fué a entregar a Tartarín la misteriosa botella que contenía esta carta, verdaderamente extraña:

" Tartarín
" Tarascón
" Europa
" Cataclismo espantoso en Port-Tarascón. Isla, ciudad, puerto, todo tragado por la tierra, todo desaparecido. Bompard, admirable como siempre, y como siempre muerto, víctima de su deber. ¡No partan, en nombre del cielo, no partan!"

Este hallazgo parecía la obra de un embaucador. ¿Cómo admitir que esa botella llegara de ola en ola, directamente a Tarascón, desde un extremo de Oceanía?

Además, ese "como siempre muerto", ¿no denunciaba claramente una mixtificación? No obstante, este presagio turbó gravemente el triunfo de Tartarín.

IV

EMBARCO DE LA TARASCA. — ¡EN MARCHA! — LAS ABEJAS DEJAN LA COLMENA. — EL OLOR DE LA INDIA Y EL OLOR DE TARASCON. — TARTARIN APRENDE EL PAPUA. — DISTRACCIONES DE LA TRAVESIA.

¿Pintoresquismo, dicen? Si ustedes hubiesen visto el puente del *Tutu-panpan* aquella mañana de mayo de 1881, hubieran sabido de verdad qué es lo pintoresco. Estaban allí todos los directores de gran gala: Tournatoire, director general de higiene; Costecalde, director de agricultura; Bravida, general en jefe de la milicia, y veinte personajes más, que ofrecían a los ojos una brillante confusión de uniformes diversos, bordados con oro y plata. Otros llevaban, además, la capa de grande de primera clase, roja, galoneada de oro, y en medio de esta multitud emperifollada, la mancha blanca del padre Bataillet, gran limosnero de la colonia y capellán del gobernador.

La milicia constituía, sin duda, la perspectiva más fascinadora. Despachada ya en otros buques la mayor parte de los simples milicianos, quedaban ahora los oficiales, sable

en mano y revólver al cinto, el busto erguido bajo el coquetón dolman con alamares, y muy ufanos de sus magníficas botas lustrosas.

Con los uniformes y los hábitos se mezclaban los vestidos de las damas, de colores vivos, claros y alegres, con cintas y manteletas que flotaban al aire, y aquí y allá las cofias tarasconesas de las criadas. Sobre este abigarramiento, sobre el navío de metales relucientes y mástiles empavesados, imaginad un hermoso sol, un sol de día festivo, y como horizonte el amplio Ródano, agitado como un mar por las ráfagas del mistral, y tendréis una idea del *Tutu-panpan* al levar anclas para Port-Tarascón.

El duque de Mons no había podido asistir a la partida, porque le retenía en Londres la tarea de una nueva emisión. ¡Hacía falta tanto dinero para costear los gastos del buque, de los tripulantes, de los ingenieros y de tantas otras atenciones de la emigración! El duque había anunciado por telegrama una remesa de fondos para el mismo día, y todo el mundo admiraba el espíritu práctico del hombre del Norte.

—¡Qué ejemplo el de ese hombre, señores! — declamaba Tartarín —. ¡Imitémosle; nada de prisas!

El mismo mostraba ahora una actitud reposada y tranquila, en medio de sus huestes uniformadas, luciendo únicamente sobre la levita el gran cordón de la *Orden*.

Desde el puente del *Tutu-panpan* veíanse llegar de lejos y en grupos a los colonos, a quienes se reconocía y saludaba por sus nombres, al pisar el muelle.

—¡Oh, ahí están los Roquetaillade!

—¡Eh, señor Branquebalme!

Gritos y aclamaciones entusiastas por doquier. Se dispensó una ovación a la vieja condesa de Aiguebouli̇de, casi centenaria, cuando se la vió subir ligera por la planchada, con su mantilla de seda y su cabeza oscilante, llevando en una mano su cotorra disecada, y en la otra el calientapiés.

La ciudad se despoblaba de minuto en minuto, y las calles parecían más anchas entre las casas cerradas, las tiendas con los cierres echados y las persianas y celosías entornadas.

Una vez los viajeros a bordo, hubo un instante de recogimiento, de solemne silencio, subrayado por el silbido del vapor. Centenares de ojos se volvieron hacia el capitán, que, de pie en el puente, se disponía a dar la orden de largar amarras. De pronto, alguien gritó:

—¿Y la Tarasca?...

Sin duda, ustedes habrán oído hablar de la Tarasca, el fabuloso animal que dió su nombre a la ciudad de Tarascón. Para recordar brevemente su historia, diremos que la Tarasca fué, en tiempos antiquísimos, un monstruo temible que asolaba la desembocadura del Ródano. Santa Marta, que llegó a la Provenza después de la muerte de Jesús, fué un día, vestida de blanco, a buscar a la bestia en medio de los pantanos, y la trajo a la ciudad atada únicamente con una cinta azul, vencida y cautivada por su inocencia y piedad.

Desde entonces, cada diez años, los tarasconeses celebran una fiesta durante la cual se pasea por las calles de la ciudad un monstruo de madera y cartón pintado, que tiene algo de tortuga, serpiente y cocodrilo, y que es una grosera y humorística efigie de la Tarasca de antaño. Se la venera como un ídolo, se la sostiene a expensas del Estado y se la conoce en todo el país con el nombre de la *madre grande*.

Marcharse sin la *madre grande* les parecía inconcebible. Algunos muchachos se lanzaron a la ciudad y rápidamente trajeron la Tarasca al muelle.

Ello dió motivo a una gran explosión de lágrimas y gritos de entusiasmo, como si el alma de la ciudad, la patria misma, respirase por este monstruo de cartón, tan difícil de embarcar.

Demasiado voluminosa para ser colocada en el interior del buque, se ató a la Tarasca en el castillo de popa, y allí, ridícula y enorme, con su aspecto de dragón de feria y su vientre de lienzo y escamas pintadas, la cabeza erguida por encima del empalletado, completaba perfectamente el conjunto pintoresco y extraordinario del cargamento. Parecía uno de esos mascarones esculpidos en la proa de las naves y encargados de presidir los destinos de un viaje. Se la rodeaba con respeto; algunos le hablaban y le daban palmaditas lisonjeras.

Al presenciar estas muestras de emoción, Tartarín temió que el monstruo despertara en los corazones la nostalgia de la patria abandonada, y, a una señal suya, el capitán Scrapouchinat ordenó de repente, con voz formidable:

—¡En marcha!...

Inmediatamente, se escucharon los sones de la banda de a bordo, el zumbido de la sirena y el borboteo del agua azotada por la hélice, todo ello dominado por la voz de Excourbaniès:

—*Fen dé brut!*... ¡Hagamos ruido!...

La orilla se alejó en un santiamén y la ciudad y las torres del rey René se perdieron en lontananza, como esfumadas en la vibrante luz del sol que bruñía el caudal del Ródano.

Los emigrantes, inclinados sobre la borda, tranquilos, risueños e indiferentes, contemplaban cómo la patria se alejaba y se perdía a lo lejos, sin mayor emoción, ahora que llevaban consigo la Tarasca, que la que puedan sentir un enjambre de abejas al cambiar de colmena o una bandada de golondrinas en vuelo hacia el Africa.

Además, la Tarasca los protegía. Un tiempo divino y un mar resplandeciente; ni una tempestad, ni un tropiezo. Jamás travesía alguna fué más favorable.

En el canal de Suez comenzó la gente a sudar la gota gorda bajo el fuego de un sol abrasador, y, a pesar del tocado colonial adoptado unánimemente, a ejemplo de Tartarín: un casco de corcho recubierto de tela blanca y ornado con un velo de gasa verde; pero los viajeros soportaron fácilmente esa temperatura de horno, a la que el cielo de Provenza los tenía muy bien acostumbrados.

Después de Port-Said y Suez, y franqueado el mar Rojo, el *Tutu-panpan* se lanzó a través del mar de las Indias, a marcha rápida y sostenida, bajo un cielo blanco, lechoso y suave como uno de esos *aiolis*, o condimentos de ajo que los emigrantes comían a todo pasto.

¡Qué formidable consumo de ajo! Se habían embarcado enormes cantidades, y su exquisita fragancia marcaba la estela del navío, fundiendo el olor de Tarascón con el olor de la India.

Al poco tiempo, el *Tutu-panpan* avistó unas islas que emergían del océano como canastillas de flores extrañas, y en torno a las cuales revoloteaban hermosísimos pájaros de brillante plumaje. Las noches, tranquilas y transparentes, iluminadas por miríadas de estrellas, parecían empapadas de armonías lejanas y danzas de bayaderas.

Las Maldivas, Ceilán y Singapur pudieron ser escalas maravillosas si las tarasconesas, con la Excourbaniès al frente, no hubieran prohibido a sus maridos bajar a tierra.

Un feroz instinto de celos las ponía en guardia contra ese peligroso clima de la India y sus efluvios perturbadores, que llegaban hasta la cubierta del *Tutu-panpan*. No había más que ver al tímido Pascalón cuando, llegada la noche, se apoyaba en la borda, cerca de la señorita Clorinda des Espazettes, bella y corpulenta muchacha, cuya gracia aristocrática le había trastornado.

El bueno de Tartarín les sonreía desde lejos, y preveía una boda al concluir la travesía.

Desde el comienzo del viaje, el gobernador se conducía con una bondad y una indulgencia que contrastaba con las violencias y hosquedades del capitán Scrapouchinat, verdadero tirano de a bordo, que se enfurecía por cualquier futesa y hablaba de "fusilar como a un mono verde". Tartarín, paciente y razonable, se sometía a los caprichos del capitán, trataba de disculparlo y, para distraer la cólera de sus milicianos, les daba ejemplo de una infatigable actividad.

Las horas de la mañana las dedicaba al estudio de la lengua papú, bajo la dirección de su capellán, el reverendo padre Bataillet, que, en su calidad de misionero, conocía esa lengua y otras muchas.

Durante el día, Tartarín reunía a toda su gente en la cubierta o en el salón, y pronunciaba conferencias para exhibir su ciencia recién adquirida acerca del cultivo de la caña de azúcar y la explotación del *tripang*.

Dos veces por semana explicaba un curso de caza, pues allá, en la colonia, encontrarían piezas mayores, a diferencia de Tarascón, donde sólo se cazaban gorras lanzadas al aire.

—Tiran ustedes bien, hijos míos — decía Tartarín —; pero tiran con excesiva rapidez.

Tenían, sin duda, la sangre demasiado caliente, y era preciso moderarse.

Les daba excelentes consejos, marcándoles los tiempos según las diferentes especies de animales y contando metódicamente como un metrónomo.

—Para la codorniz, tres tiempos. ¡Uno, dos, tres! ¡Pum!... Ya está... Para la perdiz — y sacudía la mano abierta imitando el vuelo del ave — para la perdiz cuenten dos solamente. ¡Uno, dos! ¡Pum!... Levántenla, está muerta.

Así pasaban las horas monótonas de la travesía, mientras cada revolución de la hélice acercaba a la realización de sus sueños a estas buenas gentes, que acariciaban durante todo el viaje bellos proyectos para el porvenir. Con la ilusión de lo que les esperaba allá, hablaban únicamente de las hermosas obras que llevarían a cabo en sus futuras propiedades.

El domingo era día de descanso y de fiesta. El padre Bataillet decía misa en el castillo de popa, con gran solemnidad, y en el momento de alzar sonaba estrepitosamente el clarín y redoblaban enérgicamente los tambores. Después de la ceremonia, el reverendo padre relataba alguna de las luminosas parábolas de su especialidad, en las que desarrollaba, más que un sermón, un misterio poético, rutilante de fe meridional.

He aquí uno de tales relatos, ingenuo como una de esas historias de santos pintadas en los cristales de un viejo templo aldeano. Para saborear todo su encanto, será preciso imaginarse el buque recién fregado, los cobres relucientes, las señoras sentadas en círculo, el gobernador en su sillón y rodeado de sus directores de punta en blanco, los milicianos en doble fila y los marineros en las escalas de cuerda. Una muchedumbre, silenciosa y atenta, con los ojos puestos en el padre Bataillet, que se hallaba de pie en los escalones del altar. Los golpes de la hélice rimaban con su voz, y en el cielo puro y profundo, la humareda del vapor se alargaba alta y fina. Los delfines saltaban a ras de las olas y las gaviotas y los albatros seguían, gritando, la estela del buque. El padre Bataillet, con su hombro ladeado, cuando levantaba y sacudía sus amplias mangas parecía uno de esos grandes pájaros que baten las alas, dispuestos a volar.

V.

A VERDADERA LEYENDA DEL ANTICRISTO, CONTADA POR EL PADRE BATAILLET, A BORDO DEL "TUTU-PANPAN".

—Nuevamente, hermanos míos, haremos un viaje al paraíso, a esa mplia antecámara azul celeste donde el gran San Pedro, con su maojo de llaves al cinto, cumple su misión de abrir las celestiales puertas las almas de los elegidos. Desgraciadamente, desde muchos, muchíimos años antes, la humanidad se ha vuelto tan mala, que las mejores, después de la muerte, hacen alto en el purgatorio y no suben nás. Por tal razón, el bueno de San Pedro no tiene otra tarea que brillantar con papel de lija sus llaves oxidadas o sacudir las telarañas endidas a través de la puerta, como sellada por la justicia. Por un nomento, se hace la ilusión de que alguien ha llamado, y dice para u capote:

—¡Por fin llamó uno! ¡Ya era hora!

Abre la puerta y nadie: la inmensidad, el eterno silencio y los planetas inmóviles o girando en el espacio con el suave rumor del fruto naduro arrancado de la rama; pero ni la sombra de un elegido.

¡Imaginad cuál sería la humillación de este santo varón que nos ama anto! ¡Contempladle desolado, día y noche! ¡Ved las lágrimas ardientes que han abierto en sus mejillas dos surcos tan profundos como los ue se ven en los caminos de herradura entre Tarascón y Montmajour!

Una vez, San José fué a hacerle compañía, porque a la larga el pobre ortero, siempre solo en la antecámara, se aburría. Y al ver su tristeza, dijo, para consolarlo:

—Pero, en definitiva, ¿qué te importa que esas gentes de allá abajo llamen a tu puerta? ¿Acaso no te encuentras bien aquí, acariciado or las músicas más dulces y los más delicados aromas?...

Y mientras hablaba, desde el fondo de los siete cielos sopló una isa tibia cargada de armonías y de perfumes, de cuya delicia nada odría daros una idea, queridos amigos, ni siquiera ese sabor a limón frambuesa que el aliento del mar nos trae al rostro bajo el viento, esde ese ramillete de islas rosadas.

—¡Oh! —exclamó el bondadosísimo San Pedro—; no podría encontrarme mejor en este paraíso de bendición, pero quisiera que todas as pobres criaturas estuvieran aquí, conmigo.

Y bruscamente, presa de indignación, gritó:

—¡Ah, bribones, imbéciles! ¿No te parece, José, que el Señor es emasiado bueno con esos miserables? Si estuviera en su lugar, yo muy bien lo que haría...

—¿Qué harías, querido Pedro?

—¡Té, pardiez! Un buen puntapié a la gusanera y toda la humanidad paseo!

San José sacudió su augusta barba. Haría falta todo un señor puntapié para deshacer la tierra... Y además, les estaría muy bien empleado a los turcos, a los infieles, a todos esos pueblachos del Asia e habían caído en la podredumbre, pero el mundo cristiano era stinto, fuerte y sólido como obra del Hijo de Dios...

—Es verdad —repuso San Pedro—; pero lo que Cristo ha construído, Cristo puede también destruirlo. Yo enviaría al Hijo de Dios r segunda vez a esos condenados, y el Anticristo, que no sería otro e Cristo disfrazado, no tardaría en meterlos en cintura.

El excelente santo, arrebatado por la cólera, hablaba sin pensar demasiado lo que decía y sin sospechar sobre todo que sus palabras llegarían a oídos del divino Maestro. Por ello se quedó de una pieza ando el Hijo del Hombre apareció ante él, con un cayado al hombro, en la punta del cayado un hatillo.

—Pedro, ven... Quiero que me acompañes.

Se lo ordenaba con una voz firme y dulcísima.

Por la palidez de Jesús y por la fiebre de sus grandes ojos que desdían más fuego que su propia aureola, Pedro lo comprendió todo en guida, y lamentó haberse ido de la lengua. ¡Qué no habría dado por e esta segunda misión del Hijo de Dios en la tierra dejara de cumrse, y sobre todo, por no ser él su acompañante! Se retorcía las nos, lleno de agitación y de miedo.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!... ¿Y mis llaves, qué voy a hacer con as?... Y mi puerta, ¿quién guardará mi puerta?

En verdad, para una caminata tan larga, su pesado llavero era inconniente. Pero Jesús, sonriendo, porque leía en el fondo de su alma, dijo:

—Deja las llaves en la cerradura, Pedro. Sabes perfectamente que no r peligro de que nadie entre jamás en nuestra casa.

Hablaba muy dulcemente, pero había algo de implacable en su z y en su sonrisa.

* * *

Como advirtieron las Sagradas Escrituras, fueron diversos los signos e en el cielo anunciaron la llegada a la tierra del Hijo del hombre, o desde mucho tiempo antes los humanos, corrompidos, no miraban ás hacia lo alto, y, distraídos por sus pasiones, no descubrieron la sencia del Maestro y del viejo servidor que le acompañaba, tanto s cuanto que ambos viajeros llevaban toda clase de utensilios y se frazaban según les parecía conveniente.

No extrañará, pues, que nadie los conociese en la primera ciudad a donde llegaron, justamente en la víspera del día en que un famoso bandido llamado Sanguinarias, autor de horripilantes crímenes, iba a ser ajusticiado. Los obreros que levantaban el cadalso aquella noche, se sorprendieron un tanto de ver trabajar con ellos, a la luz de las antorchas, a dos compañeros venidos no se sabía de dónde, el uno ágil y altivo como un bastardo de príncipe, la barba en punta y ojos luminosos, y el otro ya encorvado, con un aire bonachón y soñoliento y dos largas cicatrices que surcaban sus ajadas mejillas. Luego, al amanecer, levantado ya el patíbulo y reunidos el pueblo y las autoridades para presenciar el suplicio, los dos forasteros desaparecieron. Habían dejado el mecanismo de la guillotina tan extrañamente complicado que, una vez tumbado el bandido sobre la tabla, la cuchilla, cuidadosamente afilada y de un acero de la mejor calidad, cayó veinte veces sobre el cuello del reo sin causarle el más ligero arañazo en la piel.

Pueden ustedes imaginarse el cuadro desde aquí: la sorpresa de los magistrados y el espanto de las turbas; el verdugo que zarandea a sus ayudantes y se mesa los cabellos, empapados de sudor; el propio Sanguinarias—naturalmente, como era de Beaucaire el malandrín, unía a sus malos instintos un amor propio diabólico— muy ofendido, revolvía su cuello de toro negro en la argolla y decía:

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa? ¿No estoy acaso fabricado como los demás para que no se pueda acabar conmigo?

Al fin, los gendarmes se lo llevaron a empujones y lo devolvieron al calabozo, mientras la plebe rugía y danzaba alrededor del cadalso hecho astillas que ardían y crepitaban como una fogata de San Juan.

Desde entonces en esta ciudad y en todo el mundo civilizado, un extraño hechizo cayó sobre las sentencias de muerte: la cuchilla de la justicia no cortaba más cabezas y, como los criminales sólo temen a la muerte, una ola de crímenes cubrió rápidamente la tierra; las calles y los caminos se hicieron intransitables para los buenos ciudadanos aterrados, mientras en los lugares céntricos superpoblados los forajidos se engordaban con carnes suculentas, rompían las caras de los guardianes a puntapiés, les saltaban los ojos con el pulgar o se divertían en partirles el cráneo por simple curiosidad, para ver lo que tenían dentro.

Ante los estragos causados en la humanidad tan sólo con el desarme de la justicia, el bonísimo San Pedro estimó que ya tenía bastante, y con el corazón henchido de piedad y una amplia sonrisa aduladora, dijo:

—La lección surtió su efecto, Maestro, y creo que la tendrán bien presente. ¿Qué tal si ahora volviéramos arriba? Porque, a decir verdad, temo mucho que tengan necesidad de mí.

El Hijo del hombre entreabrió los labios en una pálida sonrisa.

—¡Recuerda —dijo, levantando el índice— que lo que Cristo ha construído, sólo Cristo lo podrá destruir!

Pedro, con la cabeza baja, pensaba:

—¡Me fuí de la lengua, pobres hijos míos; me fuí de la lengua!

* * *

Se hallaban en aquel momento en una fértil ladera, a cuyos pies se extendía, hasta perderse en la lejanía, una rica ciudad imperial, con sus torres, terrazas y campanarios, cuyas veletas y cruces de mármol y oro resplandecían en el crepúsculo apacible.

—Creo que por aquí hay conventos e iglesias —comentó el buen anciano, tratando de distraer la cólera del Señor—. Al menos, esto da gusto.

Pero ya sabéis, hermanos míos, que lo que Jesús desdeña sobre todas las cosas es el culto hipócrita y suntuoso de los fariseos, esas iglesias a donde se va a oír misa por ostentación y esos conventos en los que fabrican golosinas y chocolates. No ha de extrañaros, pues, que apresurara el paso sin replicar. Las cosechas eran muy altas y por encima de los trigales sólo se veía del formidable destructor de la humanidad un hato de ropas balanceándose al extremo de un cayado. En la ciudad en que entraron vivía un viejo emperador, el decano de los príncipes de Europa, justo y poderoso como ninguno, que mantenía encadenada a la guerra la cureñas de sus cañones y, por la fuerza o por la persuasión, impedía que los pueblos se devorasen entre sí.

Mientras él viviera se observaría algo así como un tácito acuerdo de perro y lobo, para que las ovejas pacieran tranquilas. Por ello, el pueblo entero se desvelaba por la vida del buen emperador y todas las madres estaban dispuestas a dejarse abrir las venas para ofrecerle su sangre más rica y más roja.

Un día, repentinamente, este amor se trocó en odio y comenzó a extenderse una consigna infernal:

—¡Matémosle; es el buen tirano, el más execrable de todos, pues ni siquiera nos da motivos para protestar!

Y bajo el palacio imperial, minado en la oscuridad de los sótanos donde los conspiradores, con el agua hasta la cintura, preparaban su crimen, os dejo que adivinéis quién era el misterioso compañero, de ojos fulgurantes, que dirigía la obra de muerte, el que ahuyentaba de los corazones el miedo y la piedad, y el que cuando se dió la señal, lanzó el hurra supremo...

¡Ah! Del pobre emperador sólo se encontraron unos pocos fragmentos bajo los escombros. Algunos mechones de la barba y una de sus manos justicieras, calcinada por las llamas. Y en seguida rugió la guerra desatada, el cielo se cubrió de cuervos que volaban hacia todas las fronteras y la gran matanza se inició para no concluir jamás.

* * *

Cuando los pueblos se degollaban por medio de máquinas espantosas y en los cuatro puntos cardinales las ciudades asaltadas ardían como antorchas, por los caminos atestados de ganado errante y de carros sin guías, a través de campos devastados, de ríos enrojecidos de sangre, de viñas y cosechas implacablemente destrozadas, Jesús con su paso alegre y el cayado al hombro, y pisándole los talones el venerable anciano, que intentaba vanamente inclinarle hacia la indulgencia, se encaminaba hacia un país lejano, donde ejercía su profesión un médico famoso, llamado Mauve.

El señor Mauve, gran curador de hombres y bestias, dominador experto de todas las fuerzas de la naturaleza, estaba a punto de encontrar la fórmula de la prolongación de la vida humana. Se hallaba seguro de dar con ella, cuando una noche, por la torpeza de un nuevo ayudante de laboratorio, muy bello y muy pálido, y a quien no se volvió a ver jamás, varias retortas llenas de sutiles venenos quedaron destapadas, y a la mañana siguiente, al abrir la puerta el señor Mauve, cayó asfixiado por las emanaciones.

Y acto seguido, la vida humana no sólo no se prolongó, sino al contrario, pues el sabio había coleccionado en su casa, para estudiarlas, un gran número de viejas plagas y de extraordinarias lepras de Egipto y de la Edad Media, cuyos gérmenes, evadidos de los cultivos, se diseminaron por el mundo entero y lo asolaron.

Hubo entonces lluvias de sapos apestados e inmundos, como en los tiempos de los hebreos; luego fiebre amarilla, pestes y tifus, y resurgieron muchísimas enfermedades desaparecidas, que se juntaron con las ya conocidas y con otras cuya existencia se ignoraba aún. En el pueblo se llamó a todo esto "el mal de Mauve".

¡Dios nos libre del terrible mal, hermanos míos!

Los huesos se quebraban como el vidrio y los músculos se deshilachaban. Se sufría tanto que no quedaban fuerzas para gritar. Los enfermos, antes de morir, caían en pedazos por los caminos, y los servicios de obras públicas no disponían de bastantes palas y carretas para recogerlos.

—¡Amanece! ¡Hemos terminado otro bonito negocio!—decía San Pedro con una falsa alegría, llena de lágrimas—. Y ahora, Maestro, ¿qué tal si nos volviésemos a casita? Yo empiezo a aburrirme.

Jesús sabía perfectamente que bajo esta apariencia de aburrimiento se ocultaba una honda piedad hacia los seres humanos, pero él, pese a su infinita bondad, se había jurado exterminarlos. ¡Le habían hecho tantas! Uno acaba por cansarse...

Continuó la marcha sin responder, a través de la campiña, seguido de su viejo servidor. Asomaba la madrugada verde y rosa, cuando entre el canto de los gallos y todo el bullicio de corrales que saluda el comienzo del día llegó hasta ellos un grito humano, un grito de mujer, potente y sonoro, inmenso al principio como si quisiera desgarrar el horizonte y después apagado y dulce como un quejido. Era ese grito que no olvidan nunca los que lo han oído una vez. Con la mañana que surgía, un nuevo ser llegaba al mundo. Jesús, pensativo, se detuvo. ¿Si los hombres nacían sin cesar, de qué servía el destruirlos? Y, dirigiéndose hacia la choza de donde partiera el grito, levantó su mano blanca en un ademán amenazador.

—¡Piedad, Maestro, piedad para los inocentes! —sollozó, consternado, San Pedro.

El Señor lo tranquilizó con una palabra.

A este recién nacido, como a todos los que nacieran en lo sucesivo, acababa de otorgarles un regalo de bienvenida. Pedro no se atrevió a preguntar en qué consistía este regalo, pero yo, hermanos míos, puedo deciros: Jesús había dado la experiencia a estos condenados, y el privilegio resultó una cosa terrible.

Téngase presente que hasta entonces, cuando moría un hombre, su experiencia se extinguía con él. Pero, de acuerdo a lo dispuesto por el Señor, acaeció que hubo en la tierra una experiencia acumulada. Los niños nacían tristes, viejos, desalentados; apenas abiertos los ojos descubrían la razón y el fin de todas las cosas, y se registró este hecho abominable: el suicidio de los niños, de los pobres pequeños, los que intentaban destruirse con sus manecitas desesperadas.

Pero, con todo, no era suficiente todavía; la raza maldita no quería extinguirse y se obstinaba en vivir, fuera como fuera.

Entonces, para terminar cuanto antes, Cristo privó a los hombres y a las mujeres del sentimiento de la belleza y del gusto del amor. No hubo alegría de ninguna clase en la tierra, ni efusión en la súplica y en la voluptuosidad. No se buscaba más que el olvido de todo y únicamente se aspiraba al sueño. ¡Oh, dormir!... Basta de pensar, de vivir...

Como ven, hermanos míos, la pobre humanidad se hallaba en un estado lamentable y sin duda tenía para muy poco tiempo, pues el infatigable exterminador apresuraba sin descanso su obra. Recorría constantemente el mundo, como un peregrino, con el hato en la punta del cayado. Detrás de él, San Pedro, abrumado de cansancio, encorvado y con los surcos de las lágrimas más profundos en las mejillas, a medida que el Señor desencadenaba a su paso los volcanes, los ciclones y los temblores de tierra.

Durante una bella mañana de la Asunción, Jesús, deslizándose sobre la superficie de las olas como nos lo muestran las Escrituras, llegó cerca de unas islas de Oceanía, en estos mismos lugares del Pacífico que ahora estamos atravesando.

Desde un puñado de islas verdes llegaban hasta él, con la brisa del mar, voces de mujeres y de niños que entonaban canciones provenzales.

—*Té!* — exclamó San Pedro —. Parecen canciones de Tarascón.

Jesús se volvió a medias.

—¿Pésimos cristianos, según creo, esos tarasconeses?

—¡Oh, no lo creáis, Maestro! Se han enmendado mucho con el tiempo —se apresuró a contestar el santo, temeroso de que a un signo de la divina mano la isla a la que se acercaban desapareciese bajo las olas.

Esta isla, como ya habrán adivinado ustedes, no era otra que Port-Tarascón, en la cual los habitantes, en honor de la Asunción, celebraban una procesión solemne.

¡Y qué procesión, hermanos míos!

Abrían la marcha todos los penitentes, azules, blancos, grises, de todos los colores, provistos de sus campanillas, que mezclaban el tintineo de sus notas de cristal y plata. Después de los penitentes, las cofradías de mujeres, vestidas de blanco y cubiertas de largos velos como las santas del paraíso. Seguían los viejos estandartes, tan altos que las figuras de los santos, con sus aureolas de oro y seda, parecían descender del cielo sobre la multitud. Venía después el Santo Sacramento, bajo el palio de terciopelo rojo y adornado con grandes penachos, y a continuación los niños del coro, que llevaban en el extremo de largos bastones dorados unas grandes linternas verdes, en las que ardía una pequeña llama. El pueblo, jóvenes y viejos, cerraba la comitiva, cantando y rezando a todo pulmón.

La procesión marchaba alrededor de la isla, unas veces junto a la playa y otras en la falda o en la cima de las colinas, y los grandes incensarios, movidos por el viento, enviaban hacia el sol ligeras humaredas azules.

San Pedro, deslumbrado, murmuró:

—¡Oh, qué hermoso!

Ni una palabra más, pues no confiaba ya en impresionar a su compañero después de tantas tentativas en vano; pero esta vez estaba equivocado.

El Hijo del hombre, tocado en lo más vivo por esta manifestación de ingenua fe, contemplaba las banderas de Port-Tarascón y pensaba, inmóvil sobre la espuma de las olas, en lo horrendo e injusto de su misión de muerte.

De pronto, levantó su pálido y dulce rostro, y en el silencio del mar encalmado, con una fortísima voz que llenó el universo, gritó hacia el cielo:

—¡Padre, Padre, una prórroga!

Y a través del espacio, Padre e Hijo se comprendieron sin necesidad de nuevas palabras.

* * *

Había llegado a este punto de su relato el padre Bataillet, y los oyentes, silenciosos, permanecían inmóviles en sus puestos, cuando de pronto, desde lo más alto del puente del *Tutu-panpan*, el capitán Scrapouchinat gritó:

—¡La isla de Port-Tarascón a la vista, señor gobernador! Antes de una hora estaremos en la rada.

Entonces todo el mundo se levantó y estalló en un júbilo inenarrable.

VI

LLEGADA A PORT-TARASCÓN. — NADIE. — DESEMBARCO DE LAS MILICIAS.—"FARMA... BÈZU..." —BRAVIDA ESTABLECE EL CONTACTO. — TERRIBLE CATÁSTROFE. — UN FARMACÉUTICO TATUADO.

—¿Qué es esto? ¿No hay nadie? —exclamó Tartarín una vez calmado el escándalo de los primeros gritos de alegría.

Sin duda, el barco no había sido visto aún desde tierra.

Era menester anunciarse. Tres cañonazos retumbaron a lo largo de las dos islas de color verde oscuro, entre las que el buque acababa de penetrar.

Todas las miradas se habían vuelto hacia la orilla más cercana, que era una estrecha faja de arena, de muy pocos metros de extensión; más allá se veían unas montañas abruptas, cubiertas desde la cúspide al mar por una masa sombría de vegetación.

Cuando el eco de los cañonazos se extinguió, un gran silencio envolvió de nuevo las siniestras islas. Ni un alma todavía. Y lo más inexplicable del caso era que no se veía ni el puerto, ni la ciudad, ni el fuerte, ni el muelle, ni los diques... ¡Nada!...

Tartarín se volvió hacia Scrapouchinat, que daba ya las órdenes para arrojar el ancla.

—¿Está usted seguro, capitán? —le preguntó.

El irascible marino respondió con una salva de juramentos.

¿Que si estaba seguro, suerte perra? ¡Conocía, sin duda, su oficio, por todos los demonios! ¡Sabía muy bien conducir su nave!

—Pascalón, vaya a buscarme el mapa de la isla —dijo Tartarín, sin perder la serenidad.

Afortunadamente, poseía un mapa de la colonia, dibujado a una escala muy grande y en el que estaban minuciosamente detallados cabos, golfos, ríos, montañas y hasta el emplazamiento de los principales monumentos de la ciudad.

Lo desplegó rápidamente y Tartarín, rodeado de todos, se puso a estudiarlo, señalando con el dedo.

—Veamos... Aquí la isla de Port-Tarascón, la otra isla en frente, allá el promontorio, muy bien... A izquierda los arrecifes de coral, perfectamente... Pero, ¿y lo demás? ¿Qué se ha hecho del puerto, de la ciudad y de los habitantes?

Tímidamente, tartamudeando un poco, Pascalón sugirió que quizá había en todo aquello una farsa de Bompard, a quien se conocía bien en Tarascón por sus bromas de todo género.

—Bompard tal vez —opinó Tartarín—, pero Bézuquet, un hombre tan prudente, tan serio... Pero, además, por muy farsante que se sea, no se escamotea así como así una ciudad, un puerto y un dique...

Con los anteojos de larga vista se divisaba en la costa algo así como una barraca, pero los arrecifes de coral no permitían al buque acercarse más, y a tal distancia todo se perdía en el verde oscuro del follaje.

Muy perplejos, los viajeros contemplaban el panorama. Estaban ya listos para el desembarco, con las maletas en la mano, y entre ellos la marquesa viuda de Aiguebouïlide, con su calientapiés.

El gobernador murmuraba, confundido:

—¡Es extraordinario!

Súbitamente, adoptó un aire de mando.

—¡Capitán! —ordenó—. ¡Haga botar al agua la canoa grande! ¡Comandante Bravida, que la milicia forme inmediatamente en cubierta!

Mientras el clarín transmitía la orden, Tartarín, muy dueño de sí mismo, decía a las damas:

—No teman. Todo se explicará satisfactoriamente.

Y luego a los hombres que no bajaban a tierra.

—Dentro de una hora estaremos de vuelta. Aguárdennos aquí. ¡Que nadie se mueva!

Desoyendo la orden de estar quietos, lo rodearon y repitieron su misma frase:

—Sí, señor gobernador; todo se arreglará satisfactoriamente...

En aquel momento, Tartarín les parecía inmenso.

Se trasladó a la canoa con su secretario Pascalón, su capellán el padre Bataillet, Bravida, Tournatoire, Excourbaniès y la milicia, todos armados hasta los dientes con sables, hachas, revólveres y carabinas, y sin olvidar el famoso winchester de treinta y dos tiros.

A medida que se acercaban a la silenciosa orilla donde todo era quietud, se distinguía mejor un viejo puentezuelo de maderos y planchas, roído por el musgo y casi caído en el agua encharcada. ¡Y era ese el malecón por donde llegaron un día los indígenas para recibir triunfalmente a los pasajeros del *Farandole*!...

¡Increíble! Algo más lejos se veía una vieja barraca, con ventanas de hierro cerradas y pintadas de rojo, que proyectaban un reflejo sangriento sobre el agua muerta. Tenía un techo de planchas rotas y mal ajustadas.

En cuanto desembarcaron, los expedicionarios se dirigieron a ella apresuradamente. Una ruina por todas partes. Grandes trozos de cielo se veían a través del techo, y el piso, de maderas carcomidas, crujía y se desgajaba. Enormes lagartos desaparecían por las hendiduras, toda clase de bichos negros correteaban por las paredes, y sapos viscosos croaban en los rincones. Tartarín, que entró el primero, estuvo a punto de pisar una serpiente gruesa como el brazo. Y en el ambiente, un hedor de humedad y de moho, que causaba hondo malestar.

Por los restos de algunos tabiques, todavía en pie, se deducía que la barraca había sido dividida en estrechos compartimientos, a modo de establos o de cabinas. Sobre uno de ellos se leía, en letras de un pie de alto, estas palabras: "FARMA... Bèzu..." El resto había desaparecido, devorado por la herrumbre, pero no era necesaria una gran sagacidad para adivinar que debió decir "Farmacia Bézuquet".

—Ahora me lo explico todo — dijo Tartarín —; esta zona de la isla era malsana, y después de un ensayo de colonización han ido a instalarse al otro lado.

Luego, con voz resuelta, ordenó al comandante Bravida que a la cabeza de sus milicianos practicase un reconocimiento. Debería subir a la cima de la montaña, y, desde allí, explorar la comarca; y vería seguramente el humo de las chimeneas de la ciudad.

—En cuanto establezca contacto con ellos, avísenos con una descarga de fusilería.

Tartarín quedaría a la espera, en el cuartel general, con su secretario, su capellán y otros personajes.

Bravida y el teniente Excourbaniès organizaron sus hombres y se pusieron en marcha. Los milicianos avanzaron en buen orden, pero el terreno escarpado, y cubierto de un musgo viscoso y resbaladizo, hacía la marcha tan difícil que las filas no tardaron en dividirse.

Atravesaron un arroyo, a cuyas orillas había algunos vestigios de lavadero y varias palas olvidadas, pero todo verduzco, comido por el musgo voraz que lo invadía todo. Algo más lejos, las huellas de otra construcción, que parecía haber sido un fuerte.

El buen orden de los milicianos llegó a desparecer definitivamente por la acción de centenares de hoyos muy próximos entre sí y traidoramente ocultos con una vegetación de lianas y helechos.

Varios hombres hundiéronse en ellos con gran estrépito de armas y bagajes, poniendo en fuga, con su caída, a los grandes lagartos

que habían conocido con tanta abundancia en la barraca. Los hoyos, poco profundos, eran ligeras excavaciones, de medidas análogas y alineadas.

—Diríase que es un antiguo cementerio — dijo el teniente Excourbaniès.

Le sugerían esta idea unas vagas apariencias de cruces, hechas con ramas entrelazadas, ahora ya reverdecidas y vueltas a la naturaleza, en forma de cepas silvestres. En todo caso, si era un cementerio había sido evacuado, porque no se veían rastros de esqueletos.

Después de una penosa escalada a través de espesos matorrales, llegaron por fin a la cima. Respirábase allí un aire más sano, renovado por la brisa y cargado de efluvios marinos. A lo lejos se extendía una gran llanura, tras de la cual la tierra descendía otra vez suavemente hacia el mar. La ciudad debía de estar por allí.

Un miliciano, extendiendo el dedo, mostró unas humaredas, mientras Excourbaniès gritaba en tono jubiloso: "¡Escuchen... los tambores..., la farándula!..."

No había lugar a dudas; era la vibración saltarina de un motivo farandulesco. Port-Tarascón acudía a su encuentro.

Divisábanse ya los habitantes, una multitud que surgía de la pendiente, a un extremo de la meseta.

—¡Alto! — ordenó de pronto Bravida —. Parecen salvajes.

A la cabeza de la banda, delante de los tamborileros, danzaba un negro gigantesco y delgado, con jersey de marinero y gafas azules, y que blandía un hacha de guerra.

Estaban las dos fuerzas detenidas y se observaban a distancia, cuando Bravida soltó una carcajada:

—¡Ésta sí que es buena! ¡Ah, farsante!...

Y volviendo el sable a la vaina, abandonó a la tropa y echó a correr. Los milicianos le llamaban: "¡Comandante..., comandante!"; pero él no los escuchaba, seguía corriendo, y, creyendo dirigirse a Bompard, gritaba al acercarse al bailarín: "¡No me la pegas, querido!... ¡Demasiado salvaje y demasiada naturalidad!"

El otro continuaba el baile, dándole vueltas al arma, y, cuando el desventurado Bravida advirtió que tenía enfrente a un verdadero canaco, era demasiado tarde para evitar el golpe del rompecabezas, que le destrozó el casco de corcho, hizo saltar sus pobres y menudos sesos, y lo dejó tendido.

Al mismo tiempo estallaba un huracán de alaridos, flechas y balas. Al ver caer a su comandante, los milicianos hicieron fuego instintivamente, y en seguida huyeron, sin darse cuenta de que los salvajes huían también.

Desde el cuartel general, Tartarín oyó el fuego de fusilería.

—Ya han establecido contacto — dijo alegremente.

Pero su júbilo se tornó en estupor cuando vió volver a su pequeño ejército en retirada, saltando sobre la maleza, unos sin sombrero y otros sin zapatos, y profiriendo todos el mismo grito aterrador:

—¡Los salvajes..., los salvajes!

Hubo un momento de pánico espantoso. La canoa se puso en marcha y se escapó a toda velocidad de sus remos. El gobernador corría por la playa, clamando:

—¡Tengan sangre fría..., sangre fría!

Y su voz, tan desfallecida como la de una gaviota acorralada, redoblaba el miedo de sus huestes.

El desorden del "sálvese quien pueda" se prolongó por algunos instantes en la estrecha faja de arena, pero como no se sabía de qué lado huir, volvieron a reunirse todos. Como, por otra parte, no se veía ningún salvaje, pudieron reconocerse, al fin, y cambiar impresiones.

—¿Y el comandante?

—Muerto.

Cuando Excourbaniès hubo relatado la funesta equivocación de Bravida, Tartarín exclamó:

—¡Infortunado Plácido! ¡Qué imprudencia la suya, en un país enemigo!

En seguida impartió la orden de apostar centinelas, que, una vez designados, se alejaron lentamente de dos en dos, absolutamente decididos a no separarse demasiado del grueso del ejército. Luego se celebró consejo, mientras Tournatoire se ocupaba en restañar la herida de un miliciano que había recibido una flecha envenenada y se hinchaba visiblemente de un modo extraordinario.

Tartarín tomó la palabra:

—Ante todo, evitemos la efusión de sangre.

Y para ello propuso enviar como parlamentario al padre Bataillet con una palma que agitaría desde lejos, a fin de saber lo que se proponía el enemigo y qué se había hecho de los primeros ocupantes de la isla.

El padre Bataillet exclamó:

—¡Ah... *vaï*... una palma! Preferiría llevar su winchester de treinta y dos tiros.

—Pues bien; si el reverendo no quiere ir, iré yo mismo — repuso el gobernador —. De todas maneras, deseo que usted me acompañe, señor capellán, porque yo no sé bastante el papua...

—Yo tampoco lo sé, señor gobernador.

—¿Cómo que no lo sabe?... Entonces, ¿qué me ha estado enseñando desde hace tres meses? Las lecciones que he aprendido durante la travesía, ¿de qué lengua eran?

El padre Bataillet, a fuer de buen tarasconés, se zafó del compromiso, diciendo que él no sabía el papua de allí, sino el que se hablaba más abajo.

Durante la discusión se produjo un nuevo pánico. Sonaron tiros del lado de los centinelas, y de la profundidad del bosque surgió una voz desesperada, que gritaba en perfecto acento de Tarascón:

—¡No tiren, por todos los diablos! ¡No tiren!

Instantes después salió brincando del matorral un ser extraño y repulsivo, un clown cubierto de tatuajes negros y bermellón, desde la cabeza a los pies. Era Bézuquet:

—*¡Té*, Bézuquet!

—¿Cómo te ha ido?...

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde están los demás?

—¿Y la ciudad, el puerto y el dique?

—De la ciudad — respondió el farmacéutico mostrando la barraca en ruinas —, ahí está lo que resta. En cuanto a los habitantes, helos aquí — y se designaba a sí mismo —. Pero, ante todo, échenme algo sobre el cuerpo, para ocultar las abominaciones con que me han cubierto esos miserables.

En efecto, las fantasías más inmundas de una imaginación salvaje en delirio le habían sido dibujadas en la piel con un punzón y tintes colorantes.

Excourbaniès le prestó su manto de grande de primera clase y, después de haberse reconfortado con un trago de aguardiente, el infortunado Bézuquet comenzó un relato con el buen acento tarasconés que no había perdido.

—Si ustedes se sorprendieron dolorosamente esta mañana al ver que la ciudad de Port-Tarascón no existía más que en el mapa, piensen lo que nosotros, los del *Farandole* y el *Lucifer*, sentimos cuando...

—Disculpe que le interrumpa — dijo Tartarín viendo que los centinelas del bosque daban señales de inquietud —. Me parece más prudente que haga usted su relato a bordo. Aquí los caníbales pueden sorprendernos.

—No hay cuidado. Los tiros los han puesto en fuga. Abandonaron la isla, y yo me he aprovechado de ello para evadirme.

Tartarín insistió. Prefería la información de Bézuquet a bordo, ante todo el Consejo reunido. La situación era demasiado grave.

Tiraron de los cabos para atraer la canoa, que desde el comienzo de los sucesos se mantuvo a prudente distancia, y regresaron al buque, donde se les esperaba con angustia por saber el resultado del primer reconocimiento.

VII

CONTINUE, BEZUQUET. — ¿ES UN IMPOSTOR EL DUQUE DE MONS? — EL ABOGADO BRANQUEBALME. — "VERUM ENIM VERO." — UN PLEBISCITO. — EL "TUTU-PANPAN" SE VA.

En un salón del *Tutu-panpan*, Bézuquet relató la siniestra odisea de los primeros ocupantes de Port-Tarascón, ante el Consejo de la colonia, en el que figuraban los decanos, el gobernador, los directores, los grandes de primera y de segunda clase, y el capitán Scrapouchinat y sus oficiales. Arriba, en cubierta, los pasajeros, febriles de impaciencia y de curiosidad, sólo oían el ronco rumor de las palabras del farmacéutico y las violentas interrupciones de sus oyentes.

Apenas verificado el embarque, y cuando el *Farandole* acababa de dejar el puerto de Marsella, Bompard, gobernador interino y jefe de la expedición, se sintió bruscamente acometido por un mal extraño, de índole contagiosa, según él, y se hizo bajar a tierra, delegando sus funciones en Bézuquet. ¡Feliz Bompard! Diríase que adivinaba cuanto les iba a ocurrir allá, en la colonia.

En Suez encontraron al *Lucifer* en tal mal estado para continuar el viaje, que fué necesario transbordar carga y pasaje al *Farandole*, excesivamente cargado ya.

¡Cómo sufrieron por el calor en el maldito buque! En cubierta, se asaban al sol, y si bajaban a las cámaras se asfixiaban en el apretujamiento.

Por eso, al llegar a Port-Tarascón, y no obstante la decepción de no encontrar nada, ni ciudad, ni puerto, ni factorías de ninguna clase, sentíase tal necesidad de expansión y desahogo, que el desembarco en la isla desierta significó un alivio, una suprema delicia. El notario Cambalalette, jefe del catastro, los había divertido mucho con una canción humorística sobre el catastro oceánico. En seguida, se impusieron las reflexiones serias.

—Decidimos entonces — siguió Bézuquet — enviar el barco a Sydney, para traer materiales de construcción y transmitirles el telegrama desesperado, que seguramente recibieron.

De todas partes llovieron preguntas.

—¿Un telegrama desesperado?

—¿Qué telegrama?

—No recibimos ningún telegrama.

La voz de Tartarín dominó el tumulto:

—En lo que se refiere a telegramas, querido Bézuquet, sólo recibimos uno en el que se nos explicaba la espléndida recepción que les habían dispensado los indígenas y el Tedéum cantado en la catedral.

Los ojos del farmacéutico se dilataron de estupor.

—¡Un *Tedéum* en la catedral! ¿Qué catedral?

—Todo se explicará... Continúe, Fernando — dijo Tartarín.

—Está bien, continuaré — respondió Bézuquet.

Su relato se hacía cada vez más lúgubre.

Los colonos pusieron manos a la obra —


Secretos del perfume
Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.
Loción Origan de Preal, es la quintaesencia de la femineidad, que ayuda en forma casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado o a apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible . . .
Loción Origan de Preal acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora.
En farmacias, tiendas y perfumerías.
Camauër y Cía. - Soc. de Resp. Ltda.
Capital $ 200.000.—
Buenos Aires
REPRESENTANTE:
PARAGUAY: Vicente Scavone y Cía. - Palma 224-26 - Asunción.
Inclán 2839/47
LOCION
ORIGAN
de
PREAL
extracto
ORIGAN
de
PREAL
EXTRACTO
Y LOCION
Origan de PREAL
(Destaca su personalidad)

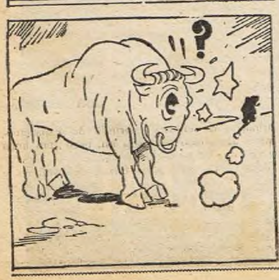
PANCHO SOMBRERO

QUEDARON A MANO por **TOONDER**









lientemente. Dueños de abundantes instrumentos agrícolas, se dedicaron a desbrozar la tierra, pero era de calidad tan execrable, que nada producía. Luego vinieron las lluvias.

Un grito del auditorio interrumpió al orador:

—¡Cómo! ¿Llueve en la isla?

—¿Que si llueve?... Más que en Lyón, más que en Suiza. Diez meses al año sin interrupción.

Estas palabras produjeron una consternación general. Las miradas se volvieron hacia los ojos de buey, a través de los que se divisaban espesas brumas y grandes nubarrones inmóviles, sobre el verde oscuro de la costa.

—Continúe, Fernando — dijo Tartarín.

Y Bézuquet continuó.

Con las lluvias perpetuas, las aguas estancadas, las fiebres y la malaria, el cementerio no tardó en ser inaugurado. A las enfermedades se agregaban el aburrimiento y la nostalgia. Los más fuertes no tenían siquiera energías para trabajar, que a tal punto se reblandecía el cuerpo en aquel clima humedísimo.

Se alimentaban de conservas, y también de lagartos y serpientes, que traían los papuas acampados al otro lado de la isla, y quienes, con el pretexto de vender el producto de la pesca y la caza, se deslizaban ladinamente en la colonia, sin que nadie desconfiara de ellos.

Y así, una noche los salvajes invadieron las barracas, penetrando como diablos por puertas, ventanas y agujeros de los techos, se apoderaron de las armas, mataron a cuantos intentaron oponer resistencia y se llevaron los supervivientes a su campamento.

Durante un mes hubo una serie ininterrumpida de horribles festines. Los prisioneros eran abatidos con los rompecabezas, puestos a asar sobre piedras, como lechones, y devorados por los caníbales.

El grito de horror lanzado por el Consejo transmitió un escalofrío hasta la cubierta, y el gobernador tuvo apenas fuerzas para murmurar aún:

—Continúe, Fernando.

El farmacéutico había visto desaparecer de esta manera, uno por uno, a todos sus compañeros, entre ellos al dulce padre Vezole, sonriente y resignado, que dijo: "¡Bendito sea Dios!" hasta el fin; y al notario Cambalalette, el festivo jefe del catastro, que no perdió las ganas de reír ni siquiera en la parrilla.

¡Y los monstruos me obligaron a comer un trozo del pobre Cambalalette! — agregó Bézuquet, estremecido ante el recuerdo.

En el silencio que siguió, el bilioso Costecalde, amarillo de rabia, convulsa la boca, se encaró con el gobernador:

—Sin embargo, usted nos dijo y usted escribió e hizo escribir que no había antropófagos.

Y como el gobernador abrumado, bajara la cabeza, Bézuquet agregó:

—¡Que no hay antropófagos! ¡Pero si lo son todos! No conocen mayor placer que la carne humana, sobre todo la nuestra, la de los blancos de Tarascón, a tal punto que tras de comerse a los vivos pasaron a los muertos. ¿Han visto ustedes el cementerio? No queda allí nada, ni un hueso; lo limpiaron del todo y lo rebañaron como nosotros los platos cuando hay una buena sopa o nos sirven una ración de aïoli.

—Si es así, Bézuquet — preguntó un grande de primera clase, ¿cómo le han perdonado a usted?

El farmacéutico alegó que el vivir entre los ácidos y el frecuente manejo de los productos farmacéuticos, la menta, el árnica, el arsénico y la ipecacuana, habían dado a su carne, a la larga, un cierto gusto de herbáceas que tal vez no les gustaba; o acaso, precisamente por su sabor a farmacia, lo hubiesen conservado como un manjar especial.

El relato había terminado.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? — preguntó el marqués de Espazettes.

—Sí, ¿qué van a hacer ustedes? — inquirió Scrapouchinat con voz huraña. Supongo que no pensarán quedarse aquí toda la vida.

Se oyeron gritos a granel.

—¡Oh, no!..., ¿qué haríamos aquí?... ¿Para qué queremos saber más?...

—Aunque a mí me pagaron sólo por traerlos — continuó el capitán —, estoy dispuesto a repatriar a cuantos lo deseen.

En aquel instante todos los defectos de su carácter le fueron perdonados. Los emigrantes se olvidaron de que habían sido para él unos "monos verdes", buenos únicamente para ser fusilados. Lo rodearon y lo felicitaron, con las manos tendidas hacia él. Dominando el bullicio, la voz de Tartarín se hizo oír bruscamente, con un tono de gran dignidad:

—Ustedes, señores, harán lo que les parezca. En cuanto a mí, me quedo. Tengo mis deberes de gobernador, y es preciso que los cumpla.

Scrapouchinat vociferó:

—¿Gobernador de qué, si no hay aquí nada que gobernar?

Y otros:

—El capitán tiene razón. Puesto que no hay nada...

Tartarín, impávido, agregó:

—El duque de Mons tiene mi palabra, señores.

—Es un granuja vuestro duque de Mons — dijo Bézuquet —. Siempre lo supuse, aun antes de tener la prueba.

—¿A qué prueba se refiere? ¿Dónde está?

—¡No la tengo en el bolsillo! — Y con un pudoroso ademán, el farmacéutico se ajustaba al cuerpo el manto de grande de primera clase que cubría su tatuada desnudez —. Lo que puedo asegurarles es que Bompard, agonizante, me dijo al ser desembarcado del *Farandole*: "Desconfíe del belga; es un farsante". Si hubiera podido hablar me hubiera contado algo más, pero la enfermedad lo había dejado sin fuerzas.

¿Qué mejor prueba, por otra parte, que esta misma isla infecunda y malsana, a donde el duque los había enviado para colonizar, y los falsos telegramas recibidos?

Una gran nerviosidad se apoderó del Consejo. Todos hablaban a la vez para aprobar las declaraciones de Bézuquet y cubrir al duque de maldiciones y epítetos: "mentiroso, farsante, belga ruin..."

Tartarín, heroico, hacía frente a todos:

—Hasta que posea una prueba en contrario, yo reservo mi opinión sobre el señor de Mons...

—Nuestra opinión ya está formada: ¡es un ladrón!

—Puede haber sido un imprudente, un mal aconsejado tal vez...

—No lo defienda. Si lo pillamos algún día le daremos un buen remojón.

—Señores, ratifico mi actitud: por él fuí nombrado gobernador de Port-Tarascón, y en Port-Tarascón me quedaré.

—Quédese solo, entonces.

—Pues bien, solo, si ustedes me abandonan. Déjenme algunos instrumentos de trabajo.

—Pero si ya le he dicho que la tierra no produce nada — le gritó Bézuquet.

—Tal vez cultivasteis mal, Fernando.

Ante esta obstinación, Scrapouchinat se enfureció y golpeó la mesa del Consejo con el puño:

—¡Está loco! ¡No sé qué me impide llevarlo a la fuerza, y si se resiste, fusilarlo como un mono verde!

—¡Hágalo si se atreve, por los clavos de Cristo!

Resollando de cólera, y con un gesto amenazador, el padre Bataillet se erguía al lado de Tartarín. Hubo un cambio de invectivas y de locuciones tarasconesas, como si la trifulca se ventilara en uno de los lugares más típicos de la Provenza.

Dios sabe cómo habría terminado el incidente sin la intervención del abogado Branquebalme, director de justicia.

Era el tal Branquebalme un abogado de gran competencia y muy fecundo en alegatos llenos de considerandos y resultandos, con los cuales construía discursos inobjetables, cimentados a la romana y sólidos como el acueducto del Gard. Prototipo del *homo sapiens* latino y atiborrado de elocuencia y lógica ciceronianas, deducía siempre por el *verum enim vero*, el *por qué* y el *para qué* de todo. Aprovechó un momento de calma para tomar la palabra y, en largos y bellos períodos interminables, propuso un plebiscito.

Los emigrantes votarían sí o no; por una parte, los que quisieran quedarse, se quedarían en Port-Tarascón; por otra, los que desearan irse se irían en el *Tutu-panpan*, después de que los carpinteros de a bordo hubieran reconstruído la barraca y el fuerte.

La moción de Branquebalme fué aceptada por unanimidad e inmediatamente se hicieron los preparativos para la votación.

En cubierta y en los camarotes hubo una gran agitación al recibirse la noticia del plebiscito. No se oían más que lamentos y gemidos. Las pobres gentes que habían invertido todos sus ahorros en la compra de las famosas hectáreas, ¿iban a perderlo todo, a renunciar a las tierras que habían pagado y a sus esperanzas de colonización? Razones interesadas los impulsaban a quedarse, pero una simple mirada al siniestro paisaje de la isla los sumía en la duda. La barraca en ruinas, el verdor oscuro y húmedo, detrás del cual se imaginaban el desierto, y los caníbales, con la perspectiva de ser devorados como Cambalalette, integraban un cuadro nada alentador que provocaba los más encendidos deseos de volver a la Provenza, tan imprudentemente abandonada.

La multitud de emigrantes recorría el buque con un vaivén de hormiguero devastado. La vieja marquesa de Aigueboulide erraba por cubierta, sin abandonar su calientapiés y su cotorra.

En medio del rumor de las discusiones que precedían al plebiscito, no se oía otra cosa que feroces denuestos contra el belga, el puerco del belga. ¡Ah, ya no era el señor duque de Mons, sino el puerco del belga! Se le llamaba así blandiendo el puño y apretando los dientes.

A pesar de todo, de un millar de tarasconeses, ciento cincuenta votaron por quedarse con Tartarín. Importa decir que la mayor parte eran los altos dignatarios, a los que el gobernador había prometido respetarles sus funciones y sus títulos.

Nuevas discusiones suscitó la partición de los víveres entre los que se iban y los que se quedaban.

—Ustedes podrán reabastecerse en Sydney —decían los de la isla a los del navío.

—Ustedes pueden cazar y pescar — respondían éstos —. ¿Para qué quieren tantas conservas?

La Tarasca dió motivo también a terribles debates. ¿Regresaría a Tarascón? ¿Debía quedarse en la colonia?

La disputa fué muy acalorada. Varias veces Schapouchinat amenazó al padre Bataillet con hacerlo pasar por las armas.

Para mantener la paz, el abogado Branquebalme tuvo que emplear nuevamente todos los recursos de su sabiduría de Néstor y movilizar sus juiciosos *verum enim vero*. Costóle gran trabajo, sin embargo, llevar la calma a los espíritus, sobreexcitados traidoramente por el hipócrita de Excourbaniès, que no hacía otra cosa que fome[illegible] discordia.

Velludo [illegible] vocinglero, fiel a su divisa [illegible]a llu. de *Fen dé brut!* (Hagamos bulla), el teniente de la milicia era tan del Mediodía que casi llegaba a negro, y era negro, no sólo por la oscuridad de su piel y lo ensortijado de su cabello, sino también por su cobardía y su espíritu adulador. Bailaba el agua a los más fuertes, al capitán Scrapouchinat, rodeado de su gente, a bordo, y a Tartarín en medio de la milicia, en tierra. A cada uno de ellos explicaba de modo diferente las razones que le decidían a optar por Port-Tarascón. A Scrapouchinat le decía:

—Me quedo en la isla porque mi mujer va a dar luz, si no...

Y a Tartarín:

—Por nada del mundo haría otro viaje con ese ostrogodo.

Al fin, entre tiras y aflojas, se hizo la partición. La Tarasca quedaría con los del barco, a cambio de un cañón y una chalupa.

Tartarín había conseguido, pieza a pieza, víveres, armas y cajas de herramientas.

Durante varios días hubo un constante ajetreo de botes cargados de millares de artículos, fusiles, conservas, cajas de atún, de sardinas y de bizcochos, provisiones de pasteles de golondrina y *pains-poires*, etc., etc.

Al mismo tiempo, el hacha sonaba en el bosque, donde se trabajaba activamente para reconstruir la barraca y el fuerte. Los toques del clarín se mezclaban con el ruido de las piquetas y los martillos. Durante el día los milicianos armados protegían a los obreros contra un posible ataque de los salvajes, y por la noche acampaban en la playa, en torno al vivac. "Para ejercitarse en el servicio de campaña", decía Tartarín.

Cuando todo estuvo listo, se despidieron con alguna tirantez. Los viajeros se sentían algo celosos de los colonos, a los que decían con un tonillo de burla:

—Si la cosa marcha, escríbannos, que volveremos.

Por otra parte, pese a su aparente confianza, muchos colonos habrían preferido hallarse a bordo.

Al levar el ancla, el buque disparó una salva, a la que contestó el cañón de los colonos, servido por el padre Bataillet, mientras Excourbaniès tocaba con el clarinete "Buen viaje, querido Dumollet".

Cuando el *Tutu-panpan* hubo doblado el promontorio y desapareció definitivamente, muchos ojos que siguieron su marcha desde la orilla se empaparon de lágrimas y la rada de Port-Tarascón se hizo repentinamente inmensa.

LIBRO SEGUNDO

I

MEMORIAS DE PORT-TARASCON

DIARIO REDACTADO
POR EL SECRETARIO PASCALÓN

DONDE SE DESCRIBE TODO LO QUE SE DIJO Y SE HIZO EN LA COLONIA LIBRE BAJO EL GOBIERNO DE TARTARÍN.

20 de septiembre de 1881. — Propóngome relatar en estas páginas los principales sucesos de la colonia.

Será una ardua tarea, dadas las muchas responsabilidades de que estoy investido. Soy director de la secretaría, copiosísima en papeluchos administrativos, y además, en los ratos de ocio, garabateo a toda prisa algunos versos provenzales, pues debo evitar que las funciones oficiales maten el Felibre (¹) que hay en mí.

Trataré, sin embargo, de hacerlo lo mejor posible, y creo que será curioso, algún día, leer los comienzos de la historia de un gran pueblo. No he hablado a nadie de este trabajo, ni siquiera al gobernador.

Debo subrayar ante todo el favorable cariz que han tomado los acontecimientos desde que partió el *Tutu-panpan*, hace ocho días. Ya tenemos nuestra casa. La bandera de Port-Tarascón, que exhibe la Tarasca sobre un fondo de los colores franceses, ondea en lo más alto del fuerte.

Aquí, en el fuerte, ha fijado su residencia el gobierno, es decir, nuestro Tartarín, los directores y las oficinas. Los directores célibes, como yo, M. Tournatoire, director de Higiene, y el padre Bataillet, comandante supremo de la artillería y de la armada, estamos alojados en el gobierno y comemos con Tartarín. Los señores Costecalde y Excourbaniès, que son casados, comen y duermen en la ciudad.

Aquí llamamos "la ciudad" a la gran barraca que los carpinteros del *Tutu-panpan* repararon e hicieron habitable. Alrededor de ella se ha trazado un paseo, al que se ha dado pomposamente el nombre de Paseo de Circunvalación, como en Tarascón. Nos hemos acostumbrado ya. Solemos decir: "Esta noche iremos a la ciudad... ¿Fué usted a la ciudad esta mañana? ¿Si fuésemos a la ciudad?". La cosa nos parece naturalísima.

El fuerte está separado de la ciudad por un arroyo que llamamos el Pequeño Ródano. Desde mi despacho, cuando la ventana está abierta, oigo el palear de las lavanderas, arrodilladas a la orilla del río, y sus cantos, sus gritos y su charla provenzal, viva y colorista, me hacen pensar que estoy aún en el terruño.

Una sola cosa entenebrece mi alojamiento en el gobierno: el polvorín. Nos han dejado una gran cantidad de pólvora que ha sido colocada en el subsuelo, con provisiones de diversa índole: ajos, conservas, líquidos y reservas de armas, instrumentos y herramientas. Todo está cuidadosamente guardado bajo llave, es verdad; pero sólo de pensar que hay allí, bajo mis plantas, tal cantidad de combustibles y explosivos, se me pone la carne de gallina, sobre todo de noche.

25 de septiembre. — Ayer, la señora de Excourbaniès ha dado felizmente a luz un hermoso niño, primer ciudadano inscrito en el registro civil de Port-Tarascón. Fué bautizado solemnemente en Santa Marta de las Palmeras, nuestra pequeña iglesia provisional, hecha de bambúes y hojas grandes.

Estoy muy orgulloso de haber sido el padrino y de haber tenido a mi lado, como madrina, a la señorita Clorinda de Espazettes, quizá demasiado alta para mí, pero ¡tan linda y tan bondadosa, bajo los rayos de luz que se filtraban a través del enrejado de bambúes y las hojas mal ajustadas del techo!

Toda la ciudad ha estado presente. Nuestro buen gobernador ha pronunciado algunas palabras que nos han conmovido, y el padre Bataillet ha contado una de sus más bellas leyen-

(1) Felibre, célebre poeta provenzal.

Caso raro



—En mi huerta no crece nada. ¿Crees que habré plantado las semillas al revés?

das. Fueron suspendidos los trabajos, como en un día de fiesta. Después del bautizo, dimos unas vueltas por el Paseo de Circunvalación. Estábamos muy contentos y nos parecía que el recién nacido había traído esperanza y ventura a la colonia. El gobierno hizo distribuir doble ración de atún y *pains-poires*, y en todas las mesas, por la noche, humeó un plato extra. Nosotros pusimos a asar un puerco espín cazado por el marqués, que es el primer tirador de la isla, después de Tartarín.

Terminada la comida, quedéme solo con mi buen jefe, y, como le viera muy afectuoso y paternal, me atreví a revelarle mi amor por la señorita Clorinda. Sonrió, me dijo que la conocía bien, y con palabras alentadoras me prometió que haría todo lo posible en mi favor.

Desgraciadamente, la marquesa es una Escudelle de Lambesc, muy orgullosa de su origen, y yo un empleaducho. De buena familia, desde luego, y sin nada que se nos pueda reprochar, pero de vida muy modesta. Están también en contra mía mi timidez y un ligero tartamudeo. He mejorado algo de estos defectos porque me dan mucha firmeza mis altas funciones. ¡No es frecuente que a mi edad se ejerza la dirección de una secretaría de tal jerarquía!

¡Ah, si no hubiera más que el marqués! El es un bonachón a quien no importa otra cosa que la caza. Es el reverso de la marquesa, que está siempre a vueltas con sus escudos y su abolengo. Para dar una idea del orgullo de esa mujer, recordaré que la gente de la ciudad se reúne por la noche en la sala común. Reina un ambiente amable. Las señoras hacen ganchillo y los hombres juegan a los naipes. Pues bien, la marquesa de Espazettes, demasiado altiva, permanece con sus hijas en su pieza, que es de tan exiguas proporciones, que cuando quieren cambiar de ropa, han de hacerlo una detrás de otra. La ilustre dama prefiere pasar las veladas allí, recibir las visitas y ofrecer a sus invitados, que no saben dónde sentarse, infusiones de tilo o manzanilla, a tener que mezclarse con los demás, por un santo horror a la abominable *rafataille*. No es por hablar mal...

En fin, a pesar de todo, no pierdo las esperanzas.

29 de septiembre. — Ayer, el gobernador bajó a la ciudad. Me prometió que hablaría de mi asunto y que al volver tal vez me diría algo. ¡Se supondrá la impaciencia con que lo esperaba! Pero, a la vuelta, no me ha dicho una sola palabra.

Durante el almuerzo le noté nervioso, y en la conversación con su capellán, se le escapó esta expresión: "Creo que en Port-Tarascón debiera haber un poco más de gentuza". Como la señora Espazettes de Lambesc tiene frecuentemente esta palabra despreciativa en los labios, supuse que la había visto y que mi petición no había sido bien recibida, pero no pude saber la verdad, porque el gobernador se puso a hablar en seguida del informe del director Costecalde acerca de los cultivos.

Era desastroso. Los ensayos habían resultado infructuosos: ni el maíz, ni el trigo, ni las papas, ni las zanahorias germinaban debidamente. Falta de abonos, falta de sol, exceso de agua, un subsuelo impermeable; las simientes se ahogan. En suma, lo que había anunciado Bézuquet, y más siniestro todavía.

Es justo declarar que el director de los cultivos trata deliberadamente, a mi juicio, de exagerar la realidad y de exponerla bajo los más lúgubres aspectos. ¡Mal sujeto este Costecalde! Está siempre celoso de la gloria de Tartarín, y siente por él un odio disimulado.

El reverendo padre Bataillet, que no tiene pelos en la lengua, pidió lisa y llanamente su destitución, pero el gobernador le contestó con su argumento preferido y su moderación habitual:

—Nada de apresuramientos.

Luego, después de comer, entró en el despacho de Costecalde y le habló como siempre, con toda calma:

—Y bien, señor director, ¿esos cultivos?

El otro contestó sin moverse, con aspereza:

—Ya he elevado mi informe al señor gobernador.

—Vamos, vamos, Costecalde; es bastante severo su informe.

Costecalde se puso lívido.

—¿Qué quiere que le haga? Es como es, y si ello le molesta...

Su tono revelaba insolencia, pero Tartarín se reprimió porque había gente alrededor.

—Costecalde — dijo suavemente, pero con dos chispas en sus ojillos grises —. Cuando estemos solos le diré dos palabras.

Era terrible. Sentí que el sudor me corría por la frente.

30 de septiembre. — Ocurrió como me lo imaginaba: mi petición ha sido rechazada por los Espazettes de Lambesc. Soy de origen demasiado humilde. Se me consiente ir a visitarlos como de ordinario, pero nada debo esperar.

¿Qué esperan ellos, a su vez? Son los únicos nobles de la colonia. ¿A quién piensan entregar su hija? ¡Ah, señor marqués, qué mal se porta usted conmigo!

¡Triste situación la mía! ¿Qué partido tomaré? Clorinda me ama, me consta, pero es demasiado honesta para fugarse con un hombre e irse a casar a cualquier país lejano. Y, además, no hay posibilidad alguna, porque estamos en una isla sin comunicaciones con el exterior.

Me explicaría la negativa si sólo fuera yo un meritorio de farmacia, como antes. Pero hoy, con mi posición, mi porvenir...

¡Cuántas se considerarían felices con mi petición! Sin ir más lejos, esta pequeña Branquebalme, buena artista, que toca el piano y enseña a sus hermanas, podría conseguirla con sólo levantar un dedo, y sus padres estarían encantados.

¡Oh, Clorinda, Clorinda! ¡Han terminado los días de ventura! Y, por si fuera poco, llueve desde esta mañana, cae la lluvia sin cesar, anegándolo todo y poniendo un velo gris sobre las cosas.

Bézuquet no nos engañó. Llueve en Port-Tarascón, ¡y cómo llueve!... La lluvia nos envuelve y nos encierra como en una jaula de cigarras. No hay horizontes. Lluvia, sólo lluvia. Inunda la tierra y acribilla el mar, que mezcla el agua que cae con otra que surge de sus olas y de su espuma.

3 de octubre. — La observación del gobernador era justa; nos hace falta un poco más de plebe. Sin tantos cuarteles hidalgos y algunos grandes dignatarios menos, y con algunos plomeros, albañiles y carpinteros más, la colonia iría mucho mejor.

Esta noche, con la lluvia interminable y esas trombas irresistibles de agua, el techo de la casa se ha hundido y se ha inundado la residencia del gobierno.

Las reparticiones públicas se achacan la responsabilidad mutuamente. La dirección de agricultura dice que el asunto compete a la secretaría; la secretaría sostiene que es una cuestión que afecta a la dirección de higiene; y ésta ha remitido los damnificados a la marina, porque, según dice, se trata de trabajos de defensa que están dentro de su especialidad.

En la ciudad atribuyeron la falta al *Estado de cosas*, y no hubo forma de disuadirlos.

Mientras, las grietas se ensanchaban, el agua caía a torrentes del techo, y en las cabinas no se veía otra cosa que gentes mojadas y furiosas, con los paraguas abiertos, que gritaban y acusaban duramente al gobierno.

¡Afortunadamente, no nos faltan paraguas! En nuestra pacotilla de objetos para los salvajes, incluimos una gran cantidad, casi tantos como collares para perros.

Para terminar con la inundación, diré que la joven Alric, doncella de la señorita Tournatoire, ha escalado el techo y ha clavado una plancha de zinc, solicitada a la administración. El gobierno me encargó que le escribiera una carta felicitándola cordialmente.

Si hago constar aquí el incidente es por que me ha dado ocasión de descubrir la falla de la colonia.

Administración excelente, celosa, tal vez algo complicada y muy francesa, pero para colonizar faltan energías: hay más papelotes que braceros.

Me ha sorprendido también una cosa, y es que cada uno de nuestros grandes funcionarios está encargado de tareas para las cuales no tiene la menor aptitud. Ahí está el armero Costecalde, que se ha pasado la vida entre pistolas y armas de caza, y que ahora dirige los trabajos agrícolas. Excourbaniès no tenía rival en la fabricación de salchichones de Arlés, y ahora, por causa del accidente de Bravida, lo tenemos de director de guerra y jefe de las milicias. Y el padre Bataillet tiene a su cargo la artillería y la marina, quizá por su espíritu belicoso, cuando lo que en realidad le cumple es decir misa y contar historias.

En la ciudad, otro tanto. Tenemos una porción de excelentes personas, pequeños rentistas, almaceneros, panaderos y comerciantes, que se han hecho propietarios de hectáreas de tierra y que no saben qué hacer con ellas, pues carecen de la menor noción de agricultura.

Creo que únicamente el gobernador sabe lo que tiene entre manos.

¡Oh, lo sabe todo, lo ha visto todo, lo ha leído todo, y obra con una claridad y una rapidez verdaderamente asombrosas! Desgraciadamente, es demasiado bueno y no quiere creer en el mal. ¡Imagínense que aun tiene confianza en el belga, en ese bribón, en ese impostor del duque de Mons! Confía en que ha de verle llegar con colonos y provisiones, y todos los días, cuando entro en su cuarto, lo primero que me pregunta es:

—¿Algún navío a la vista, Pascalón?

¡Y pensar que un hombre tan bondadoso y tan excelente gobernador tiene enemigos! Se bastantes enemigos ya. El lo sabe y se ríe.

—Es natural que me odien — me dice — porque yo soy el *Estado de cosas*.

8 de octubre. — Me pasé la mañana redactando el cuadro estadístico que acompaño. Este documento sobre el origen de la colonia tendrá al menos el interés de haber sido hecho por uno de sus fundadores, por un obrero de la primera hora.

Frente a cada nombre, he puesto una nota a fin de recordar quiénes están en pro o en contra del gobierno. No figuran en esta lista las mujeres ni los niños, puesto que no tienen derecho al voto.

COLONIA DE PORT - TARASCON

CUADRO DEMOGRAFICO

Nombres	*Títulos y dignidades*	*Observaciones*
S. E. Tartarín	Gobernador, Gran Cordón de la Orden	
Testanière, Pascal (Pascalón)	Director de la Secretaría, Grande de 2ª clase.	Excelente, me atrevo a afirmarlo.
R. P. Bataillet	Director de la Artillería y de la Marina, capellán del Gobernador y grande de 1ª clase.	Piensa bien, pero muy exaltado.
Excourbaniés, Spiridión	Director de Guerra, jefe de las milicias y del orfeón, grande de 1ª clase.	En observación.
Dr. Tournatoire	Director de Higiene, médico jefe de la colonia, grande de 1ª clase.	Excelente.
Costecalde, Fabio	Director de Agricultura, grande de 1ª clase.	Execrable.
Branquebalme, Cicerón	Director de Justicia, grande de 1ª clase.	Muy bueno, pero fastidioso.
Torquebiau, Mario	Subdirector de la Secretaría, grande de 2ª clase.	Bueno.
Bézuquet, Fernando	Subdirector de Higiene, médico adjunto y farmacéutico de la colonia.	íd.
Galoffre	Sacristán y guardia de artillería.	Muy bueno.
Rugimabaud, Antonín	Agregado a los servicios de Agricultura.	Muy malo.
Barban, Séneca	Agregado a los servicios de Agricultura.	íd.
Marqués de Espazettes	Teniente de la milicia.	Bueno.
Baumevieille, Dositeo	Colono.	íd.
Caussemille, Timoteo	íd.	íd.
Escaras	íd.	íd.
Barafort, Alfonso	íd.	Dudoso.
Rabinat, (marino)	íd.	Bueno.
Coudognan íd.	íd.	Dudoso.
Roumengas íd.	íd.	íd.
Douladour íd.	íd.	Bueno.
Miégeville íd.	íd.	íd.
Mainfort íd.	íd.	íd.
Bousquet íd.	íd.	íd.
Lafranque íd.	íd.	íd.
Traversière íd.	íd.	íd.
Bouffartigue, Nerón	Pastelero.	íd.
Pertus	Cafetero.	Muy malo.
Rebuffat	Confitero.	Bueno.
Berdoulat, Marcos	Tambor.	íd.
Fourcade	Clarín.	íd.
Bécoulet	íd.	Malo.
Bezanet	Miliciano.	Dudoso.
Malbos	íd.	Bueno.
Caissargue	íd.	Muy malo.
Bouillargue	íd.	íd.
Habidos	íd.	Bueno.
Trouhias	íd.	íd.
Reyranglade	íd.	íd.
Tolozan	íd.	íd.
Margouty	íd.	Dudoso.
Prou	íd.	íd.
Trouche	íd.	Bueno.
Seve	íd.	Dudoso
Sorgue	íd.	Bueno.
Cade	íd.	Muy bueno.
Puech	íd.	íd.
Bosc	íd.	íd.
Jouve	íd.	Bueno.
Truphénus	íd.	Execrable.
Roquetaillade	íd.	íd.
Barbusse	íd.	íd.
Barbouin	íd.	Malo.
Rougnonas	íd.	Muy bueno.
Saucine	íd.	íd.
Sauze	íd.	Bueno.
Roure	íd.	íd.
Bardical	íd.	íd.
Merinjane	íd.	Dudoso.
Ventebren	íd.	Bueno.
Gavot	íd.	Malo.
Marc-Aurele	íd.	Muy bueno.
Cop-de-Mer	Orfeonista	Bueno.
Ponge (mayor)	íd.	íd.
Gargas	íd.	íd.
Lapalud	íd.	íd.
Bezouge	íd.	íd.
Ponge (menor)	íd.	Malo.
Picheral	íd.	Bueno.
Mezoule	Cazador.	íd.
Dustalet	íd.	íd.
Terron (M. A.)	íd.	íd.

10 *de octubre.* — El marqués de Espazettes y otros hábiles tiradores, que no han podido salir por causa de la lluvia, resolvieron instalar una serie de blancos con latas vacías de atún, sardinas y otras conservas, y se han pasado todo el día disparando desde las ventanas.

Nuestros viejos cazadores de gorras, en vista de que las gorras son ahora difíciles de renovar, se han convertido en cazadores de conservas. Excelente ejercicio, en verdad, mas como Costecalde consiguiera persuadir al gobernador de que ocasionaba un excesivo derroche de pólvora, se dictó un decreto, que ya ha aparecido, por el cual se prohibe el tiro al blanco. Los cazadores de conservas están furiosos y la nobleza refunfuña; únicamente Costecalde y su banda se frotan las manos.

Pero, veamos: ¿qué se le puede reprochar a nuestro pobre gobernador? Recuérdese que ese belga impostor lo engañó a él como a nosotros. ¿Es suya la culpa si llueve siempre y si a causa del mal tiempo no se pueden organizar corridas de toros?

Precisamente por las malditas corridas nuestros tarasconeses se felicitaban de encontrarse aquí. Para celebrarlas se trajeron algunas vacas y un toro de Camargo, el *Romano,* famoso en las fiestas votivas del Mediodía.

La lluvia incesante, que no permitía largarlas a pastar, retuvo a las bestias en una cuadra, pero el caso es que, sin que se sepa cómo — no me extrañaría que anduviera en ello la mano de Costecalde —, el *Romano* se ha escapado.

Ahora anda por la selva, hecho un salvaje, convertido en un verdadero bisonte. Y es él quien hace correr a los tarasconeses en vez de dejarse correr.

¿Tiene también la culpa nuestro Tartarín?

II

CORRIDAS DE TOROS EN PORT-TARASCÓN. — AVENTURAS Y COMBATES. — LLEGADA DEL REY NEGONKO Y SU HIJA LIKIRIKI. — TARTARÍN FROTA SU NARIZ CON LA DEL REY. — UN GRAN DIPLOMÁTICO.

Día por día, página tras página, y hablándonos siempre de la lluvia gris y de su monótona precipitación en la rada, las memorias que tenemos ante nuestros ojos prosiguen la crónica de la colonia; pero tememos fatigar al lector y vamos a resumir lo que el amigo Pascalón ha escrito en su diario.

Como cada día eran más tensas las relaciones entre el gobierno y la ciudad, Tartarín intentó recuperar su popularidad organizando, por fin, corridas de toros, sin *Romano,* claro está, pues continuaba huído por los bosques, pero sí con las tres vacas que quedaban.

Mustias y enflaquecidas, las tres desventuradas camarguesas, acostumbradas al aire libre y al sol, habían sido recluídas en un húmedo y lóbrego corral desde su llegada a Port-Tarascón. ¡No importa! Más valía esto que nada.

Previamente, en un terreno arenoso contiguo al mar, donde habitualmente se ejercitaba la milicia, se levantó un estrado, y el circo quedó formado por une serie de cuerdas y estacas.

Aprovechóse para la fiesta un día despejado, y el *Estado de cosas,* de uniforme y rodeado de sus dignatarios en traje de gala, tomó asiento en el estrado, mientras colonos, milicianos, señoras, señoritas y criadas se acomodaban junto a las cuerdas y los niños correteaban por el ruedo gritando: *"Té, té!...* ¡Los bueyes!"

Olvidados en aquel momento del fastidio de los largos días lluviosos y de su rencor contra el belga, el puerco del belga, sentíanse electrizados de gozo con sólo gritar: *"Té, té!...* ¡Los bueyes!..."

De pronto, un redoble de tambores.

Era la señal. El circo invadido fué evacuado en un abrir y cerrar de ojos y una de las bes-

tias entró en la liza y fué acogida con frenéticos hurras.

Nada tenía el animal de terrible. Una pobre vaca, flaca y espantada, que miraba en derredor con unos grandes ojos deslumbrados. Plantóse en mitad del redondel, con la divisa de colores entre los cuernos, lanzó un mugido plañidero y no se movió más, hasta que la concurrencia indignada la arrojó del circo a garrotazos y pedradas.

La segunda res fué otra cosa. Por nada ni con nada se consiguió que saliera del establo. En vano la empujaron, le tironearon de los cuernos y del rabo y le pincharon en los hocicos con la punta de un tridente. Imposible obligarla a pasar la puerta.

Veamos, pues, la tercera. Decíase que era muy mala, sumamente irritable. En efecto, entró en el circo al galope, escarbando la arena con las pezuñas, azotándose los costados con el rabo y tirando cornadas a diestro y siniestro. ¡Por fin iban a tener una buena corrida! Pero desgraciadamente no fué así. La vaca tomó impulso, franqueó la cuerda, apartó a la multitud con los cuernos y corrió en derechura a la playa para arrojarse al mar.

Con el agua hasta el jarrete y luego hasta las corvas, avanzaba, avanzaba sin cesar. Instantes después sólo sobresalían de la superficie el hocico y los cuernos. Así permaneció hasta la noche, siniestra y silenciosa, mientras toda la colonia, desde la orilla, la injuriaba, la silbaba y le tiraba piedras. En estas demostraciones el pobre *Estado de cosas*, que había bajado del estrado, tuvo una participación activa.

Malograda la corrida, era imprescindible buscar una distracción al mal humor general. La mejor fué la guerra, una expedición contra el rey Negonko. El miserable, después de la muerte de Cambalalette, del padre Vezole, de Bravida y de tantos otros bravos tarasconeses, dióse a la fuga con sus papuas, y no se había sabido de él desde entonces. Habitaba — decíase — en una isla vecina, a dos o tres leguas de distancia; sus costas se distinguían a lo lejos, en los días claros, pero eran invisibles la mayor parte del año en el horizonte constantemente ensombrecido por las lluvias.

Tartarín, de naturaleza pacífica, resistió largo tiempo a la idea de una expedición, pero al fin la aceptó por poderosas razones políticas.

Puesta la chalupa en condiciones, reparada y abastecida, ornada en la proa por el cañón que servían el padre Bataillet y el sacristán Galoffre, veinte milicianos bien armados se embarcaron una mañana a las órdenes de Excourbaniès y del marqués de Espazettes, y se hicieron a la mar.

La ausencia duró tres días, que parecieron muy largos a la colonia. Luego, hacia el tercer día, un cañonazo que sonó a lo lejos atrajo a todo el mundo a la playa, y se vió llegar la chalupa con las velas desplegadas, la proa en alto y a gran velocidad, como empujada por un viento de gloria.

Mucho antes de que llegara a la playa, los gritos jubilosos de los que la tripulaban y el *fen dé brut* de Excourbaniès, anunciaban el éxito de la expedición.

Habíase tomado una venganza ejemplar de los caníbales, incendiando gran número de aldeas y matado, según decían, algunos miles de papuas. La cifra variaba, pero era siempre enorme. También los relatos diferían. Lo cierto era que traían a cinco o seis prisioneros de categoría, entre los cuales figuraban el rey Negonko en persona y su hija Likiriki, que fueron conducidos al gobierno, en medio de las aclamaciones que la multitud dispensaba a los vencedores.

Los milicianos desfilaban, y como los soldados de Cristóbal Colón al volver del descubrimiento del Nuevo Mundo, ostentaban una gran diversidad de objetos extraños, plumas brillantísimas, pieles de animales, armas y utensilios de los salvajes.

Todos ansiaban presenciar el paso de los prisioneros. Los buenos tarasconeses los examinaron con una rencorosa curiosidad. El padre Bataillet había hecho arrojar sobre su desnudez algunas mantas con las cuales se envolvían a medias; y, al verlos así tan grotescamente ataviados, y pensar que se habían comido al padre Vezole, al notario Cambalalette y a tantos otros, se sentía el mismo estremecimiento de repulsión que se experimenta frente a las boas de los zoológicos cuando digieren la presa que acaban de engullir.

El rey Negonko marchaba al frente. Era un negro viejo y alto, de panza prominente como la de un niño de pecho, de cabellera crespa y blanca ya, y lucía una pipa de tierra roja de Marsella que le colgaba del brazo izquierdo por un bramante. Cerca de él iba la pequeña Likiriki, de ojos brillantes y vivarachos y tocada con collares de coral y brazaletes de conchitas rosa. Tras de ellos, varios negros, de largos brazos y sonrisas espantosas que ponían al descubierto sus dientes afilados.

Inspirados al principio por un espíritu de socarronería, decíanse los tarasconeses entre sí:

—Hay trabajo abundante para la señorita Turnatoire.

Y, en efecto, la buena solterona, acosada de nuevo por su idea fija, pensaba que sería necesario vestir decentemente a todos aquellos salvajes. La curiosidad, sin embargo, se trocó bien pronto en rabia al recuerdo de los compatriotas devorados por los caníbales.

Clamores de "¡A muerte, a muerte!" partieron de la multitud. Excourbaniès, para darse un mayor aire militar, apropióse la frase de Scrapouchinat y gritaba que había que fusilarlos como a monos verdes.

Tartarín se volvió hacia él, y con un gesto severo trató de contener su furor.

—Spiridión —le dijo—; respetemos la leyes de la guerra.

No se entusiasme demasiado el lector, pues la bella frase encubría un pensamiento político.

Aunque defensor inconmovible del duque de Mons, Tartarín tenía sus dudas. ¡Si, en efecto, fuera el belga un impostor! Si el tratado que el duque decía haber concertado con el rey Negonko para la compra de la isla era tan falso como todo, el territorio dejaría de pertenecerles y los bonos por las hectáreas no serían otra cosa que papel mojado.

El gobernador, lejos de pensar en fusilar a sus prisioneros como a "monos verdes", hizo al rey papua una solemne recepción.

Eranle familiares las ceremonias propias de estos casos, porque había leído los relatos de Cook, Bougainville y Entrecasteaux.

Con todo respeto, se acercó al rey y frotó su nariz con la suya. El salvaje se quedó muy sorprendido, porque esa costumbre había desaparecido mucho tiempo antes en sus tribus.

Sin embargo, aceptó el rito, creyéndolo seguramente una tradición tarasconesa. Los demás prisioneros, e incluso la pequeña Likiriki, que tenía una naricilla de gato, quisieron realizar también la misma ceremonia con Tartarín.

Cuando se hubieron frotado bien la nariz, intentóse entrar en comunicación verbal con los salvajes. El padre Bataillet les habló primero en su papua, pero como no era el papua de aquella región, quedáronse en ayunas de lo que les decía. Cicerón Branquebalme, que sabía algo de inglés, ensayó esta lengua y Excourbaniès chapurreó algunas palabras en español, pero sin el menor éxito uno y otro.

—Hagamos que coman algo —dijo entonces Tartarín.

Fueron abiertas algunas latas de atún. Los salvajes comprendieron bien ahora y se precipitaron sobre las conservas y las devoraron glotonamente, vaciando las latas y limpiándolas hasta el fondo con sus dedos lucientes de aceite. Luego, tras largos tragos de aguardiente que bebió con delicia, el rey Negonko, con gran estupor de Tartarín y de los colonos, entonó con una voz ronca:

Dé brin o dé bran
Babussaran
Dou fenestroun
De Tarascoun
Dedins lou Rose.

Esta canción trasconesa, eructada por un salvaje de labios hinchados y dientes negros de betel, adquiría una expresión fantástica y feroz. Pero ¿cómo Negonko sabía el tarasconés?

Después de un instante de sorpresa, se lo explicaron.

Durante los meses de vecindad con los infortunados pasajeros del *Farandole* y del *Lucifer*, los papuas habían aprendido el habla de las orillas del Ródano. Naturalmente, la desfiguraban algo, pero con ayuda de gestos podían llegar a entenderse.

Y se entendieron.

Interrogado acerca del duque de Mons, el rey Negonko dijo que en su vida había oído hablar de aquel tipo, ni de cosa que se le pareciera.

Igualmente afirmó que la isla nunca había sido vendida y que jamás se firmó tratado alguno.

¡Ningún tratado! Tartarín, sin conmoverse, hizo preparar uno inmediatamente. El erudito Branquebalme colaboró en buena parte de la redacción severa y minuciosa de este documento. Puso en ello todo su conocimiento de la ley, aplicó numerosos resultandos y considerandos, y con su sólida cultura romana, formó un todo compacto e inobjetable.

El rey Negonko cedía la isla de Port-Tarascón, mediante un barril de ron, diez libras de tabaco, dos paraguas de algodón y una docena de collares para perros.

Un codicilo agregado al tratado autorizaba a Negonko, a su hija y a sus súbditos a instalarse en la parte occidental de la isla, aquella parte a donde no se iba nunca por culpa del *Romano*, el toro famoso convertido en bisonte, y la única fiera peligrosa de la colonia.

Todo ello fué concertado en una conferencia secreta y concluido en pocas horas.

De este modo, gracias a la habilidad diplomática de Tartarín, los bonos de las hectáreas conservaban validez y representaban realmente algo que, por otra parte, nunca se hizo efectivo.

III

SIGUE LLOVIENDO. — INVASION DE ENFERMEDADES ACUOSAS. — LA SOPA DE AJO. — ORDEN DEL GOBERNADOR. — ¡VA A FALTAR EL AJO! — EL AJO NO FALTARA. — EL BAUTIZO DE LIKIRIKI.

Y otra vez la lluvia, el cielo uniformemente gris y el agua que cae sin cesar. Por la mañana, en la ciudad, se abrían las ventanas y veíanse cien manos tendidas hacia afuera.

—¡Llueve!

—¡Sigue lloviendo!

Llovía incesantemente, tal como lo anunciara Bézuquet.

¡Pobre Bézuquet! A pesar de las penurias soportadas con los del *Farandole* y el *Lucifer*, optó por quedarse en Port-Tarascón, porque no se atrevía a volver a tierra cristiana con los tatuajes. Reincorporado a la farmacia y nombrado ayudante de ínfima categoría, a las órdenes de Tournatoire, el ex gobernador interino prefería quedarse aquí a exhibir en los países civilizados su cara monstruosa y sus manos rojas, llenas de agujeros. Para vengarse de sus infortunios, brindaba a sus compañeros las profecías más siniestras. Si se quejaban de la lluvia, del barro y de la humedad, se encogía de hombros, y decía:

—Esperen un poco... Ya verán lo que es bueno.

Y no se equivocaba. De vivir así, siempre empapados, y por la falta de alimentos frescos, muchos colonos enfermaron.

Las vacas habían sido comidas hacía tiempo. No se contaba ya para nada con los cazadores, aunque hubiera entre ellos excelentes tiradores, como el marqués de Espazettes, y todos se hallaban bien penetrados de los principios de Tartarín: dos tiempos para la codorniz, y tres tiempos para la perdiz.

Es que no había ni perdices ni codornices, ni siquiera gaviotas, porque ningún pájaro de mar abordaba jamás esta parte de la isla.

Unicamente se encontraban en las expediciones de caza algunos cerdos salvajes, ¡pero tan raros!; o canguros de blanco muy difícil, a causa de sus saltos desconcertantes.

Tartarín no sabía decir exactamente cuánto debía contarse para este animal. Cierto día que el marqués de Espazettes le interrogaba sobre el particular, contestó como al azar:

—Cuente seis, señor marqués.

El de Espazettes contó hasta seis, y no cazó otra cosa que un fuerte resfrío bajo la lluvia torrencial e ininterrumpida.

—Convendrá que vaya yo mismo — decía Tartarín, pero aplazaba la partida por culpa del mal tiempo, y entretanto la carne era cada día más escasa. Ciertamente, los grandes lagartos no eran del todo malos, pero de tanto comerlos llegó a inspirar horror su carne fofa y blanca, con la que el pastelero Bouffartigue hacía conservas, de acuerdo a los métodos de los Padres Blancos.

A esta falta de carne fresca se agregaba la ausencia de ejercicio. ¿Cómo salir de casa bajo aquella lluvia, sobre la alfombra de fango que los rodeaba?

El paseo de Circunvalación estaba anegado y sombrío.

Algunos colonos valientes, tales como Escarras, Douladour, Mainfort y Roquetaillade, salían a pesar del aguacero, para ir a cavar la tierra y remover sus hectáreas, que producían las cosas más estupendas: en el calor húmedo de esta tierra siempre empapada, el perejil se convertía, en una noche, en un árbol gigantesco, ¡y de una dureza! Los repollos adquirían también un desarrollo fenomenal. En cuanto a las papas y a las zanahorias, no había nada que hacer. Bézuquet había dicho la verdad.

A estas múltiples causas de desmoralización, agréguense el aburrimiento, el recuerdo de la patria lejana y la privación de los confortables *cagnards* (abrigos) tarasconeses, y de las murallas doradas de luz, y no sorprenderá que el número de los enfermos aumentará día a día.

Felizmente para ellos, el director de Higiene no creía en la farmacopea, y en vez de atracar con drogas a sus enfermos, como Bézuquet, les recetaba "una buena sopita de ajo".

Y no es preciso decirlo: jamás le fallaba el golpe. Había gentes abotagadas, sin voz ni aliento, que pedían ya el notario y el sacerdote, llegaba la sopita en la cazuela, con tres dientes de ajo, y tres cucharadas de buen aceite de oliva, y un trozo de asado, y los enfermos que apenas podían hablar comenzaban por decir:

—*Outre!*... ¡Qué cosa más rica!

Sólo el olor los devolvía a la vida. Comían un plato, luego otro, y al tercero estaban de pie, restablecidos, con su voz natural; y a la noche, en el salón, echaban su partida de naipes. Apresurémonos a recordar que todos eran tarasconeses.

Una sola enferma, y enferma de categoría, la muy ilustre señora de Espazettes, había rehusado el remedio de Turnatoire. ¡Buena sería para la chusma la sopa de ajo, pero cuando se desciende de los caballeros cruzados!... No quería que se le hablara de ello, como tampoco quería oír hablar del casamiento de Clorinda con Pascalón. La infortunada dama estaba en un estado deplorable. Esa sí que tenía el *mal*. Entiéndase por ese nombre vago la enfermedad extraña y acuosa, que se había abatido sobre aquella colonia de meridionales. Los que la sufrían volvíanse rápidamente de una gran fealdad, con los ojos llorosos, e hinchados el vientre y las piernas. Los síntomas hacían pensar en el terrible "mal de Mauve" que el padre Bataillet mencionó en la leyenda del *Hijo del hombre*.

La pobre marquesa estaba horrible, y todas las tardes, cuando el dulce y desesperado Pascalón bajaba a la ciudad, veía a la infeliz mujer en el lecho, con un gran paraguas de algodón azul desplegado sobre la cabecera, gimiendo y obstinándose en rechazar la sopa de ajo, mientras la suave y corpulenta Clorinda preparaba una cafetera de tilo, y el marqués, en un rincón, cargaba filosóficamente unos cartuchos para su problemática caza futura.

En los compartimientos vecinos, el agua goteaba sobre los paraguas abiertos, alborotaban los niños, y del salón llegaba un escándalo de disputas y de discusiones políticas. Y constantemente, el tamborileo de la lluvia en los cristales, o en el techo de cinc.

Entretanto, Costecalde continuaba sus sordas maquinaciones, por el día en su despacho de director de Agricultura, por la noche en la ciudad, en el salón, con sus dos amigotes Barban y Rugimabaud, que le ayudaban a difundir los rumores más espeluznantes, y entre otros éste: "¡El ajo está a punto de agotarse!..."

La consternación se apoderó de los colonos, al pensar que en un día cercano se verían privados de ese bulbo bienhechor, de aquella panacea universal guardada celosamente en los almacenes del Gobierno, al que Costecalde acusaba de acaparador.

Excourbaniès, con grandes aspavientos, apoyaba la calumnia del director de Agricultura. Existe un viejo proverbio tarasconés que dice: "Los ladrones de Pisa, de día se acuchillan, y por la noche roban juntos." Era exactamente el caso de la doble cara de Excourbaniès, quien ante Tartarín, en el Gobierno, hablaba contra Costecalde, mientras en la ciudad, por la noche, hacía coro con los peores enemigos del gobernador.

Tartarín, cuya bondad y cuya paciencia nos son bien conocidas, distaba mucho de ignorar esta miserable conducta. Por la noche, cuando fumaba la pipa acodado a la ventana abierta, entre los ruidos nocturnos y el murmullo del Pequeño Ródano y de los arroyos que las lluvias torrenciales formaban en las laderas, alcanzaba a oír las discusiones lejanas, y los ecos de las voces furiosas, y descubría, a través del aire enturbiado por la cortina de agua, las luces temblorosas tras los vidrios de la casa; y ante la idea de que tal agitación se debía a Costecalde, sus manos se crispaban convulsas y sus ojos despedían fuego en la sombra. Pero como, después de todo, estas emociones y la humedad del ambiente podían hacerle contraer el mal, se frenaba, cerraba la ventana y se acostaba tranquilamente.

No obstante, la situación se envenenó de tal forma, que optó por asumir una actitud decisiva, destituyendo de sus cargos a Costecalde y a sus dos acólitos, y despojando al director de su manto de noble de primera clase. Para sustituirles, nombró a Beaumevieille, antiguo relojero, quizá no más fuerte que su predecesor en materia de agricultura, pero sí un hombre muy honrado, a quien secundarían maravillosamente Labranque, ex fabricante de telas enceradas, y Rebuffat, cafetero, elegidos subdirectores en lugar de Rugimabaud y Barban.

El decreto fué fijado muy temprano en la puerta de la casa, de manera que Costecalde, al salir para encaminarse a su oficina, recibiera el ultraje en pleno rostro. Vióse entonces cuánta razón había tenido Tartarín para proceder con tamaño rigor.

En el término de una o dos horas surgió y se dirigió hacia la residencia una veintena

de descontentos, armados hasta los dientes, que gritaban:

—¡Abajo el gobernador! ¡Muera! ¡Al Ródano! ¡Zou, Zou! ¡Dimisión, dimisión!...

Tras de la banda iba Excourbaniès, que gritaba más fuerte que los demás:

—¡Dimisión! *Fen dé brut!* ¡Dimisión!

Desgraciadamente llovía, y a torrentes, lo que les obligaba a tener el paraguas en una mano y el fusil en la otra. Por lo demás, el gobierno había tomado las medidas de rigor.

Pasado el Pequeño Ródano, los insurgentes llegaron frente al fuerte y vieron lo siguiente:

En el primer piso, Tartarín se asomaba a la ventana abierta de par en par, con el winchester de treinta y dos tiros, y detrás de él sus fieles cazadores de gorras o conservas, el marqués de Espazettes en primera fila, tiradores todos que contaban cuatro y, a trescientos pasos, colocaban sus balas en el centro de la etiqueta de una lata de sardinas.

Abajo, en el portalón, el padre Bataillet, inclinado sobre su cañón, esperaba la orden del gobernador para hacer fuego.

Tan formidable e inesperado era el aspecto de la artillería con la mecha encendida, que los insurgentes retrocedieron, y Excourbaniès, en uno de esos bruscos cambios de actitud que le caracterizaban, se puso a bailar frenéticamente lo que él llamaba cínicamente la danza del éxito, al pie de la ventana de Tartarín, y chillando a voz en cuello:

—¡Viva el gobernador! Viva el *Estado de cosas!* ¡Metamos bulla!... ¡Ah, ah, ah!

Tartarín, desde su puesto y con el arma siempre al brazo, ordenó con voz vibrante:

—Vuelvan a casa, señores descontentos. Llueve a cántaros, y no quisiera retenerlos por más tiempo bajo el agua. Mañana convocaremos a comicios a nuestro buen pueblo para preguntarle si quiere que continuemos en nuestro cargo. Hasta entonces, cuidado con lo que se hace, si no...

Al día siguiente se celebró el plebiscito, y el antiguo *Estado de cosas* fué reelegido por una mayoría aplastante.

Unos días después, en contraste con esta agitación, se verificó el bautizo de la joven Likiriki, la princesita papúa, hija del rey Negonko. Había sido educada en el catecismo por el padre Bataillet, que concluyó así la obra de conversión comenzada por el padre Vezole, "¡Bendito sea Dios!".

La princesa, de piel amarilla, alhajada con sus collares de coral y cubierta ahora con un vestido de rayas azules confeccionado por la señorita Tournatoire, resultaba una monita deliciosa, bien moldeada, flexible y gordezuela.

Actuó de padrino el gobernador, y de madrina la señora de Branquebalme.

Se la bautizó con los nombres de Marta María Tartarina. A causa del día espantoso, igual, desde luego, al anterior y a los siguientes, la ceremonia no pudo realizarse en Santa Marta de las Palmeras, inundada por el agua y destrozado su techo de follaje desde hacía tiempo.

Reuniéronse para la fiesta en la sala de la ciudad, y puede suponerse los recuerdos que despertaría en el tierno corazón de Pascalón, que evocaba su padrinazgo junto con Clorinda de Espazettes.

En este pasaje de su diario, que nos limitamos a extractar, hay una huella de lágrimas y estas palabras casi invisibles:

—¡Pobre de mí y pobre de ella!

Fué al día siguiente del bautizo de Likiriki cuando se registró la espantosa catástrofe que... Pero los hechos revisten demasiada gravedad: dejemos otra vez la palabra a las memorias del director de la secretaría.

IV

CONTINUAN LAS MEMORIAS DE PASCALON

4 de diciembre. — Hoy, segundo domingo de Adviento, el sacristán Galoffre, inspector de la marina, al girar su acostumbrada visita matinal a la chalupa, se encontró con que había desaparecido.

La argolla y la cadena habían sido arrancadas, y de la nave, ni rastro.

Al principio creyó que se trataba de alguna nueva fechoría de Negonko y su banda, de los que seguimos desconfiando, pero en el hoyo de la argolla arrancada descubrió, mojado por el agua y manchado de barro, un grueso sobre dirigido al gobernador.

El citado sobre contenía las tarjetas de Costecalde, Barban y Rugimabaud; en la tarjeta de Barban habían firmado y se despedían cuatro milicianos: Cassaigne, Bouillargue, Truphénus y Roquetaillade.

Desde hacía algunos días la chalupa estaba preparada y llena de provisiones para emprender una nueva expedición proyectada por el padre Bataillet. Los miserables se aprovecharon de esta oportunidad. Se lo llevaron todo, inclusive la brújula y sus fusiles.

¡Y pensar que los tres primeros son casados, y dejan abandonados a esposas y a una colección de niños! ¡Pase que abandonaran así a las mujeres, pero a los niños!...

El sentimiento general de la colonia a raíz de este acontecimiento, fué el de un profundo estupor. Mientras se tuviera la chalupa, quedaba la esperanza de llegar al continente, de isla en isla, y se creía en la posibilidad de ir a buscar socorros. Ahora experimentamos la sensación de que se cortaron los puentes con el resto del mundo.

El padre Bataillet se ha encolerizado de un modo terrible, y ha invocado a todas las furias del cielo para que caigan sobre estos bandidos, ladrones y desertores. Excourbaniès iba de un lado a otro gritando que se les debió fusilar como a monos verdes, y que, como represalia, convendría pasar por las armas a sus mujeres e hijos.

Unicamente el gobernador conservaba su sangre fría.

—No exageremos — decía —. Después de todo, no dejan de ser tarasconeses. Compadezcámoslos, y pensemos en los peligros que habrán de afrontar. Trephénus es el único que tiene algún conocimiento de la navegación a vela.

Luego tuvo la magnánima idea de considerar a los niños abandonados como hijos adoptivos de la colonia.

En el fondo, le creo muy feliz por haberse librado de su mortal enemigo y de sus acólitos.

Durante el día, su excelencia me ha dictado la orden del día siguiente, que ha sido fijada en la ciudad:

"ORDEN

"Nos, Tartarín, gobernador de Port-Tarascón y sus colonias, gran cordón de la orden, etcétera:

"Recomendamos la mayor calma a la población.

"Los culpables serán perseguidos activamente y sometidos a todas las severidades de la ley.

"El director de la artillería y de la marina está encargado de la ejecución del presente decreto."

En una posdata, para replicar a ciertos malévolos rumores que circulan desde hace algún tiempo, me hizo agregar:

"El ajo no faltará en ningún momento."

6 de diciembre. — La orden del gobernador ha producido el mejor efecto en la ciudad.

A mi juicio, cabía hacerse esta reflexión: ¿perseguir a los culpables? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿Con qué? Pero no en vano tenemos un proverbio que dice: "El hombre, por la palabra; el buey, por los cuernos." La raza tarasconesa es tan sensible a las bellas frases que nadie ha puesto en duda la palabra del gobierno.

Un rayo de sol entre dos aguaceros ha venido a visitarnos, y ello nos ha puesto a todos contentos. En el paseo de Circunvalación hay baile y risas. ¡Ah, buen pueblo, cuán fácil eres de manejar!

10 de diciembre. — Un honor emocionante me ha sido dispensado: he sido promovido a la categoría de grande de primera clase.

Esta mañana, al ir a desayunar, encontré el diploma bajo mi plato. El gobernador se ha mostrado muy satisfecho de haber podido concederme esta alta distinción. Branquebalme, Beaumevieille y el Reverendo estaban tan encantados como yo por la nueva dignidad que me convierte en uno de sus iguales.

Por la noche fuí a casa de los de Espazettes, donde la nueva ya era conocida. El marqués me dió un abrazo en presencia de Clorinda, arrebolada de placer. Unicamente la marquesa parecía indiferente ante mis nuevos honores. A sus ojos, este manto de grande de primera clase no me ha realzado en lo más mínimo. ¿Qué será preciso para ello? ¡De primera clase, y a mi edad!...

14 de diciembre. — Se ha producido algo tan extraordinario en el gobierno, tan extraordinario que apenas me atrevo a consignarlo en mis memorias.

El gobernador está enamorado.

¿Y de quién? No lo adivinarían jamás. ¡De su ahijadita, de la princesa Likiriki!

¡El, Tartarín, nuestro gran Tartarín, que ha rechazado tan hermosos partidos, que no quiere más esposa que la gloria, se ha enamorado de una monita! ¡Monita de sangre real, es verdad, regenerada por el agua del bautismo, pero salvaje como siempre, mentirosa, tragona y tan descocada en sus trajes y costumbres! Sus vestidos son un andrajo, y, si no llueve, se encarama en lo alto de un cocotero y se divierte arrojando a las cabezas desnudas de los colonos unos cocos duros como piedras. En poco estuvo que no mató así al venerable Miegeville.

Además, hay una gran diferencia en las edades. Tartarín anda por los sesenta, abunda en canas y cría abdomen. Ella tendrá quince años, a lo sumo. La edad de la pequeña Fleurance, de aquella canción nuestra que dice:

La tomó tan jovencita,
que aun no sabe ni vestirse.

¡Y a esta mocosa, a esta fierecilla isleña, tendremos que aceptarla como soberana!

Hace algún tiempo que yo noté los primeros indicios. Entre otros, la indulgencia del gobernador para con el padre, ese viejo bandido de Negonko, al que invitaba a menudo a nuestra mesa, a pesar de las cochinadas del inmundo gorila, que empleaba los dedos para comer y se atiborraba de aguardiente hasta rodar bajo la silla.

Tartarín calificaba todo esto de "alegría sencilla y cordial", y si la princesita, a imitación de su padre, hacía alguna diablura que nos dejaba fríos a todos, nuestro buen patrón sonreía, la amparaba con mirada paternal, y pedía que se la disculpara, diciendo:

—Es una criatura...

Con todo, a pesar de estos síntomas y otros más probatorios aun, me resistía a creerlo, pero la duda ya no es posible.

18 de diciembre. — Esta mañana, en el Consejo, el gobernador nos ha declarado su intención de casarse con la princesita papua.

Ha invocado como pretexto la política, hablando de un casamiento de conveniencias y de los intereses de la colonia: Port-Tarascón estaba aislado, perdido en el océano, y sin alianzas. Al casarse con la hija del rey Negonko, nos proporcionaba una flota y un ejército.

Ningún consejero ha hecho objeciones.

Excourbaniès, el primero, como siempre, mostró en seguida un arrebatado entusiasmo:

—¡Bravo, magnífico! ¿Para cuándo la boda? ¡Ah, ah, ah!

Por la noche, en la ciudad, sabe Dios las infamias que irá diciendo.

Cicerón Branquebalme, por costumbre inveterada, ha dividido sus impecables razonamientos en pro y en contra — "si de una parte la colonia..., conviene decir, por otra parte..., *verum enim vero*..." — y finalmente ha compartido la opinión del gobernador.

Beaumevieille y Tournatoire también se han manifestado de acuerdo con su excelencia. Y en cuanto al padre Bataillet, parecía estar ya al corriente del asunto, y no ha protestado.

Lo cómico eran los semblantes hipócritas de todos nosotros, que fingíamos creer en los intereses coloniales invocados por Tartarín, con un silencio de aprobación.

De pronto, sus ojos se humedecieron con lágrimas de gozo, y dulcemente nos dijo:

—Además, amigos míos, eso no es todo... Me he enamorado de la pequeña.

Fué tan sencillo y tan conmovedor, que a todos nos cautivaron sus palabras.

—¡Bien, muy bien! ¡Haga lo que quiera, gobernador!

Y lo rodeamos, estrechándole calurosamente las manos.

20 de diciembre. — El proyecto del gobernado ha sido muy discutido en la ciudad, y se le ha juzgado menos severamente de lo que creíamos. Los hombres lo examinan alegremente, a la tarasconesa, con esa chispa de malicia que acostumbramos a usar cuando hablamos de cosas de amor.

Las mujeres se muestran generalmente más hostiles, en especial el grupo de la señorita Tournatoire. Si deseaba casarse, ¿por qué no elegir entre las mujeres de la nación? Muchas, al hablar así, pensaban en sí mismas o en sus hijas.

Excourbaniès, que llegó a la ciudad por la noche, se puso de parte de las damas y se complació en señalar los puntos flacos del futuro matrimonio: ese suegro sin educación, borracho y caníbal; luego la misma prometida, tan ruda como el padre, y que, según todas las apariencias, había comido carne de tarasconés. Tartarín debió pensarlo mejor.

Al oír hablar al traidor, sentí que la indignación me sublevaba, y abandoné el salón por miedo a tener que arrojarle un emplasto a la cara. ¡Tenemos vivo el genio en Tarascón, *outre!*

Al salir de allí, entré en casa de los de Espazettes. La marquesa, muy débil aun, siempre acostada y siempre enemiga de la sopa de ajo, me ha dicho tan pronto como me vió: "Y bien, señor chambelán, ¿tendremos damas de honor junto a la nueva reina?"

Parecía deseosa de reír, y de pronto se me ocurrió la idea de que había allí algo conveniente para nosotros. Dama de honor o dama de palacio... Clorinda habitaría en la residencia, nos podríamos ver a todas horas... ¿Sería posible tanta dicha?

A mi regreso, el gobernador acababa de acostarse, pero no quise esperar al día siguiente para hablarle de mi proyecto, que encontró políticamente bueno. Quedéme hasta muy tarde junto al lecho, hablándole de sus amores y de los míos.

25 de diciembre. — Anoche, víspera de Navidad, toda la colonia se reunió en el gran salón, con el gobierno y los dignatarios, y celebramos nuestra bella fiesta provenzal a cinco mil leguas de distancia de la patria.

El padre Bataillet ha dicho la misa de gallo, y luego hemos realizado el *cache-feu*, ceremonia que consiste en pasear por el recinto un leño, que empuña el más viejo de los presentes

y que luego arroja al fuego de la chimenea, rociado con vino blanco.

La princesa Likiriki asistía, muy divertida, a todas estas ceremonias, y mordisqueaba sin cesar los turrones, tortas, pasteles y demás golosinas locales que el ingenioso confitero Bouffartigue había distribuído sobre la mesa.

Entre animación y risas cantamos viejos villancicos:

Con sus grandes ojos negros,
el rey moro ha venido.
Nuestro niño Jesús llora
y él a entrar no se ha atrevido.

Estos cantos, los dulces y el gran fuego en torno al cual hacíamos ruedo, nos traían recuerdos del país lejano, pese al ruido del agua que sonaba sobre el techo y los paraguas que seguían abiertos en el salón a causa de las goteras.

El padre Bataillet se ha puesto al armonio y ha entonado la bella canción de Federico Mistral, *Juan de Tarascón, prisionero de los corsarios*, que es la historia de un tarasconés que, caído en manos de los turcos, adoptó el turbante sin escrúpulos y, cuando estaba por casarse con la hija del bajá, oyó en la orilla cantar en provenzal a los marineros de una barca tarasconesa. Entonces,

Como el agua salta al golpe del remo,
una lágrima nació en su corazón.
Tuvo rabia de estar entre turcos,
y el sin patria en su patria pensó...

Al compás del verso *como el agua salta al golpe del remo*, un sollozo nos ha sacudido a todos. El propio gobernador tenía los ojos arrasados de lágrimas e inclinada la cabeza, y el gran cordón de la orden subía y bajaba sobre su pecho de atleta.

Presiento que esta canción del gran Mistral hará que cambien muchas cosas...

29 *de diciembre.* — Hoy, a las diez de la mañana, se ha celebrado la boda de S. E. Tartarín, gobernador de Port-Tarascón, con la princesa real Likiriki.

Han firmado el contrato S. M. Negonko, por medio de una cruz, los directores y los grandes dignatarios de la colonia, y después se ofició la misa en el salón.

Ceremonia muy sencilla, muy digna, con los milicianos de uniforme y todo el mundo en traje de gala. Negonko era la única mancha. Su conducta como rey y como padre ha sido lastimosa.

La princesa, muy linda en su vestido blanco y su tocado de corales, estuvo irreprochable.

Por la noche, gran fiesta, doble ración de víveres, cañonazos, salvas de nuestros tiradores de conservas, y vivas, y cantos, y una alegría universal.

¡Y sigue lloviendo! ¡De qué modo!

V

APARICIÓN DEL DUQUE DE MONS. — LA ISLA BOMBARDEADA. — NO ERA EL DUQUE DE MONS. — DOCE HORAS DE PLAZO PARA EVACUAR LA ISLA Y SIN CHALUPA. — EN LA MESA DE TARTARÍN JURAN TODOS SEGUIR AL GOBERNADOR EN SU CAUTIVERIO.

—*Vé, vé!...* ¡Un barco en la rada!

A este grito lanzado una mañana por el miliciano Berdoulat, ocupado en buscar huevos de tortuga bajo una lluvia torrencial, los colonos de Port-Tarascón se asomaron por las aberturas de su cenagosa arca y repitieron con mil gritos el aviso:

—¡Un barco!... *Vé, vé!* ¡Un barco!

Por puertas y ventanas y haciendo múltiples cabriolas, como en una pantomima inglesa, la multitud se precipitaba a la playa, que llenaba con algo así como un mugido de lobos marinos.

El gobernador acudió inmediatamente, y mientras concluía de abotonarse la chaqueta, mostrábase muy ufano bajo aquel diluvio, entre su pueblo refugiado en los paraguas.

—Bien, amigos míos, ¿no les decía que volvería? ¡Es el duque?

—¿El duque?

—¡Claro que sí! ¿Quién ha de ser, entonces? Sí, nuestro buen duque de Mons, que viene a abastecer a su colonia, a traernos armas, instrumentos de trabajo y los brazos que no he cesado de reclamarle.

Era curioso ver en aquel momento las caras azoradas de los que se habían manifestado más furiosos contra el "puerco del belga", pues muy pocos tenían la desvergüenza de Excourbaniès, que alborotaba la playa gritando:

—¡Viva el duque de Mons! ¡Ah, ah, ah!... ¡Viva nuestro salvador!...

Entretanto, un buque de alto porte, imponente, avanzaba en la rada. Hizo sonar la sirena, largó vapor y dejó caer el ancla estrepitosamente, pero lejos de la playa, por temor, sin duda, a los bancos de coral. Luego quedó inmóvil, bajo la lluvia y el silencio.

Los colonos comenzaban a extrañar la poca prisa que sentían las gentes del barco por contestar a sus aclamaciones y a los saludos de paraguas y sombreros. Comenzaba a parecerles muy frío el noble duque.

—Indudablemente, no debe de estar seguro de que seamos nosotros.

—O bien nos tiene antipatía por las cosas que se han dicho de él...

—Yo nunca dije nada contra el señor duque.

—Ni yo tampoco.

—Lo mismo digo yo.

Tartarín, en medio de la confusión general, no perdió la serenidad. Impartió la orden de izar la bandera en el mástil de la Residencia y de afirmar los colores con un cañonazo.

Retumbó el cañonazo y la enseña tarasconesa ondeó en el aire.

En el mismo instante, una espantosa detonación estremeció la rada, envolviendo al buque en una densa humareda, mientras una especie de pájaro negro pasó encima de las cabezas con un ronco silbido y fué a chocar contra el techo del almacén, que saltó en pedazos.

Hubo un momento de estupor.

—Pero... ¡Se diría que nos están ti... rando! — exclamó Pascalón.

Ante el ejemplo del gobernador, toda la colonia se había echado de bruces en la playa.

—Entonces no será el duque — decía por lo bajo Tartarín a Cicerón Branquebalme, que, tirado sobre el barro junto a él, creyó inútil pronunciar uno de sus rigurosos discursos, "que si de una parte era verosímil..., de otra parte podía decirse también..."

La llegada de un nuevo obús interrumpió su razonamiento.

El padre Bataillet se irguió de un salto, con voz furiosa llamó al sacristán Galoffre, su ayudante, y declaró que entre los dos iban a contestar adecuadamente a la agresión.

—Se lo prohibo terminantemente — le gritó Tartarín —. ¡Qué imprudencia!... ¡Sujétenle! ¡Impídanle que haga fuego!

Torquebieu y el propio Galoffre tomaron al reverendo cada uno por un brazo y lo obligaron a echarse de bruces como todo el mundo, precisamente en el momento en que partía del buque un tercer cañonazo en dirección a la bandera tarasconesa. Visiblemente la tenían con los colores nacionales.

Tartarín lo comprendió; comprendió también que, desaparecido el pabellón, cesarían de llover los obuses, y con toda la potencia de sus pulmones, rugió:

—¡Arríen la bandera!

E inmediatamente todos gritaron como él:

—¡Arríen la bandera! ¡Pronto, arríen la bandera!

Pero nadie la arriaba; ni los colonos ni los milicianos se atrevían a ir allá arriba para cumplir tan peligrosa operación.

Nuevamente, la doncella Alric fué la que se

ofreció. Escaló el techo y bajó del tope el malaventurado pabellón.

Desde entonces el barco cesó de hacer fuego.

Momentos después, dos chalupas llenas de soldados, cuyas armas se veían brillar de lejos, se desprendían del navío y marchaban hacia la playa.

A medida que se acercaban se distinguían mejor los colores ingleses, que ondeaban en la popa de las embarcaciones, rozando la estela de espuma.

Como la distancia era grande, Tartarín tuvo tiempo de sacudirse las manchas de barro de su ropa y de hacerse traer el gran cordón de la orden, que se terció en el pecho sobre su chaqueta verde.

Tenía un decoroso aspecto de gobernador cuando las dos chalupas llegaron a la playa.

Un oficial inglés, altivo y tocado con un casco de batalla, saltó a tierra y tras él se alinearon los marineros, en cuyas gorras llevaban la incripción *Tomahawk*, y una compañía de desembarco.

Tartarín, muy digno, con la severidad de los grandes días, esperaba al oficial. Tenía a su derecha al padre Bataillet y a su izquierda a Branquebalme.

Excourbaniès, por su parte, en vez de permanecer junto a ellos, se precipitó al encuentro de los ingleses, dispuesto a bailarles su frenética danza de homenaje.

Pero el oficial de Su Graciosa Majestad, sin parar mientes en el fantoche, marchó directamente hacia Tartarín y preguntó en inglés:

—¿Qué nacionalidad?

Branquebalme, que comprendía, contestó en la misma lengua:

—Tarasconesa.

El oficial abrió unos ojos grandes como platos al oír el nombre de un pueblo que jamás había visto en carta de marina alguna, y preguntó con la mayor insolencia:

—¿Qué hacen ustedes en esta isla? ¿Con qué derecho la han ocupado?

Branquebalme, desconcertado, tradujo la pregunta a Tartarín, quien le ordenó:

—Dígale que la isla es nuestra, Cicerón; que el rey Negonko nos la ha cedido y que tenemos un tratado en debida forma.

Branquebalme no tuvo necesidad de continuar su papel de intérprete. El oficial se volvió hacia el gobernador y dijo en excelente francés:

—¿Negonko?... Jamás oí ese nombre. No hay tal rey Negonko.

En seguida Tartarín dió orden de buscar por todas partes a su real suegro y de traerlo allí.

Entretanto, propuso al oficial inglés que lo acompañara hasta el gobierno, donde le mostraría toda la documentación.

El oficial aceptó y se puso en marcha, dejando de guardia en las chalupas a sus soldados, alineados arma al brazo y la bayoneta calada. ¡Y qué bayonetas!... Brillantes y con un filo que ponía la carne de gallina.

—¡Calma, amigos míos, calma! — murmuraba Tartarín al pasar junto a los colonos.

Recomendación inútil, excepto para el padre

Bataillet, que seguía rabiosísimo. Pero no se le perdía de vista.

—Si no se contiene, mi reverendo, lo ato de brazos y piernas —le decía Excourbaniès, loco de terror.

Se buscó a Negonko, se le llamó vanamente por todos lados. Un miliciano lo encontró, al fin, en el fondo del almacén, roncando entre dos toneles, ebrio de ajo, de aceite de lámpara y de alcohol de quemar, cuyas reservas había absorbido casi por completo.

En tal estado, pegajoso y maloliente, lo llevaron ante el gobernador, pero fué imposible sacarle una sola palabra.

Entonces Tartarín leyó el tratado en alta voz, exhibió la cruz con que había firmado Su Majestad y los sellos del gobierno y de los grandes dignatarios de la colonia.

Si este documento no probaba los derechos de los tarasconeses a la isla, no lo probaría nada en el mundo.

El oficial se encogió de hombros.

—Este salvaje, señor, es un vulgar ladronzuelo. Le ha vendido a usted lo que no le pertenece. La isla, desde hace tiempo, es una posesión inglesa.

Ante esta declaración, a la cual los cañones del *Tomahawk* y las bayonetas de los soldados de marina prestaban un valor considerable, Tartarín juzgó inútil toda discusión, y se contentó con hacerle una terrible escena a su indigno suegro:

—¡Viejo granuja! ¿Por qué nos has dicho que la isla es tuya? ¿Cómo te atreviste a vendérnosla? ¿No te avergüenza el haberte burlado de personas honradas?

Negonko continuaba mudo y embrutecido, volatilizada su corta inteligencia de salvaje en vapores de ajo y alcohol.

—¡Llévenselo! —dijo Tartarín a los milicianos que lo habían traído, y volviéndose hacia el oficial inglés, que había permanecido rígido e impasible en el transcurso de esta escena de familia, agregó:

—De todos modos, señor, creo que mi buena fe no está en tela de juicio.

—Los tribunales ingleses decidirán... —respondió el otro con la altanería de siempre—. Desde este momento es usted mi prisionero. En cuanto a los habitantes, es menester que en el plazo de veinticuatro horas abandonen la isla; de lo contrario, serán pasados por las armas.

—*Outre!*... ¡Pasados por las armas! —exclamó Tartarín—. Pero, ¿cómo quiere que evacuen la isla si no tenemos bote alguno? A menos que no lo hagan a nado...

Al fin, consiguió hacer entrar en razón al inglés, que accedió a tomar los colonos a bordo hasta Gibraltar, bajo condición expresa de que harían entrega de todas las armas, incluso las escopetas de caza, los revólveres y el winchester de treinta y dos tiros.

Después de lo cual partió para almorzar en la fragata, dejando una patrulla para custodiar al gobernador.

Era también hora de almorzar en el gobierno, y como después de haber buscado a la princesa en todas las palmeras y cocoteros de la Residencia no se la encontrara por parte alguna, las autoridades se sentaron dejando su lugar vacío.

Estaban todos tan conmovidos, que el padre Bataillet se olvidó del *Benedicite*.

Hacía algún rato que comían en silencio, casi pegada la nariz a los platos, cuando de pronto Pascalón se puso en pie y, levantando el vaso, habló así:

—¡Señores, nuestro Go...bernador es pri... pri...sionero de guerra! Juremos todos seguirle en su cau... cau... cau...

Sin esperar el fin de la palabra, los restantes consejeros se levantaron también y con los vasos en alto, gritaron entusiásticamente:

—De acuerdo!

—¡Que si le seguiremos!... ¡Ira de Dios!

—¡Sin duda alguna! ¡Hasta el cadalso!

—¡Ah, ah, ah! Viva Tartarín! —chilló Excourbaniès.

Una hora después, con la excepción de Pascalón, todos habían abandonado a Tartarín, todos, hasta la propia princesita Likiriki, milagrosamente encontrada en el techo de la Residencia. Se había refugiado allí al primer cañonazo, sin darse cuenta del peligro que corría y tan locamente asustada que sus damas de honor no pudieron decidirla a que bajase sino cuando le mostraron una lata de sardinas abierta, como se ofrece una golosina a una cotorra escapada de la jaula.

—Mi querida niña —le dijo Tartarín solemnemente cuando la tuvo a su lado—; soy un prisionero de guerra. ¿Qué prefieres, venir conmigo o quedarte en la isla? Creo que los ingleses te dejarán estar aquí, pero en ese caso no me verás más.

Sin vacilar, mirándole fijamente, Likiriki respondió en un gorjeo claro e infantil:

—Yo quedalme isla, siemple.

—Está bien, eres libre —dijo Tartarín resignado, aun cuando en el fondo el pobre hombre se sentía infinitamente angustiado.

Por la noche, en la soledad de la Residencia, abandonado por su mujer y por sus dignatarios y sin más adhesión que la de Pascalón, permaneció largo tiempo en la ventana abierta.

A lo lejos parpadeaban las luces de la ciudad, oíanse voces irritadas, las canciones de los ingleses acampados en la playa y el murmullo del Pequeño Ródano, muy crecido por las lluvias.

Tartarín cerró la ventana con un profundo suspiro, y, mientras se ceñía la cabeza con un grueso pañuelo de algodón, dijo a su fiel secretario:

—Cuando todos han renegado de mí, ni me ha pesado ni me ha sorprendido, pero esa chiquilla..., ¡ay! Pensé que me quería un poco más...

El bueno de Pascalón trató de consolarlo. Después de todo, una princesa salvaje sería una carga muy pesada para llevar a Tarascón..., porque, en resumidas cuentas, un día u otro tendrían que llegar a Tarascón, y cuando Tartarín reanudara su existencia de antaño, su esposa papua llegaría a molestarle, a avergonzarle quizá.

—Recuerde usted, mi buen maestro, cuando regresó de Argelia con aquel ca... ca... mello. ¡Cuántos disgusto le dió!...

De repente, Pascalón se interrumpió y se puso muy colorado. ¡Buena idea tuvo en comparar un camello con una princesa de sangre real! Y para reparar lo que había de irreverente en sus palabras, hizo notar a Tartarín la analogía de su situación con la de Bonaparte prisionero de los ingleses y abandonado por María Luisa.

—En efecto —opinó el ex gobernador muy orgulloso. Y la identidad de los dos destinos le hizo pasar una noche excelente.

Al día siguiente, Port-Tarascón era evacuado con gran contento de los colonos. Los ahorros perdidos, las hectáreas ilusorias, el gran golpe de banca del "puerco del belga", que los había sacrificado inicuamente, todo les tenía sin cuidado ante el alivio de dejar, por fin, aquel infierno.

Fueron embarcados los primeros para evitar cualquier posible conflicto con el *Estado de cosas*, al que hacían ahora responsable de sus desventuras.

Cuando los llevaban a las chalupas, Tartarín salió un momento a la ventana, pero hubo de retirarse en seguida ante los siseos, los insultos y los puños amenazadores tendidos hacia él.

A buen seguro que en un día de sol los tarasconeses se habrían mostrado más indulgentes, pero ahora el embarque se hacía bajo una lluvia torrencial; los infelices pataleaban en el fango, arrastrando las suelas kilos de aquella tierra maldita, y los paraguas apenas bastaban para guarecer el minúsculo bagaje que cada uno llevaba en la mano.

Cuando todos los colonos hubieron abandonado la isla, le tocó el turno a Tartarín.

Desde muy de mañana, Pascalón anduvo agitadísimo, preparándolo todo y reuniendo en legajos los archivos de la colonia.

A última hora se le ocurrió una idea genial, y preguntó a Tartarín si debía ponerse el manto de primera clase para subir a bordo.

—Creo que sí, Pascalón. Eso les impresionará —respondió el gobernador.

El, a su vez, se puso el gran cordón de la orden.

Abajo se oía el chocar de las culatas de los fusiles de la escolta y la voz dura del oficial:

—¡Señor Tartarín! ¡Vamos, señor gobernador!

Antes de bajar, Tartarín echó una última mirada en torno suyo, a aquella casa en la que tanto había amado y sufrido, y en la que había conocido todos los sinsabores del poder y de la pasión.

Al ver que el jefe de su secretaría escondía bajo el manto un cuaderno, inquirió de qué se trataba, quiso ver, y Pascalón tuvo que hacer a su amo la confesión de sus memorias:

—Pues bien, continúa, hijo mío —dijo dulcemente Tartarín, pellizcándole la oreja como hacía Napoleón con sus granaderos—. Tú serás mi pequeño Las Cases.

La semejanza de su destino con el de Napoleón le preocupaba desde la víspera. Sí, era casi idéntico... Los ingleses, María Luisa, Las Cases... Una verdadera analogía de circunstancias y de tipos. ¡Y ambos del Mediodía, pícara suerte!

LIBRO TERCERO

I

DE LA RECEPCIÓN QUE LOS INGLESES HICIERON A TARTARÍN EN EL "TOMAHAWK". — ÚLTIMO ADIÓS A PORT-TARASCÓN. — CONVERSACIÓN DEL GOBERNADOR CON SU PEQUEÑO LAS CASES. — SALVAMENTO DE COSTECALDE. — LA MUJER DEL COMODORO. — TARTARÍN CAZA SU PRIMERA BALLENA

La digna actitud de Tartarín cuando pisó la cubierta del *Tomahawk* impresionó evidentemente a los ingleses, sobre todo por el gran cordón de la orden, con la Tarasca bordada y cruzado al pecho como un símbolo masónico. No menos impresión les produjo el manto rojo y negro de grande de primera clase que de pies a cabeza envolvía a Pascalón.

Los ingleses sienten, por encima de todo, un gran respeto por la jerarquía, el funcionarismo y el mabulismo (de *maboul*, en lengua árabe: el inocente, el buen chiflado).

En el portalón del barco, Tartarín fué recibido por el oficial de guardia y conducido con la mayor deferencia a una de las cabinas de primera clase. Pascalón le siguió y fué bien recompensado por su fidelidad, pues se le asignó la cámara contigua a la del gobernador, en vez de sepultarlo en el entrepuente como a los demás tarasconeses, hacinados allí como simple ganado, incluso el estado mayor de la isla, que había merecido aquel castigo por su deserción y su cobardía.

Entre el camarote de Tartarín y el de su secretario había un pequeño salón adornado con divanes, panoplias, plantas exóticas y un comedor en el cual dos bloques de hielo colocados en las rinconeras mantenían el ambiente constantemente fresco.

Un mayordomo y dos o tres sirvientes atendían a la persona de Su Excelencia, que aceptaba estos honores con la más perfecta sangre fría, y a cada nueva atención contestaba "*perfectamente*" en un tono de monarca habituado a todos los respetos y delicadezas.

En el momento de levar anclas, Tartarín subió a cubierta, a pesar de la lluvia, para dar el último adiós a la isla.

Port-Tarascón se le apareció confusamente en la bruma, pero bastante visible a través de la cortina gris, para que pudiera distinguir al rey Negonko y a sus bandoleros saqueando la

ciudad y la Residencia, y bailando en la playa una danza desenfrenada.

Los catecúmenos del padre Bataillet, tan pronto como el misionero y los milicianos hubieron partido, volvían a sus buenos instintos primitivos.

Pascalón creyó reconocer, en medio de la danza, a la graciosa Likiriki, pero guardó el descubrimiento para sí, por temor de afligir a su buen jefe, a quien, por lo demás, todo aquello parecía no impresionarle demasiado.

Muy tranquilo, con las manos a la espalda, en una histórica y marmórea actitud, el héroe tarasconés miraba sin ver, por instantes más preocupado en analizar las analogías de su destino con el de Napoleón y sorprendido de descubrir entre el gran hombre y él mil puntos de semejanza y hasta debilidades comunes en las que convenía sin reparos.

—Observa esto — decía a su pequeño Las Cases: — Napoleón tenía terribles accesos de cólera; yo también, sobre todo en mi juventud... Recuerdo, por ejemplo, que una vez, en el café de la Comedia, discutiendo con Costecalde, partí de un puñetazo su taza y la mía en mil pedazos...

—¡Bonaparte en Leoben! — comentaba tímidamente Pascalón.

—Exactamente, hijo mío — ratificó Tartarín con afable sonrisa.

Opinaba que el emperador y él se parecían, sobre todo en la imaginación, en su fogosa imaginación meridional. Napoleón la tenía grandiosa, desbordante, según atestiguaban su campaña de Egipto, sus correrías por el desierto en un camello — otra similitud curiosa el tal camello —, su campaña de Rusia y su sueño de conquistar las Indias.

En cuanto a él, ¿no era la existencia de Tartarín un sueño ininterrumpido y fabuloso? Los leones, los nihilistas, el Jungfrau, el gobierno de una isla a cinco mil leguas de Francia... En forma alguna negaba la superioridad del emperador, desde ciertos puntos de vista, pero él, a lo menos, no había hecho verter sangre, ¡ríos de sangre! Ni había aterrado al mundo, como el *otro*...

La isla desapareció en lontananza, y Tartarín, acodado a la borda, seguía hablando en alta voz para la galería, para los marineros y para los oficiales de guardia que se habían acercado.

A la larga, hacíase fastidioso. Pascalón solicitó su autorización para ir a la proa y mezclarse con los tarasconeses, a fin, decía, de saber algo de lo que pensaban del gobernador y, sobre todo, con la esperanza de deslizar algunas palabras de consuelo al oído de su amada Clorinda.

Una hora después, al regresar, encontró a Tartarín tumbado en el diván del salón, luciendo sus calzoncillos de franela y con un pañuelo a la cabeza, como allá, en Tarascón, en su casita de Cours.

Se disponía a cargar la pipa junto a un delicioso *sherry-globber*.

Con un humor adorable, el maestro preguntó:

—Y bien, ¿qué te han dicho de mí esas buenas gentes?

Pascalón no ocultó que todos le habían parecido "muy excitados".

Apilados en el entrepuente de proa a manera de ganado, mal nutridos y duramente tratados, estimaban que el gobernador era el causante de todos sus infortunios.

Pero Tartarín se encogió de hombros. Conocía a su pueblo; aquello desaparecería a la primera mañana de sol.

—Creo que, en realidad, no son del todo malos — dijo Pascalón —, pero es ese granuja de Costecalde quien los saca de quicio.

—¿Costecalde, dices? ¿De dónde sacas que Costecalde está a bordo?

Tartarín se había turbado al oír ese nombre funesto.

Pascalón le explicó cómo su enemigo, encontrado y recogido en el mar por el *Tomahawk* en una canoa, medio muerto de hambre y de sed, había señalado traidoramente la presencia de una colonia provenzal en territorio inglés, y guiado el buque hasta la rada de Port-Tarascón.

Los ojos de Tartarín echaban chispas.

—¡Canalla! ¡Bribón!

El gobernador se calmó al saber las siniestras aventuras del ex director y sus acólitos.

¡Truphénus, ahogado! ¡Los otros tres milicianos, al bajar a tierra en busca de agua, apresados por los antropófagos! ¡Barban, muerto de inanición en el fondo de la barca! En cuanto a Ruginabaud, devorado por un tiburón.

—¡Ah, *vaï*, un tiburón!... Di más bien que habrá sido ese infame Costecalde.

—Lo más extraordinario de todo, señor gob... nador es que Costecalde pretende haber encontrado en alta mar, durante una tempestad, bajo los rayos... ¿Adivine qué?...

—¿Qué diablos quieres que adivine?

—¡La Tarasca, la madre grande!

—¡Qué impostura!

—Después de todo, ¿quién sabe? El *Tutupanpan* pudo haber naufragado, o quizá un golpe de mar se llevó la Tarasca que estaba amarrada en la cubierta.

El mozo vino a presentar el menú al gobernador que se sentaba a la mesa instantes después, con su secretario, frente a una excelente comida rociada con champaña y en la que figuraban soberbias tajadas de salmón, un *roastbeef* admirablemente asado, y para postre un *pudding* muy sabroso. Tartarín lo encontró tan bueno que hizo llevar una parte al padre Bataillet y a Branquebalme; en cuanto a Pascalón, confeccionó algunos sandwiches de salmón, que puso aparte. ¿Hace falta decir para quién?

A partir del segundo día de navegación, cuando la isla no estaba ya a la vista, apareció el buen tiempo. Diríase que Port-Tarascón era en el archipiélago un depósito aislado de nieblas y lluvia.

Por las mañanas, después del almuerzo, Tartarín subía a cubierta y se instalaba en un sitio, el mismo siempre, para hablar con Pascalón. Lo propio hizo Napoleón a bordo del *Northumberland*. También tenía su lugar favorito, aquel cañón en el que se apoyaba y que se llamó el cañón del emperador.

¿Pensaba en ello el ilustre tarasconés? ¿Había meditado esta coincidencia? Tal vez, pero aunque así sea, ello no debe disminuirlo a nuestros ojos. ¿Acaso Napoleón al entregarse a Inglaterra no pensaba en Temístocles, sin intentar disimularlo? "Vengo aquí como Temístocles..." ¿Y quién sabe si el mismo Temístocles, cuando fué a la patria de los persas...? ¡La humanidad es tan vieja, está tan manoseada! Váyase a donde se vaya, encontramos las huellas de alguien.

Por lo demás, los detalles que Tartarín ofrecía a su pequeño Las Cases no recordaban en nada la existencia de Napoleón, y eran en un todo personales, de propiedad exclusiva de Tartarín de Tarascón.

Rememoraba su infancia, sus precoces aventuras al regresar del círculo por la noche, su devoción infantil por las armas y la caza de fieras, y, por encima de todo, su buen sentido latino que no le abandonaba nunca, ni aun en sus escapadas más locas, aquella voz interior que le decía: "Vuelve temprano a casa..., no te resfríes".

Evocaba también un recuerdo casi olvidado. Durante una excursión al puente del Garda, una viejísima gitana le dijo, después de examinarle las líneas de la mano: "Algún día serás rey". ¡Cuánto hizo reír este horóscopo a todo el mundo! Y, sin embargo, debía realizarse con el tiempo.

Aquí el gran hombre interrumpió el relato:

—Observarás que te digo estas cosas, al azar, tal como acuden a mi mente, pero creo que tal vez te sean útiles para tus memorias...

—¡Ya lo creo! — dijo Pascalón, pendiente de los labios de su héroe, mientras una media docena de guardias marinos, agrupados en torno a Tartarín, escuchaban boquiabiertos su narración.

El oyente más atento era la esposa del comodoro, una criolla muy joven, suave y delicada, que se hallaba extendida a corta distancia sobre una silla de tijera.

Era la suya una actitud de abandono, y tenía una palidez cálida de magnolia, y unos grandes ojos negros, dulces, profundos y pensativos. Diríase que bebía una a una las palabras de Tartarín.

Orgulloso de contemplar a su maestro escuchado tan apasionadamente, Pascalón ansiaba verlo más glorioso aún, y le invitó a referir sus cacerías de leones, su ascensión al Jungfrau y la defensa de Pampérigouste.

Y el héroe, con su bondad de siempre, se prestó de todo corazón al inocente parloteo, dejándose hojear como un libro abierto, pero un libro de imágenes, ilustrado por su expresiva mímica tarasconesa y los *pan pan* de sus aventuras de caza.

La criolla, acurrucada en su asiento, temblaba cuando Tartarín encrespaba la voz, y sus emociones se revelaban en un leve matiz de rosa que coloreaba su delicada tez de acuarela.

Cuando el marido, el comodoro, un Hudson Lowe de hocicos huraños, venía en su busca para acompañarla al camarote, ella suplicaba: "No, todavía no... Un momento más...", y dirigía una mirada al gran hombre de Tarascón, que no había dejado de advertir la atención de que era objeto. Entonces, como si fuera para ella, levantaba la voz y ponía algo más de gallardía en la actitud y en la entonación.

A veces, de regreso a su camarote, después de una de tales sesiones, preguntaba a Pascalón, con cierta negligencia:

—¿Qué te ha dicho la mujer del comodoro? Apostaría que se trataba de mí, ¿eh?

—Efectivamente, ma...estro. La señora me decía que ha oído hablar mucho de usted.

—No me extraña — observó simplemente Tartarín —; soy bastante popular en Inglaterra.

Otra analogía con Napoleón.

Una mañana en que subió temprano a cubierta, le sorprendió no encontrar a su criolla como de costumbre. Sin duda el mal tiempo, la temperatura elevada y el oleaje que salpicaba la toldilla, le habrían impedido salir, dados su delicada salud y su temperamento impresionable.

La cubierta y la tripulación parecían contagiadas de la agitación del mar.

Se había avistado una ballena, hecho bastante raro en aquellos parajes. No tenía fosas nasales ni arrojaba chorros de agua, detalles por los que unos marineros pretendían reconocer una hembra y otros una ballena de especie particular. No había acuerdo.

Como seguía la estela del buque, sin alejarse, un delegado de los guardias marinos fué a solicitar permiso al comandante para pescarla. Huraño como siempre, negó el permiso alegando que no se podía perder tiempo, y únicamente dió autorización para disparar contra el cetáceo algunos tiros de fusil.

Se encontraba a doscientos cincuenta o trescientos metros del barco, y ora aparecía o desaparecía, según las ondulaciones de las aguas, muy movidas y que hacían el blanco muy difícil.

Después de algunos disparos, cuyos efectos anunciaban los gavieros desde las cuerdas, no había sido aún alcanzada, y continuaba en sus cabriolas, al ras del agua, bajo la mirada atenta de todos, incluso de los tarasconeses, que tiritaban en la proa, empapados de pies a cabeza y más expuestos a los golpes de mar que los caballeros de la popa.

En medio de los jóvenes oficiales que ensayaban su puntería, Tartarín juzgaba los tiros:

—Demasiado lejos... Demasiado corto...

—¿Si tirara usted, ma...estro? — invitó Pascalón.

En seguida, con la presteza de la juventud, un guardiamarina se volvió hacia Tartarín:

—¿Quiere tirar, señor gobernador?

Y le ofreció la carabina. Resultó impresionante la elegancia con que Tartarín tomó el arma, la sopesó y se la echó a la cara, mientras Pascalón preguntaba, orgulloso y tímido:

—¿Cuántas veces contará para la ballena?

—No he tirado mucho a este género de caza —respondió el héroe—, pero creo que puede contarse hasta diez.

Después de apuntar y contar hasta diez, hizo fuego y devolvió el arma al oficial.

—Creo que la ha tocado —dijo el guardiamarina.

—¡Hurrah! —gritaron los marineros.

—Me lo figuraba —asintió Tartarín, modestamente.

Pero, en ese momento, alaridos espantosos poblaron el aire, y se produjo una furiosa tremolina que hizo acudir alarmado al comandante, convencido de que el buque había sido asaltado por una banda de piratas. Los tarascoreses de la proa, agitados por una exaltación común, gritaban, gesticulaban y brincaban al unísono, ahogando el ruido del viento y de las olas.

—¡La Tarasca! ¡Ha tirado contra la Tarasca!... ¡Ha tirado contra la madre grande!

—*Outre!* ¿Qué dice esa gente? —inquirió Tartarín, muy pálido.

A diez metros tan solo del navío ahora, la Tarasca de Tarascón, el ídolo monstruoso, mostraba sobre las olas verdes su lomo escamoso, su cabeza quimérica, su risa feroz y sus ojos sangrientos.

Hecha con madera muy dura y sólidamente construida, soportaba el embate de las olas desde el día en que, según se supo después, un golpe de mar la arrebató del buque de Scrapouchinat. Arrastrada por el capricho de todas las corrientes marinas, lustrosa por las algas adheridas a su caparazón, pero sin desperfecto alguno, había escapado a los tifones más espantosos, intacta e indestructible; y su primera, su única herida, era la que Tartarín acababa de inferirle.

¡El a ella!

¡La cicatriz, perfectamente visible, aparecía en la frente de la pobre madre grande!

Un oficial inglés exclamó:

—Observe, teniente Shipp, ¿qué animal extraño es ese que tenemos delante?

—Es la Tarasca, oficial —dijo Tartarín, solemne—. Es la abuela, la gran madre venerable de todos los tarasconeses.

El oficial quedóse estupefacto, y motivos había, al saber que ese monstruo singular era la abuela de esa extraña masa morena y bigotuda, recogida en una isla desierta a cinco mil leguas de su patria.

Tartarín se había descubierto respetuosamente al hablar así, y a poco la madre grande estaba lejos, arrastrada por las corrientes del Pacífico, donde estará vagando todavía, náufrago insumergible que los relatos de los viajeros, bajo el nombre de pulpo gigante o serpiente de mar, señalan ora aquí, ora allá, para terror de los pescadores de ballenas.

Mientras estuvo a la vista, el héroe la siguió con los ojos, sin decir palabra, y, cuando sólo era un punto negro en el horizonte, blanco por la espuma de las olas, se atrevió a murmurar con un acento de temor:

—Pascalón, créeme lo que te digo: ese tiro a la Tarasca me traerá mala suerte.

Y el resto del día estuvo preocupado, lleno de remordimiento y de un miedo sagrado.

II

EN LA MESA DEL COMODORO. — TARTARÍN ESBOZA UN PASO DE FARÁNDULA. — DEFINICIÓN DE LOS TARASCONESES POR EL TENIENTE SHIPP. — A LA VISTA DE GIBRALTAR. — LA VENGANZA DE LA TARASCA.

Al cabo de una semana de navegación, estaban en las proximidades de las costas perfumadas de la India, bajo el mismo cielo lechoso, y sobre el mismo mar dulce y tranquilo que encontraron en el primer viaje. Tartarín, en una hermosa tarde de mucho calor y luz resplandeciente, dormía la siesta en calzoncillos en su camarote, envuelta la cabeza con el grueso pañuelo de lunares, cuyas puntas, largas en exceso, se alzaban como dos apacibles orejas de rumiante.

Pascalón entró de repente, como un rayo.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa? —preguntó bruscamente el gran hombre arrancándose el turbante, pues no le gustaba que le vieran de tal guisa.

Pascalón contestó, sofocado, con los ojos desmesuradamente abiertos y tartamudeando como nunca:

—¡Creo que esta vez no se me escapa!

—¿Quién? ¿La Tarasca? ¡Ah, pícara suerte; de sobras lo sabía!

—No —murmuró Pascalón con un suspiro—. La mujer del comodoro.

—*Pecaïre!* ¡También la pobre chica! Pero ¿qué motivos tienes para suponerlo?

Por toda respuesta Pascalón tendió una cartulina impresa, en la cual el lord comodoro y lady William Plantagenet rogaban a Su Excelencia el gobernador Tartarín y al señor Pascalón, jefe de la secretaría, que se dignaran acompañarlos a la mesa.

—¡Oh, las mujeres, las mujeres! —exclamó Tartarín examinando la invitación, que evidentemente procedía de la esposa del comandante, pues a todas luces el marido no tenía aspecto de hacer invitaciones.

Luego, preguntó con gravedad:

—Pero ¿crees que debo aceptar? Mi situación de prisionero de guerra...

Pascalón, que recordaba sus lecturas, le hizo saber que Napoleón comía en la mesa del almirante, a bordo del *Northumberland.*

—El antecedente me decide —resolvió al punto el gobernador.

—Aun cuando —añadió Pascalón— el emperador se retiraba con las damas en cuanto se empezaban a servir los vinos.

—Perfectamente, eso reafirma mi decisión. Contesta en tercera persona, que aceptamos la invitación.

—¿De etiqueta, maestro?

—Naturalmente.

Pascalón habría deseado también ponerse el manto de primera clase, pero su jefe no fué de la misma opinión; el mismo no llevaría el cordón de la orden.

—No es al gobernador a quien invitan —dijo a su secretario—, sino a Tartarín. Hay una diferencia.

El pícaro estaba en todo.

La comida, verdaderamente principesca, fué servida en un vasto salón resplandeciente, ricamente amueblado. Tartarín se sentó en el sitio de honor, a la derecha de lady William. Solamente figuraban como invitados el teniente Shipp y el médico de a bordo, que entendían el francés. Un criado de librea, silencioso y solemne, estaba de pie detrás de cada invitado. Nada tan suntuoso como el servicio de los vinos y la maciza vajilla de plata con el escudo de los Plantagenet. En medio de la mesa un magnífico búcaro que contenía un gran ramo de orquídeas de las especies más raras.

Pascalón, intimidado en medio de aquel lujo, tartamudeaba sin cesar, tanto más cuanto que se encontraba con la boca llena siempre que le dirigían la palabra. Admiraba profundamente la fácil soltura con que Tartarín hacía frente al dichoso comodoro de morro huraño y ojos verdes, estriados de sangre bajo las cejas albinas. Tartarín, familiarizado con las fieras, no sentía la menor inquietud por él, y hacía la corte a lady Plantagenet con tanta gracia y asiduidad como si el comodoro hubiese estado a cien leguas de distancia. Milady, de su parte, no ocultaba su simpatía por el héroe y lo miraba tiernamente.

—¡Oh, desgraciados! El marido se va a dar cuenta de todo —se decía Pascalón.

Pues bien, no; el marido no veía nada, y hasta él mismo parecía deleitarse mucho con los relatos del gran tarasconés.

A instancias de lady Williams, Tartarín contó la historia de la Tarasca, Santa Marta y el lazo azul; habló de su pueblo, de la raza tarasconesa, de sus tradiciones y del éxodo reciente; luego expuso sus normas de gobierno, sus proyectos, sus reformas y el nuevo código que preparaba. Era la primera vez que se le había ocurrido hablar de un código, jamás le había hablado de ello a Pascalón, pero ¿es posible saber alguna vez todo lo que germina en los potentes cerebros de los conductores de pueblos?

Estuvo profundo, alegre e insinuante; entonó canciones del país, y entre ellas la de Juan Tarascón, preso por los corsarios y enamorado de la hija del sultán.

Inclinado hacia lady Williams, en una media voz vibrante y cálida, la tarareó al oído los versos:

Erase un general valiente
cuya testa adornaba el laurel,
y la hija de un rey, hermosa y brillante,
se había enamorado de él...

Las facciones de la lánguida criolla, tan pálidas de ordinario, cubríanse de tintes rubosos.

Terminada la canción, mostró gran interés en saber qué era la farándula de la que los tarasconeses hablaban sin cesar.

—¡Oh, pues muy sencillo! Va usted a ver —dijo el bueno de Tartarín.

Y queriendo monopolizar para sí el efecto de la demostración, dijo a su secretario:

—Déjame a mí, Pascalón.

Púsose en pie y esbozó un paso con un motivo de farándula, *Rapataplán, patatín, patatán.* Desgraciadamente, el barco se balanceaba: dió un traspiés, cayó y se levantó, y siempre de buen humor fué el primero en reírse de su desgracia.

A pesar de la disciplina, todos los comensales se desternillaban. Encontraban delicioso al gobernador.

Llegó la hora de los vinos. Al instante, lady Williams abandonó el comedor, y Tartarín, arrojando decididamente la servilleta, se retiró a su vez sin excusarse y sin saludar, siguiendo al pie de la letra la leyenda napoleónica.

Los ingleses se miraron con estupor y cambiaron algunas palabras en voz baja.

—Su Excelencia no bebe nunca vino —dijo Pascalón, que creyó necesario explicar la intempestiva salida de su buen patrón y tomar la palabra en su lugar. También él sabía *tarasconear* agradablemente y, mientras rivalizaba con ellos en el consumo del *claret*, animó la conversación y los alegró con su verbo festivo y su cálida gesticulación.

Luego, al levantarse de la mesa, convencido de que Tartarín había subido al puente para unirse a lady Williams, se ofreció insidiosamente para jugar una partidita con el comodoro, gran aficionado al ajedrez.

Los demás convidados hablaban y fumaban a su alrededor; y, en cierta ocasión, el teniente Shipp susurró al oído del doctor una humorada que le causó risa e hizo levantar la cabeza al comodoro.

—¿Qué ha dicho, Shipp?

El teniente repitió la frase, y esta vez se rieron con más ganas, sin que Pascalón pudiera comprender de qué se trataba.

Entre tanto, allá arriba, acodado en el sillón de lady William, en el perfume de la brisa y el reflejo deslumbrante sobre el mar, Tartarín relataba a la mujer del comodoro sus amores con la princesa Likiriki y su separación desgarradora. Sabía por experiencia que las mujeres gustan de consolar y que poner en evidencia las penas del corazón es el método mejor para infiltrarse en su ternura.

¡Oh, la escena del adiós entre la jovencita y él, susurrada de cerca por Tartarín en el misterio del crepúsculo! Quien no la oyó, nunca sabrá lo que es amar.

Me guardaré muy bien de afirmar que la escena fué relatada con absoluta exactitud, y que los hechos no fueron ligeramente modificados; pero, en todo caso, fué como él habría deseado que fuesen, esto es, una Likiriki apasionada y ardiente, una princesita torturada por la duda de sus sentimientos de familia y el amor conyugal, prendida al cuello del héroe con sus manecitas desesperadas y gritando: "¡Llévame, llévame contigo!".

El, con el corazón destrozado, la rechazaba, rehuía sus abrazos:

—No, querida mía, es imposible. Quédate con tu anciano padre; sólo te tiene a ti.

Al recordar estas cosas, derramaba verdaderas lágrimas y le parecía que las bellas pupilas criollas que le miraban se empapaban también, mientras el sol descendía lentamente hacia el mar y teñía el horizonte de un color violeta.

De improviso, unas sombras se acercaron y la voz del comodoro, cortante y glacial, quebró el hechizo:

—Es tarde y hace demasiado fresco para ti, querida; debes retirarte.

Ya en pie, ella se inclinó ligeramente:

—¡Buenas noches, señor Tartarín!

La dulzura que puso en estas palabras lo dejó profundamente conmovido.

Durante algunos instantes paseó por la cubierta, oyendo constantemente aquel "¡Buenas noches, señor Tartarín!". Pero el comodoro tenía razón, y, como la noche tornábase por instantes más fresca, decidió retirarse también.

Al pasar frente a la salita, vió a través de la puerta entreabierta a Pascalón, sentado a la mesa, la cabeza entre las manos y muy ocupado en hojear un diccionario.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?

El fiel secretario le dió cuenta del revuelo causado por su brusca salida del comedor, de los murmullos indignados que provocó y, sobre todo, de cierta frase misteriosa del teniente Shipp, que el comodoro le había hecho repetir y que había motivado un jolgorio general.

—Aunque yo entiendo regularmente el inglés, no he podido interpretar su verdadero sentido, pero he retenido las palabras y estoy a punto de lograr su traducción correcta.

Mientras Pascalón le daba estas explicaciones, Tartarín se había acostado, cómodamente, bien abrigada la cabeza con el pañuelo y con un gran vaso de agua de azahar junto a la cama.

Al encender la pipa que fumaba todas las noches antes de dormir, preguntó a su secretario:

—¿Terminaste ya la traducción?

—Sí, señor gobernador; hela aquí: "En suma, el tipo tarasconés es el del francés ampuloso y exagerado, como visto a través de una bola de cristal".

—¿Y dices que eso les ha hecho mucha gracia?

—Todos, el teniente, el médico, el mismo comodoro, no cesaban de festejar la frase.

Tartarín se encogió de hombros con una mueca de conmiseración.

—Se ve bien claro que esos ingleses tienen pocas ocasiones de reír, para que tales tonterías los diviertan. ¡Vamos, muchacho, a acostarse, y buenas noches!

Y poco después los dos llegaron al país de los sueños, donde el uno encontraba a su Clorinda y el otro a la mujer del comodoro, porque Likiriki estaba ya muy lejana.

* * *

Pasaban los días y las semanas, y el viaje continuaba en una travesía grata, realmente deliciosa, en la que Tartarín, tan propicio siempre a inspirar simpatía y admiración, sentíase rodeado de ambas cosas en las manifestaciones más variadas.

Ciertamente, habría podido decir como aquel célebre viajero francés llamado Víctor Jacquemont, en sus cartas: "¡Cuán extraña y curiosa mi fortuna con los ingleses! Estos hombres que parecen tan impasibles y que entre sí se muestran tan apáticos, se transforman con mi partida. Vuélvense afables a su pesar, y por primera vez en la vida los veo convertidos en buenas gentes, y de todo inglés con quien estoy veinticuatro horas, hago un francés".

A bordo lo adoraban, tanto oficiales como marineros, en la proa como en la popa del *Tomahawk*. Ya no se hablaba del prisionero de guerra y del proceso verbal ante los tribunales ingleses. Seguramente lo dejarían en libertad al llegar el buque a Gibraltar.

En cuanto al feroz comodoro, complacido por haber encontrado un adversario de la fuerza de Pascalón, teníale sujeto por la noche, horas y más horas, frente al tablero de ajedrez, cosa que desesperaba al infortunado galanteador de Clorinda, ya que le impedía sus escapadas a proa, para llevarle algún selecto trozo de su comida. Porque los pobres tarasconeses, siempre hacinados en su propia miseria, seguían llevando una triste vida de emigrantes. Grandes eran la amargura y los remordimientos de Tartarín cuando peroraba en la toldilla o hacía la corte a lady William, en la hora melancólica del poniente, al ver a lo lejos a sus compatriotas tratados como un vil rebaño, bajo la guardia de un centinela. Apartaban de él sus miradas horrorizadas, sobre todo desde el día que había hecho fuego contra la Tarasca.

No le perdonaban tal crimen, y él, que tampoco lo olvidaba, tenía la certeza de que el tiro le acarrearía la desgracia.

Habían pasado ya el estrecho de Malaca y el mar Rojo y doblado el cabo de Sicilia. Estaban, pues, cerca de Gibraltar.

Una mañana, después de anunciarse tierra, Tartarín y Pascalón preparaban sus maletas, ayudados por uno de los criados, cuando repentinamente experimentaron la sensación del balanceo que produce el barco al detenerse. El *Tomahawk*, en efecto, había hecho alto, y al mismo tiempo se oía un ruido acompasado de remos al chocar con el agua.

—Mira, Pascalón —dijo Tartarín intrigado—; será tal vez el práctico.

Una canoa se acercaba al buque, pero no era la del práctico; enarbolaba la bandera francesa y marineros franceses la tripulaban. Entre ellos se destacaban dos hombres vestidos de negro, con galera de felpa. El alma de Tartarín vibró intensamente.

—¡Ah, la bandera francesa! Déjame que la contemple, hijo mío...

Precipitóse hacia el ojo de buey, pero entonces la puerta del camarote se abrió y dió paso a un torrente de luz y a dos agentes de policía de formas soeces y brutales y provistos de una orden de arresto y de un permiso de extradición. Los polizontes, sin miramiento alguno, pusieron sus manazas sobre el desventurado *Estado de cosas* y su secretario.

El gobernador se echó atrás, demudado y digno:

—¡Tengan cuidado con lo que hacen! ¡Soy Tartarín de Tarascón!...

—A usted es a quien buscamos, precisamente.

Y helos aquí prisioneros, sin una palabra de explicación ni de respuesta a sus preguntas múltiples y sin saber qué habían hecho, por qué se les detenía y adónde eran conducidos. Sintieron una horrible vergüenza al pasar con los hierros, pues les habían aplicado las esposas, frente a marineros y oficiales, bajo las risas y siseos de sus compatriotas, que, inclinados sobre la borda, aplaudían y gritaban a pleno pulmón: "¡Bravo, magnífico, muy bien hecho!... *Zou zou!*", mientras bajaban los cautivos a la canoa.

Tartarín habría deseado que se lo tragase el mar.

¡De prisionero de guerra como Napoleón y Temístocles, pasar a la categoría de un vulgar ratero!

¡Y la mujer del comodoro contemplándolo!

Decididamente, tenía razón: la Tarasca se vengaba, y se vengaba bien cruelmente.

III

CONTINUAN LAS MEMORIAS DE PASCALON

5 de julio. Prisión de Tarascón del Ródano.—Regreso del juzgado donde se instruye el sumario. Sé, por fin, de qué se nos acusa al gobernador y a mí, y por qué, violentamente arrancados del *Tomahawk*, arponeados en plena dicha, en pleno ensueño, como dos langostas sacadas del fondo del agua clara, fuimos trasbordados a un navío francés, conducidos a Marsella, con las manos esposadas, llevados a Tarascón y encerrados en la cárcel de la ciudad.

Hemos sido acusados de estafa, de homicidio por imprudencia y de infracción a las leyes de emigración. Tras dos días de encarcelamiento, con prohibición absoluta de hablar a nadie, cosa realmente terrible para un tarasconés, nos condujeron al palacio de justicia, y comparecimos ante el juez de instrucción, señor Bonaric.

Este magistrado comenzó su carrera en Tarascón hará unos diez años, y me conoce perfectamente por haber venido un centenar de veces a la farmacia con objeto de que le preparara una pomada para un eczema crónico que tiene en la mejilla.

Sin embargo me preguntó mi nombre, apellido, edad y profesión, como si nunca nos hubiéramos visto. He debido explicarle todo lo que sabía del asunto de Port-Tarascón y hablar dos horas consecutivas. El taquígrafo no alcanzaba a seguirme, pues tal era mi ansia de hablar. Luego, sin una palabra de despedida, me ordenó:

—Acusado, puede retirarse.

En el corredor del palacio de justicia encontré al pobre gobernador, al que no había visto desde el día de nuestro arresto. Me pareció sumamente cambiado.

Al pasar me estrechó la mano, y me dijo bondadosamente:

—¡Valor, hijo mío! La verdad es como el aceite, siempre sale a la superficie.

No pudo decirme más, pues los gendarmes lo arrastraron brutalmente.

¡Gendarmes para él! ¡Tartarín con esposas, en Tarascón! ¡Y esa cólera, ese odio de todo el pueblo!...

Conservaré en el oído, mientras viva, los gritos de furor del populacho cuando el coche celular nos trajo a la prisión, encadenados, y cada uno en nuestro compartimiento.

Nada podía ver, pero en cambio escuchaba el gran rumor de las turbas que nos rodeaban. Hubo un momento en que el coche se detuvo en la plaza del Mercado; me lo anunció el fuerte olor que me llegaba por las rendijas, con los tenues rayos de una dorada claridad. El olor a berenjenas, pimientos morrones, manzanas, melones de Cavaillon y cebollas dulces era el mismo aliento del pueblo. Al sentir la fragancia de tantas cosas ricas de las que estoy privado hace tiempo, se me despertó el apetito.

La multitud era tan densa que nuestros caballos no podían avanzar. Era un Tarascón lleno de gente, como para creer que nadie resultó muerto, ni ahogado, ni devorado por los antropófagos. ¡Si hasta me pareció oír la voz de Cambalalette, el jefe del catastro! Será una ilusión, sin duda, porque el mismo Bézuquet comió algún pedazo de nuestro llorado Cambalalette. De lo que estoy bien seguro, sin embargo, es de haber oído el gong de Excourbaniès, que es de un timbre inconfundible. La voz del ex director de la guerra dominaba los demás gritos: "¡Al agua!... Zou!... ¡Al Ródano, al Ródano!... *Fen dé brut!*... ¡Al agua Tartarín!

¡Al agua Tartarín!... ¡Qué lección de historia! ¡Gran página para mis memorias!

Me olvidaba de decir que el juez Bonaric me ha devuelto el manuscrito que me fué confiscado a bordo del *Tomahawk*. Lo ha en-

contrado interesante, y me ha inducido a continuarlo. Y ha cambiado impresiones conmigo respecto a ciertas locuciones que se deslizan de vez en cuando en mi obra. A propósito de una de ellas, ha venido a decirme, sonriendo entre sus patillas rojas:

—Teníamos ya el *Memorial;* tú eres el *Meridional de Santa Elena.*

He sonreído, fingiendo que su ocurrencia me hacía gracia.

Del 5 al 15 de julio. — La cárcel de la ciudad, en Tarascón, es un castillo histórico, el antiguo castillo del rey René, que se ve desde muy lejos a orillas del Ródano, flanqueado por sus cuatro torres.

Tenemos poca suerte con los castillos históricos. Recuerdo que en Suiza nuestro ilustre Tartarín fué confundido con un jefe nihilista, y a todos nosotros con él nos encerraron en el calabozo de Bonnivar, en el castillo de Chillon.

Aquí, por lo menos, no es tan triste; estamos a plena luz, y ventilados por el viento del Ródano, y no llueve como en Suiza o en Port-Tarascón.

Mi celda es muy estrecha: cuatro muros de piedra, una cama de hierro, una mesa y una silla. El sol entra por una ventana enrejada, que cae a pico sobre el Ródano.

Desde aquí mismo, durante la gran Revolución, los jacobinos fueron precipitados al río al compás del famoso canto: *"Dé brin o dé bran, cabusaram..."*

Y como el repertorio popular cambia con escasa frecuencia, nos cantan a nosotros también el siniestro motete. No sé dónde estará alojado nuestro pobre gobernador, pero, a buen seguro, oirá como yo esas voces que suben, por la noche, del lado del río, y ello lo debe sumir en amargas reflexiones.

¡Si por lo menos nos hubiesen puesto juntos!... Sin embargo, no ocultaré que experimento desde mi llegada un cierto placer en encontrarme solo y hacer examen de conciencia.

¡A la larga es tan penosa la intimidad con un gran hombre! Siempre os habla de él y jamás se preocupa de lo que pueda interesaros. Por ello, en el *Tomahawk*, no dispuse de un solo minuto, de un solo instante para estar cerca de mi Clorinda. Algunas veces me decía: "¡Ella está allá abajo!", pero me era imposible hacerle ni una breve visita. Después del almuerzo, yo tenía la partida de ajedrez con el comodoro, y durante el resto del día Tartarín no me soltaba ni un momento, sobre todo desde que le revelé lo de mis memorias. "Escribe esto... No te olvides de mencionar aquello." Y anécdota va, anécdota viene, sobre él y sobre sus parientes, y no siempre muy interesantes.

¡Y pensar que Las Cases desempeñó el mismo papel durante tantos años! El emperador lo despertaba a las seis de la mañana, se hacía acompañar por él a pie, a caballo o en coche, y ya en camino le decía: "¿Está ya, Las Cases? Entonces continuemos... Cuando hube firmado el tratado de Campo-Formio..." El pobre confidente tenía también sus asuntos, sus inquietudes, su hijo enfermo y su mujer poco menos que abandonada en Francia; pero ¿qué significaba aquello para el otro, que sólo pensaba en explicarse, en definirse ante Europa, ante el mundo y ante la posteridad, día y noche, años y años? Quiero decir con esto que la verdadera víctima de Santa Elena no fué Napoleón, sino Las Cases.

Por lo que a mí respecta, este suplicio me ha sido perdonado por el momento. Dios es testigo de que nada hice para lograrlo, y me aprovecho de ello para pensar en mí, en mi infortunio, que es muy grande, y en mi Clorinda bienamada.

¿Me considera ella culpable? No lo creo, pero sí, ciertamente, su familia, todos los Espazettes de Escudelle de Lambesc. Entre esa gente, un hombre sin título es siempre culpable. Sea como sea, debo renunciar a la esperanza de que se me acepte por marido de Clorinda, tanto más después del revés que han sufrido mis grandezas. En fin, volveré a mi puesto entre los frascos de Bézuquet, en la farmacia de la Placette... ¡Así es la gloria!

17 de julio. — Una cosa que me inquieta mucho es que nadie viene a verme a la cárcel. Hay contra mí el mismo encono que contra el jefe.

Mi única distracción, en la soledad de mi encierro, es subirme a la mesa, que me permite alcanzar hasta la ventana, y contemplar el paisaje maravilloso que se ve entre los barrotes.

El Ródano se desliza esplendoroso entre sus pequeñas islas, de un verde pálido, cuyos árboles hace ondear el viento. Surca el cielo el negro vuelo de los pájaros, que se persiguen piando y que, a veces, pasan velozmente ante mí. En el fondo del valle se balancea el puente colgante, tan fino y largo, que se espera verle desaparecer de un momento a otro, en volandas como un sombrero.

En las márgenes del río, ruinas de viejos castillos: el de Beaucaire con la ciudad a sus plantas, y los de Courtezón y Vacqueiras. Tras de sus gruesos muros, mordidos por el tiempo, celebrábanse otrora los juegos florales, donde los trovadores eran amados por las princesas y reinas, a quienes dedicaban sus trovas, del mismo modo con que Pascalón canta a su Clorinda. Pero ¡qué cambio, *pecaire*, desde entonces! Ahora las casas solariegas son únicamente agujeros cubiertos de zarzas, y los poetas, que tienen el capricho de cantar a las grandes damas y damiselas, tienen que soportar que las damiselas se burlen lindamente de ellos.

Una vista menos afligente es la del canal de Beaucaire, con sus barcos pintados de verde o amarillo, unos junto a otros, y sus muelles con las manchas rojas de los militares, a quienes veo pasear desde lo alto de mi mirador.

Seguramente estarán muy contentas las gentes de Beaucaire con la desventura de Tarascón y el fracaso de nuestro gran hombre, pues a nuestros orgullosos vecinos los tenía muertos de envidia la reputación de Tartarín.

En mis recuerdos de niño están bien presentes los aspavientos que hacían con la feria de Beaucaire. Acudían gentes de todas partes, pero, desde luego, no de Tarascón, porque ¡es tan peligroso el puente colgante! Una afluencia enorme, de quinientas mil almas por lo menos, se juntaba en la explanada donde se celebraba. Año tras año, fué perdiendo prestigio y público. Hoy la feria de Beaucaire se celebra aún, pero no va nadie.

En la ciudad no se ven más que cartelitos, en los que se lee: "Se alquila." Y si por casualidad llega algún viajero o un comisionista, los habitantes lo agasajan, se lo disputan, y el consejo municipal sale a su encuentro con la banda de música a la cabeza. En definitiva, Beaucaire ha perdido todo su renombre, mientras que Tarascón es cada vez más célebre. ¿Y gracias a quién, sino a Tartarín?

Subido a la mesa, y mientras contemplaba el paisaje, pensaba ahora mismo en todas esas cosas. Había desaparecido el sol, cuando, de improviso, al otro lado del Ródano, en la torre del castillo de Beaucaire, se encendió una gran hoguera.

La miré largo rato, y tuve la sensación de que había algo misterioso en aquel fuego que proyectaba un fulgor rojizo sobre el Ródano, en el gran silencio de la noche, que apenas turbaba el suave vuelo de los murciélagos.

¿Qué sería aquello? ¿Una señal?

¿Tal vez alguien, un admirador de nuestro gran Tartarín, quiere procurarle la fuga? ¡Es tan chocante esa llama encendida en lo alto de una torre en ruinas, y precisamente en frente de su prisión!

18 de julio. — Al regresar hoy de uno de los interrogatorios, cuando el coche celular pasaba frente a Santa Marta, oí la voz invariablemente imperiosa de la marquesa de Espazettes, que gritaba con el acento peculiar de aquí: "¡Clorinda, Clorinda!", y otra voz dulce, angelical, la voz de mi bienamada, que respondía: "¡Mamá!"

Sin duda, iba a la iglesia a orar por mí, por el feliz resultado de mi proceso.

Volví a la cárcel muy conmovido y escribí algunos versos provenzales sobre el venturoso presagio de este encuentro.

Por la noche, y a la misma hora, otra vez la hoguera en la torre de Beaucaire. Brilla allá, en la noche, como las fogatas de la noche de San Juan. Evidentemente, es una señal.

Tartarín, con quien pude cambiar un par de palabras durante el sumario, en los pasillos del juzgado, ha visto también la hoguera a través de los barrotes de su celda, y cuando le transmití mis impresiones sobre si serían unos amigos deseosos de proporcionarle la fuga, como Napoleón en Santa Elena, pareció muy afectado por esta semejanza.

—¡Oh, verdaderamente, Napoleón, en Santa Elena!... Sí... ¿Intentaron salvarlo?

Pero, tras un momento de reflexión, me declaró que nunca lo consentiría.

—Claro está que no es la bajada de los trescientos pies de la torre por una escala de cuerda, sacudida en la noche por el viento del Ródano, lo que me causaría pavor. ¡No, no creas eso, hijo mío!... Lo que más me espantaría es dar lugar a la sospecha de que intento eludir la acusación. Tartarín de Tarascón no intentará evadirse.

¡Oh, si aquéllos que vociferan a su paso: "¡Al Ródano, zou, al Ródano!" hubiesen podido oírle!... ¡Y se le acusa de estafa! ¡Se le cree cómplice del miserable duque de Mons! ¿Pero son posibles tales horrores?

Ahora ha cambiado de opinión y juzga debidamente el valor del belga desvergonzado. Dará gusto oírle en su bella defensa, porque Tartarín se defenderá por sí mismo ante el tribunal. En cuanto a mí, tartamudeo demasiado para hablar en público, y por eso me defenderá Cicerón Branquebalme. Todo el mundo sabe, y ello me enorgullece, cuánta lógica incomparable y qué profundo razonamiento sabe poner este gran jurista en sus discursos.

20 de julio. — Las horas que paso en el despacho del juez de instrucción son para mí en extremo dolorosas. Lo difícil no es defenderme, sino hacerlo sin abrumar demasiado a mi pobre jefe. ¡Ha sido tan imprudente y ha tenido tanta confianza en el duque de Mons! Además, con el eczema intermitente del señor Bonaric, no se sabe nunca si se debe temer o confiar en él. La enfermedad influye notoriamente en el temperamento del magistrado: furioso cuando "eso se ve" y afable cuando "eso no se ve".

Alguien en quien eso se ve y se verá siempre, que allá en los mares lejanos no vivía del todo mal con su tatuaje — hablo del pobre Bézuquet —, ahora, bajo el cielo tarasconés, siente repulsión de sí mismo, no sale y permanece encerrado en el fondo de la botica, donde combina yerbas y raíces, prepara las pociones y sirve a los clientes con una máscara de terciopelo, que le da la apariencia de un conjurado de ópera cómica.

Importa destacar hasta qué punto son sensibles los hombres a ciertos males físicos, como herpes, pecas y eczemas. Quizá más que las mismas mujeres. De ahí, sin duda, el rencor de Bézuquet contra Tartarín, causante de todos sus males.

24 de julio. — Ayer fuí llamado de nuevo ante el juez instructor, señor Bonaric, y creo que esta vez será la última. Me ha mostrado una botella encontrada en una de las islas por un pescador del Ródano, y me ha hecho

leer la carta que encerraba dicha botella. Dice así:

"Tartarín. — Tarascón. — Cárcel de la ciudad. — ¡Valor! Un amigo vela al otro lado del puente. Lo pasará en el momento oportuno.

" Una víctima del duque de Mons."

El juez me ha preguntado si recordaba haber visto ese carácter de letra. Yo contesté que no lo conocía, pero como se debe decir siempre la verdad, he agregado que ya en otra ocasión se intentó este tipo de correspondencia con Tartarín, y que antes de nuestra partida de Tarascón una botella muy parecida, con una carta adentro, llegó a su poder, hecho al que no concedió la menor importancia, juzgándolo producto de una broma.

El juez me dijo:

—Está bien — a lo que agregó, como siempre —: Puede retirarse.

26 de julio. — El sumario ha terminado y se anuncia la vista de la causa para una fecha próxima. La ciudad hierve de impaciencia. Las sesiones comenzarán hacia el 1 de agosto. De aquí hasta entonces no voy a dormir. A decir verdad, es muy poco lo que duermo en esta piezucha estrecha, caliente como un horno, que me obliga a dejar la ventana abierta. Los mosquitos entran a bandadas, y me paso las horas oyendo a las ratas roer en los rincones.

En los últimos días tuve varias entrevistas con mi defensor, Cicerón Branquebalme. Me habló de Tartarín con mucha amargura, y sospecho que le ha irritado el que no le haya confiado su defensa. ¡Pobre Tartarín, nadie está de su parte!

Según parece, todo el tribunal ha sido renovado. Branquebalme me ha dado los nombres de los jueces: presidente, Mouillard; asesores, Beckmann y Robert del Norte. Imposible buscar influencias. Estos señores, según me dicen, no son de Tarascón, cosa que, por otra parte, se ve claramente por sus nombres.

Ignoro por qué razones se ha eliminado de la acusación formulada contra nosotros las partes relativas al delito de homicidio por imprudencia y a la infracción de las leyes de emigración. Están citados para comparecer: Tartarín de Tarascón, el duque de Mons — me extrañaría mucho que se presentase — y Pascal Testanière, alias Pascalón.

31 de julio. — Noche de fiebre y de angustia. Mañana es la cosa. Me he quedado en cama hasta muy tarde. Sólo me restan fuerzas para escribir en la muralla este proverbio tarasconés, que oí frecuentemente a Bravida, que los sabía todos:

Acostarse y no dormir,
amar sin tener placer,
esperar y a nadie ver:
tres cosas para morir.

IV

UN PROCESO EN EL MEDIODÍA. — DECLARACIONES CONTRADICTORIAS. — TARTARÍN JURA ANTE DIOS Y ANTE LOS HOMBRES. — LOS BORDADORES DE TARASCÓN. — BUGIMABAUD DEVORADO POR LOS TIBURONES. — UN TESTIGO INESPERADO.

¡Oh, no, no eran de Tarascón los jueces que fueron a buscar para el pobre Tartarín! Para convencerse, bastaba con verles en aquella ardorosa tarde de agosto, en que se ventilaba la causa del gobernador en la gran sala del palacio de justicia, llena de bote en bote.

El mes de agosto en Tarascón es, como se sabe, un mes de calor agobiante. Hay una temperatura parecida a la de Argelia, y las precauciones contra los rayos del sol son las mismas que las que se adoptan en nuestras ciudades del Africa: las calles vacías antes del mediodía, las tropas acuarteladas, y los toldos tendidos en todos los negocios. Pero el proceso de Tartarín había alterado las costumbres locales, por lo cual se comprenderá fácilmente el ambiente que se respiraba en la sala de audiencia atestada de público, y en la que las damas, muy peripuestas, se apiñaban en las tribunas del fondo.

Las dos sonaron en el reloj del palacio; y por las amplias ventanas abiertas, cubiertas con largas cortinas amarillas, entraban el ruido ensordecedor de las cigarras en los alisos y plátanos — gruesos árboles de hojas blancas y polvorientas —, el rumor de la multitud que había quedado afuera y los gritos de los vendedores de agua, que pregonaban como en la plaza los días de corrida: "¿Quién la bebe? ¡Agua fresca!"

Había que ser de Tarascón, en verdad, para resistir el calor que hacía allí dentro, uno de esos calores capaces de amodorrar a un condenado a muerte en el momento de oír su sentencia. Por ello, los más abrumados en la sala eran los tres jueces, forasteros en este Mediodía abrasador. El presidente Mouillard es un lionés, de aspecto austero y cabeza alargada, canosa y filosófica, que con sólo mirarle da ganas de llorar; de sus dos asesores, Beckmann, procede de Lila, y Robert del Norte es aún de más arriba.

Desde el comienzo de la audiencia, los tres señores, pese a sus esfuerzos, cayeron en un vago sopor, fijos los ojos en los grandes cuadrados de luz recortados tras las cortinas amarillas; y durante la interminable citación de los testigos, en número de doscientos cincuenta, por lo menos, y todos de la acusación, concluyeron por quedarse completamente dormidos.

Los gendarmes, que tampoco eran del Mediodía y con los que se tuvo la crueldad de hacerles llevar todo el equipo, dormían igualmente.

Sin duda son éstas condiciones inadecuadas para hacer justicia estricta. Felizmente, los jueces habían estudiado ya prolijamente el proceso; de lo contrario, nada hubieran entendido, pues en su descortés soñolencia apenas oían el chirriar de las cigarras y el confuso zumbido de las moscas y las voces.

Después del desfile de los testigos, el acusador Bompard de Mazet comenzó la lectura de los cargos. ¡Este sí que era del Mediodía, del mismo corazón del Mediodía!

Velludo y barrigón, con una barba negra y unos ojos saltones y ensangrentados que parecían vejigas, tenía una voz tan dura que destrozaba los oídos con sus poderosas vibraciones metálicas. Además, ¡qué mímica, qué arranques!... Era la gloria del foro tarasconés. Había quien andaba leguas para oírle. Esta vez lo que excitaba su discurso era su parentesco con el famoso Bompard, una de las primeras víctimas del *affaire* de Port-Tarascón.

Jamás acusador alguno se mostró más encarnizado, más violento, menos justo y más parcial. Lo que gusta en Tarascón: allí entusiasma todo lo que vibra, todo lo que emociona y sobrecoge.

¡Cómo sacudía al pobre Tartarín, sentado con su secretario entre dos gendarmes! Su pasado, lleno de gloria, lo hizo añicos con sus colmillos babosos.

Pascalón, consternado y muerto de vergüenza, ocultaba la cabeza entre las manos; pero Tartarín, perfectamente tranquilo, escuchaba las invectivas, alta la frente y los ojos claros, y se sentía al fin de su carrera, ante la hora de la gran declinación, consciente de las leyes del triunfo y de la derrota, y resignado a soportarlas todas, mientras Bompard de Mazet, cada vez más insultante, lo presentaba como un vulgar estafador, que había abusado de una gloria ficticia, de leones que nunca cazó y de ascensiones jamás realizadas, y se había asociado a un aventurero, a un desconocido, a un tal duque de Mons que la justicia no lograba detener. En estas abominaciones, Tartarín aparecía, más execrable aun que el duque de Mons, que, por lo menos, no explotó a sus compatriotas, mientras él había especulado con los tarasconeses, y los robó y exprimió hasta reducirlos a la triste situación de tener que mendigar de puerta en puerta, y remover los desperdicios para encontrar el sustento.

—Qué se puede esperar, por otra parte, qué se puede esperar, señores del Tribunal, de un hombre que ha hecho fuego sobre la Tarasca, sobre la gran madre?

Ante esta perorata, gemidos patrióticos brotaron de todas las tribunas; alaridos de furia respondían desde la calle hasta la que había llegado la voz del fiscal, y el orador, impresionado por sus propios acentos, se puso a lagrimear y a sollozar tan fuerte, que los jueces se despertaron sobresaltados, creyendo que todas las cañerías y goteras de la casa habían reventado bajo una lluvia torrencial.

Bompard de Mazet había hablado durante cinco horas.

En aquel momento, aunque el calor fuera aún aplastante, una suave brisa del Ródano comenzó a hinchar las cortinas amarillas de las ventanas. El presidente Mouillard no dormía ya; había vuelto al mundo, y el estupor en que le sumía el ímpetu imaginativo de los tarasconeses bastó para mantenerle despierto.

Tartarín fué el primero que dió la señal de esa ingenua y deliciosa impostura, que es como el aroma, la esencia de Tarascón.

En cierto pasaje de un interrogatorio, que creemos necesario resumir, se levantó bruscamente, y, con la mano extendida, exclamó:

—¡Ante Dios y ante los hombres, juro que nunca escribí esa carta!

Tratábase de una carta enviada por él desde Marsella a Pascalón, redactor de la *Gaceta*, para estimularle e inducirle a la producción de invenciones más fértiles y más abundantes.

No, y mil veces no; el acusado no había escrito tal cosa, y se defendía, y protestaba. "No digo que... tal vez el señor de Mons, no compareciente... ¡Y cómo silbó entre sus labios desdeñosos ese "no compareciente"!

El presidente ordenó:

—Entreguen la carta al acusado.

Tartarín la tomó, miróla unos instantes y dijo tranquilamente:

—Es verdad, no puedo dudar de que es mi letra. Esta carta es mía, y la había olvidado por completo.

¡Era más que suficiente para hacer llorar a un tigre!

Instantes después, el mismo episodio con Pascalón, a propósito de un artículo aparecido en la *Gaceta*, en el que se explicaba la recepción en la municipalidad de Port-Tarascón de los pasajeros del *Farandole* y el *Lucifer* por los indígenas, el rey Negonko y los primeros ocupantes de la isla, con una descripción muy detallada del edificio de la municipalidad.

La lectura de este artículo suscitó a cada frase interminables carcajadas, a las que se mezclaban feroces gritos de indignación. El propio Pascalón se rebelaba y protestaba desde su banco, gesticulando con vehemencia; eso no era suyo, nunca en la vida habría podido firmar un cúmulo tan enorme de imposturas.

Se le mostró el artículo impreso, ilustrado con grabados hechos según sus indicaciones, y firmado con su nombre, amén del texto original encontrado en la imprenta Trinquelague.

—¡Es increíble! — dijo entonces el infortunado Pascalón, dilatados los ojos por la sorpresa —. Se me había ido por completo de la memoria.

Tartarín asumió la defensa de su secretario.

—La verdad, señor presidente, es que, creyendo ciegamente todas las historias del señor de Mons, no compareciente...

—Tiene buena espalda el señor de Mons, por lo visto — dijo ferozmente el acusador.

—Yo proporcionaba a este buen muchacho — continuó Tartarín — la idea del artículo

que debía hacerse, diciéndole: "Borde algo con esto". Y él bordaba.

—Es verdad, yo no hice otra cosa que bor..., bordar — tartamudeó tímidamente Pascalón.

¡Ah, los bordadores de Tarascón! Muchos más iba a conocer el presidente del tribunal en el interrogatorio de los testigos, todos del lugar, y de una imaginación única, para negar hoy lo que habían afirmado en la víspera.

—Pero usted lo afirmó así en el sumario...

—¿Yo he dicho tal cosa? ¡Oh, *vai!*... Ni siquiera he abierto la boca.

—Lo ha dicho con su firma.

—¿Que he firmado yo? Tampoco es cierto.

—Aquí está su firma.

—¡Oh, pues es verdad! Señor presidente, nadie tan sorprendido como yo...

Y con todos igual; nadie se acordaba de nada. Los jueces estaban desconcertados ante tales contradicciones con apariencias de mala fe, y se sentían incapaces de identificarse, hombres fríos del Norte, con la invención y la fantasía de los países del Sur.

Uno de los testigos más extraordinarios fué Costecalde, al relatar cómo había sido arrojado de la isla, y forzado a abandonar su mujer y sus hijos por las coacciones del tirano Tartarín. Había que oír el drama de la chalupa, las muertes espantosas y sucesivas de sus desgraciados compañeros: Rugimabaud, que nadaba cerca de la barca para refrescarse un poco el cuerpo, fué arrastrado por un tiburón y cortado en dos.

—¡Oh, la sonrisa del querido amigo! La veo aún, la veré siempre. Me tendía los brazos, yo iba a socorrerle, cuando, de pronto, su cara se crispó horriblemente, desapareció, y luego nada..., nada más que un círculo de sangre que iba ensanchándose en el agua.

Y con la mano crispada describía un gran círculo frente a los jueces, mientras que de sus ojos brotaban lágrimas gruesas como garbanzos.

Al oír el nombre de Rugimabaud, los dos jueces, Beckmann y Robert del Norte, que acababan de despertarse, se inclinaron hacia el presidente, y, entre la unánime explosión de sollozos causada por la declaración de Costecalde, los tres togados se pusieron a remover papeles y cuchichear entre sí.

Luego el presidente Mouillard se dirigió al testigo:

—¿Dice usted que Rugimabaud fué comido ante sus ojos por un tiburón? Sin embargo, el tribunal cuenta entre los testigos de la acusación con un tal Rugimabaud que ha desembarcado esta mañana. ¿No sería éste el mismo que iba con usted en la chalupa?

—¡Claro que sí! ¡Soy yo, el mismo! — gritó el ex subdirector de Agricultura.

—¿Qué es esto? ¿Rugimabaud aquí? — profirió Costecalde, sin turbarse demasiado —. No lo había visto, es la primera noticia que tengo.

Uno de los togados observó:

—¿Según esto, no habría sido comido como usted acaba de explicarnos?

—Es que tal vez lo confundí con Truphénus...

—¡Eh, eh, yo también estoy aquí! ¡A mí no me ha comido nadie! — protestó Truphénus.

Y Costecalde, que comenzaba a impacientarse:

—En fin, que sea el uno o el otro, tanto da; estoy bien seguro de que alguien fué devorado por un tiburón. La prueba es que vi la mancha de sangre.

Y continuó su declaración como si nada hubiese sucedido.

Antes de que abandonara el estrado, el presidente quiso saber a cuánto ascendería, según él, el número de las víctimas.

—*Crante* mil, por lo menos — que es la forma en que allá se pronuncia cuarenta mil.

Ahora, como los registros de la colonia comprobaban que jamás hubo más de cuatrocientos habitantes en la isla, se comprenderá el aturdimiento de Mouillard y de los jueces. Los desventurados se secaban el sudor, que les caía a chorros, pues nunca habían presenciado interrogatorios semejantes, ni oído declaraciones tan absurdas. Del banco de los testigos no salían más que desmentidos feroces y violentas interrupciones; gentes que gesticulaban y que se quitaban las palabras de la boca, rechinamientos de dientes y risas diabólicas. Un proceso fantástico, tragicómico, en el que se hablaba de tarasconeses comidos, ahogados, cocidos, asados, hervidos, devorados, tatuados y hechos pedacitos a hachazos, y todos se encontraban en el mismo banco, gozando de buena salud, con sus miembros intactos, sin un diente de menos y sin un solo rasguño.

A los dos o tres que aun no habían comparecido se les esperaba de un momento a otro, pues seguramente habrían corrido la misma suerte que sus compañeros; y por ello el juez de instrucción Bonaric, más al corriente que los magistrados de las costumbres de sus compatriotas, había inducido al presidente a dejar de lado el asunto del homicidio por imprudencia.

El desfile de los testigos continuaba, cada vez más extravagante y grotesco.

En la sala, el público tomaba partido por éste o por el otro, azuzaba, aplaudía, reía a mandíbula batiente, sin miedo ni recato a las barbas del presidente, que amenazaba a cada instante con hacer despejar el recinto, pero totalmente aturdido por tanto estrépito y tantas incoherencias, se abstenía de dar la orden de desalojo, y, con los codos sobre la mesa, se sujetaba con las manos la cabeza, próxima a estallar.

En un momento de calma relativa, Robert del Norte, un viejo alto y delgado, de labios irónicos, que se asomaban entre los largos flecos de su bigote blanco, dijo recostándose, con el birrete sobre la oreja:

—Al final de cuentas, en todo esto sólo veo una cosa que no haya regresado: la Tarasca.

El sustituto Bompard de Mazet se irguió, saltando en su asiento como un diablo:

—¿Y mi tío?...

—¿Y Bompard? — gritó el público como un eco.

—Haré notar al tribunal que mi tío Bompard fué una de las primeras víctimas de este engaño. Si tuve la discreción de no hablar de él en mi requisitoria no fué porque considerara que su caso era menos digno de atención. Es evidente que Bompard, por lo menos, no ha vuelto, y seguramente no volverá jamás.

—Disculpe, señor acusador — interrumpió el presidente —; pero justamente ahora un señor Bompard me ha hecho pasar su tarjeta y solicita ser escuchado... ¿Será éste su pariente?

Era Bompard (Gonzaga), en efecto.

Su nombre, muy conocido de los tarasconeses, suscitó un inmenso tumulto. Público, testigos, acusados, todo el mundo se puso en pie, y, subidos a los bancos, inclinándose aquí y allá, trataban de ver, gritando y llenos de impaciencia y de curiosidad. Ante tamaña agitación, el presidente Mouillard ordenó la suspensión de la audiencia por algunos minutos, período que se aprovechó para sacar de la sala a media docena de gendarmes, medio muertos de calor y sobresalto.

V

BOMPARD HA PASADO EL PUENTE. — HISTORIA DE UNA CARTA CON CINCO SELLOS ROJOS. — BOMPARD APELA A TODO TARASCÓN QUE NO CONTESTA. — "PERO LEAN ESTA CARTA, POR TODOS LOS DIABLOS". — EMBUSTEROS DEL NORTE Y EMBUSTEROS DEL SUR.

—¡Es él, sí; es Gonzaga!... *Vé! Vé!*

—¡Cómo ha engordado!

—¡Ha cambiado muchísimo!

—Parece un *teur* (turco).

Después de tanto tiempo que no le veían, nuestros tarasconeses apenas reconocían al buen Bompard, antes tan delgado, con su cabeza de Palikar bigotudo y sus ojos de chivo loco, y ahora gordo, *boundenfle*, como dicen por allí, con idénticos bigotes y los mismos ojos delirantes en la cara grande y redonda.

Sin mirar a izquierda ni a derecha, se adelantó tras del ujier hasta la mesa del tribunal.

—¿Es usted realmente Gonzaga Bompard?

—A decir verdad, señor presidente, yo mismo lo dudo, cuando veo — gesto enfático del testigo hacia el banco de los acusados —, cuando veo, digo, en el banco de la infamia a nuestra gloria más pura, cuando se escarnece en este lugar la probidad y el honor mismos...

—¡Gracias, Gonzaga! — dijo desde su puesto Tartarín, muy conmovido.

Había soportado sin alterarse todas las injurias, pero la simpatía de su viejo camarada le causaba verdadera emoción y le hacía asomar las lágrimas a los ojos, como a un niño castigado al que se perdona.

—Descuida, valiente conciudadano; no vas a enmohecer en ese sucio banco. Aquí traigo la prueba..., la prueba...

Buscó en sus bolsillos, sacó una pipa de Marsella, un cuchillo, un viejo pedernal, un encendedor, un ovillo de bramante, un metro, un barómetro y una caja homeopática, y puso todo sobre la mesa del taquígrafo.

—¡A ver cuándo termina usted, testigo Bompard! — dijo el presidente, que se impacientaba.

El acusador Bompard de Mazet dijo a su vez:

—¡Vamos, tío, dése prisa!

El tío se volvió hacia él:

—¡Ah, sí, verás lo que te espera, después de cuanto te has permitido decir contra nuestro pobre amigo! ¡Te voy a desheredar, estúpido!

El sobrino quedóse frío ante tal amenaza, y su pariente siguió hurgando en los bolsillos y colocando ante sí una colección de objetos fantásticos, hasta que encontró, por fin, lo que buscaba: un gran sobre sellado con cinco lacres rojos.

—Señor presidente, he aquí un documento por el cual se prueba que el duque de Mons es el último de los sinvergüenzas, de los bribones, de los... — Las palabras subían de tono, y el presidente le interrumpió:

—Está bien, déme el documento.

Abrió la carta misteriosa y, después de leerla, la pasó a los dos asesores, que se la llevaron a los ojos y la estudiaron cuidadosamente, sin dejar entrever en lo más mínimo sus impresiones. ¡Verdaderos jueces del Norte, pardiez! Impávidos, impenetrables...

¿Qué había en la endiablada carta? Con tipos de aquella clase, era difícil formarse una idea.

El público se había incorporado y observaba desde lejos, las manos en pantalla ante los ojos, y presa de ardiente curiosidad.

Qu'és aco? ¿Qué diablos puede decir esa carta?...

Y como todos los incidentes de la audiencia llegaban al exterior, gracias a las ventanas y a las puertas abiertas, subía de la calle un gran rumor de clamores confusos, semejante a las olas del mar cuando se levanta la brisa.

Por el momento, los gendarmes dejaron de dormir, y las mismas moscas, apelotonadas en el techo, se despertaron. El fresco de la noche, al penetrar en la sala, exacerbaba el temor de los tarasconeses a las corrientes de aire, y los que estaban próximos a las ventanas pedían a gritos que las cerraran, pues "se podía contraer el mal de la muerte".

Por centésima vez, el presidente Mouillard chilló: "Un poco de silencio o hago despejar...", y el interrogatorio continuó:

Pregunta: —Testigo Bompard, ¿cómo y cuándo ha llegado esta carta a su poder?

Respuesta: —Al zarpar el *Farandole* de Marsella, el duque o supuesto duque de Mons me confió los poderes de gobernador provisional de Port-Tarascón, al mismo tiempo que me deslizaba este pliego, cerrado con cinco sellos rojos, aunque no hubiera en él dinero alguno. Encontraría dentro, díjome, sus últimas instrucciones y me recomendó que no lo abriera hasta llegar a alguna de las islas del Almirantazgo, situadas en qué sé yo qué grados de latitud y longitud. Como podrá ver, señor presidente, así está señalado en el sobre...

P. — Sí, sí, ya veo. ¿Y entonces?...

R. — Entonces, señor presidente, me sentí aquejado por una enfermedad repentina, de la que usted seguramente tendrá noticia. Era contagiosa, gangrenosa y demás, y por tal causa fuí desembarcado y llevado agonizante al castillo de If. Una vez en tierra me retorcía de dolor. Llevaba la carta en el bolsillo, pues en medio de mis sufrimientos me había olvidado de dársela a Bézuquet al transferirle mis poderes.

P. — Un olvido lamentable... ¿Y después?...

R. — Después, señor presidente, cuando me sentí un poco mejor, abandoné el lecho y me vestí. No estaba muy fuerte aun. ¡Ah, si hubieran visto lo que parecía!... Llevéme la mano al bolsillo, y, ¡oh sorpresa!..., encontré la carta de los cinco sellos.

El presidente insinuó severamente:

—Testigo Bompard, ¿no estaría más conforme con la verdad el decir que esa carta, que no debía ser leída, sino a cuatro mil leguas de Francia, fué abierta de inmediato en pleno puerto de Marsella, para saber lo que había dentro, y que, al conocer su contenido, retrocedió ante las enormes responsabilidades en que incurría?

—No conoce usted a Bompard, señor presidente. Todo Tarascón aquí presente se lo puede decir.

Un silencio de tumba acogió este recurso oratorio. Apodado el "Impostor" por sus conciudadanos, que no son muy escrupulosos en materia de veracidad, Bompard demostraba verdaderamente un arrogante tupé al invocarlos como testigos; en consecuencia, Tarascón, interrogado, nada contestó. El siguió sin inmutarse:

—Ya lo ve, señor juez: el que calla, otorga. — Y reanudando la narración: — Por aquel entonces, cuando encontré la carta, Bézuquet hacía varias semanas que había partido, y se hallaba demasiado lejos para que pudiera entregársela. Me decidí a leerla. Usted comprenderá mi terrible situación.

Muy terrible también era la situación del auditorio, que seguía ignorando lo que contenía la carta, depositada en la mesa del tribunal, de la que se hablaba constantemente. Los espectadores estiraban el cuello, pero desde tan lejos no se podía distinguir más que los grandes y cautivadores sellos rojos del sobre, que, de minuto en minuto, parecía crecer y adquirir enormes proporciones.

Bompard continuó:

—¿Qué hacer, pregunto yo, después de enterarme de esos horrores? ¿Alcanzar al *Farandole* a nado? Pensé en ello un momento, pero no tuve fe en mis fuerzas. ¿Impedir que el *Tutu-panpan* partiera, revelando a mis compatriotas este pliego abominable, lo que equivalía a arrojar un chorro de agua fría sobre sus entusiasmos? Habría sido lapidado si lo hubiera hecho. En fin, nada podía hacer, y me asaltó un gran temor... Ni siquiera tuve ánimos para presentarme en Tarascón ante el embarazo de no saber qué decir. Entonces resolví ocultarme enfrente, en Beaucaire, desde donde podría ver sin ser visto. Desempeño allí dos cargos: el de guardia del campo de la feria y el de conservador del castillo. Tengo mis ratos de ocio, como es de suponer. Desde lo alto de la vieja torre, con un buen anteojo, observaba desde el otro lado del Ródano la agitación de mis desventurados compatriotas, preparándose para la partida. Yo me crispaba, me desesperaba... Les tendía los brazos, les gritaba de lejos como si pudieran oírme: ¡No partáis, no partáis!... Intenté, incluso, prevenirles por medio de una botella... Dígales, Tartarín, dígales a esos señores que traté de avisarles.

—¡Doy fe! — afirmó Tartarín desde el banco de la infamia.

—¡Ah, cuánto sufrí, señor presidente, al ver partir al *Tutu pan-pan* para el país de las quimeras!... Pero sufrí más al verles volver, cuando me enteré de que frente a mí gemía entre hierros mi ilustre compatriota Tartarín. ¡Saberle en la torre, víctima de una falsa acusación!... Podrá usted argüir que debí intentar antes la prueba de su inocencia, pero cuando uno equivoca la dirección sólo el diablo puede indicarle el buen camino. Había empezado por no decir nada, y, por lo tanto, me era difícil la menor revelación, sin contar el miedo al puente, ese terrible puente que debía atravesar. Sin embargo, he pasado el puente infernal; lo pasé esta mañana en medio de una borrasca espantosa que me obligó a andar a gatas, como en mi ascensión al Monte Blanco? ¿Se acuerda, Tartarín?

—¡Sí, lo recuerdo! — respondió tristemente Tartarín, ante la evocación de las horas gloriosas.

—¡Cómo se balanceaba! ¡Buena dosis de heroísmo he necesitado para llegar al fin!... Pero no me gusta elogiarme. Para terminar, heme aquí, y ahora traigo la prueba, la prueba irrefutable...

—¿La cree usted irrefutable? — preguntó Mouillard en su tono reposado —. ¿Quién nos garantiza que esta extraña carta, por tanto tiempo olvidada en vuestros bolsillos, sea del duque de Mons o del que llaman así? ¡Porque todos ustedes, los tarasconeses, me parecen muy poco de fiar! ¡Las mentiras que vengo oyendo desde hace siete horas!...

Un ronco gruñido de fieras enjauladas rodó por el recinto y por las tribunas, hasta la calle. Tarascón estaba descontento y protestaba. Gonzaga Bompard, por su parte, se limitó a sonreír inefablemente.

—Por lo que a mí respecta, señor presidente, no negaré que haya alguna exageración en lo que digo, ni afirmaré que se podría hacer de mí el director de *Veritas*, pero, en cambio, tiene a éste aquí — y señalaba a Tartarín — que en cuanto a veracidad, es lo mejor que tenemos en Tarascón.

No necesitó mucho tiempo Tartarín para reconocer la letra y la firma del señor de Mons, letra y firma que le eran harto familiares, por desgracia; luego, irguiéndose solemnemente y volviéndose hacia el tribunal, blandió con mano convulsa el terrible misterio de los cinco sellos rojos:

—A mi vez, señor presidente, armado con esta cínica elucubración, le invito a reconocer que no todos los impostores son del Mediodía. ¡Ah! ¡Nos llaman ustedes mentirosos a los que somos de Tarascón! Considérenos bien y verá que no somos sino gentes de imaginación y de palabra desbordante, simples trovadores, forjadores de ensueños, improvisadores fecundos, ebrios de savia y claridad, juguetes frecuentemente de sus propias invenciones asombrosas e ingenuas. ¡Qué diferencia con vuestros embusteros del Norte, sin luz ni espontaneidad, animados siempre por un egoísmo, por una finalidad ruin, como el firmante de esta carta! ¡Sí, puede asegurarse rotundamente: en materia de embustes, cuando el Norte hace de las suyas, el Mediodía boca abajo!

Manejando este tema, ante un público tarasconés, Tartarín hubiera entusiasmado a la sala en otra ocasión. Pero nadie creía ya en el pobre gran hombre ni subsistía su popularidad. No se le prestó la menor atención. Sólo había interés por la misteriosa misiva que agitaba con alterado ademán.

El infortunado quería seguir hablando, pero se le obligó a callar.

De todos lados partían gritos de:

—¡La carta! ¡La carta!

—¡Quítensela, *zou!*

—¡Que lean de una vez la carta!

Cediendo a la voluntad de la multitud, el presidente Mouillard ordenó:

—¡Escribano, lea en alta voz el documento!

Un inmenso "¡Ah!" de alivio se escuchó en la sala; y en el silencio que se produjo sólo se oía el zumbido de las moscas de agosto y el *cra-cra* de las cigarras que rimaba con los latidos de los corazones anhelantes.

El escribano comenzó a leer, con un fuerte acento nasal:

"Al señor Gonzaga Bompard, gobernador interino de la colonia de Port-Tarascón, para ser abierta en el 144° 30' de longitud Este, frente a las islas del Almirantazgo.

"Mi querido señor Bompard:

"No hay broma, por buena que sea, que no deba tener término. Cambie de rumbo en seguida y vuélvase tranquilamente a casa con sus tarasconeses.

"No hay tal isla, ni tal tratado, ni Port-Tarascón, ni áreas ni hectáreas, ni destilerías, ni refinerías, ni nada de todo eso... Solamente una excelente operación financiera que me ha valido algunos millones, por ahora puestos cuidadosamente a salvo, así como mi augusta persona.

"En definitiva, una bonita tarasconada que vuestros compatriotas y su ilustre Tartarín sabrán perdonarme, pues les ha distraído, ocupado y devuelto el gusto que ya habían perdido de su pequeña y deliciosa ciudad.

"Duque de Mons.

"Tanto de duque como de Mons. Apenas de las cercanías."

Esta vez, por más que el presidente amenazara con hacer evacuar la sala, nada pudo contener los alaridos y las imprecaciones que estallaron furibundas, y que se extendieron a la calle, a la explanada y a toda la ciudad. ¡Ah, belga, puerco de belga, si le echaban mano! ¡El sí que habría dado el salto de cabeza al Ródano!

Hombres, mujeres, niños, todos participaban en el griterío, y en medio de una espantosa batahola, el presidente Mouillard pronunció la absolución de Tartarín y Pascalón, con hondo desconsuelo de Cicerón Branquebalme, que debía renunciar a la defensa, tragarse el discurso con sus *verum enim vero*, sus *puesto que*, *considerando que* y toda la cimentación romana de su monumental alegato.

La audiencia terminó y el público se desparramó por calles, plazas y plazuelas, vomitando sin cesar su cólera con insultos y amenazas:

—¡Belga, puerco belga! ¡Embustero del Norte! ¡Embustero del Norte!

VI

CONTINUACIÓN Y FIN DE LAS MEMORIAS DE PASCALÓN.

8 *de octubre*. — Con mi puesto en la farmacia de Bézuquet, he reconquistado la estimación de mis conciudadanos y encontrado la existencia tranquila de otrora, en la Placette, entre las vasijas amarillas y verdes de estantería; con la diferencia de que Bézuquet no sale ahora del fondo de la botica, como si él fuera el ayudante y no yo, y maneja el almirez de mármol pulverizando las drogas ¡con una rabia! De vez en cuando hace una pausa para sacar un espejito del bolsillo y examinar sus tatuajes. ¡Desventurado Fernando! ¡Ni pomadas ni cataplasmas lo alivian! ¡Ni siquiera la "sopita de ajo" recetada por el doctor Tournatoire! No se librará en la vida de los infernales colorines.

En cuanto a mí, hago paquetes, pongo etiquetas, despacho los áloes y la ipecacuana, y charlo con los clientes, divirtiéndome con todo lo que se cuenta en la ciudad. Los días de mer-

cado viene mucho público. Los martes y los viernes es incesante la preparación de recetas. Desde que las viñas van mejor, nuestros campesinos se atiborran de drogas. Adoran estas cosas en el distrito de Tarascón; para ellos, purgarse es una fiesta.

En el resto de la semana, que es más tranquilo, la campanilla de la farmacia repica muy raras veces. Entonces me paso las horas mirando las inscripciones de los vasos de vidrio y loza blanca, alineados en los anaqueles: *sirupus gummi, assa foetida*, y la farmacopea escrita en griego que hay sobre el mostrador, entre dos serpientes.

Después de tanto desorden y tantas aventuras, este amplio reposo de mi vida me gusta bastante. Estoy preparando un volumen de versos provenzales, *Li Gingourlo* (Las Azufaifas). En el Norte sólo se conoce la azufaifa como un producto farmacéutico; aquí sus frutos son como olivas rojas, lindas y crujientes, en un árbol de follaje claro. En este volumen reuniré mis paisajes, mis versos de amor...

Pechère! De vez en cuando veo pasar a mi Clorinda, alta y esbelta, a saltitos sobre los adoquines puntiagudos de la Placette, con su andar que ella misma calificaba allá de "paso de canguro". Generalmente va a la segunda misa, con el libro de preces en la mano y seguida de la doncella Alric, aquella que escalaba los techos y que desde el regreso a Tarascón ha pasado del servicio de la señoría Tournatoire al de la dama de Espazettes. Ni una sola vez Clorinda ha mirado a la farmacia. Reincorporado a las órdenes de Bézuquet, he dejado de existir para ella.

La ciudad ha recuperado su tranquilo aspecto, y todo el mundo está ya en su casa. Nos paseamos por el bulevar y por la explanada; por la noche nos vamos al círculo o al teatro. Hemos regresado todos, con excepción del padre Bataillet, que se quedó en las Filipinas para fundar una nueva comunidad de Padres Blancos. Aquí, el convento de Pamperigouste abre las puertas poco a poco, y el padre Vezole (¡Bendito sea Dios!) ha regresado a él con algunos otros reverendos. Vuelven a sonar las campanas, dulcemente, una a una. No hemos llegado todavía al pleno carillón, pero se le presiente muy próximo.

¡Quién se imaginaría que han ocurrido tantos acontecimientos! ¡Qué lejos está todo y cuán olvidadiza es la raza tarasconesa! Basta con ver partir a nuestros cazadores, con el marqués de Espazettes al frente. Flamantes de pies a cabeza, salen los domingos por la mañana y esperan, con el ardor de siempre, las piezas que jamás existieron.

Yo, después del almuerzo, voy a presentar mis respetos a Tartarín. Allá siguen, en lo alto del bulevar, la casita de las persianas verdes y las cajas de los pequeños lustrabotas frente a la reja; pero todo está cerrado y silencioso. Empujo la puerta... Encuentro al héroe en su jardín, con las manos a la espalda, dando vueltas en torno al estanque de los pececitos de colores o en su gabinete de trabajo, entre los kriss y las flechas emponzoñadas. Ya ni siquiera mira las colecciones amadas. El cuadro es siempre el mismo, pero ¡cómo ha cambiado el hombre! En vano fué que lo absolvieran; se siente decepcionado y fuera de centro. Ha perdido su pedestal, y es esto lo que le entristece.

Hablamos de todo. El doctor Tournatoire, que viene algunas veces, nos trae su buen humor y sus bromas a este hogar melancólico. Branquebalme viene también los domingos. Tartarín le ha confiado la defensa de sus intereses en un proceso que se substancia en Tolón a demanda del capitán Scrapouchinat, que reclama los gastos de repatriación de los colonos, y en otro proceso incoado por la viuda de Bravida, en representación de sus hijos menores. Si mi pobre y querido patrón pierde estas dos demandas, ¿cómo se las arreglará? ¡Hizo tantos gastos en la lamentable aventura de Port-Tarascón!

¿Por qué no seré yo rico?... Desgraciadamente, de poco le serviría mi ayuda con la miseria que gano en la farmacia de Bézuquet.

10 *de octubre*. — Mi libro "Las Azufaifas" aparecerá en Avignón, impreso por la librería Roumanille; estoy contentísimo. Otro suceso grato: se está organizando una gran cabalgata en honor de Santa Marta, que será el 19 del corriente, y en honor también del retorno de los tarasconeses al suelo patrio. Dourladoure y yo, poetas ambos, debemos representar a la poesía provenzal en una carroza de carácter alegórico.

20 *de octubre*. — Ayer, domingo, se celebró la cabalgata. Fué un largo desfile de carrozas y de caballeros, ataviados a la antigua, que al extremo de largas cañas tendían limosneros solicitando un donativo. Muchísima gente en la calle y en las ventanas; pero, a pesar de todo, la fiesta adolecía de falta de animación y alegría. El ingenio de los organizadores no pudo suplir la ausencia de la gran madre. Sentíase un gran vacío, y era que faltaba el carro de la Tarasca. Sordos rencores se despertaban al recuerdo del malaventurado disparo hecho contra ella, allá en el Pacífico, y al pasar frente a la casa de Tartarín, se dejaron oír gruñidos amenazadores. En vista de que la banda de Costecalde trataba de excitar a la multitud mediante algunos gritos, el marqués de Espazettes, convertido en un arrogante templario, hizo volver grupas al corcel. "¡Haya paz, señores!..." Era tan imponente su actitud, que el desorden se desvaneció en el acto.

Cuanto más descendía el sol, arreciaba la tramontana, que es un desagradable viento de nieve. Dourladoure y yo lo sentíamos cruelmente bajo nuestros jubones Carlos IV que nos había prestado una compañía de ópera, de paso por Tarascón aquellos días. Sentados cada uno en lo alto de una torre — la carroza, tirada por seis bueyes blancos, representaba el castillo del rey René, en madera y cartón pintado —, la condenada brisa nos penetraba hasta los huesos, y los versos que recitábamos, al son de grandes laúdes, tiritaban al par que nosotros. Dourladoure, dando diente con diente, decía: "¡Esto es helarse, amigo!". Y no teníamos medio de bajar, pues la escalera que empleamos para llegar a nuestro sitial había sido retirada.

En el paseo, el suplicio hízose intolerable. Para colmo de males, tuve yo la idea — ¡vanidad del amor! — de tomar por una transversal para pasar frente a la casa del marqués de Espazettes.

Nos hallamos en un dédalo de calles estrechas, que apenas tenían el ancho de nuestros carros. La morada del marqués estaba cerrada, sombría y muda, con sus viejas murallas de piedra negra y las persianas completamente corridas, como para indicar que la nobleza desdeñaba el júbilo de los menestrales.

Yo declamé algunos versos de mi libro "Las Azufaifas", al tiempo que tendía el limosnero, pero nada se movió y nadie se hizo visible. Entonces di orden de avanzar. Imposible, el carro se había atascado. En vano tirábamos hacia adelante y hacia atrás; hallábase oprimido entre las altas murallas, y a través de los intersticios de las persianas cerradas oímos muy cerquita, a la altura de nuestros tronos, cuchicheos y risas ahogadas, mientras permanecíamos, ridículamente transidos de frío, en nuestras torres de cartón.

Decididamente, el castillo del rey René no me ha traído suerte. Fué necesario desenganchar los bueyes, encontrar escaleras para bajarnos, ¡y ello requirió un tiempo inacabable!

23 *de octubre*. — ¿Cuál será el secreto del mal de la gloria que no se puede vivir sin ella una vez que se la ha conocido?

El domingo estaba en casa de Tartarín; hablábamos en el jardín, yendo y viniendo a lo largo de las avenidas enarenadas. Por encima del muro, los árboles del bulevar nos enviaban una lluvia de hojas caídas, y como viera una expresión de melancolía en los ojos del gran hombre, le recordé las horas triunfales de su vida. Nada lograba distraerle, ni aun las analogías entre su existencia y la de Napoleón.

—¡Ah, *vai*, Napoleón! ¡Buena farsa! No me hables más de eso, por favor; te lo agradeceré.

Le miré, estupefacto.

—¿Ni siquiera de la mujer del comodoro?

—¡Déjame tranquilo con la mujer del comodoro! Bien se burló de mí la tal señora...

Seguimos caminando en silencio.

Los gritos de los pequeños lustrabotas que jugaban a la bolita frente a la puerta llegaban hasta nosotros con las ráfagas de viento que arremolineaban las hojas.

Luego agregó esta otra reflexión:

—Ahora creo ver claro. Los tarasconeses me han abierto los ojos, como si me hubieran operado de cataratas.

Aquello me pareció extraordinario.

En la puerta, díjome de pronto con un apretón de manos:

—¿Sabes, muchacho, que me van a embargar la casa? He perdido el pleito de Scrapouchinat y el de la viuda de Bravida, a pesar de los alegatos de Branquebalme. Ahondó demasiado mi buen defensor; su acueducto romano se le vino encima y hemos sido aplastados bajo su peso.

Tímidamente, me atreví a ofrecerle mis escasas economías. Se las habría dado de todo corazón, pero Tartarín las rechazó de plano.

—Gracias, hijo mío; supongo que las armas, las curiosidades y las plantas raras darán bastante dinero. Si eso no bastara, venderé la casa. Después, veremos. ¡Adiós, muchacho! No me rece la pena...

¡Qué filosofía!

31 *de octubre*. — Hoy sufrí un gran pesar. Atendía en la farmacia a la esposa de Truphénus, que me pedía algo para dolores de cabeza que sufre su hijo, cuando un rumor de ruedas en la Placette me hizo levantar los ojos. Me pareció reconocer los muelles de la carroza que usa la marquesa viuda de Aigueboulide. La vieja iba dentro, con la cotorra embalsamada a un lado, y enfrente mi Clorinda con otra persona, a la que no distinguía bien, porque estaba a contraluz y sólo alcancé a divisar un uniforme azul y un kepis bordado.

—¿Quién va con las señoras?

—¡Cómo!, ¿no lo conoce? Es el nieto de la marquesa, el vizconde Charlexis de Aigueboulide, oficial de cazadores. ¿No sabe que la señorita Clorinda y él contraerán matrimonio el mes que viene?

¡Qué golpe, Dios mío! Debí quedar como muerto.

¡Pero aun tenía una esperanza!

—¡Oh, no crea! Es un casamiento por amor — prosiguió la malvada mujer de Truphénus —. Pero, ¿sabe lo que decimos nosotras?: "Quien por amor se enmarida, buena noche y malos días".

¡Quisiera yo también casarme de ese modo, *pecaire!*

5 *de noviembre*. — Ayer se verificó la subasta de las armas, utensilios y recuerdos de Tartarín. Yo no estuve en el acto, pero Branquebalme, que vino a la farmacia por la noche, me relató la escena.

Una desdicha, según parece. La venta no produjo nada. Se vendía frente a la puerta, de acuerdo a nuestra costumbre. Nada, ni un cobre, aun cuando acudió mucha gente. Las armas de todos los países, las flechas emponzoñadas, los yataganes, los revólveres, el winchester de treinta y dos tiros, no dieron nada. Las magníficas pieles de leones del Atlas, el *alpenstock*, el glorioso cayado del Jungfrau, las riquezas y curiosidades, todo aquello que era un

verdadero museo local, fueron vendidos a precios irrisorios. ¡Se ha perdido la fe!

¡Y aquel *baobad* que durante treinta años fué la admiración de la comarca! Cuando lo pusieron sobre la mesa, y al gritar el rematador *arbos gigantea*, poblaciones enteras pueden cobijarse bajo su sombra...", parece que le contestaron con grandes carcajadas.

Tartarín oía las risas mientras daba vueltas por el jardín con dos amigos. Sin amargura comentó:

—También ellos, mis buenos tarasconeses, han sido operados de las cataratas. Ahora ven claro, pero qué crueles son...

Lo más triste es que por no haber producido lo suficiente la subasta para pagar los pleitos perdidos, tuvo que ceder la casa a los Espazettes, quienes la destinan al nuevo matrimonio.

Y él, el pobre gran hombre, ¿a dónde irá? ¿Pasará el puente según dejó entrever vagamente? ¿Se refugiará en Beaucaire, junto a su viejo amigo Bompard?

Mientras Branquebalme, de pie en medio de la farmacia, me explicaba estos dolorosos episodios, Bézuquet, en el fondo, aparecido a medias por la puerta entreabierta con sus colorines imborrables, prorrumpió en una risa de demonio papú: "¡Bien hecho! ¡Bien hecho!" Como si hubiera sido Tartarín quien lo tatuó.

7 de noviembre. — Mañana domingo es la fecha indicada para que mi buen maestro deje la ciudad y franquee el puente de Beaucaire. ¿Es posible tal cosa? ¡Tartarín de Tarascón convertido en Tartarín de Beaucaire!

¡El propio oído indica ya la horrible diferencia! Y luego, el puente, ese terrible puente que debe pasar! Yo sé perfectamente que Tartarín ha vencido obstáculos más graves, pero... Tengamos confianza. Pensemos que hay cosas que se dicen en un momento de cólera, y que luego no se hacen. Tengo aún mis dudas.

Domingo, 10 de diciembre. — Siete de la noche. Vuelvo abrumado, con fuerzas apenas para trazar estas pocas líneas.

Todo ha terminado. Se marchó. Ha cruzado el puente.

Me había citado en su casa con Tournatoire, Branquebalme y Beaumevieille; después llegó Malbos, un ex legionario de la milicia, que se nos unió en el camino.

Tenía el corazón oprimido frente a la desolación de las paredes desnudas y del jardín devastado. Tartarín ni siquiera miró en su derredor. Es eso, nuestra movilidad, lo que tenemos de bueno nosotros los tarasconeses. Gracias a ella somos menos tristes que los demás pueblos.

Al darle las llaves a Branquebalme, dijo:

—Se las entregará usted al marqués de Espazettes. No me ofende el que no haya venido; lo considero natural. Como decía Bravida:

> *El amor del señor*
> *es amor de cristal.*
> *Si ya le serviste,*
> *no te verá más...*

Y, volviéndose hacia mí:

—¡Tú sabes algo de eso, muchacho!

Esta alusión a Clorinda me ha afectado. ¡Pensar en mí en tales circunstancias!

Una vez en el patio, nos azotó un viento terrible. Todos se decían, quién más, quién menos: "¡Dios nos dé valor para pasar el puente!".

El no parecía preocupado en lo más mínimo. A causa del mistral no se veía a nadie en la ciudad; encontramos solamente a la banda de música que regresaba de la explanada. Los soldados apretaban con una mano los instrumentos y con la otra sujetaban el vuelo de sus capotes que el viento azotaba con furia.

Tartarín hablaba lentamente mientras caminaba, al paso, en medio de nosotros, como si estuviéramos de paseo. Contaba cosas suyas, nada más que suyas, como en otros tiempos.

—A mí me ha pasado lo que a muchos de nosotros. Me he alimentado demasiado de *regardelle*.

En Tarascón llamamos *regardelle* a todo lo que tienta los ojos y excita los deseos, pero que no podemos alcanzar. Es el alimento de los soñadores, de las gentes de imaginación. Y Tartarín decía la verdad: nadie había consumido tanta *regardelle* como él.

Como yo llevaba la maleta, la caja del sombrero y el sobretodo de mi héroe y andaba algo retrasado, no oía bien lo que se decía. Muchas palabras se las llevaba el viento que redoblaba su violencia a medida que nos acercábamos al Ródano. Me pareció comprender que no quería mal a nadie y que hablaba de su existencia con una dulce filosofía.

—Ese pícaro de Daudet ha dicho de mí que yo era un Quijote en la piel de Sancho Panza. Y dijo la verdad. Ese tipo de Quijote chiflado y sensible, embutido en su grasa y siempre inferior a sus sueños, es bastante frecuente en Tarascón y su distrito.

Un poco más lejos, al doblar una calleja, hemos visto alejarse a Excourbaniès, quien, al pasar frente a la armería de Costecalde, desde esta mañana consejero municipal de la ciudad, gritó a voz en cuello:

—¡Ah, ah! *Fen dé brut!*... ¡Viva Costecalde!

Tartarín comentó:

—Ni tampoco a ése le guardo rencor. Sin embargo, Excourbaniès representa la parte más detestable del Mediodía tarasconés. No me refiero a sus gritos, aunque chilla más de lo conveniente, sino a ese espantoso deseo de gustar y de ser amable que lo arrastra a las más abyectas cobardías. Si se encuentra ante Costecalde, dirá: "¡Al Ródano Tartarín!". Si estuviera conmigo, y, por halagarme, gritaría lo mismo contra Costecalde. Fuera de esto, amigos míos, magnífica raza la tarasconesa, y sin ella hace tiempo que Francia habría muerto de pedantería y aburrimiento.

Llegábamos al Ródano. Ante nosotros, un ocaso triste y algunas nubes muy altas. El viento parecía calmarse, pero con todo el puente era de poco fiar. Nos detuvimos a la entrada, y Tartarín nos rogó que no fuéramos más lejos.

—¡Adiós, hijos míos, adiós!

Nos abrazamos. Empezó por Beaumevieille, el más anciano, y terminó por mí, el más joven. Yo lloraba copiosamente, y no podía enjugarme por culpa de la maleta y del sobretodo. Puedo vanagloriarme de que el gran hombre ha sentido mis lágrimas.

No menos conmovido estaba él. Tomó sus cosas, la caja en una mano, el sobretodo al brazo y la maleta en la otra mano, y como Tournatoire le dijera:

—Tartarín, cuídese bien. Clima malsano, Beaucaire... Una sopita de ajo, no lo olvide.

El contestó, guiñando un ojo:

—Pierda cuidado... Recuerde el proverbio de la vieja: "¡Cuanto más vivía, más sabía; y en cuanto a morir, cualquier día!". Yo haré como ella.

Vímosle alejarse bajo las arcadas, algo pesado, pero a buen paso. El puente se balanceaba horriblemente. Dos o tres veces Tartarín se detuvo porque el sombrero se le escapaba.

Desde lejos le gritamos, sin movernos:

—¡Adiós, Tartarín!

Demasiado conmovido para contestar, seguía andando sin volverse; y únicamente con la caja de sombreros, hacía señales de despedida, por detrás:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Tres meses después. — Domingo por la noche. — Reanudo mis memorias largo tiempo interrumpidas y abro este viejo cuaderno verde que dejaré a mis hijos, si alguna vez los tengo. Roídos ya los cantos, lo comencé a cinco mil leguas de Francia, me ha seguido a través de los mares, en prisión y en todas partes. El poco espacio que me queda lo aprovecho para anotar el rumor que corría esta mañana por la ciudad. ¡Tartarín ha dejado de existir!

No se tenían noticias suyas desde hace tres meses. Sabía que habitaba en Beaucaire, junto con Bompard, a quien ayudaba a guardar el campo de la feria y a conservar el castillo. Oficios de *regardelle*, en suma. Frecuentemente, añorando a mi buen maestro, hice el propósito de ir a verle, mas el endiablado puente me lo impedía.

Una vez, mirando hacia el castillo de Beaucaire, en lo más alto, me pareció ver a alguien que asestaba un anteojo de larga vista sobre Tarascón. Hubiera jurado que era Bompard.

Desapareció y a poco volvió a la torre con otro individuo, más gordo, que me pareció Tartarín. Este también utilizó los prismáticos, y después agitó los brazos en señal de que me conocía; pero estaba tan lejos y era tan pequeño, y tan vago, que no tuve la emoción que yo creí sentir.

Esta mañana, todo angustiado sin saber por qué, salí a la calle para afeitarme, como hago todos los domingos, y me sorprendió ver el cielo velado y rojo, uno de esos cielos sin luz que dan más relieve a los árboles, los bancos y las casas. Lo hice notar así al entrar en la barbería de Marco Aurelio.

—¡Qué sol tan extraño! Carece de luz y de calor. ¿Hay un eclipse, acaso?

—¿Cómo, no lo sabe, señor Pascualón? Está anunciado desde el día primero del mes.

Y, al mismo tiempo que me sujetaba por la nariz con la navaja muy cerca, añadió:

—Y la otra noticia, ¿no la conoce tampoco? Dicen que nuestro gran hombre ya no es de este mundo.

—¿Qué gran hombre?

Cuando mencionó a Tartarín, por poco más me corto yo mismo con la navaja.

—¡Ahí tiene lo que es expatriarse! No ha podido vivir sin Tarascón!...

Marco Aurelio no sospechaba que decía una gran verdad. Sin Tarascón y sin gloria era indudable que no podía vivir.

¡Pobre patrón querido! ¡Pobre gran Tartarín! ¡Y qué coincidencia tan singular: un eclipse en el día de su muerte!

¡Y qué pueblo extraño el nuestro! Apostaría a que en la ciudad la noticia ha causado pesar a todos, pero se hacen los indiferentes y afectan tomar la cosa a la ligera.

Débese ello a que, desde el asunto de Port-Tarascón, que los mostró al mundo tan exaltados y enardecidos, los tarasconeses quieren parecer ahora más serenos, dueños de sí mismos y corregidos para siempre.

La verdad es que no nos hemos corregido en lo más mínimo; sólo que ahora, en vez de mentir hacia arriba mentimos hacia abajo.

Ahora ya no decimos: "Ayer, en la plaza había cincuenta mil personas, por lo menos", sino "En la plaza, ayer, si éramos una media docena es ya mucho decir".

Exageración, ni más ni menos.

Fin de "**PORT-TARASCON**"



LA CAZA DEL

—¡DESMONTEN! — ordenó alegremente el mayor-general Barrett, saltando de su caballo—. ¿Qué le parece este ejercicio antes del desayuno, señor Queen?

—¡Oh, encantador! — dijo Ellery, poniendo pie en tierra, no sin cierta dificultad. El gran bayo agitó su cabeza visiblemente aliviado —. Temo que mis músculos "caballísticos" estén algo atrofiados, general. Recuerde que estamos cabalgando desde las seis y media.

Dicho esto se fué rengueando hasta el borde del acantilado y descansó su torturado cuerpo contra el bajo parapeto de piedra.

Harkness desenredóse él mismo del ruano, diciendo:

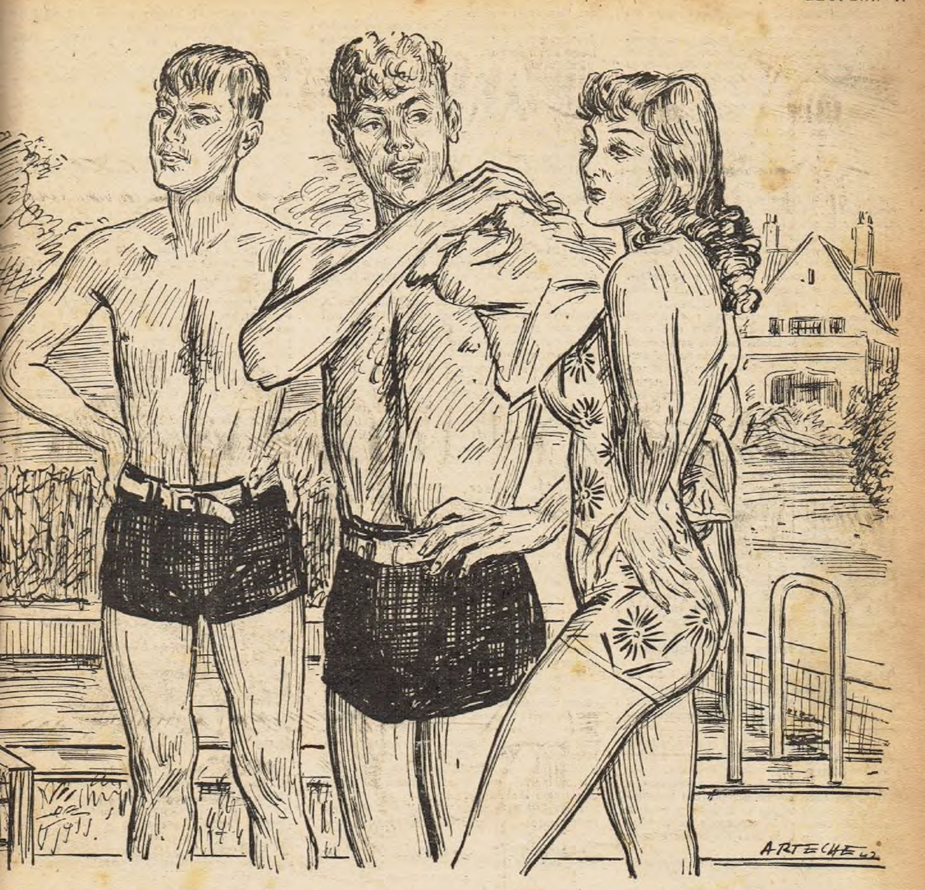
—¡Usted, Queen, lleva una vida de aventuras sentado en una silla! Debe resultarle embarazoso cuando mete la nariz en el mundo de los hombres — concluyó riendo.

Ellery contempló con evidente desagrado el cabello rubio y los ojos nerviosos del hombre, molesto por la broma. Aquel amplio pecho no daba la menor muestra de fatiga después del galope.

—Embarazoso para el caballo — contestó Ellery —. Hermosa vista, general. No pudo usted elegir este paraje a ciegas. En su carácter hay un destello de poesía.

—¡Tonterías, señor Queen! Soy un militar.

El anciano caballero se inclinó hacia el lado de Ellery y miró abajo, al río Hudson, que semejaba un césped azul bajo los reflejos del sol matinal. El tosco acantilado bajaba hasta morir en la playa, allí donde el mayor-general Barrett tenía su casa flotante. Un zig-zag de escarpados escalones de piedra era el único medio de descenso.



TESORO

TEXTO INTEGRO
de la famosa novela policial de
ELLERY QUEEN
Traducida especialmente para "Leoplán"
por Carlos Duelo

ILUSTRACION DE ARTECHE

Un viejo hallábase sentado al borde de una pequeña escollera, pescando. Levantó la mirada y, ante el asombro de Ellery, plantóse de un salto a sus pies y saludó militarmente con la mano que tenía libre. Hecho esto sentóse de nuevo, prosiguiendo su pesca.

—Este es Braun — dijo el general, sonriendo—. Un viejo pensionista mío. Sirvió bajo mis órdenes en México. El y Magruder, el viejo encargado de la quinta. ¿Ve usted? Disciplina; eso es... ¿Poesía? No para mí, señor Queen. Me gusta este arrecife por su valor militar. Domina el río. Un *West Point* en miniatura.

Ellery miró hacia arriba. El saliente de roca sobre el cual el general había edificado su casa estaba rodeado por sus otros tres lados de resbaladizos acantilados, imposibles de escalar; tan elevados que sus crestas se hundían en la niebla. Una empinada carretera había sido abierta en la roca viva del acantilado, bajando en espiral desde la cúspide de la montaña. Ellery aun recordaba con vértigo el descenso en automóvil la tarde anterior.

—Usted domina el río—dijo secamente—, pero un posible enemigo podría hacerle fuego y desalojarlo de su posición desde aquella carretera de arriba. ¿O son infantiles mis tácticas?

—¡Podría defender ese portón que da a la carretera, aunque fuera atacado por todo un ejército! — clamó el anciano.

—¿Y la artillería? — murmuró Ellery —. ¡Caramba, general, está usted bien preparado!

Hasta entonces no había visto un pequeño cañón bruñido situado junto a la bandera y que asomaba su boca por el parapeto.

—El general está listo para la revolución —di-

jo Harkness con risa indolente —. Vivimos en tiempos peligrosos.

—Ustedes los deportistas — exclamó el general — no tienen respeto alguno por la tradición. Usted bien sabe que éste es un cañón antiguo que solamente se usa en las ceremonias; pero seguramente no se reirá del que tenemos en la Punta, ¿verdad? Unicamente así, con salvas de cañón, será arriada en mi propiedad la bandera, Harkness — concluyó con voz exaltada.

—Supongo — sonrió el cazador — que mi rifle no servirá para el caso. En safari, yo...

—No tenga en cuenta lo que dice, Ellery — interrumpió el general, con enojo —. Lo toleramos por el solo hecho de ser amigo del teniente Fiske... Lástima que llegara tarde para presenciar la ceremonia. ¡Emocionante! Ya la verá hoy al atardecer. Hay que conservar las tradiciones. Son parte de mi vida, señor Queen... Creo que soy un viejo loco.

—No, por cierto—dijo Ellery con presteza—. La tradición es la espina dorsal de la nación; cualquiera sabe esto.

Harkness sonrió entre dientes y el general mostróse complacido. Ellery sabía qué clase de hombre era el general y hacíase cargo de su situación: retirado, demasiado viejo para el servicio activo y languideciendo por la vida militar. Según lo que le contó la noche anterior Dick Fiske, el futuro yerno del general, Barrett había sido un apasionado y recto soldado, y aun ahora, en la vida civil, cumplía con las costumbres de los añorados días marciales. Sus mismos sirvientes eran viejos soldados; y la casa, erizada de reliquias de tres guerras, estaba organizada como si fuera un cuartel.

Un mozo se hizo cargo de los caballos. Ellos caminaron por el ondulante césped, en dirección a la casa. "El general debe nadar en oro", pensaba Ellery; y lo que estaba viendo lo convenció. Una pileta de azulejos, un magnífico solárium, un polígono de tiro, una sala de armas con una variedad de ellas que...

—General — dijo alguien con voz agitada. Este volvióse y, ante él, vió al teniente Fiske, con su uniforme excepcionalmente en desorden —. ¿Puedo hablarle un momento a solas, general?

—Pero claro; no faltaba más, Richard. Con el permiso de ustedes, señores.

Harkness y Ellery se hicieron a un lado. El teniente decía algo, sacudiendo sus brazos nerviosamente. El viejo empalideció. Entonces, sin una palabra más, ambos corrieron precipitamente hacia la casa.

—No me imagino qué estará tramando Dick —dijo Harkness, mientras éste y Ellery seguían a los primeros a una prudente distancia.

—Leonie... — aventuró Ellery —. Conozco a Fiske desde hace mucho tiempo. Esa encantadora hija del regimiento es la única influencia inquietante con que ha tropezado ese muchacho. Espero que todo esto no encierre nada malo.

—Quiera el cielo que no — dijo el corpulento deportista —. Prometía ser un descansado *week-end*. Ya tuve mi buena dosis de emoción durante mi última expedición.

—¿Algún percance?

—Mis muchachos me abandonaron y la crecida del Niger hizo el resto. Perdí todo. Puedo darme todavía por satisfecho de haber escapado con vida... ¡Ah, ahí está la señora Nixon! ¿Le sucede algo malo a la señorita Barrett?

Una mujer alta, pálida, de cabello rojo y ojos de ámbar, levantó la vista del magazine que estaba leyendo.

—¿Leonie? No la he visto esta mañana. ¿Por qué?—No parecía muy interesada—. ¡Oh, señor Queen! Aquel horrible juego me tuvo despierta media noche. ¿Cómo puede usted dormir tranquilo con toda esa gente asesinada rondando en torno suyo?

—Lo difícil para mí — dijo Ellery — no consiste en dormir demasiado poco, sino en dormir demasiado. ¿Pesadillas? Debe usted tener algo en la conciencia.

—¿Pero era necesario tomar nuestras huellas dactilares, señor Queen? Quiero decir que un juego es un juego...

Ellery rió.

—Prometo destruir mi improvisado y pequeño "Bureau de Identificación" en la primera oportunidad que se me presente.

—Queen — dijo el teniente Fiske desde el umbral de la puerta —, ¿quiere molestarse un momento?

Notábase en él cierta turbación, y su tez tostada hallábase cubierta de gruesas gotas de sudor. No obstante, conservaba la misma rigidez militar de siempre.

—¿Qué hay, teniente? — preguntó Harkness.

—¿Le ha sucedido algo a Leonie? — interrogó la señora Nixon.

—¿Malo? No..., en absoluto.

El joven oficial sonrió, y tomando a Ellery de un brazo lo llevó hacia las escaleras. Ahora ya no sonreía.

—Algo muy enojoso ha sucedido, Queen. Nosotros no sabemos qué hacer. Menos mal que está usted aquí y podrá averiguar...

—Bueno, bueno — dijo Ellery con calma —. ¿Qué ha pasado?

—¿Recuerda usted aquel collar de perlas que llevaba anoche Leonie?

—¡Ajá! — asintió Ellery.

—Era mi regalo de compromiso. Pertenecía a mi madre. — Se mordió los labios al decir esto —. Como quería obsequiar a Leonie algo caro y, por otra parte, dado que un teniente del ejército de los Estados Unidos no está en condiciones de comprarlas con el sueldo que gana... Ya sé que fué una locura. De todas maneras, también conservaba las perlas por razones sentimentales y...

—Usted está tratando de decirme—expresó Ellery cuando llegaron a las escaleras—que las perlas han desaparecido.

—¡Así es!

—¿Cuál es su valor?

—Veinticinco mil dólares. Mi padre fué rico... una vez.

Ellery suspiró. Estaba visto que no podía nunca hacer su santa voluntad. Encendió un cigarrillo y siguió al oficial hacia el dormitorio de Leonie Barrett.

Ya no había nada de marcial en el aspecto del mayor-general Barrett; ahora era simplemente un hombre gordo, de hombros caídos. En cuanto a Leonie, había llorado y Ellery pensó que había empleado el borde de su *peignoir* para secar las lágrimas. Sin embargo, tenía la cabeza erguida y brillábanle los ojos. Al ver a Ellery salió corriendo hacia éste, en forma tan apresurada que Queen levantó un brazo como para defenderse.

—Alguien ha robado mi collar — dijo resueltamente —, y usted debe recuperarlo, ¿me oye?

—Leonie, querida... — empezó a decir el general, con voz débil.

—No, papá; no me importa quién pueda ser el perjudicado. Ese collar significaba mucho para Dick y para mí; de manera que no me voy a quedar tan tranquila después que un ladrón me lo ha quitado en mis propias narices.

—Pero, querida — dijo el teniente —, no te olvides que todos son invitados...

—¡Que se vayan al diablo mis invitados y los tuyos! — dijo la joven sacudiendo la cabeza —. No creo que el libro de la señorita Post diga que un ladrón queda exento de toda culpa, simplemente porque está en calidad de invitado.

—Pero es más razonable sospechar que uno de los sirvientes...

La cabeza del general se alzó como un cohete.

—Mi querido Richard — resopló —, quítate esa idea de la cabeza. No hay un hombre que por lo menos no haya estado veinte años a mi servicio. Confiaría a cualquiera de ellos todo cuanto poseo. He tenido ocasión de probar su honradez y lealtad más de cien veces.

—Ya que soy uno de los invitados — dijo Ellery, jocosamente —, creo que estoy capacitado para dar mi opinión. Teniente, su novia tiene razón. ¿Cuándo descubrió el robo, señorita Barrett?

—Hace una media hora, cuando me levanté. —Leonie señaló el tocador junto a la cama —. Ya antes de despertarme del todo vi que las perlas habían desaparecido. Porque, como usted ve, la tapa de mi joyero estaba levantada...

—¿Y la caja estaba cerrada cuando usted se recogió anoche?

—Más que eso; me desperté a las seis de la mañana con sed. Salté de la cama, fuí en busca de un vaso de agua y recuerdo perfectamente que entonces la caja se hallaba cerrada. Después de esto me volví a acostar.

Ellery paseó mirando la caja. Al fin echó una bocanada de humo y dijo:

—Tenemos suerte. Son un poco más de las ocho. Usted descubrió entonces el robo a las ocho menos cuarto, más o menos. Por consiguiente, las perlas fueron robadas entre las seis y las ocho menos cuarto. ¿No oyó usted algo sospechoso, señorita Barrett?

Leonie sonrió con tristeza.

—Para mi desgracia, duermo profundamente. Tarde o temprano te tenías que enterar, Dick. Además, hace años que sospecho que ronco, aunque nunca nadie...

El teniente se ruborizó, y el general exclamó:

—¡Leonie, por favor!...

Esta hizo una mueca y comenzó a llorar de nuevo, esta vez sobre el hombro del teniente.

—¿Qué diantres hacemos? — preguntó el general —. No podemos registrar a todo el mundo, así como así. ¡Qué asunto enojoso! Si las perlas no fueran tan valiosas diría que dejáramos correr la cosa...

—No es necesario un registro general — dijo Ellery —. Ningún ladrón sería tan estúpido como para llevar el botín encima. Esperaría que llamaran a la policía, y ésta es notoriamente insensible a los escrúpulos sociales.

—¡Policía! — dijo Leonie con voz abatida —. ¿No podríamos?...

—Creo — dijo Ellery — que podemos pasarnos sin ella por el momento. Por otra parte, un registro por las habitaciones... ¿Tienen ustedes inconveniente si husmeo por ahí?

—Por supuesto que no; puede usted mirar por donde quiera, señor Queen.

—Creo que lo haré. De paso, ¿quién, además de nosotros cuatro y el ladrón, sabe esto?

—Nadie más.

—Muy bien. Ahora, discreción es nuestro lema. Por favor, finjan que no ha pasado nada. El ladrón sabrá que estamos actuando, pero él también se verá obligado a "actuar", y quizá... —Siguió fumando pensativo —. Bueno, ¿qué tal si se visten y se unen a los demás invitados que ya esperan abajo? Vamos, señorita Barrett, abandone ese gesto agrio y trate de sonreír.

—Sí, señor — asintió Leonie.

—Y ustedes, caballeros, cooperen también manteniendo alejada a la gente de este piso mientras yo investigo por ahí. No me gustaría, por ejemplo, que la señora Nixon me sorprendiera *in fraganti* revolviendo su ropa interior.

—¡Oh! — exclamó Leonie repentinamente, echándose a reír luego.

—¿Qué pasa? — preguntó el teniente, con ansiedad.

—Y bien, Dorothy Nixon anda bastante mal de fondos, y... ¡No, pero no queda bien que yo diga esto! ¡Dios mío, y yo aun sin vestir! Por favor, ahora váyanse.

* * *

—Nada — dijo Ellery en voz baja al teniente Fiske, después del desayuno —. No se halla en parte alguna de la casa.

—¡Qué mala suerte! ¿Está usted seguro?

—Absolutamente. He estado mirando por todas las habitaciones. Cocina. Solárium. Despensa. Sala de armas. Hasta he estado en la bodega del general.

Fiske mordió su labio inferior. La voz de Leonie se hizo oír alegre:

—Dorothy, el señor Harkness y yo vamos a la pileta a hacer una zambullida. ¿Vienes, Dick?

—Vaya, se lo ruego — le apremió Ellery en voz baja —. Así, mientras se zambulle, puede registrar esa pileta.

Fiske miró asombrado a Queen. Luego asintió y, con gesto ceñudo, siguió a los demás.

—Nada, ¿eh? — dijo el general, desafiante —. Ya lo vi hablando con Richard.

—Todavía, no. — Ellery abarcó con la mirada la casa, adonde habían ido a ponerse sus trajes de baño —. Vamos a dar una vuelta por la ribera, general; quiero hacerle unas preguntas a Braun.

Bajaron con precaución por los escalones de piedra del acantilado hasta la playa. Encontraron al viejo pensionista plácidamente entretenido en limpiar los bronces de la lancha del general.

—Buenos días, señor — dijo Braun, prestando atención.

—Braun, este caballero desea hacerte unas preguntas — dijo el general en tono tranquilizador.

—Muy sencillas, por cierto — añadió Ellery sonriendo —. Lo vi esta mañana pescando a eso de las ocho. ¿Cuánto tiempo estuvo sentado en la escollera?

—Pues, señor — replicó el viejo, rascándose la mano izquierda —, desde las cinco y media. Empiezan a morder temprano. Hice una buena pesca.

—¿Tuvo a su vista todo el rato las escaleras?

—Seguro, señor.

—¿Ha bajado alguien esta mañana?

Braun movió en tono negativo su cabeza gris.

—¿Se ha aproximado alguien por el río?

—Nadie, señor.

—¿Dejó caer o tiró alguien algún objeto aquí o al agua desde allá arriba?

—Si lo hubiera hecho, yo habría oído el ruido, señor, y nada oí.

—Muchas gracias. ¡Ah!..., de paso, Braun: usted está aquí todo el día, ¿no?

—Hasta no muy entrada la tarde, mientras no haya alguien empleando la lancha.

—Entonces, ojo avizor. El general Barrett está ansioso por saber si alguien baja por aquí esta tarde. Si ve a alguien vigílelo bien y luego nos informa.

—¿Son órdenes del general, señor? — preguntó Braun con una mirada maliciosa.

—Así es, Braun — suspiró el general —. Puedes retirarte.

—Ahora — dijo Ellery mientras trepaban por el acantilado —. Vamos a ver qué tiene que contarnos nuestro amigo Magruder.

Magruder era un gigante irlandés de mejillas curtidas y ojos suspicaces. Ocupaba una casita junto a la única entrada a la propiedad.

—No, señor — dijo enfáticamente —; no ha venido ni un alma por aquí en toda la mañana.

—¿Pero cómo puede estar usted seguro, Magruder?

El irlandés se irguió.

—Porque desde las seis menos cuarto hasta las siete y media estuve sentado allí, y ante mi vista tenía el portón de entrada. Primero estuve limpiando algunas escopetas del general y luego podando las alheñas.

—Lo que diga Magruder, Ellery, puede creerlo como si fuera el Evangelio — aseguró el general.

—Lo creo, lo creo — afirmó Ellery —. ¿Esta es la única salida de la propiedad?

—Ya lo ve usted...

—Sí, sí. Y la del acantilado... Solamente un lagarto podría escalar esas paredes de roca. Muy interesante. Gracias, Magruder.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? — preguntó el general, mientras caminaban de regreso a la casa.

Ellery frunció el ceño.

—La base de cualquier investigación, general, depende de cuantas posibilidades pueda uno eliminar. Esta pequeña búsqueda resulta ideal en lo que se refiere a esta eliminación. Dijo usted que confía ciegamente en sus sirvientes, ¿no?

—Así es.

—Entonces reuna todos los que pueda y hágales pasar rastrillos por cada pulgada de terreno. Afortunadamente, su propiedad no es muy extensa y el trabajito no resultará muy largo.

—¡Hum!... — Las fosas nasales del general se dilataron —. Vaya, ésa es una buena idea. Comprendo, comprendo, señor Queen. Puede confiar en mis muchachos. Son viejos soldados y les encantará hacer esto...; pero, ¿y los árboles?

—¿Cómo?

—¡Los árboles, hombre, los árboles! Hay una gran cantidad de ellos y cada uno puede ser un excelente escondrijo.

—¡Oh! — dijo Ellery gravemente —, los árboles. De todas maneras miren a ver si encuentran algo.

—Déjelo por mi cuenta — expresó el general al tiempo que se iba con paso rápido.

Ellery echó una mirada a la pileta y sentóse en un banco para observar cómo nadaban sus amigos. La señora Nixon agitó un brazo bien formado, al tiempo que se sumergía perseguida por un gigante bronceado que resultó ser Harkness con sus cabellos rizados chorreando agua. Una ágil y delgada figura apareció repentinamente, casi a los pies de Ellery, y trepó por el borde de la pileta.

—Lo hice — murmuró Leonie, sonriendo cautivadoramente como para despertar la admiración de Ellery.

—¿Qué ha hecho? — refunfuñó Ellery, retrocediendo.

—Los registré.

—¿Registrar? No entiendo...

—¡Oh!, ¿son todos los hombres estúpidos? — exclamó Leonie mientras se sacaba el gorro de baño para dejar al descubierto su hermosa cabellera —. ¿Por qué cree usted que sugerí la pileta? ¡Para que todo el mundo tuviera que quitarse la ropa! Lo único que tuve que hacer fué deslizarme dentro de un dormitorio o dos antes de bajar. Registré en todas las prendas. También podría ser posible que el ladrón hubiera metido las perlas en algún bolsillo de alguien no sospechoso; pues bien... nada.

Ellery se quedó mirándola un rato.

—Estimada señorita: me deja usted atónito. Posee mucha perspicacia...; pero los trajes de baño...

Leonie sonrojóse, pero dijo firmemente:

—El collar era largo y de seis vueltas. Si usted cree que Dorothy Nixon lo guarda ahora en ese traje de baño...

Ellery miró a la señora Nixon.

—No me atrevo a decir — declaró sonriendo — que alguna de ustedes, en sus actuales vestimentas, puedan esconder algún objeto más grande que un ala de mosca. ¡Ah, ahí tenemos al teniente! ¿Cómo está el agua?

—No está buena — dijo Fiske apoyando su barba en el borde de la pileta.

—¡Pero Dick! — exclamó Leonie —. Yo creí que te gustaba...

—Su novio — murmuró Ellery — acaba de informarme que las perlas no se encuentran en parte alguna de la pileta, señorita Barrett.

La señora Nixon le dió una bofetada a Harkness, sacó su pierna desnuda y puso su rosado talón en el amplio mentón del atleta, al tiempo que lo empujaba hacia abajo. Este rió a carcajadas y se sumergió.

—Tonto — dijo la señora Nixon, satisfecha, mientras salía de la pileta.

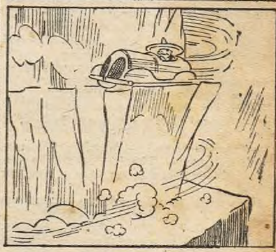
—Tú tienes la culpa — reprendióla Leonie —,

PANCHO SOMBRERO

IGUAL QUE ANTES por *TOONDER*















Te dije que no te pusieras ese traje de baño.

—Miren quién habla — dijo el teniente, con amargura.

—Si ustedes invitan a Tarzán para pasar el *week-end* — comenzó la señora Nixon; pero calló —. ¿Qué diablos hace aquella gente trepando por allí? ¡Porque están trepando!

Todo el mundo miró. Ellery suspiró.

—Creo que el general está cansado de nuestra compañía y está dirigiendo alguna especie de juego guerrero con sus veteranos. ¿Hace esto a menudo, señorita Barrett?

—Maniobras de infantería — precisó el teniente con rapidez.

—Es un juego tonto — aseguró la señora Nixon, sacándose alegremente su gorro de baño —. ¿Qué pensáis hacer esta tarde, Leonie? ¡Hagamos algo emocionante!

—Creo — dijo Harkness de mal humor, saliendo de la pileta como un simio — que me gustaría jugar a algo emocionante, siempre que usted, señora Nixon, tome parte.

El sol hacía relucir su torso mojado.

—Estúpido — dijo la señora Nixon —. ¿A qué jugamos? Sugiera algo, señor Queen.

—Caramba, no sé. ¿Caza del tesoro? Está un poco pasado de moda, pero tiene la ventaja de que hay que poner algo de cerebro.

—Creo que es una buena idea — dijo Leonie —. Usted, Queen, encárguese de arreglar todo.

—¿Caza del tesoro? —. la señora Nixon se quedó pensativa —. ¡Hum!... Suena bien. Haga que el tesoro sea algo que valga la pena, por favor.

Ellery hizo una pausa mientras encendía un cigarrillo. Tiró el fósforo y preguntó:

—Si yo soy el elegido... ¿Cuándo comenzamos? ¿Después de comer? Entonces empezaré a preparar las claves y todo lo demás. Quédense en la casa todos, y nada de espiar. ¿De acuerdo?

—Estamos en sus manos — dijo la señora Nixon risueñamente.

—¡Hombre afortunado! — suspiró Harkness.

—Entonces, hasta luego.

Ellery se fué caminando en dirección al río. Aun podía oír la clara voz de Leonie exhortando a sus huéspedes a que se dieran prisa para vestirse, pues ya era la hora de almorzar.

El mayor-general Barrett lo encontró junto al parapeto mirando fijamente la orilla opuesta a una distancia de media milla. Las mejillas del general estaban rojas y su rostro bañado en sudor. Además, parecía irritado y cansado.

—¡Malditos sean todos los ladrones! — explotó, secándose su cabeza calva. Después agregó apesadumbrado: — Empiezo a creer que lo que ha pasado es que Leonie lo perdió.

—¿No lo encontraron?

—Ni trazas de él.

—¿Entonces en dónde lo perdió?

—¡Rayos y truenos; creo que tiene usted razón! Estoy ya harto de este condenado asunto. Pensar que un huésped, bajo mi propio techo...

—¿Quién dijo — interrumpió Ellery — algo acerca de un huésped, general?

El anciano se sobresaltó.

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir?

—Nada en absoluto. Usted no sabe. Yo no sé. Nadie sabe nada, excepto el ladrón. No debemos hacer conclusiones. Ahora dígame. ¿Ha terminado la búsqueda?

El mayor-general Barrett gruñó.

—¿Estuvo en la casita de Magruder también?

—Desde luego.

—¿En los establos?

—Pero, mi querido amigo...

—¿Miró los árboles?

—También los árboles — dijo resueltamente el general —. Hasta el último rincón.

—¡Bueno!

—¿Qué tiene ello de bueno?

Ellery lo miró sorprendido y dijo:

—¡Estimado general, es magnífico! Estoy preparado. En realidad me anticipé a todo esto. Porque estamos tratando con una persona muy hábil.

—Entonces usted sabe... — suspiró el general.

—Concretamente, muy poco. Pero veo un destello. ¿Ahora quiere tener usted la bondad de volver a casa y refrescarse un poco? Está usted cansado y necesita energías para esta tarde. Vamos a jugar a algo muy interesante.

—¡Dios mío! — exclamó el general, mientras se iba hacia la casa, moviendo la cabeza contrariado. Ellery lo siguió con la vista hasta que desapareció.

Entonces se sentó en el parapeto, entregándose a la meditación.

* * *

—Ahora, señoras y señores — comenzó Ellery una vez que se hubieron reunido todos en la galería a las dos —, he pasado estas dos últimas horas trabajando en serio: un sacrificio personal que me he impuesto como contribución a la felicidad de las naciones y en cuyo pago sólo pediré a ustedes su esforzada cooperación.

—Oiga — dijo el general, lúgubremente.

—Vamos, vamos, general, no sea antisocial. Desde luego, todos ustedes conocen el juego. — Ellery encendió un cigarrillo y prosiguió:— Tengo escondido el tesoro en algún sitio. He dejado una pista a cada paso, que consiste en un indicio en clave que, interpretado correctamente, conduce al próximo, y así sucesivamente hasta el lugar en donde el tesoro se halla oculto. La carrera, naturalmente, depende de la ligereza mental de cada uno. Este juego pone un galardón en los cerebros.

—Esto — dijo la señora Nixon tristemente — no va conmigo.

Estaba vestida con un *sweater* ajustado y unos pantalones. El cabello lo tenía recogido con una cinta azul.

—Pobre Dick — murmuró Leonie —. Estoy segura de que tendré que hacer pareja con él. El solo no llegaría ni a la primera etapa.

Fiske frunció el ceño y Harkness balbuceó:

—Ya que estamos dividiéndonos, elijo a la señora Nixon. Me parece que usted, general, tendrá que ir solo.

—Quizá — dijo el general, esperanzado — a ustedes, la gente joven, les gustaría jugar solos...

—De paso — dijo Ellery —, todas las claves están en forma de citas.

—¿Ah, sí? — dijo la señora Nixon —. ¿Usted quiere decir algo así como: primero en guerra, primero en paz?

—Sí. Y no se preocupen acerca de la procedencia; lo que realmente importa es el significado de las palabras. ¿Listos?

—Espere un minuto — dijo Harkness —. ¿Cuál es el tesoro?

Ellery tiró su cigarrillo en el cenicero.

—No debo decirlo. ¡Prepárense ahora! Déjenme decirles la primera clave. Es de la pluma de nuestro viejo amigo el bardo Deán Swift; pero ello no importa. La cita es... — hizo una pausa mientras los participantes escuchaban ansiosamente... —, primero (un pez); nadaría en el mar.

El general dijo:

—¡Qué tontería! — y se sentó en su silla. Pero los ojos de ámbar de la señora Nixon brillaron al tiempo que daba un salto.

—¿Es eso todo? — exclamó —. ¡Dios mío, no es ni pizca difícil, señor Queen! Vamos, Tarzán — y se lanzó corriendo por sobre el césped, seguida por Harkness, que protestaba. Se dirigieron al parapeto.

—Pobre Dorothy — suspiró Leonie —. Tiene buena voluntad, pero ciertamente no está dotada de un cerebro muy brillante. Por supuesto ha tomado una pista errónea.

—¿Supongo que usted podría guiarla? —murmuró Ellery.

—¡Señor Queen! Indudablemente, usted no querría decir que había que registrar todo el río Hudson. En consecuencia, la porción de agua que usted tenía en su mente era algo más pequeña. Saltó de la galería.

—¡La pileta! — gritó el teniente Fiske, corriendo tras de ella.

—Mujer notable, su hija, señor — dijo Ellery, siguiendo a la pareja con la vista —. Empiezo a

comprender que Dick Fiske es un hombre extraordinariamente afortunado.

—El cerebro de la madre—dijo el general, sonriendo repentinamente—. ¡Caramba, me estoy interesando! —Dicho esto se levantó y se fué.

Encontraron a Leonie desinflando, complacida, un gran pez de goma, aun mojado por la inmersión en la pileta.

—Aquí está — dijo—. Vamos, Dick, presta atención. ¡Ahora no, tonto! El señor Queen está mirando. ¿Qué es esto? Entonces nadaría en manteca. Manteca, manteca... ¡Ya está...: la despensa! — y salió de nuevo corriendo hacia la casa, seguida por el teniente.

Ellery reemplazó la nota en el pez de goma, lo infló, tapó el agujero y lo tiró de nuevo a la pileta.

—Pronto tendremos a los otros. ¡Aquí están! Creo que ya lo han hallado. Vamos, general.

Leonie estaba de rodillas en la despensa, ante la gran *frigidaire*, sacando un pedazo de papel de una pastilla de manteca.

—Caramba — dijo frunciendo el ceño—. ¿Tenía que emplear manteca? Léelo, Dick, que yo tengo sucias las manos.

El teniente Fiske declamó:

—Y por último, pícaro, nadaría en buen clarete.

—¡Señor Queen! Estoy avergonzada de usted. Esto es demasiado fácil.

—Se está poniendo más difícil cada vez — dijo Ellery, mordaz. Observó cómo la joven pareja atravesaba el umbral en dirección al sótano y luego volvían a poner la nota en el tubo. Al tiempo que él y el general cerraban la puerta de la bodega, oyeron los pasos de la señora Nixon en la despensa.

—¡Que me cuelguen si Leonie no ha olvidado el robo del collar! —murmuró el general—. ¡Tenía que ser mujer!

—Dudo que se haya olvidado — opinó Ellery.

—¡Eureka! — gritó Leonie —. Aquí está... ¿Qué es esto, señor Queen?... ¿Shakespeare?

Había encontrado una nota entre dos botellas lenas de polvo en la bodega y estaba observándola detenidamente.

—¿Qué dice, Leonie?— preguntó el teniente Fiske.

—Bajo el árbol de verde ramaje... ¿Arbol de verde ramaje? — Volvió a poner la nota en su lugar —. Caramba, se está poniendo difícil esto. Todo lo que sé es que pertenece a cierto pasaje de "Como gustéis", de Shakespeare, y que ése es el mismo título de una novela de Thomas Hardy. Pero...

—¡Vamos, Tarzán! — se oyó a la señora Nixon en el piso de arriba —. Todavía están aquí. Salgan del paso, hombres.

Leonie refunfuñó. La señora Nixon bajaba rápidamente por las escaleras del sótano, seguida por Harkness, malhumorado. Sacaron la nota del estante. Ella miró la nota y exclamó desalentada:

—Para mí, igual que si estuviera escrito en chino.

—Déjeme ver — Harkness examinó la nota y lanzó una carcajada —: Buen muchacho este Queen: "Chloresplenium· aeruginosum". Hay que saber algo de botánica de jungla. He visto este árbol varias veces en este lugar — Hizo un gesto de entendimiento a Ellery y al mayor-general Barrett, desapareciendo luego escaleras arriba.

—¡Qué lástima! — dijo Leonie, y se lanzó a la carga tras de Harkness.

Encontraron al hombre apoyado contra el tronco de un viejo y enorme árbol frondoso, leyendo un pedazo de papel al tiempo que se rascaba la barbilla. El tronco poroso del árbol era de un verde muy vivo.

—¡Verde! — exclamó la señora Nixon —. Fué usted muy perspicaz, señor Queen.

Leonie parecía abatida. Dijo:

—Un hombre va a ser el vencedor. La verdad es que no se me ocurrió pensar en usted por un momento, señor Harkness. ¿Qué dice la nota?

Harkness leyó en voz alta: "Y... busca lo que anteriormente tiró..."

—¿Lo que anteriormente tiró? — repitió el teniente en tono quejumbroso —. Esto me parece ambiguo.

—Indudablemente — dijo Harkness —, el pronombre no se puede referir al que encuentre la nota. Queen no sabía quién la iba a hallar. Por consiguiente... ¡Claro está! — Y salió corriendo en dirección a la casa.

—No me gusta cómo se está poniendo esto— dijo Leonie —. ¿Por qué no haces algo, Dick? Ahora tenemos que seguirlo de nuevo. Es usted muy pícaro, señor Queen.

Todos iban tras Harkness y la señora Nixon, quien marchaba en vanguardia con su cabellera roja flotando al aire.

Ellery llegó a la galería con el general resoplando a su lado. Encontraron a Harkness, que tenía algo en la mano en alto fuera del alcance de la señora Nixon, que intentaba alcanzarlo.

—No; quiero seguir solo hasta la victoria.

—¿Pero cómo adivinó? — preguntó Leonie.

Harkness bajó su brazo; entre sus dedos tenía un cigarrillo medio consumido.

—Estaba bien claro. La cita tenía que referirse forzosamente a Queen. Y la única cosa que le vi tirar últimamente fué el cigarrillo, justo antes de que comenzásemos el juego. De entre el tabaco extrajo un papel retorcido. Lo alisó y leyó el mensaje en él escrito. Luego volvió a leerlo, pero esta vez más despacio.

—¡Por favor, Tarzán, no sea egoísta! Si no lo entiende, dénos una oportunidad a nosotros — Le arrancó el papel de las manos y leyó: "Buscando... aún en la boca del cañón."

—¿Boca del cañón? — repitió el general —. Pero...

—¡Esto es pan comido! — exclamó la pelirroja, y salió corriendo.

La hallaron sentada a horcajadas en el cañón de ceremonias.

—Esto sí que está bueno — se quejó —. ¡Boca del cañón! ¿Cómo diablos puede una mirar por la boca del cañón si ésta se encuentra situada a setenta y cinco pies sobre el río Hudson? ¡Eche este armatoste un poco para atrás, teniente!

Leonie se estaba riendo estruendosamente:

—¡Qué tonta! ¿Cómo crees que Magruder carga este cañón por la boca? Detrás hay una cámara.

El teniente Fiske hizo algo al mecanismo, con seguridad de experto, en la parte trasera del cañón, y en un abrir y cerrar de ojos dejó al descubierto un orificio redondo en la culata. Metió la mano y lanzó una exclamación de asombro:

—¡Es el tesoro! ¡Caramba, Dorothy, has ganado!

La señora Nixon saltó del cañón, emocionada como una chiquilla. Apartó rudamente al teniente, introdujo la mano y sacó luego un taco de algodón aceitoso.

—¿Qué es eso? — preguntó Leonie metiendo la cabeza.

—¡Leonie, querida! — gritó agitada —. Sabía que era demasiado bueno para ser cierto. ¡Ya lo creo que es un "tesoro"!

—¡Mis perlas! — clamó Leonie. Arrancó el collar de blancas gemas de las manos de la señora Nixon, apretándolas contra su pecho. Luego se volvió hacia Ellery con una mirada interrogante.

—Esto sí que no lo entiendo — dijo el general, con voz débil —. ¿Las tomó usted, Queen?

—Yo precisamente, no — contestó Ellery —. Por favor, cálmense todos. Tenemos a la señora Nixon y al señor Harkness en desventaja. Ven ustedes, las perlas de la señorita Barrett fueron robadas esta mañana.

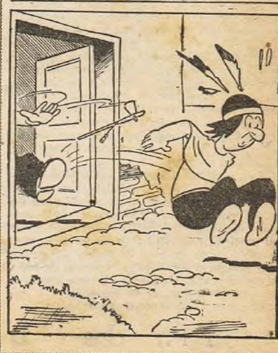
—¿Robadas? — preguntó Harkness, arqueando las cejas.

PANCHO SOMBRERO

EL TABACO ERA MALO por *TOONDER*







—¡Robadas! —dijo la señora Nixon, estupefacta—. Entonces por eso...

—Sí —dijo Ellery—. Ahora, oigan. Alguien hurta un valioso collar. Problema: sacarlo de la casa. ¿Se hallaba el collar todavía en algún lugar dentro de la propiedad? Forzosamente tenía que estar. Solamente hay dos medios para salir: por la carretera acantilada, a cuya entrada está situada la casa de Magruder; y abajo por el río. Por todos los demás lados hay acantilados perpendiculares, imposibles de trepar. Y sus crestas son tan altas que sería casi imposible para un cómplice, por ejemplo, deslizar una cuerda desde arriba y llevarse el precioso botín... Hay que tener en cuenta, además, que antes de las seis Magruder tenía vigilada la salida por tierra y Braun la salida por el río. Ninguno de los dos vieron un alma; y Braun aseguró que no había visto que tiraran nada por el parapeto a la playa o al agua, ya que hubiera oído el ruido del objeto al caer. En consecuencia, si el ladrón no intentó escapar con las perlas por las dos únicas posibles formas, las perlas se encontraban dentro de la propiedad.

Leonie seguía con ansiedad las explicaciones de Ellery. En su rostro pálido se reflejaba la emoción que en aquel momento la embargaba. En cuanto al general, parecía todavía desorientado y confuso.

—Pero el ladrón —siguió diciendo Ellery— debía tener fijado un plan para burlar todas nuestras suposiciones. No dudando que el robo podía ser descubierto en seguida, esperaba la llegada de la policía para obrar de acuerdo a su plan; una persona a la que le han robado un collar de veinticinco mil dólares no se queda así como así sin luchar por recuperarlo. Si esperaba a la policía, esperaba también un registro; y si esperaba un registro, no pensaría esconder el botín en un lugar tan manifiesto como en su persona, en su equipaje, o en la casa. Desde luego, podría haber pensado en hacer un hoyo en algún sitio y enterrar las perlas; pero no admití esa posibilidad ya que en ese caso igualmente no podría disponer de las perlas con la propiedad vigilada.

En vista de ello, me entregué a su busca por cada pulgada de la casa; y los sirvientes del general registraron cada palmo de terreno, así como las dependencias vecinas... para más seguridad. No llamamos a la policía, pero nosotros mismos actuamos como tales. Y las perlas no fueron halladas.

—Pero... —comenzó a decir el teniente Fiske, confundido.

—Por favor, teniente. Estaba claro, por consiguiente, que el ladrón, cualquiera fuese su plan, había descartado hacer uso de la ruta por tierra o por agua. Como medio de sacar las perlas de la propiedad, ¿habría intentado llevarlas él mismo o enviarlas a un cómplice? Difícilmente, si se anticipaba a una investigación policial y a una vigilancia. Además, recuerden que deliberadamente planeó y cometió su robo sabiendo que había un detective en la casa. Y aunque no pretendo otorgar méritos a un ladrón, deben ustedes admitir que se necesitaba audacia y habilidad para concertar y llevar a cabo un robo en tales circunstancias. Creo estar justificado al decir que cualquiera fuese su plan, era atrevido y sagaz; no estúpido ni ordinario.

"Pero, si había descartado los medios "normales" de que disponía, indudablemente había forjado un plan, aun haciendo uso de una de las dos posibles rutas. Entonces recordé que había un medio, inocente en apariencia, pero con muchas posibilidades de éxito; y la ruta del río entraba también en juego. Este plan podía realizarse aún bajo la vigilancia de todo un regimiento de infantería. Y supe entonces que ésta tenía que ser la respuesta.

—El cañón —dijo Leonie en voz baja.

—Exactamente, señorita Barrett; el cañón. Haciendo un paquete con las perlas adentro, abriendo la cámara trasera de éste, y metiendo el paquete en el interior, disponía de un medio muy simple para solucionar el fastidioso problema de hacer desaparecer el collar. Cualquier persona con conocimientos de artillería y balística sabe que esta arma, como todas las que sólo se usan en las ceremonias, está cargada con pólvora solamente; es decir, que no llevan bala; sencillamente una carga de pólvora, que se esfuma con un estruendo y una nube de humo.

"Ahora bien; aunque esta pólvora solamente hace ruido, tiene cierto poder propulsor, no mucho, pero lo suficiente para cumplir los propósitos del ladrón. En consecuencia, Magruder vendría hoy a la puesta del sol, deslizaría la carga en la cámara, tiraría de la cuerda, y... ¡bum!, allá irían las perlas envueltas en un nube de humo, lanzadas a una distancia de veinte pies más o menos, pero lo suficiente para alcanzar la playa e ir a caer al agua.

—¿Pero cómo? — estalló el general, rojo como una cereza.

—Sin duda alguna, el envase tendría que flotar. Aluminio, probablemente, o alguna cosa por el estilo, fuerte, pero al mismo tiempo liviano. Entonces es cuando aparecería el cómplice: alguien que pasearía en su barca por el río Hudson al atardecer, tomaría el paquete tranquilamente y una vez cumplida su simple misión se alejaría navegando... A esa hora, Braun no está de servicio, como me dijo él mismo; pero aunque estuviera, dudo mucho que hubiese notado algo con el ruido y el humo de la descarga.

—Un cómplice, ¿eh? —masculló el general—. Llamaré por teléfono a...

Ellery suspiró:

—Ya lo hice, general. Telefoneé a la policía a la una, para que estuvieran atentos. Nuestro hombre esperará a la puesta del sol, y si usted no altera su costumbre de saludar a la bandera a esa hora, lo agarrarán *in fraganti*.

—¿Pero en dónde está el envase o la caja que contenía el collar?

—¡Oh, escondida en un lugar muy seguro! — contestó Ellery con sequedad —. Muy seguro.

—¿Usted la escondió? ¿Pero, por qué?

Ellery fumó en silencio un rato.

—No sé si ustedes saben que hay un pequeño dios barrigón que no abandona a personas como yo, por ejemplo. La otra noche, cuando jugamos a "los crímenes", para hacerlo más real tomé las huellas digitales de cada uno de ustedes, con la ayuda de los indispensables útiles de mi oficio, y con los cuales siempre viajo. De más está decir que con todo esto que ha pasado olvidé por completo destruir esas impresiones digitales. Esta tarde, antes de comenzar nuestra "caza", encontré el envase aquí, en el cañón... naturalmente, lo examiné bien. ¿Y qué es lo que creen que encontré?

—¡Huellas digitales!

Ellery hizo un gesto afirmativo y continuó su exposición:

—Inconcebible, ¿no es cierto? Pero entonces nuestro hábil ladrón estaba tan seguro de sí mismo que nunca soñó que alguien pudiera descubrir su escondrijo antes de que se disparase el cañón. Fué un atolondrado. Lo demás, claro está, fué juego de niños. Comparar las huellas del juego de anoche con éstas.

Aquí interrumpió su relato.

—¿Y bien? —dijo.

Hubo un silencio tan profundo, que parecía que todos contenían la respiración; y en medio de este silencio sólo se oía el flamear de la bandera, sobre sus cabezas.

Entonces, juntando las manos, Harkness dijo con voz apagada:

—Me atrapó, compañero.

—¡Ah! —comentó Ellery—. Muy amable de su parte, señor Harkness.

* * *

Todos se hallaban junto al cañón en la puesta de sol. El viejo Magruder tiró de la cuerda y, en medio del estruendo de la descarga, la bandera fué arriada, mientras el mayor-general Barrett y el teniente Fiske estaban en posición de firmes.

—Miren a nuestro hombre —murmuró la señora Nixon un momento después, inclinándose sobre el parapeto y mirando abajo —. Parece un ratón asustado.

Los demás miraron en silencio. El Hudson semejaba un espejo de acero reflejando los últimos rayos cobrizos del sol. Exceptuando una pequeña lancha a motor, el río se hallaba libre de embarcaciones. Harkness estaba empujando la lancha y escudriñando la superficie del río ansiosamente. De repente miró hacia arriba advirtiendo que lo estaban observando; puso rápidamente el motor en marcha, navegando hacia la orilla opuesta.

—Todavía no comprendo — se quejó la señora Nixon—por qué no ha entregado a la policía esa persona. Es un ladrón, ¿no es así?

Ellery suspiró:

—Sólo en propósito. Y además, fué idea de la señorita Barrett, y no mía. No puedo decir que lo siento, pues aunque no hay atenuantes para Harkness y su cómplice, me alegra que la señorita Barrett no sea vengativa. Harkness se echó a perder a causa de la vida que llevaba; realmente no es toda culpa suya. Cuando se pasa la mitad de la vida en selvas, es fácil olvidar la moral. Necesitaba dinero y tomó las perlas.

—Ya está bastante castigado — dijo Leonie con indulgencia —. Tanto como si en lugar de dejarlo ir con su equipaje, lo hubiéramos entregado a la policía. Total, ya tengo mis perlas...

—Interesante problema—dijo Ellery risueñamente—. Supongo que todos ustedes comprendieron el significado de la "caza del tesoro".

El teniente Fiske hizo con la cabeza un gesto negativo.

—Creo que soy un poco torpe.

—Cuando sugerí este juego, no tenía motivos ulteriores—prosiguió Ellery—. Pero cuando deduje que las perlas se hallaban dentro del cañón, vi un medio seguro de atrapar al ladrón — sonrió a Leonie amistosamente —. La señorita Barrett fué mi cómplice. Le rogué que empezase brillantemente para no despertar sospechas, pero que luego fuese quedándose rezagada. El mero uso del cañón me había hecho sospechar de Harkness, que sabe de armas, y quería ponerlo a prueba.

"Harkness entró en escena. Mientras la señorita Barrett se demoraba, él adelantábase, desplegando toda su habilidad, como en el caso del "Chlorosplenium aeruginosum" y en el del "cigarrillo", quizá los dos más difíciles del juego. ¡Luego, en el más fácil, se muestra desorientado! ¡No sabía lo que quería decir "la boca del cañón"! Aun la señora Nixon —y usted perdone — averiguó esa vez el significado. ¿Por qué Harkness se mostraba reacio a dirigirse hacia el cañón? Sólo una respuesta cabía: porque sabía de sobra lo que había escondido adentro.

—Pero todo esto me parece inútil, puesto que usted — objetó el teniente — tenía las huellas digitales y, por consiguiente, el caso ya resuelto. ¿Para qué tomarse tanto trabajo?

Ellery lanzó su cigarrillo por encima del parapeto.

—Señor mío — dijo —, ¿ha jugado usted alguna vez al póker?

—Claro que he jugado.

Leonie intervino exclamando:

—¡Bandido! No me diga que...

—Bluff — dijo Ellery con amargura —. Puro bluff. No había tales huellas...

Fin de "LA CAZA DEL TESORO"

LAS AVENTURAS DE CHU MAN FU'



Por J. Christie

(ESPECIAL PARA LEOPLÁN)































TÓMENSE OCHO FÓSFOROS, UNA JARRA DE AGUA, UN TROZO DE JABÓN TERMINADO EN PUNTA Y UN PANCITO DE AZÚCAR. COLÓQUENSE LOS FÓSFOROS EN EL AGUA, CON LAS CABECITAS HACIA EL CENTRO. SUMÉRJASE EL JABÓN EN EL CENTRO, Y LOS FÓSFOROS SE MOVERÁN HACIA LOS BORDES. SUMÉRJASE, EN SEGUIDA, EL PANCITO DE AZÚCAR, Y LOS FÓSFOROS SE DIRIGIRÁN HACIA ÉL.



CHARADAS

Ayer tarde dijo Andrés:
—*Todo, cuatro tres-primera*
tercia primera-dos-tres.

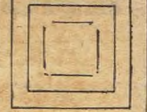
* * *

—¿Queréis estudiar el *todo?*
preguntó un buen capellán
a Antonio, Juan y Perico,
tres mozos de su lugar.
Respondió primero Antonio,
segunda y *tercera* Juan,
y Perico la *segunda*,
siendo cosa de notar
que en tres respuestas distintas
todos dijeron igual.

(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA: VEINTITRES CUADRADOS PERFECTOS

Con estas figuras —y adviértase que solamente hay dos cuadrados y dos grupos de cuatro rectas que no llegan a unirse— deben construirse veintitrés cuadrados perfectos. ¿S anima usted a hacerlo?



(La solución en el próximo número)

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

E / PI	CIO / PRE	OXT1

(Las soluciones en el próximo número)

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. Oxido del calcio que forma la base del yeso, la tiza, etc.
4. Hacer don.
7. Palma usada para tejer sombreros.
10. Padrenuestro, oración dominical.
12. Ciencia que trata de los demonios.
13. Río de Francia, afluente del Charente, que nace en el macizo de Liberman y desagua en el Merpius.
14. Nota de la escala diatónica.
15. Vender algo en almoneda.
16. Nota musical.
18. Nombre de una consonante.
20. Terminación de verbo.
21. Encinar o monte donde pace el ganado de cerda (plural).
23. Altar donde se ofician sacrificios.
24. Una de las virtudes teologales.
25. Planta americana de la familia de las oxalídeas.
26. Hijo de Noé.
27. Mamífero carnicero del género gato.
29. Río de Alsacia que baña Mulhouse, Estrasburgo, y desagua en el Rin.
31. Madriguera del oso.
32. Extrae todo el líquido que hay en un sitio.
33. Preposición inseparable que disminuye la significación de ciertas voces simples.
34. Pronombre personal en primera persona, plural, en dativo y acusativo.

VERTICALES

1. (El): tragedia de Corneille, obra maestra de la literatura francesa.
2. Polvo que proviene de la desagregación de las rocas.
3. Que tienen forma de lámina.
4. Combustión activa.
5. Establecer día.
6. Roda, parte de la quilla.
8. Antigua ciudad de Egipto, edificada en la margen izquierda del Nilo. Corresponde a la actual Samalhout.
9. (Jorge). Almirante inglés (1697-1762).
10. Dícese de ciertas cosas no preparadas.
11. Nombre del sol entre los egipcios.
17. (Santa). Esposa de san Joaquín y madre de la Santísima Virgen.
18. Semilla del cafeto.
19. Rey de Calidón, padre de Deyanira.
20. Círculo de metal, madera, etc.
21. Antiguamente, maestro.
22. Departamento del Uruguay.
26. Hermana religiosa.
27. Nota de la escala diatónica.
28. Símbolo químico.
30. Acusativo del pronombre personal, femenino, plural, de tercera persona.

(La solución en el próximo número)

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

De los "JEROGLIFICOS"

ENTREABIERTO

SOBRESALTAR

ENTRECANO

* * *

De las "CHARADAS"

LEONARDO

ACROSTICO

* * *

DEL PROBLEMA "QUINIENTOS"

Esta es la forma de solucionarlo:

```
 444
  44
   4
   4
   4
 ---
 500
```

* * *

DEL PROBLEMA: "UNA FECHA Y UN CUADRO"

El grabado muestra cómo deben colocarse las tiras que aparecen en él negras o sombreadas. En esta forma las cifras que quedan forman el número 000181498. Como los ceros a la izquierda no significan nada, quedará 1-8-1498, que es la fecha en que Colón pisó por primera vez la tierra de América del Sur, que él confundió con unas islas.



¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

ROSAURA FERNANDEZ, *Villa Atuel.* — 1º: La obra "Rosalba", que usted cita, no pertenece al escritor Hugo Wast. 2º: Diríjase directamente a la Editorial Sopena Argentina, S. R. L., Esmeralda 116, Buenos Aires.

HERNAN ZAMBRANA DE LA FUENTE, *Bolivia;* E. V. GONZALEZ AREVALO, *Capital.* — Tomamos nota de sus pedidos, que procuraremos complacer cuando lo permita nuestro plan de publicaciones.

GRAN LECTOR, *Corrientes.* — 1º: Escriba al Departamento Nacional del Trabajo, Victoria 618, Buenos Aires, donde evacuarán su consulta. 2º: Lamentamos no poder complacerle en su pedido. 3º: No hemos editado, hasta el presente, ningún folleto con los originales de la sección "Para matar el tiempo". 4º: Para conseguir números de la extinguida revista "Caras y Caretas" le sugerimos, como medio práctico, la publicación de un aviso en algún diario de esta capital.

ARTURO, *Capital.* — Las manchas de pinturas de aceite se quitan frotando el género con una esponja mojada en esencia de trementina. Luego se coloca sobre la mancha un papel de filtro y se plancha. Por último se lava la tela con agua caliente.

P. DE MATTEI, *Enrique Finn.* — El procedimiento para impermeabilizar con aceite un traje o un impermeable requiere maquinarias especiales, y su técnica no entra en los procedimientos caseros. Le aconsejamos, pues, que lleve la prenda a una casa que se especialice en esos trabajos.

UN FLORISTA, *Avellaneda.* — 1º: Creemos que ha equivocado usted la pregunta. Vuelva a escribirnos rectificándola. 2º: Diríjase directamente a la Editorial Sopena Argentina, S. R. L., Esmeralda 116.

JOSE ANTONIO NUÑEZ, *Urien.* — Recibimos su colaboración espontánea, que no publicamos debido al excesivo número de originales de esa índole con que contamos.